

BEST-SÉLLER DEL NEW YORK TIMES

«Una historia ingeniosa,
conmovedora, apasionada
y tierna.»

Publishers Weekly

Susan Elizabeth Phillips

Toscana para Dos



TOSCANA PARA DOS

Susan Elizabeth Phillips

Traducción de Juan Trejo



OceanofPDF.com

Título original: *Breathing Room*

Traducción: Juan Trejo

1.ª edición: diciembre, 2013

© 2013 by Susan Elizabeth Phillips

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 26.757-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-702-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

OceanofPDF.com

*Para Michael y Brian Grogan.
Todo autor debería conocer la suerte de teneros a los dos a su lado.
Esto lo digo por si acaso no sabéis lo mucho que os aprecio.*

OceanofPDF.com

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Agradecimientos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Le estoy muy agradecida a Alessandro Pini y a Elena Sardelli por mostrarme las bellezas de la Toscana. Bill, no podría haber tenido mejor compañero para aquellos paseos que tú, a pesar de que tuvieses que encoger esos (fabulosos) hombros tuyos para caber en las diminutas duchas italianas. Estoy especialmente agradecida de que Maria Brummel apareciese en mi vida justo a tiempo para ayudarme con las traducciones al italiano. (Gracias, Andy, por haber tenido el buen tino de casarte con una joven tan maravillosa.) Gracias también a Michèle Johnson y Cristina Negri por vuestra inestimable ayuda cuando más la necesitaba.

Una vez más, mis amigas escritoras acudieron en mi ayuda con su perspicacia y sus conocimientos, en especial Jennifer Cruise, Jennifer Greene, Cathie Linz, Lindsay Longford y Suzette Vann. A Jill Barnett, Kristin Hannah, Jayne Ann Krentz y Meryl Sawyer: no puedo imaginar esta obra sin vuestras amistosas llamadas telefónicas. Barbara Jepson, eres el mejor regalo que me haya hecho a mí misma nunca. Sin las muchas cosas que has hecho por mí, de manera tan eficiente y agradable, no habría tenido tiempo para escribir.

Gracias, Zach Phillips, por haber compartido conmigo tu sabiduría acerca de los modelos de comportamiento humano y de metafísica. Lidia, no sólo eres la mejor hermana del mundo, también eres la persona que mejor sabe escuchar. ¡Siempre nos quedará París! Steven Axelrod, te estaré eternamente agradecida por el modo en que nos apoyaste entonces. Ty y Dana, cuánta alegría me ha supuesto este último año que compartieseis vuestra felicidad conmigo. A las «Seppies» del panel de anuncios de mi página web: sois las mejores animadoras del mundo. Cissy Hartley y Sara Reyes han hecho un trabajo increíble creando y manteniendo al día mi página web. Y para todas las lectoras que me envían esas maravillosas cartas y esos estimulantes e-mails, muchísimas gracias. Es una estupenda manera de empezar el día.

Hace tiempo que reconocí el talento y el entusiasmo de la gente de William Morrow y Avon Books, que con tanta frecuencia han ido más allá del deber en lo tocante a mí. Carrie Feron, mi dotada editora y guardiana, también ha sido una maravillosa amiga. Estoy profundamente en deuda con todas las personas que sacan a la venta y venden mis libros, diseñan sus preciosas cubiertas y me animan. Esto incluye a Richard Aquan, Nancy Anderson, Leesa Belt, George Bick, Shannon Ceci, Geoff Colquitt, Ralph D'Arienzo, Karen Davy, Darlene Delillo, Gail Dubov, Tom Egner, Seth Fleischman, Josh Frank, Jane Friedman, Lisa Gallagher, Cathy Hemming, Angela Leigh, Kim Lewis, Brian McSharry, Judy Madonia, Michael Morrison, Gena Pearson, Jan Parrish, Chadd Reese, Rhonda Rose, Pete Soper, Debbie Stier, Andrea Sventora, Bruce Unck y Donna Waitkus. ¡Sois los mejores!

OceanofPDF.com

Para la doctora Isabel Favor el orden era un valor muypreciado. Durante la semana llevaba trajes chaqueta de color negro y corte exquisito, con zapatos de piel y un collar de perlas rodeando su garganta. Los fines de semana, se decantaba por bonitos jerséis o blusas de seda, siempre de colores neutros. Un buen peinado y todo un surtido de caros cosméticos conseguían domar, por lo general, su cabello rubio, que mostraba una tendencia natural a reordenarse por su cuenta debido a sus rebeldes rizos.

No era una mujer hermosa, pero sus ojos castaño claro estaban ubicados de manera simétrica justo donde tenían que estar, y su frente guardaba una perfecta proporción con el resto del rostro. Sus labios eran tal vez demasiado carnosos, por lo que solía disimular su turgencia con pintalabios claros, y también aplicaba maquillaje a su nariz para cubrir una mancha de pecas. Sus buenos hábitos alimentarios hacían que su piel se mantuviese rozagante y su figura delgada y sana; aunque a ella le habría gustado lucir unas caderas algo menos prominentes. En casi todos los aspectos era una mujer disciplinada, exceptuando la irregular uña del pulgar de su mano derecha. Aunque ya no se la mordía hasta dejársela en carne viva, era marcadamente más corta que el resto. Mordisquearse esa uña era el único hábito que le quedaba de unos conflictos de infancia que no había llegado a superar por completo.

Cuando las luces del Empire State se encendieron al otro lado de las ventanas de su despacho, Isabel se apretó el pulgar en el puño para resistirse a la tentación.

Sobre su escritorio *art déco* se encontraba el periódico sensacionalista más leído de Manhattan, mostrando la noticia más destacada. Aquel artículo la había perseguido todo el día, pero había estado demasiado ocupada para leerlo. Ahora era el momento de hacerlo.

LA DIVA ESTADOUNIDENSE DE LA AUTOAYUDA ES UNA
PERSONA DIFÍCIL, DOMINANTE Y EXIGENTE

La ex secretaria de la famosa conferenciante y autora de libros de autoayuda, la doctora Isabel Favor, afirma que su antigua jefa era una tirana. «Es una maníaca del control», declaró Teri Mitchell tras renunciar a su puesto de trabajo la semana pasada...

—No renunció —aclaró Isabel—. La despedí cuando descubrí un mensaje electrónico de una admiradora escrito dos meses atrás que ella ni siquiera se había molestado en abrir. —Se llevó el pulgar a la boca—. Y no soy una maníaca del control.

—¿A quién pretendes engañar? —Carlota Mendoza vació una papelería en la bolsa de basura de su carrito de limpieza—. También eres... ¿Qué otros calificativos ha utilizado... dominante y exigente? Sí, eso también.

—No lo soy. Limpia esas cosas de ahí arriba, ¿quieres?

—¿Acaso ves que haya traído la escalera? Y deja de morderte las uñas.

Isabel apartó el pulgar de la boca.

—Sigo unas reglas, eso es todo. La falta de amabilidad es un defecto. La tacañería, la envidia y la gula... también son defectos. Pero ¿acaso tengo yo alguno de ellos?

—Tienes una bolsa de chucherías guardada en el fondo del primer cajón, pero mi inglés no es demasiado bueno, así que a lo mejor no he entendido bien lo que significa gula.

—Muy graciosa. —Isabel no creía que comer pudiese aplacar su estrés, pero había tenido un día horrible, así que abrió el cajón de emergencia, sacó dos barras de Snickers y le tendió una a Carlota. Le dedicaría algo más de tiempo a sus cintas de yoga a la mañana siguiente.

Carlota se apoyó en su carrito para abrirla.

—Siento curiosidad por una cosa: ¿nunca llevas vaqueros?

—¿Vaqueros? —Isabel apretó un extremo de la barra de chocolate contra el paladar, tomándose unos segundos para saborearla antes de contestar—. Bueno, antes llevaba. —Dejó la barra en la mesa y se puso en pie—. Trae, dame eso. —Cogió el delantal de Carlota y se lo puso, se quitó los zapatos y la falda de su traje Armani y a continuación se subió al sofá para alcanzar el aplique que colgaba de la pared.

Carlota suspiró.

—Vas a contármelo otra vez, ¿verdad? Lo de que te pagaste la universidad limpiando casas

—Y oficinas y restaurantes y fábricas. —Isabel limpió las filigranas con el dedo índice—. Trabajé de camarera, atendiendo mesas, durante el posgrado. También lavé platos... Detestaba ese trabajo. Mientras escribía mi tesis, trabajé de mensajera para gente rica y perezosa.

—Como lo eres tú ahora, exceptuando lo de perezosa.

Isabel sonrió y se puso a limpiar la parte superior de un marco.

—Estoy intentando decirte algo. Trabajando duro y rezando uno puede lograr que sus sueños se hagan realidad.

—Si deseara escuchar algo así, compraría una entrada para una de tus conferencias.

—Bueno, ahora te estoy transmitiendo mi sabiduría gratis.

—Qué suerte la mía. ¿Has acabado ya? Porque tengo que limpiar otras oficinas esta noche.

Isabel bajó del sofá, le devolvió el delantal y ordenó los productos de limpieza del carrito para que tuviese a mano los más necesarios.

—¿Por qué me has preguntado lo de los vaqueros?

—Sólo intentaba imaginármelo. —Carlota se acabó la barra Snicker—. Siempre vas demasiado elegante.

—Tengo que mantener una imagen. Escribí *Las Cuatro Piedras Angulares de una vida favorable* cuando sólo tenía veintiocho años. Si no hubiese vestido de un modo conservador nadie me habría tomado en serio.

—¿Y ahora qué edad tienes? ¿Sesenta y dos? Ya es hora de que lleves vaqueros.

—Acabo de cumplir treinta y cuatro, y lo sabes.

—Vaqueros y una bonita blusa roja, una de esas ajustadas que te marquen bien las tetas. Y zapatos de tacón alto.

—Hablando de busconas, ¿te he contado lo de esas dos mujeres que hacían la calle y que ahora asisten a mi nuevo curso?

—Esas rameraas volverán a ejercer su oficio la semana que viene. No sé por qué pierdes el tiempo con ellas.

—Porque me gustan. Se esfuerzan mucho. —Isabel volvió a sentarse en su silla, empeñada en encontrarle aspectos positivos a aquel humillante

artículo del periódico—. Las Cuatro Piedras Angulares funcionan para todo el mundo, ya sean chicas de la calle o santas, y tengo miles de testimonios que lo confirman.

Carlota resopló y encendió el aspirador, poniendo fin a la conversación. Isabel lanzó el periódico a la bolsa de basura y miró hacia la hornacina iluminada en la pared de su derecha, donde se exhibía un magnífico jarrón Lalique de cristal grabado con los cuatro cuadrados entrelazados que formaban el logotipo de Isabel Favor Enterprises. Cada uno de los cuadrados representaba una de las piedras angulares de una vida favorable:

Relaciones sanas
Orgullo profesional
Responsabilidad financiera
Dedicación espiritual

Sus detractores atacaban la idea de las Cuatro Piedras Angulares aduciendo que era demasiado simplista. En más de una ocasión la habían acusado de ser una engreída y una mojigata a partes iguales, pero ella nunca se había vanagloriado de lo que había conseguido. Y tampoco era una charlatana. Ella había puesto en pie una empresa, y también conducía su propia vida, aplicando esos principios, y le gratificaba saber que su trabajo marcaba un antes y un después en la vida de la gente. Tenía cuatro libros en su haber, y un quinto saldría a la venta en pocas semanas; además de una docena de cintas de audio; toda una gira de conferencias concertadas para el año siguiente y una abultada cuenta bancaria. No estaba mal para tratarse de una tímida niñita crecida en un completo caos emocional.

Le echó un vistazo a su ordenado escritorio. También tenía un prometido, una boda que pensaba planificar durante todo un año y papeleo que despachar antes de poder irse a casa esa noche.

Se despidió de Carlota con un gesto cuando ésta se fue con su carrito. Después abrió un sobre de Hacienda que tendría que haber ido a parar a la mesa de Tom Reynolds, su contable y director financiero, pero éste había llamado el día anterior diciendo que estaba enfermo, y a ella no le gustaba que creciesen las pilas de asuntos pendientes.

Nada de eso, sin embargo, significaba que fuese una persona de trato difícil, dominante o exigente.

Rasgó el sobre con un abrecartas con el logo de la empresa grabado. Los chicos de la prensa habían estado llamándola todo el día para conocer su opinión respecto a aquel horrible artículo, pero ella se había negado a hacer comentarios. Aun así, la publicidad negativa le iba a crear problemas. Había erigido su negocio sobre el respeto y el cariño que sentía por sus seguidores, su principal motivo para esforzarse en llevar una vida ejemplar. Una imagen era algo frágil, y ese artículo iba a dañar la suya. La pregunta era: ¿hasta qué punto?

Extrajo la carta y empezó a leer. A mitad de la misma, buscó el teléfono. Justo cuando pensaba que aquel día no podía ser peor, le llegaba una nueva vuelta de tuerca: Hacienda. Y parecía una broma de mal gusto: una multa de un millón doscientos mil dólares por impago de impuestos. Ella era escrupulosamente honrada con sus impuestos, así que debía de tratarse de un error informático, lo cual no significaba que fuese a resultar sencillo solucionarlo. No le gustaba molestar a Tom cuando estaba enfermo, pero él tendría que atender aquel asunto de forma prioritaria a la mañana siguiente.

—Marilyn, soy Isabel. Tengo que hablar con Tom.

—¿Tom? —La voz de la mujer de su director financiero sonaba pastosa, como si hubiese estado bebiendo. Los padres de Isabel solían sonar así—. Tom no está aquí.

—Me alegro de que se encuentre mejor. ¿Cuándo crees que volverá? Me temo que tenemos una emergencia.

Marilyn se sorbió la nariz.

—Tendría que haberte llamado antes, pero... —Rompió a sollozar—. Pero... no podía...

—¿Qué sucede? Cuéntame.

—Se trata de Tom. Él... él... —Sus gemidos se encallaron en su garganta como si fuese un martillo neumático picando asfalto—. ¡Ha hu-hu-huido a Suramérica con mi-mi-mi hermana!

Con su hermana y, como Isabel descubriría menos de veinticuatro horas después, con todo el dinero de Isabel.

Michael Sheridan acompañó a Isabel mientras ésta tuvo que tratar con la policía, así como durante las largas y engorrosas reuniones con los funcionarios de Hacienda. No era, literalmente hablando, sólo su abogado sino el hombre al que amaba, y ella nunca se había sentido más agradecida de que formase parte de su vida. Pero ni siquiera su presencia resultó suficiente para evitar el desastre, pues a finales de mayo, dos meses después de recibir aquella desastrosa carta, sus peores temores se vieron confirmados.

—Voy a perderlo todo —dijo, y se frotó los ojos llorosos, reclinándose en el sillón Queen Anne del salón de su casa del Upper East Side. La habitación estaba recubierta con paneles de cerezo y alfombras orientales iluminadas por la suave luz de lámparas Frederick Cooper. Sabía que las posesiones terrenales eran pasajeras, pero no esperaba que fuesen tan pasajeras—. Tendré que vender esta casa... Mis muebles, mis joyas y todas mis antigüedades. —También tendría que dismantelar su fundación benéfica, que tanto bien había hecho a gente necesitada. Tendría que deshacerse de todo.

No le estaba diciendo a Michael nada que él no supiese ya, sólo intentaba hacerlo real para poder asimilarlo. Al ver que él no respondía, le miró con ternura.

—Has estado callado toda la noche. Te agoto con mis quejas, ¿verdad?

Él se apartó de la ventana desde la que estaba contemplando el parque.

—No eres una quejica, Isabel. Simplemente estás intentando reorientar tu vida.

—Amable como siempre. —Isabel le dedicó una triste sonrisa y enderezó uno de los cojines bordados del sofá.

Ella y Michael no vivían juntos —Isabel no creía en ello—, pero a veces deseaba que así fuese. Vivir separados implicaba el verse muy poco. En los últimos tiempos, apenas habían podido mantener su cena semanal de los sábados. Y en lo referente al sexo... Isabel no recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que uno de los dos había sentido deseos de hacerlo.

Desde el momento en que Isabel conoció a Michael Sheridan supo que era su alma gemela. Ambos habían crecido en el seno de familias disfuncionales y habían trabajado duro para pagarse sus estudios. Él era

inteligente y ambicioso, tan ordenado como ella e igualmente dedicado a su carrera profesional. Él había sido el primero en escuchar las conferencias sobre las Cuatro Piedras Angulares mientras ella las perfeccionaba, y dos años atrás, cuando ella escribió el libro, él contribuyó en uno de los capítulos ofreciendo el punto de vista masculino. Los admiradores de Isabel estaban al corriente de su relación y no dejaban de preguntarle cuándo se casarían.

A Isabel también le reconfortaban sus discretas y amables miradas. Su cara era fina y delicada, y siempre llevaba el pelo castaño muy bien peinado. No llegaba al metro ochenta, así que no se alzaba sobre ella como una torre, algo que la habría hecho sentir incómoda. Además, era una persona razonable y lógica. Y, por encima de todo, contenida. Con Michael nunca había momentos de mal humor o de estallidos repentinos. Era familiar y cariñoso, un tanto remilgado, en el mejor de los sentidos; perfecto para ella. Tenían pensado casarse el año anterior, pero ambos habían estado demasiado ocupados, y les iba tan bien viviendo separados que ella no había sentido la necesidad de precipitar el asunto. El matrimonio podía convertirse en algo caótico, en lugar de algo agradable, incluso en aquellos casos en que había buena base.

—Tengo el informe de ventas de mi nuevo libro. —Intentó controlar su amargura.

—Salió en un mal momento.

—Me he convertido en un chiste en el programa de Letterman. Mientras escribía sobre la piedra angular de la responsabilidad financiera, mi contable me estafaba. —Se sacó los zapatos y los empujó con el pie debajo de una silla para no tropezar con ellos. Si su editor hubiese detenido el lanzamiento del libro, podría haber evitado semejante humillación pública. Su anterior libro había permanecido dieciséis semanas en la lista de los más vendidos del *New York Times*, pero éste pasaría directamente a las estanterías de las librerías porque nadie querría leerlo—. Habré vendido unos... ¿Cuántos, cien ejemplares?

—No está tan mal.

Pero sí lo estaba. Su editor había dejado de devolverle las llamadas, y la venta de entradas para su gira de conferencias de verano iba tan mal que se había visto forzada a cancelarla. No sólo había tenido que entregar sus

posesiones materiales a Hacienda, también había perdido una reputación que le había costado muchos años conseguir.

Respiró hondo para evitar el pánico que amenazaba con superarla, e intentó centrarse en los aspectos positivos. Muy pronto dispondría de todo el tiempo del mundo para planificar su boda. Pero ¿cómo podría casarse con Michael sabiendo que él tendría que mantenerla hasta que lograra valerse por sí misma otra vez? Si es que lo conseguía...

Pero ella creía de verdad en los principios de las Cuatro Piedras Angulares, y no permitiría que los pensamientos negativos la paralizaran. Era un tema que tenían que discutir.

—Michael, sé que es tarde y que estás cansado, pero tenemos que hablar de la boda.

Él había estado sometido a un enorme estrés en el trabajo, y los problemas de Isabel no le habían ayudado demasiado. Ella intentó tocarlo, pero él dio un paso atrás.

—Ahora no, Isabel.

Isabel se recordó que ellos no eran de esas parejas que acostumbran tocarse, e intentó que aquel rechazo no le afectase, en particular habida cuenta de que era muy tarde.

—Quiero que tu vida sea más sencilla, no más dura —dijo—. Últimamente no has dicho nada acerca de la boda, pero sé que estás un poco molesto conmigo por no haber fijado una fecha. Ahora estoy en bancarrota, y la cuestión es que me cuesta mucho aceptar la idea de que alguien me mantenga. Incluso tú.

—Isabel, por favor...

—Sé que vas a decirme que eso no supone ninguna diferencia, que tu dinero es mi dinero, pero para mí sí resulta diferente. Me valgo por mí misma desde los dieciocho, y...

—Basta, Isabel.

Nunca antes había alzado la voz, pero ella se había lanzado como una locomotora, así que no le culpó. La firmeza de Isabel denotaba tanto su fuerza como su debilidad.

Michael se volvió hacia la ventana.

—He conocido a alguien—dijo.

—¿En serio? ¿De quién se trata?

La mayoría de amigos de Michael eran abogados, gente estupenda pero algo aburrida. Sin duda sería agradable añadir alguien nuevo en su círculo de amistades.

—Se llama Erin.

—¿La conozco?

—No. Es mayor que yo, tiene cerca de cuarenta. —Se volvió hacia ella—. Dios, es un desastre. Está un poco rellenita y vive en una especie de manicomio. No le preocupan el maquillaje o la ropa, y nunca lleva nada conjuntado. Ni siquiera tiene un título universitario.

—¿Y qué? No somos unos esnobs. —Isabel cogió la copa de vino que Michael había dejado sobre la mesita de café y la llevó a la cocina—. Aunque a veces podemos ser un poco estirados.

Él la siguió, hablando con una rapidez y energía que ella no había apreciado desde hacía meses.

—Es la persona más impulsiva del mundo. Es terca como un marinero y le gustan las peores películas. Sus chistes son horrorosos, y bebe cerveza, y... Pero está a gusto consigo misma... —Michael tomó aire—. Y ella también me hace sentir a gusto, y... la quiero.

—Entonces seguro que yo también la querré. —Isabel sonrió. Sonrió con todas sus fuerzas. Sonreiría para siempre. Sonreiría hasta que se le petrificase la mandíbula, porque mientras siguiese sonriendo, todo iría bien.

—Está embarazada. Erin y yo vamos a tener un hijo. Nos casaremos en el ayuntamiento la semana que viene.

La copa de vino cayó en el fregadero y se hizo añicos.

—Sé que éste no es el mejor momento, pero...

Isabel sintió un calambre en el estómago. Quería detener a Michael. Detener el tiempo. Hacer retroceder las manecillas del reloj para que nada de eso estuviese ocurriendo.

Él estaba pálido y parecía hundido.

—Los dos sabemos que lo nuestro no habría funcionado —añadió.

El aire se atascó en los pulmones de Isabel.

—Eso no es cierto. Habría sido... Habría...

No podía respirar.

—Excepto para cuestiones de negocios, apenas nos vemos.

Ella boqueó. Aferró la pulsera de oro que llevaba en la muñeca.

—Hemos estado... hemos estado demasiado ocupados, eso es todo.

—¡No hacemos el amor desde hace seis meses!

—Es... es algo temporal. —Apreció en su propia voz el mismo tono histérico de su madre, y se esforzó por mantener la calma—. Nuestra relación... nunca ha estado basada en el sexo. Ya hemos hablado de eso. Es una situación... temporal —insistió.

Michael retrocedió un paso.

—¡Por favor, Isabel! No te engañes. Nuestra vida sexual no está programada en tu jodido ordenador portátil, por eso no existe.

—¡No me hables de ordenadores portátiles! ¡Tú te llevas el tuyo a la cama por la noche!

—¡Al menos me calienta la mano!

Ella sintió como si la hubiese abofeteado.

Él se arrepintió de esas palabras hirientes.

—Lo siento. Eso era innecesario. Y además no es cierto. La mayoría de las veces estuvo bien. Sólo que... —Hizo un leve gesto—. Necesito pasión.

Isabel se aferró a la encimera.

—¿Pasión? Somos adultos. —Intentó sosegar, respirar hondo—. Si no te hace feliz nuestra vida sexual, podemos... acudir a un sexólogo. —Pero no había remedio. Aquella mujer llevaba en su vientre el hijo de Michael. El hijo que Isabel había planeado tener algún día.

—No quiero ir a un sexólogo. —Bajó la voz—. No es un problema mío, Isabel. Es tu problema.

—Eso no es verdad.

—Es... Pareces esquizofrénica cuando se trata de sexo. Algunas veces está bien, pero la mayoría es como si me estuvieses haciendo un favor y tuvieses prisa por acabar. Aun peor, a veces es como si no estuvieses allí.

—La mayoría de los hombres aprecia las pequeñas variaciones.

—Necesitas controlarlo todo. Quizás ése sea el motivo de que apenas te guste el sexo.

Isabel no podía soportar su compasiva mirada. Era ella la que tendría que compadecerse de él. Había elegido marcharse con una mujer mayor, sin gusto en el vestir, que veía películas malas y bebía cerveza. Y no era una esquizofrénica sexual...

Empezó a desmoronarse.

—Estás muy equivocado. ¡Siempre quiero sexo! ¡Vivo para ello! ¡Sólo pienso en sexo!

—La amo, Isabel.

—No es verdadero amor. Es...

—¡Deja de decirme lo que siento, maldita sea! Siempre lo haces. Crees que lo sabes todo, pero no es así.

Isabel no lo creía. Sólo quería ayudar a la gente.

—No puedes controlar esto, Isabel. Necesito una vida normal. Necesito a Erin. Y necesito al niño.

Ella quería hacerse un ovillo y ponerse a aullar de dolor.

—Entonces quédate con ella. No quiero verte nunca más.

—Intenta comprenderlo. Ella hace que me sienta... no sé... seguro. Sano. ¡Tú eres demasiado! ¡Eres demasiado en todo! ¡Me vuelves loco!

—Bien. Vete.

—Espero que podamos hacer esto de forma civilizada, que sigamos siendo amigos.

—No podemos. Sal de aquí.

Y él así lo hizo. Sin decir una palabra más. Se limitó a darse la vuelta y salir de su vida.

Isabel se inclinó sobre el fregadero y abrió el grifo, pero le faltaba el aire. Llegó tambaleándose hasta la ventana de la cocina y sacó la cabeza para respirar aire fresco. Llovía. No le importó. Inspiró por la boca y rebuscó en su cabeza las palabras necesarias para rezar, pero no las encontró. Y entonces sintió el golpe.

Relaciones sanas

Orgullo profesional

Responsabilidad financiera

Dedicación espiritual

Las Cuatro Piedras Angulares de una vida favorable cayeron sobre su cabeza.

OceanofPDF.com

Lorenzo Gage era pecaminosamente apuesto. Su cabello oscuro, abundante y aterciopelado y sus ojos azules, fríos y penetrantes, le daban un fiero aspecto. Sus finas cejas negras, que dibujaban sugestivos ángulos, y su frente hablaban de una antigua aristocracia teñida de corrupción. Sus labios eran cruelmente sensuales y sus mejillas podrían haber sido talladas con el cuchillo que empuñaba.

Gage se ganaba la vida matando gente. Su especialidad eran las mujeres. Mujeres hermosas. Les pegaba, las torturaba, las violaba y asesinaba. A veces, con una bala directa al corazón. Otras, rebanándoles el cuello. Una de dos.

La pelirroja que yacía sobre la cama llevaba tan sólo bragas y sujetador. Su piel brillaba como el marfil sobre las sábanas negras de raso mientras la miraba.

—Me has traicionado —dijo él—. No me gusta que las mujeres me traicionen.

La mujer lo miró aterrorizada. Mejor así.

Él se inclinó sobre la cama y apartó la sábana de sus muslos con la punta del cuchillo. Aquel gesto heló la sangre de la mujer. Gritó, se levantó de un brinco y corrió hacia la puerta de la habitación.

A Gage le gustaba cuando se resistían, por lo que la dejó alcanzar la puerta antes de atraparla. Ella luchó por liberarse. Cuando él se aburrió de su resistencia, le torció el brazo. Un violento bofetón la lanzó sobre la cama, con aquellos adorables muslos abiertos. Él no mostró emoción alguna más allá de un sutil parpadeo de anticipación. En ese momento, sus carnosos labios esbozaban una cruel sonrisa, y con una mano se abrió la hebilla plateada del cinturón.

Gage se estremeció. Su estómago era impredecible cuando llegaba la parte de las atrocidades, sabiendo, al contrario que el resto de los espectadores, qué iba a suceder. Había esperado que el doblaje al italiano le distrajese lo suficiente de la carnicería que aparecía en la pantalla y le

permitiese ver su última película, pero los vestigios de una desagradable resaca combinados con los serios efectos del *jet lag* conspiraron en su contra. No era fácil ser el psicópata preferido de Hollywood.

En los viejos tiempos, John Malkovich habría hecho el trabajo, pero desde el momento en que el público posó los ojos en Ren Gage, quiso seguir viendo aquella seductora cara de malvado. Hasta esa noche había evitado ver *Alianza sangrienta*, pero dado que las críticas habían dejado la película por los suelos, decidió echarle un vistazo. Craso error.

Violador, asesino en serie, matón a sueldo. Una forma diabólica de ganarse el pan. Además de todas las mujeres de las que había abusado hasta la muerte, había torturado a Mel Gibson, golpeado a Ben Affleck en las rodillas con una barra de hierro, provocado una herida casi mortal a Pierce Brosnan, y perseguido a Denzel Washington con un helicóptero dotado de armamento nuclear. Incluso había matado a Sean Connery. Ardería en el infierno por ello. Nadie se la jugaba a Sean Connery.

Aun así, las grandes estrellas solían acabar con él antes de que finalizase la película. A Ren lo habían apaleado, quemado, decapitado y castrado; y eso dolía. Ahora estaba siendo públicamente vilipendiado por haber hecho que la actriz preferida de América se suicidase. Aunque debería tenerse en cuenta que no se trataba de la vida real. ¿O sí? Su propia, real y jodida vida.

Todos aquellos gritos retumbaron en su cabeza. Alzó la vista hacia la pantalla a tiempo de ver el chorro de sangre cuando la pelirroja pasó a mejor vida. Mala suerte, cariño. Eso es lo que pasa cuando te atrapa una cara bonita.

Ni su cabeza ni su estómago podían resistirlo por más tiempo, así que salió del oscuro cine. Sus películas eran un gran negocio a escala internacional, y mientras se mezclaba con la multitud que disfrutaba de la templada noche florentina echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie le reconocía; los turistas y los lugareños estaban demasiado ocupados disfrutando de las ajetreadas calles como para reparar en su presencia.

Lo último que deseaba era tener que vérselas con sus admiradores, de ahí que se hubiese tomado su tiempo para modificar su aspecto antes de salir del hotel, a pesar de que su cara evidenciaba los efectos de haber dormido menos de dos horas. Se había puesto lentes de contacto de color castaño para ocultar sus inconfundibles ojos azul plateado y llevaba el pelo suelto;

todavía largo y lustroso debido a la película cuyo rodaje en Australia había finalizado dos días atrás. Tampoco se había afeitado, esperando que de ese modo pasasen desapercibidas las líneas de su mandíbula, marca de sus ancestros, los Médicis. Aunque prefería llevar vaqueros, se vistió según los cánones de un italiano acomodado: camisa negra de seda, pantalones oscuros y unos exquisitos mocasines con un rasguño en uno de los talones, debido a que era tan poco cuidadoso con la ropa como con las personas. Tratar de pasar inadvertido era una experiencia relativamente nueva. Por lo general, si había algún foco por los alrededores, le gustaba ponerse al alcance de su luz. Pero no en ese momento.

Lo mejor era regresar al hotel y dormir hasta el mediodía, pero se sentía inquieto. Si sus colegas hubiesen estado por allí, tal vez podrían haber ido a un club; aunque tal vez no. Los clubes habían perdido todo su atractivo. Por desgracia, Gage era un ave nocturna, por lo que no imaginaba qué podría hacer al respecto.

Pasó frente al escaparate de una carnicería. La cabeza disecada de un jabalí le miró a través del cristal y él apartó la vista. Los últimos dos días habían sido un desastre. Karli Swenson, de la que había sido novio hacía un tiempo, una de las actrices preferidas de Hollywood, se había suicidado la semana anterior en su casa de Malibú, junto a la playa. Karli tenía un largo historial de consumo de cocaína, así que Ren supuso que el suicidio estaba relacionado con las drogas, lo cual le fastidiaba tanto que ni siquiera podía llorar su pérdida. De una cosa estaba seguro: Karli no se había matado por su culpa.

Incluso cuando estaban juntos, Karli se preocupaba más de lo que se metía por la nariz que de él, pero el público la adoraba, y los periódicos sensacionalistas querían historias más succulentas que las cuestiones relacionadas con drogas. No hubo sorpresas: decidieron que había sido culpa de Ren. La crueldad y el desapego que el chico malo de Hollywood manifestaba hacia las mujeres habían llevado a Karli a la tumba.

Todas esas historias en torno al chico malo le habían ayudado a consolidar su carrera, por lo que no podía culpar a los medios, aunque seguía sin gustarle el modo en que lo habían expuesto. Por eso había decidido poner tierra de por medio durante unas seis semanas, hasta que diese comienzo el rodaje de su siguiente película.

En un principio había planeado llamar a una antigua novia, irse al Caribe y reanudar su relación sexual en el punto en que la habían dejado unos meses atrás, antes de iniciar el rodaje de su última película. Pero el alboroto que se había organizado en torno a la muerte de Karli le llevó a querer poner algo más de distancia respecto de Estados Unidos, y acabó decidiéndose por Italia. No sólo era la tierra de sus ancestros, sino también el lugar donde se rodaría su siguiente película. Tendría así la oportunidad de empaparse de la atmósfera, para meterse mejor en la piel de su nuevo personaje. Y de que, ninguna de sus antiguas novias, ansiosas de publicidad, se interpondrían en su camino.

Qué demonios. Podría soportar el estar solo durante unas semanas, hasta que se extinguiera el fuego provocado por el suicidio de Karli, y luego volver a la palestra. De momento, la idea de ir de incógnito suponía suficiente novedad como para tenerle entretenido.

Alzó la vista y se percató de que estaba caminando sin rumbo por el centro de Florencia, en medio de la Piazza della Signoria. No recordaba la última vez que había estado solo. Caminó por los adoquines en dirección al Rivoire y consiguió una mesa bajo el toldo. Un camarero se dispuso a tomar nota de su pedido. Habida cuenta de su resaca, tendría que haber pedido soda, pero él rara vez hacía lo que se suponía que tenía que hacer, así que pidió una botella del mejor Brunello. El camarero tardó demasiado en traerla, por lo que Ren le increpó cuando por fin lo hizo. Su mal humor era fruto de la falta de sueño, de haber bebido y del hecho de que estaba completamente agotado. Era consecuencia de la triste muerte de Karli, y de un sentimiento general respecto a que su dinero y su fama no eran suficientes. Se sentía hastiado, inquieto, y quería más. Más fama. Más dinero. Más... lo que fuese.

Se recordó que su siguiente película le proporcionaría todo eso. Cualquier actor desearía interpretar el papel del villano Kaspar Street, pero se lo habían ofrecido a Ren Gage. Era el papel capaz de darle lustre a toda una carrera, la oportunidad de convertirse en uno de los grandes.

Lentamente, sus músculos se fueron destensando. *Asesinato en la noche* requeriría meses de duro trabajo. Hasta que diese comienzo el rodaje intentaría disfrutar de Italia. Se relajaría, comería bien y haría aquello que

mejor se le daba. Se repantigó en la silla, bebió un sorbo de vino y esperó a que la vida le entretuviese.

Cuando Isabel observó la cúpula rosa y verde del Duomo recortada contra el cielo nocturno, se dijo que la imagen más famosa de Florencia parecía más chillona que imponente. No le gustaba la ciudad. Incluso por la noche estaba atestada de gente y era bulliciosa. Italia tal vez gozase de una merecida tradición como lugar al que acudían para curarse mujeres aquejadas de cuitas sentimentales, pero, para ella, salir de Nueva York había sido un terrible error.

Se dijo que tenía que tener paciencia. Había llegado el día anterior, y Florencia no era su meta final. El destino, y el cambio de opinión de su amiga Denise, así lo habían dispuesto. Denise había soñado durante años con viajar a Italia. Finalmente se había decidido a pedir una excedencia en su trabajo de Wall Street y había alquilado una casa en la campiña de la Toscana para septiembre y octubre. Había pensado aprovechar ese tiempo para empezar a escribir un libro acerca de estrategias de inversión para mujeres solteras. «Italia es el lugar perfecto para encontrar la inspiración — le había dicho Denise a Isabel por encima de una pera glaseada y una ensalada de endibias en Jo Jo's, el restaurante favorito de ambas—. Escribiré todo el día, después degustaré platos exquisitos y beberé buen vino por la noche.»

Pero poco después de firmar el contrato de alquiler de la casa de sus sueños en la Toscana, Denise encontró al hombre de sus sueños y declaró que le era imposible marcharse de Nueva York. Así fue como Isabel acabó aceptando hacerse cargo durante esos dos meses del razonable alquiler por una casa en la Toscana.

No podría haber sucedido en mejor momento. Vivir en Nueva York se había convertido en algo insoportable. La empresa de Isabel Favor había dejado de existir. Había cerrado su oficina. No tenía contrato editorial alguno, ni gira de conferencias, y disponía de poco dinero. Su casa de ladrillo rojo, así como casi todas sus posesiones, habían caído bajo el mazo implacable del auditor, porque no podía hacerse cargo de las deudas. Incluso había perdido el jarrón de cristal Lalique grabado con su logotipo.

Lo único que le quedaba era su ropa, una vida partida por la mitad y dos meses en Italia para concebir cómo empezar de nuevo.

Alguien la empujó y ella trastabilló. Se hizo un claro en la multitud, y la neoyorquina que llevaba dentro dejó de sentirse segura, así que se encaminó por la Via dei Calzaiuoli hacia la Piazza della Signoria. Mientras caminaba, se dijo que había tomado la decisión adecuada. Sólo romper de forma clara con lo conocido podía aclarar su mente lo suficiente como para poder controlar los sentimientos que le llevaban a desear llorar desconsoladamente. Después de un tiempo, estaría en disposición de seguir adelante.

Había trazado un plan muy concreto de cómo daría comienzo a la reinención de su propia vida. Soledad. Descanso. Contemplación. Acción. Cuatro partes, como las Cuatro Piedras Angulares.

«¿Has actuado alguna vez de forma impulsiva? —le había dicho Michael—. ¿Tienes que planificarlo todo?»

Habían pasado poco más de tres meses desde que Michael la había dejado por otra mujer, pero su voz resonaba en su conciencia tan a menudo que a duras penas podía pensar. Hacía un mes lo había visto fugazmente en Central Park con el brazo por encima del hombro de una mujer embarazada de aspecto desaliñado, e incluso a veinte metros de distancia Isabel había oído sus risas, un poco ridículas, casi estúpidas. Durante todo el tiempo que habían pasado juntos, nunca se comportaron de forma estúpida. Isabel temía ahora haber olvidado cómo hacerlo.

La Piazza della Signoria estaba tan abarrotada de gente como el resto de Florencia. Los turistas se arremolinaban alrededor de las estatuas, y un par de músicos rasgueaban sus guitarras cerca de la fuente de Neptuno. El intimidante Palazzo Vecchio, con su almenada torre del reloj y los estandartes medievales, se alzaba sobre el bullicio nocturno tal como venía haciéndolo desde el siglo xiv.

Aquellos zapatos de piel, por los que había pagado trescientos dólares el año anterior, la estaban matando, pero la idea de regresar al hotel le resultaba demasiado deprimente. Vio los toldos de color beige y marrón del Rivoire, un café incluido en su guía de viaje, y se abrió paso entre un grupo de turistas alemanes para hacerse con una mesa.

—*Buona sera, signora...* —El camarero debía de tener sesenta años, por lo menos, pero eso no le impidió flirtear con ella mientras tomaba nota de la copa de vino que pidió. Le habría encantado comerse un buen *risotto*, pero los precios eran tan altos como las calorías que contenían los platos. ¿Cuánto tiempo hacía que no se preocupaba por los precios de los menús?

Cuando el camarero se fue, colocó el salero y el pimentero en el centro exacto de la mesa y después desplazó el cenicero hasta el borde. Michael parecía muy feliz con su nueva vida. «Eres demasiado —le había dicho—. Demasiado en todo.» Entonces ¿por qué se sentía tan poca cosa?

Se bebió la primera copa de vino más deprisa de lo que debería haberlo hecho y pidió otra. La larguísima relación con los excesos personales de sus padres le había llevado a recelar del alcohol, pero se hallaba en el extranjero, y el vacío que había estado creciendo en su interior durante meses se había vuelto insoportable.

«No es un problema mío, Isabel. Es tu problema.»

Se había prometido a sí misma no darle más vuelta al asunto esa noche, pero al parecer no lo conseguía.

«Necesitas controlarlo todo. Quizás ése sea el motivo de que apenas te guste el sexo.» Ese comentario había sido muy injusto. Le gustaba el sexo. Incluso había empezado a jugar con la idea de tener un amante para probar qué se sentía, pero se oponía a mantener relaciones sexuales sin un compromiso afectivo. Era otro detalle del legado que había supuesto presenciar los errores de sus padres. Limpió el rastro de carmín que había dejado en la copa de vino. El sexo suponía complicidad, pero Michael parecía haberlo olvidado. Si no estaba satisfecho, tendría que haberlo hablado con ella.

Sus pensamientos estaban haciendo que se sintiese peor de lo que se sentía cuando llegó a la *piazza*, así que se acabó su segunda copa de vino y pidió otra. Una noche de exceso difícilmente la convertiría en una alcohólica.

En la mesa de al lado, dos mujeres fumaban, gesticulaban y elevaban los ojos al cielo ante la absurdidad de la vida. Un grupo de estudiantes americanos, justo a su espalda, se atiborraban de pizza y helado, mientras una pareja de viejos se miraban mientras tomaban sus aperitivos.

«Quiero pasión», había dicho Michael.

Las implicaciones eran demasiado dolorosas como para tenerlas en cuenta, así que observó las estatuas al otro lado de la *piazza*, las copias de *El rapto de las Sabinas*, el *Perseo* de Cellini y el *David* de Miguel Ángel. Después sus ojos se posaron en el hombre más increíble que había visto jamás, sentado tres mesas más allá. Era un retrato de decadencia italiana enfundado en una arrugada camisa de seda negra con una oscura sombra de barba en su mandíbula, el pelo largo y unos ojos sensuales. Dos largos y elegantes dedos rodeaban la copa de vino que pendía indolente de su mano. Parecía un hombre rico, arruinado y aburrido: Marcello Mastroianni sin su cara de comediante y esculpido como la belleza masculina perfecta propia de un nuevo milenio presidido por la avaricia. Había algo vagamente familiar en él. Su cara podría haber sido pintada por uno de los maestros del Renacimiento, Miguel Ángel, Botticelli, Rafael. Tal vez por eso tenía la sensación de haberlo visto antes.

Se dispuso a estudiarlo con detenimiento, sólo para comprobar que él también la estudiaba...

Ren la había estado observando desde su llegada. Había pasado por dos mesas vacías antes de encontrar la que le satisfacía. Había colocado bien la sal y la pimienta en cuanto se sentó. Una persona refinada. La marca de su inteligencia resultaba tan visible como sus zapatos de diseño italiano, e incluso a aquella distancia irradiaba una seriedad y una determinación que él encontró tan sexy como sus labios carnosos.

Aparentaba poco más de treinta años, su maquillaje era discreto y su vestuario sencillo, del tipo que tan bien sentaba a las mujeres europeas. Su cara era más intrigante que hermosa. No era una de esas delgaduchas actrices de Hollywood, pero le gustaba su cuerpo: pechos en proporción a sus caderas, cintura fina y la promesa de unas largas piernas bajo aquellos pantalones negros. El pelo rubio de aquella mujer tenía unas mechas con las que sin duda no había nacido, pero él habría apostado a que era lo único artificial en ella. No tenía uñas ni pestañas postizas. Y en caso de haberse implantado silicona en los pechos, los habría mostrado en lugar de esconderlos bajo aquel bonito jersey negro.

Vio que se acababa la primera copa de vino y pedía otra. Le dio un mordisquito a la uña de su pulgar. El gesto parecía fuera de lugar en una mujer como ella, lo cual la convirtió en algo extrañamente erótico.

Observó también al resto de mujeres que había en el café, pero sus ojos volvieron a ella, que en ese momento se acababa la segunda copa de vino. Las mujeres solían irle detrás, él nunca las buscaba. Pero había pasado bastante tiempo desde la última vez y esa mujer tenía algo.

Qué demonios.

Se retrepó en la silla y le dedicó una de sus patentadas miradas ardientes.

Isabel sintió sus ojos sobre ella. Aquel hombre rezumaba sexualidad. Su tercera copa de vino le llevó a superar su deprimente estado de ánimo, y su atención se agudizó. Ese hombre sin duda sabía lo que era la pasión.

Ren se inclinó ligeramente hacia un lado y enarcó una de sus oscuras y angulares cejas. Ella no estaba acostumbrada a tan flagrantes insinuaciones.

Los hombres guapos se acercaban a la doctora Isabel Favor en busca de consejo, no de relaciones sexuales. Era demasiado intimidante.

Desplazó el salero y el pimentero un centímetro hacia la derecha. No parecía americano, y su trabajo aún no tenía difusión internacional, por lo que él no podía haberla reconocido. No, aquel hombre no estaba interesado en la sabiduría de la doctora Favor. Quería sexo.

«No es un problema mío, Isabel, sino tuyo.»

Ella alzó la vista y Ren sonrió, haciéndole dar un vuelco a su maltrecho corazón.

Ese hombre no cree que yo sea una esquizofrénica sexual, Michael. Ese hombre es capaz de reconocer a una mujer sexualmente poderosa cuando la ve.

Él la miró fijamente a los ojos y, de forma intencionada, se tocó la comisura de los labios con un dedo. Algo cálido creció en el interior de Isabel, como una capa de hojaldre cociéndose. Observó, fascinada, cómo su nudillo se deslizaba hacia la ligera depresión de su labio superior. El gesto era tan descaradamente sexual que ella debería haberse sentido ofendida. En lugar de eso, bebió otro sorbo de vino y esperó a ver qué sucedía.

Él se puso en pie, cogió las gafas de sol y se acercó a ella. Las dos mujeres italianas sentadas a la mesa de al lado dejaron de hablar para mirarle. Una de ellas descruzó las piernas. La otra se removió en la silla. Eran jóvenes y hermosas, pero aquel ángel caído renacentista iba como una flecha hacia Isabel.

—*Signora?* —Hizo un ademán hacia la silla vacía al otro lado de la mesa —. *Posso farti compagnia?*

Ella asintió a pesar de que su cerebro le había ordenado responder que no. Él se sentó en la silla, seductor como una sábana negra de raso.

De cerca no parecía tan devastador, pero sus ojos tenían un brillo depredador, y el asomo de barba de su mandíbula parecía más bien producto de la fatiga que de una intención estética. De forma perversa, aquel toque descuidado intensificaba su sexualidad.

Apenas le sorprendió oírse decir en francés:

—*Je ne parle pas italien, monsieur.*

Vaya... Una parte de su mente le ordenó que se pusiese en pie y se largase. La otra le dijo que no tuviese tanta prisa. Llevó a cabo una rápida comprobación para descubrir si había algún detalle que indicase que era americana, pero Europa estaba repleta de mujeres rubias, y muchas, al igual que ella, se hacían mechass en el pelo. Vestía de negro, como él: finos pantalones y un elegante jersey sin mangas y con cuello de cisne. Sus cómodos zapatos eran italianos. La única joya que llevaba era un fino brazalete de oro con la palabra «respira» grabada en el interior, para recordarse que tenía que mantenerse centrada. No había estado comiendo, así que él no sabía si se pasaba el tenedor de la mano izquierda a la derecha tal como hacían los americanos después de cortar la comida.

¿Qué significa esto? ¿Por qué lo estás haciendo?

Porque el mundo, tal como ella lo conocía, se había derrumbado a su alrededor. Porque Michael no la amaba, había bebido mucho vino, estaba cansada de tener miedo y quería sentirse como una mujer en lugar de como una institución en bancarrota.

—*È un peccato.* —Ren se encogió de hombros al maravilloso estilo de los italianos—. *Non parlo francesca.*

—*Parlez-vous anglais?*

Él negó con la cabeza y se tocó el pecho.

—*Mi chiamo Dante.*

Se llamaba Dante. Qué apropiado en aquella ciudad antaño hogar de Dante Alighieri.

Ella se tocó también el pecho.

—*Je suis... Annette.*

—*Annette. Molto bella.* —Él alzó su copa de un modo sensual, brindando en solitario.

Dante... El nombre calentó el vientre de ella como si de almíbar caliente se tratase, y el aire de la noche adquirió un toque de almizcle.

Él le tocó la mano y ella bajó la vista, pero no la retiró. Por el contrario, bebió otro sorbo de su copa. Él empezó a jugar con sus dedos, dándole a entender que se trataba de algo más que un flirteo casual. Era seducción, y el hecho de que fuese algo calculado la preocupó durante unos segundos. Estaba demasiado desmoralizada para sutilezas.

«Mantén bello tu cuerpo —indicaba la Piedra Angular de la Dedicación Espiritual—. Eres un tesoro, la mayor creación de Dios...» Ella lo creía a pies juntillas, pero Michael había hecho añicos su alma, y ese ángel llamado Dante era una oscura promesa de redención, así que le sonrió y no movió la mano.

Él se inclinó un poco más sobre la mesa, sintiéndose cómodo con su cuerpo como pocos hombres eran capaces de sentirse. Isabel envidió su arrogancia física.

Juntos observaron a los bulliciosos estudiantes americanos. Él pidió una cuarta copa de vino para ella. Y ella se sorprendió flirteando con la mirada. *Mira, Michael, sé cómo hacerlo. ¿Y sabes por qué? Porque soy mucho más sexual de lo que tú crees.*

Le alegró que la barrera del lenguaje hiciese imposible la conversación. Su vida siempre había estado llena de palabras: conferencias, libros, entrevistas. Emitían sus vídeos por la televisión pública. Ella había hablado y hablado y hablado... ¿Y dónde le había llevado eso?

Un dedo de Ren se deslizó bajo su mano y rozó la palma en un gesto puramente carnal. Savonarola, el enemigo de cualquier forma de sexualidad en el siglo xv, había sido quemado en la hoguera en aquella misma *piazza*. ¿La quemarían a ella? Ella ardía ya en ese instante, y la cabeza le daba vueltas. Aun así, no estaba lo bastante borracha como para no darse cuenta de que la sonrisa de aquel hombre no alcanzaba a su mirada. Sin duda había hecho lo mismo un millón de veces. La cosa iba de sexo, no de sinceridad.

Fue entonces cuando ella cayó en la cuenta. Era un gigoló.

Empezó a retirar la mano. Pero ¿por qué? Eso, simplemente, hacía que las cosas pasasen a ser en blanco y negro, algo que por lo general ella apreciaba. Llevó la copa a sus labios con la mano libre. Había ido a Italia para reinventar su vida, pero ¿cómo hacerlo sin borrar la desagradable acusación de Michael que seguía martirizándola? La hacía sentir marchita y vacía. Intentó frenar su desesperación.

Tal vez Michael fuese el responsable de sus problemas sexuales. ¿Acaso Dante, el gigoló, no había mostrado más sensualidad en esos pocos minutos que Michael en cuatro años? Tal vez un profesional podría conseguir lo que un aficionado no podía. Al menos, podía confiar en que un profesional tocaría los botones adecuados.

El hecho de que pensase siquiera en algo así la sorprendió, pero los últimos seis meses la habían atontado demasiado para escandalizarse. Como psicóloga, sabía que era imposible empezar una nueva vida ignorando los problemas del pasado. Los problemas regresaban siempre.

Sabía que no podría tomar una decisión acerca de algo tan importante si no estaba sobria. Por otra parte, estando sobria nunca habría barajado aquella posibilidad, y eso, de repente, le pareció el peor error que podría haber cometido. ¿Qué mejor uso podía darle al dinero que le quedaba que utilizarlo para desprenderse de su pasado y así poder seguir adelante? Ésa era la pieza que le faltaba al plan que había trazado para reinventarse a sí misma.

Soledad, descanso, contemplación y curación sexual..., cuatro pasos que llevarían al quinto: acción. Y todo, más o menos, en conexión con las Cuatro Piedras Angulares.

Él se tomó su tiempo para acabarse el vino, acariciándole la palma de la mano, deslizando el dedo bajo el brazalete de oro hasta alcanzar el pulso en su muñeca. Pero de pronto empezó a aburrirle aquel juego y dejó unos billetes sobre la mesa. Se puso en pie y extendió una mano hacia ella.

Era el momento de tomar una decisión. Todo lo que tenía que hacer era negar con la cabeza. Había una docena de mujeres sentadas a escasa distancia, y él no montaría escándalo alguno.

«El sexo no puede curar tus heridas interiores —solía decir la doctora Favor en sus conferencias—. El sexo, sin un amor profundo y permanente, lo único que consigue es que te sientas triste y pequeña. Así que cura antes tus heridas. ¡Cúrate a ti mismo! Después podrás pensar en el sexo. Porque si utilizas el sexo para esconder tus adicciones, para herir a las personas que abusaron de ti y para paliar tus inseguridades, sólo conseguirás que tus heridas interiores duelan más...»

Pero la doctora Favor estaba ahora en bancarrota, y el rubio del café florentino no había tenido que escucharla. Isabel se puso en pie y le tendió la mano.

Las rodillas le flaquearon debido al vino mientras él la sacaba de la *piazza* y se adentraban en las callejuelas. Se preguntó cuánto le costaría, y esperó tener suficiente dinero. De no ser así, utilizaría su sobrecargada tarjeta de crédito. Caminaron en dirección al río. De nuevo, experimentó un

curioso sentimiento de familiaridad con aquel hombre. ¿Habían retratado su rostro los Antiguos Maestros? Pero su cerebro estaba demasiado confuso para recordarlo.

Él señaló el escudo de armas de los Médicis en el lado de un edificio, e hizo un gesto hacia un parterre cubierto de flores blancas alrededor de una fuente. Guía turístico y gigoló en un mismo paquete. La vida siempre proveía. Y esa noche le había proporcionado el eslabón perdido de su plan para poner en marcha una nueva vida.

No le gustaba que los hombres fuesen más altos que ella, y él era una cabeza más alto que ella, aunque pronto estaría tumbado, por lo que no supondría un problema. Podía estar casado, pero apenas parecía domesticado. También podía ser un asesino en serie, pero aparte de la mafia, los italianos solían preferir el robo al asesinato.

Olía a persona pudiente —un perfume a limpio, exótico y tentador—, pero esa esencia parecía proceder de su cuerpo. Tuvo una visión de él empujándola contra uno de aquellos antiguos edificios de piedra, bajándole la ropa y penetrándola, aunque tendrían que acabar muy rápido, y acabar no era precisamente la cuestión. La cuestión se centraba en acallar la voz de Michael para poder seguir adelante con su vida.

El vino ingerido entorpecía sus movimientos, y tropezó. Oh, era una buscona, de acuerdo. Él la detuvo y después señaló la puerta de un pequeño y lujoso hotel.

—*Vuoi venire con me al'albergo.*

No entendió sus palabras, pero la invitación era evidente.

«¡Quiero pasión!», le había dicho Michael. *Bueno, ¿qué te parece, Michael Sheridan? Yo también quiero pasión.*

Entraron en el pequeño vestíbulo. Su exquisito mobiliario era tranquilizador: cortinas de terciopelo, sillas doradas, suelo de terrazo. Al menos llevarían a cabo aquel sórdido encuentro sobre sábanas limpias. Y ése no era el tipo de lugar que escogería un lunático para asesinar a una turista ingenua y ligera de cascos.

El encargado de recepción le dio a Dante una llave, lo que significaba que estaba registrado en aquel hotel. Un gigoló de clase alta. Sus hombros se rozaron en el minúsculo ascensor, y ella supo que el calor en su estómago era fruto de algo que iba más allá del vino y la infelicidad.

Salieron a un pasillo iluminado a media luz. Isabel le miró, y a su mente acudió una extraña imagen de un hombre vestido de negro disparando un arma de asalto. ¿De dónde había salido esa imagen? A pesar de que no se sentía ciento por ciento segura con él, tampoco sentía que estuviese en peligro físicamente. Si tenía pensado matarla, debería haberlo hecho en uno de los callejones por los que habían pasado, no con un arma de asalto en un hotelito elegante.

Él la llevó hasta el final del pasillo y apoyó en su brazo una mano firme, quizás una señal de que era el momento de pagar.

Oh, Dios... ¿Qué estaba haciendo?

«El buen sexo, el mejor sexo, tiene que tener lugar tanto en la mente como en el cuerpo.»

La doctora Isabel Favor estaba en lo cierto. Pero esto no tenía que ver con el buen sexo. Tenía que ver con el sexo prohibido y peligroso en una ciudad extranjera con un desconocido. Sexo para librar su mente del miedo. Sexo para asegurarse de que seguía siendo una mujer. Sexo para remendar las roturas y poder seguir adelante.

Abrió la puerta y encendió la luz. Era un gigoló caro. No era una simple habitación de hotel sino una elegante suite, aunque pequeña, con la ropa brotando de la maleta abierta y los zapatos esparcidos por el suelo.

—*Vuoi un poco di vino?*

Isabel reconoció la palabra «vino» y quiso asentir, pero se sintió confusa y negó con la cabeza. El gesto fue demasiado rápido, y a punto estuvo de perder el equilibrio.

—*Va bene.* —Un leve y cortés movimiento de la cabeza antes de dirigirse al dormitorio. Se movía como una criatura de la oscuridad, morosa y hechizada.

O quizás era ella la hechizada por no marcharse de allí. Le siguió hasta la puerta y le vio acercarse a la ventana e inclinarse para abrir las contraventanas. La brisa hizo ondear su largo y sedoso pelo, en tanto la luz de la luna le sacó destellos plateados. Él hizo un gesto hacia el exterior.

—*Veni vedere. Il giardino è bellissimo di notte.*

Ella sintió como si tuviese los pies hundidos en barro mientras cruzaba el dormitorio. Bajó la vista y vio una docena de mesas en un jardín atestado de

flores, con las sombrillas cerradas durante la noche. Más allá de los muros podía oírse el tráfico, y ella creyó apreciar incluso un atisbo del aroma del Arno.

Él le pasó la mano por el pelo. Había realizado su primer movimiento.

Isabel todavía podía marcharse. Podía hacerle comprender que había sido un gran error, la madre de todos los errores. ¿Cuánto tienes que pagarle a un gigoló que no ha finalizado su trabajo? ¿Hay que dejarle propina? Si se iba...

Pero él la estaba acercando hacia sí. La abrazaba, y eso no era malo. Hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba. Era muy diferente a cuando Michael lo hacía. Su altura resultaba un tanto desagradable, sin duda, pero no su musculatura.

Él inclinó la cabeza y ella se apartó un poco, pues no estaba preparada para empezar con un beso. Entonces se recordó que se trataba de una especie de cura.

Sus labios tocaron los de Isabel justo en el ángulo adecuado. El deslizamiento de su lengua fue perfecto, ni muy tímida ni demasiado avasalladora. Fue un buen beso, ejecutado con elegancia, sin ruiditos. Muy halagador. Demasiado halagador. Pero a pesar de su confusión, Isabel sabía que no había nada de él en aquel beso, sólo era el trabajo de un experto. Lo cual no estaba mal. Era justamente lo que hubiese esperado... en caso de haber tenido tiempo para esperar algo.

¿Qué estaba haciendo ella allí?

Cállate y deja que este hombre haga su trabajo. Piensa en él como un sustitutivo sexual. Las más reputadas terapeutas los recomiendan, ¿no es así?

Él se estaba tomando su tiempo, Isabel empezó a excitarse. Su caballerosidad le daba muchos puntos a su favor.

Deslizó la mano bajo el jersey antes de que ella estuviese preparada, pero no intentó detenerlo. Michael estaba equivocado. Ella no necesitaba tenerlo todo bajo control. Por otra parte, el tacto de Dante era agradable, así que estaba claro que ella no era un bicho raro. ¿O sí? Él le desabrochó el sujetador y ella se tensó. *Relájate y deja que este hombre haga su trabajo. Esto es completamente natural, a pesar de que él sea un extraño.*

Bien, ella iba a permitir que le acariciase los pezones. Sí, tal como estaba haciendo ahora. Era muy habilidoso... se tomaba su tiempo. Quizás ella y Michael se apresuraban demasiado en llegar al final, pero ¿qué otra cosa podía esperarse de dos adictos a los resultados?

Dante parecía disfrutar acariciándole los pechos, lo cual no estaba nada mal. Michael había disfrutado de ellos, pero Dante parecía todo un experto en la materia.

La apartó de la ventana, la llevó hacia la cama y le alzó el jersey. Antes de eso, sólo había podido tocarle los pechos. Ahora también podía verlos, y a ella le pareció una especie de intrusión en su intimidad, pero no se bajó el jersey, pues eso hubiese confirmado la opinión de Michael.

Él le acarició los pechos, y después inclinó la cabeza y se introdujo un pezón en la boca. El cuerpo de Isabel empezó a soltar amarras.

Sintió que los pantalones se deslizaban por sus caderas. Ella era de las que colaboran, por lo que se sacó los zapatos. Él dio un paso atrás para quitarle el jersey y también el sujetador. Era un mago en lo que a ropa femenina se refería. Nada de movimientos torpes o inútiles, todo perfecto y acompañado por los incomprensibles comentarios en italiano susurrados al oído.

Isabel estaba de pie frente a él, con sus braguitas de encaje beige y el brazalete de oro en una muñeca. Él se quitó los zapatos y los calcetines — de un modo armónico— y desabotonó su camisa de seda negra con lentos y expertos movimientos, propios de un *stripper* masculino, dejando a la vista una bonita musculatura. Aquel hombre trabajaba duro para mantener en forma su herramienta de trabajo.

Posó los pulgares en los pezones de Isabel, aún húmedos. Los apretó entre sus dedos y ella sintió que se salía de su propio cuerpo, que no dejaba de ser una sensación agradable: cuanto más se alejase mejor.

—*Bella* —susurró él con un ronroneo profundamente masculino.

Alcanzó las bragas de encaje beige, posó la mano en la entrepierna y frotó, pero ella no estaba preparada para algo así. Dante tendría que volver a la escuela de gigolós.

Pronto dejó de pensar, en cuanto un dedo empezó a trazar lentos círculos sobre la tela. Se agarró a sus brazos cuando notó que le fallaban las rodillas. ¿Por qué siempre había creído que era capaz de hacer mejor el trabajo de

los otros? Aquello no era sino otra prueba de que ella no era experta en nada, o en casi nada; aunque ya no necesitaba muchas más pruebas al respecto.

Él apartó la braguita con un experto movimiento de su muñeca, tumbó a Isabel sobre la cama y después se colocó a su lado; el movimiento en su conjunto resultó tan exquisito que parecía coreografiado. Él podría escribir un libro: *Los secretos sexuales de un gigoló italiano de primera*. Ambos podrían escribir un libro. El suyo se titularía: *Cómo demostré que era toda una mujer y me hice con las riendas de mi vida*. Su editor podría venderlos juntos.

Estaba pagando por eso, y él la tocaba, así que era el momento de tocarle también, a pesar de que pareciese vulgar.

¡No te precipites!

Así pues, empezó su exploración por el pecho, y luego pasó a la espalda. Michael también hacía ejercicio, pero no como aquel hombre. Llegó hasta el abdomen, tan tenso y firme como el de un atleta. Se había sacado los pantalones —¿cuándo lo había hecho?—, y lucía ahora unos calzoncillos boxer de seda negra.

¡Hazlo ahora!

Le tocó por encima de la fina tela y advirtió que él daba un respingo. Si era algo real o fingido, ella no tenía modo de saberlo. Había algo, sin embargo, que no era una ilusión. Aquel hombre estaba dotado de un don natural para su trabajo.

Él le bajó las bragas (*¿acaso querías dejártelas puestas?*), cambió de postura y le besó la cara interna del muslo. Una alarma se disparó. La tensión creció al tiempo que apretaba los dientes. Le agarró por los hombros y le apartó de sí. Había cosas que no podía permitir, ni siquiera para librarse de su pasado.

Él alzó la vista. Bajo la tenue luz ella apreció un signo de interrogación en su mirada. Negó con la cabeza. Él se encogió de hombros y se estiró hacia la mesita de noche.

Ella no había pensado en los preservativos. Al parecer, se había puesto como una moto por los efectos del vino. Él se lo colocó con tanta delicadeza como lo había hecho todo hasta entonces. La atrajo hacia su

cuerpo, pero ella echó mano de la poca cordura que le quedaba y alzó dos dedos.

—*Due?*

—*Deux, s'il vous plaît.*

Con una mirada que parecía dar a entender «extranjera chiflada», él alargó el brazo en busca de otro condón. En esta ocasión, sus movimientos fueron más forzados. No le resultaba fácil colocar látex sobre látex. Ella apartó la mirada, porque aquello le hacía parecer humano, y no era lo que ella deseaba.

Él le acarició la cadera y los muslos. Le abrió las piernas de nuevo, dispuesto a llevar a la práctica más refinamientos, pero aquella intimidad era excesiva para ella. Afloraron lágrimas en sus ojos. Volvió la cabeza y hundió la cara en la almohada antes de que él pudiese darse cuenta. Quería tener un orgasmo, no echarse a llorar con lágrimas de ebria conmiseración. Un orgasmo exquisito que aclarase su mente para poder dedicar todo el tiempo necesario a reinventarse.

Tiró de él para ponérselo encima. Al ver que vacilaba, tiró con más fuerza, y finalmente él cedió. Su pelo rozaba la mejilla de Isabel, que notó su jadeo cuando él introdujo un dedo en su interior. Le gustó, pero él estaba demasiado cerca y el vino se removía incómodamente en su estómago. Tenía que tumbarlo de espaldas para ponerse encima.

Los movimientos de Dante se ralentizaron, haciéndose más intensos, pero ella quería hacer lo que tenían que hacer, y tiró de su cintura para urgirlo a penetrarla. Él movió las piernas y cambió de posición.

Ella comprendió que no iba a ser fácil, no como con Michael. Apretó los dientes y se restregó contra él hasta lograr que la penetrase. Aun así, él no se movía demasiado, así que tiró de su cintura, exigiéndole rapidez, que la llevase donde quería llegar, que acabara antes de que los lloriqueos invadiesen su ebrio cerebro convirtiéndose en llanto y tuviese que enfrentarse al hecho de que estaba infringiendo todo aquello en lo que creía... y ¡eso estaba mal!

Él se echó hacia atrás y la miró con aquellos ojos ardientemente gélidos. Ella cerró los ojos para no mirarle, pues resultaba impresionante. Él deslizó la mano entre sus cuerpos y la acarició, pero su morosidad sólo empeoraba las cosas. El vino se agitaba en su estómago. Ella apartó su mano y movió

las caderas. Finalmente, él captó la indirecta y empezó a embestirla de forma lenta y profunda. Ella se mordió el labio inferior y empezó a sentir las arremetidas, le apartó las manos otra vez e intentó combatir aquella cruda sensación de traición hacia sí misma.

Pasaron eones antes de que él alcanzase el clímax. Ella resistió sus embestidas esperando el momento de que se dejase caer a un lado. Cuando lo hizo, ella se levantó de la cama con un brinco.

— *Annette?*

Ella le ignoró y se puso su ropa.

— *Annette? Che problema c' è?*

Ella hurgó en su bolso, arrojó un puñado de billetes sobre la cama y salió de la habitación.

Dieciocho horas más tarde, el terrible dolor de cabeza aún no había remitido. Se encontraba en algún lugar al suroeste de Florencia, en plena noche, conduciendo un Fiat Panda por una carretera desconocida con indicaciones en un idioma que desconocía. Su vestido de punto estaba hecho un ovillo bajo el cinturón de seguridad, y se había sentido demasiado mareada como para peinarse.

Se odiaba a sí misma por sentirse tan desorganizada, alterada y deprimida. Se preguntó cuántos errores podía cometer una mujer hasta dejar de poder llevar la cabeza bien alta. Teniendo en cuenta el actual estado de su cabeza, demasiados.

Una señal quedó atrás antes de que pudiese descifrarla. Disminuyó la velocidad, se detuvo en el arcén y dio marcha atrás. No temió que alguien pudiese chocar por detrás, porque no había visto un solo coche en muchos kilómetros.

La campiña de la Toscana tenía fama de ser preciosa, pero ella había viajado de noche, así que no había visto demasiado. Debería haberse levantado más temprano, pero no consiguió salir de la cama hasta mucho después del mediodía. Después se limitó a sentarse ante la ventana y fijar la vista, intentando rezar, pero fue incapaz de hacerlo.

Los faros del Panda iluminaron la señal: casalleone. Torció en la rotonda para observar las diferentes direcciones y comprobar que, de algún modo, se las había ingeniado para tomar la carretera adecuada. Dios protegía a los tontos.

Pero ¿dónde estabas anoche, Dios?

En algún lugar lejano a ella, sin duda. Pero no podía culpar a Dios, ni a todo el vino que había bebido, por lo ocurrido. Sus propios defectos de carácter la habían llevado a cometer aquella monumental estupidez. Había traicionado todo aquello en lo que creía, sólo para descubrir que la doctora Favor estaba en lo cierto, como solía suceder: el sexo no podía curar las heridas del alma.

Se adentró en la carretera. Como muchas otras personas, sus heridas interiores se habían originado en la niñez, pero ¿hasta cuándo puede uno culpar a sus padres de sus propios errores? Sus padres habían sido profesores universitarios sumidos en el caos y los excesos emocionales. Su madre, una gran bebedora, era brillante e intensamente sexual. Su padre, bebedor, brillante y violento. A pesar de ser autoridades en sus respectivos terrenos académicos, ninguno de los dos poseía plaza fija en la universidad. Su madre tenía una autoindulgente tendencia a mantener relaciones íntimas con sus alumnos, y su padre sentía predilección por meterse en líos con sus colegas. Isabel había pasado su niñez de una ciudad universitaria en otra, testigo involuntaria de unas vidas fuera de control.

Mientras los otros niños intentaban zafarse de sus padres, Isabel rezaba por una armonía familiar que nunca llegó. Sus padres, por el contrario, la usaban como arma arrojadiza en sus batallas. En un acto desesperado de autopreservación, se fue de casa al cumplir los dieciocho. Se había mantenido a sí misma desde entonces. Su padre había muerto seis años atrás por problemas hepáticos, y su madre le siguió poco después. Cumplió con ellos al final, pero no les echó de menos tanto como le dolió que hubiesen malgastado sus vidas.

Los faros iluminaron unas pintorescas casas de piedra al borde de la estrecha carretera. A medida que avanzaba, vio una serie de tiendas, cerradas a esas horas de la noche. Todo en aquel pueblo parecía antiguo y poco corriente, a excepción del enorme póster de una película de Mel Gibson en la pared de una casa. En letras pequeñas, bajo el título, pudo leer el nombre de Lorenzo Gage.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta. Dante era la viva imagen de Lorenzo Gage, el actor que había provocado el reciente suicidio de su actriz favorita.

El estómago se le revolvió otra vez. ¿Cuántas películas de Gage había visto? ¿Cuatro? ¿Cinco? Demasiadas, según su punto de vista, pero a Michael le encantaban las películas de acción, cuanto más violentas mejor. Ahora ya no tendría que ver ninguna más.

Se preguntó si Gage sentiría remordimientos por la muerte de Karli Swenson. Tal vez se habría convertido en otro detalle a añadir en su historial de donjuan. ¿Por qué los chicos malos fascinaban a las buenas

mujeres? La fantasía del rescate, suponía: la necesidad de creer que eran las únicas mujeres capaces de transformar a aquellos perdedores en maridos y padres como Dios manda. Pero eso no resultaba nada fácil.

Llegó hasta el límite del pueblo y giró en otra rotonda para ver los carteles indicadores. «Siga el camino a Castalleone unos dos kilómetros y gire a la derecha cuando llegue al mono herrumbroso.»

¿Mono herrumbroso? Se imaginó a King Kong teñido de mala manera. Dos kilómetros después, los faros perfilaron una extraña forma a un lado de la carretera. Aminoró y vio que el mono herrumbroso no era un gorila sino los restos de un motocarro, uno de aquellos minúsculos vehículos tan queridos por los campesinos europeos. Éste en particular había sido muy famoso en su tiempo, con sus tres ruedas, aunque los neumáticos hacía tiempo que habían desaparecido.

Cuando giró, las piedras golpearon contra los bajos del coche. Una señal indicaba la entrada de Villa dei Angeli. «Villa de los Ángeles», se dijo, y encaminó el Panda hacia otra serie de curvas ascendentes antes de ver las verjas de hierro que indicaban el camino de entrada a la villa. El camino de grava que buscaba estaba un poco más allá. Era poco más que un sendero, y el Panda fue dando tumbos como si descendiese por una colina, hasta tomar una curva cerrada.

Una edificación apareció frente a ella. Pisó el freno. Por un momento se limitó a mirar. Finalmente apagó el motor y las luces y apoyó la cabeza contra el asiento. La desesperación la embargó. Aquella maltrecha pila de piedras era la casa campestre que había alquilado. Nada de hermosa restauración, como había asegurado el agente inmobiliario, sino un montón de pedruscos que parecían haber sido un establo para vacas.

Soledad. Descanso. Contemplación. Acción. La curación sexual ya no formaba parte de su plan. Ni siquiera pensaba en ello.

La casa ofrecía soledad, pero ¿cómo podría descansar allí, encontrar siquiera la atmósfera que condujese a la contemplación, cuando lo que tenía ante sus ojos era una ruina? Y necesitaba contemplación si quería completar el plan de acción que había trazado para que su vida volviese a tomar impulso. Sus errores se acumulaban. Ya no recordaba cómo era sentirse competente.

Se restregó los ojos. Como mínimo, había resuelto el misterio de por qué el alquiler era tan económico.

Apenas tenía fuerzas para salir del coche y cargar con la maleta hasta la casa. El silencio era tan profundo que podía oír su propia respiración. Habría dado cualquier cosa por oír el amistoso sonido de la sirena de un coche de policía o el amable rugir de los motores de un avión camino del aeropuerto de La Guardia, pero sólo oyó el canto de los grillos.

La sólida puerta de madera no estaba cerrada con llave, como el agente inmobiliario había indicado, y chirrió como un efecto sonoro de una mala película. Agitó los brazos para protegerse de una inexistente bandada de murciélagos, pero lo único que salió a su encuentro fue el poco peligroso y húmedo aroma de las piedras antiguas.

«La autocompasión te paralizará, querida lectora. Así pues, evita el pensamiento victimista. No eres una víctima. Estás dotada de un magnífico poder. Eres...»

¡Oh, cállate!, se ordenó.

Palpó la pared hasta dar con un interruptor que encendió una lámpara de pie con una tira de luces navideñas. Echó un vistazo alrededor. El suelo era de baldosas desnudas, había unos cuantos muebles viejos y un banco de piedra de aspecto poco acogedor. Al menos no había vacas.

No podría haber asimilado nada más esa noche, así que cogió su maleta y subió las escaleras. Arriba encontró un lavabo que funcionaba —gracias, Diosa Madre— y un pequeño y austero dormitorio que parecía la celda de una monja de clausura. Después de lo que había hecho la noche anterior, nada hubiese resultado más irónico.

Ren se encontraba en el Ponte alla Carraia, mirando hacia el Arno y los puentes contruidos para reemplazar los que la Luftwaffe había volado durante la guerra. Hitler había dejado en pie únicamente el Ponte Vecchio, que databa del siglo xiv. En una ocasión, Ren había intentado hacer saltar por los aires el puente de la Torre de Londres, pero afortunadamente George Clooney lo había impedido.

El viento hizo que un mechón de su pelo le cayese sobre la frente. Se lo había cortado esa misma tarde. También se había afeitado y —dado que esa noche tenía pensado evitar los lugares públicos— se había quitado las

lentillas. Sin embargo, se sentía expuesto. A veces deseaba estar fuera de su propia piel.

La mujer francesa de la noche anterior le había asustado. No le gustaba juzgar de forma errónea a los demás. Aunque había logrado el encuentro sexual anónimo que buscaba, algo había ido mal. Siempre se las arreglaba para encontrar problemas incluso cuando no los buscaba.

Un par de rateros se encaminaron hacia él desde el otro lado del puente, mirándole como si calculasen cuán dura sería su resistencia en caso de intentar robarle la cartera. Sus andares, decididos y arrogantes, le hicieron recordar su propia juventud, aunque sus delitos se habían limitado a la autodestrucción. Había sido un punk con cucharilla de plata, un muchacho que comprendió bien pronto que su comportamiento airado era una manera de llamar la atención. Nadie llamaba más la atención que los chicos malos.

Buscó sus cigarrillos, aunque había dejado de fumar hacía seis meses. El arrugado paquete que sacó del bolsillo tenía un solo cigarrillo, el que llevaba siempre consigo. Era un recurso para las emergencias.

Lo encendió, lanzó la cerilla por encima de la barandilla del puente y observó cómo se acercaban aquellos tipos. Le decepcionó que se limitaran a intercambiar miradas con él y siguiesen su camino.

Dio una calada profunda y se dijo que tenía que olvidar lo ocurrido la noche anterior. Pero no sabía cómo hacerlo. Aquella mujer de ojos castaños le había parecido inteligente, y su sofisticación le había excitado, lo que probablemente le había llevado a no darse cuenta de que era una pirada. Al final había tenido la desagradable sensación de que, de algún modo, la estaba violando. Si bien él lo hacía en la pantalla, en la vida real la violación era una aberración inconcebible.

Dejó el puente y caminó sin rumbo por una callejuela desierta, acarreando su sombrío humor, a pesar de que debería sentirse en la cima del mundo. Todo aquello para lo que había trabajado duro estaba a punto de suceder.

La película de Howard Jenks le proporcionaría la credibilidad que tan esquiva le había sido. Aunque tenía dinero más que suficiente para vivir el resto de su vida sin trabajar, le encantaba el mundo del cine, y ése era el papel que había estado esperando, un villano que sería tan memorable para los espectadores como Hannibal Lecter. Aun así, faltaban seis semanas para

que diese comienzo el rodaje de *Asesinato en la noche*, y Florencia le provocaba claustrofobia.

Karli... La mujer de la noche anterior... La idea de que nada de lo que había conseguido significaba nada... Dios, odiaba sentirse deprimido. Con el cigarrillo en la comisura de los labios, metió las manos en los bolsillos, se encorvó de hombros y siguió caminando. El jodido James Dean en el bulevar de los sueños rotos.

Al diablo con todo. Al día siguiente dejaría Florencia.

OceanofPDF.com

Isabel se volvió en la cama. Su despertador de viaje marcaba las nueve y media. Debía de ser de la mañana, pero la habitación estaba a oscuras. Desorientada, miró hacia la ventana y vio que las contraventanas estaban cerradas.

Se tumbó de espaldas y estudió la combinación de tejas rojas y gruesas vigas de madera sobre su cabeza. Oyó, procedente del exterior, el ruido de algo que quizá fuese un tractor. Eso fue todo. Nada del sonido tranquilizador de los camiones de la basura, o los melodiosos insultos de los taxistas en lenguas del Tercer Mundo. Estaba en Italia, durmiendo en una habitación cuyo último ocupante, a juzgar por su aspecto, podría haber sido un santo martirizado.

Volvió la cabeza lo suficiente para ver el crucifijo que colgaba de la pared de estuco en la cabecera de la cama. Las odiadas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Lágrimas de añoranza por una vida perdida, por el hombre que creía amar. ¿Por qué no había sido más inteligente, por qué no había trabajado más duro, por qué no había tenido la suerte necesaria para conservar lo que tenía? O aún peor, ¿por qué se había denigrado a sí misma acostándose con un gigoló italiano parecido a un psicópata cinematográfico? Intentó eludir las lágrimas con una oración matutina, pero la Diosa Madre hacía oídos sordos a su hija descarriada.

La tentación de cubrirse la cabeza con las sábanas y no volverla a sacar nunca más era muy fuerte. No obstante, bajó las piernas y tocó con los pies las frías baldosas. Cruzó la inhóspita habitación y salió a un estrecho pasillo con un lavabo en un extremo. Aunque era pequeño, había sido reformado, así que aquella casa tal vez no era la ruina que había supuesto.

Se duchó, se envolvió en una toalla y regresó a la celda del santo martirizado, donde se puso unos pantalones grises y un top sin mangas. Fue hasta la ventana y abrió las contraventanas.

Una cascada de luz la bañó. Entró por la ventana como si la vertiesen con un cubo, y los rayos eran tan intensos que tuvo que cerrar los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, vio las suaves colinas de la Toscana frente a sí.

—Oh, por todos...

Apoyó los brazos en el alféizar de piedra y fijó la vista en aquel mosaico de miel, ante y peltre que formaban los campos, roto aquí y allá por hileras de cipreses que semejaban dedos señalando hacia el cielo. No había cercados. Los límites entre los campos cultivados, los grupos de árboles y los viñedos estaban indicados por ocasionales valles y caminos.

Estaba observando la Tierra Santa de los artistas renacentistas. Ellos habían pintado los paisajes que conocían como fondo para el retrato de *madonnas*, ángeles, pesebres y pastores. La Tierra Santa... justo al otro lado de su ventana.

Observó la lejanía y después estudió el terreno más cercano a la casa. Un viñedo se extendía a la izquierda, y más allá del jardín había un olivar. Quería ver más, se apartó de la ventana y se detuvo cuando apreció el cambio que la luz había obrado en la habitación. Las paredes blancas y las oscuras vigas de madera eran ahora hermosas en su parquedad, y los sencillos muebles hablaban del pasado con mayor elocuencia que cualquier libro de historia. La casa no era una ruina en absoluto.

Recorrió el pasillo y bajó los escalones de piedra hasta la planta baja. La sala, que apenas había entrevisto la noche anterior, tenía sobrias paredes y el típico techo en arco de los antiguos establos europeos, algo que probablemente había sido en su momento, pues creía recordar haber leído que los campesinos de la Toscana alojaban a sus animales en la planta baja. Habían transformado la estancia en un hermoso, pequeño y confortable salón sin prescindir de la autenticidad rústica.

Los arcos de piedra, bastante anchos para que los animales pasaran por debajo de ellos, hacían ahora las veces de ventanas y puertas. El rústico color sepia de las paredes era la versión auténtica del falso color que reproducían los pintores de Nueva York, al precio de unos cuantos miles de dólares, en los apartamentos y casas de la zona alta. El viejo suelo de terracota había sido encerado, pulido y suavizado por el paso de los años. Contra la pared, había una sencilla mesa de madera oscura y un arcón. Más allá, un sofá tapizado con tela color tierra y un sillón con motivos florales.

Las contraventanas, cerradas cuando llegó la noche anterior, estaban abiertas. Se preguntó quién lo habría hecho, pasó bajo uno de los arcos de

piedra y llegó a la cocina.

La estancia tenía una larga y rectangular mesa de madera mellada y arañada por siglos de uso. Baldosas de cerámica rojas, azules y amarillas formaban un estrecho mosaico sobre un rústico fregadero de piedra. Debajo del mismo, una cortinilla azul y amarilla escondía las cañerías. Sobre los estantes, todo un surtido de pots coloridos, cestitas y utensilios de cobre. La vieja cocina era de butano y los armarios de madera. Las recias puertas francesas que daban al jardín habían sido pintadas de verde botella. Era tal como ella habría imaginado que debería ser la cocina de una casa campestre italiana.

La puerta se abrió y apareció una mujer de unos sesenta años. Tenía una figura más bien amorfa, las mejillas fofas, el pelo negro reseco y unos pequeños ojos oscuros. Isabel se apresuró a demostrar su aplastante dominio del italiano.

—*Buon giorno.*

Aunque la gente de la Toscana era conocida por su amabilidad, la mujer no parecía para nada amable. Un guante de jardinería colgaba del bolsillo del descolorido vestido negro que llevaba, acompañado de unas gruesas medias negras de nailon y unas zapatillas de plástico también negras. Sin pronunciar palabra, sacó un carrito de cuerda de un armario y volvió a salir.

Isabel la siguió al jardín. Al salir, se detuvo para observar la vista de la casa desde la parte trasera. Era perfecta. Absolutamente perfecta. Descanso. Soledad. Contemplación. Acción. No podría haber encontrado un lugar mejor.

Las viejas piedras de la casa aparecían de color beige bajo el sol de la mañana. Las enredaderas ascendían por las paredes y se doblaban cerca de las altas contraventanas verdes. La hiedra trepaba por el bajante del agua. Había un pequeño palomar en el tejado, y unos líquenes suavizaban las combadas tejas de terracota.

La parte principal de la casa formaba un sencillo rectángulo carente de ornamentación, el típico estilo *fattoria* de las casas de campo italianas sobre el que había leído. Como añadida de cualquier modo en un extremo, una construcción de un solo piso.

Ni siquiera la presencia de aquella mujer cavando con su pala pudo sustraerla del brillante encanto del jardín, y los nudos que Isabel sentía en

su interior empezaron a deshacerse. Un muro bajo, construido con las mismas piedras que la casa, marcaba el perímetro exterior, con el olivar extendiéndose más allá, así como la vista que Isabel había apreciado desde el dormitorio. A la sombra de un magnolio había una mesa con patas de madera y superficie de gastado mármol, un lugar perfecto para una comida sin prisas o, simplemente, para disfrutar de las vistas. Pero ése no era el único refugio que ofrecía el jardín. Más cerca de la casa, una pérgola cubierta por una glicina daba cobijo a un par de bancos en los que Isabel pudo imaginarse sentada con papel y bolígrafo.

Los senderos de grava serpenteaban entre las flores del jardín, las hortalizas y las hierbas. Lustrosas plantas de albahaca, blancas y radiantes campanillas, tomateras y rosales crecían cerca de los tiestos de barro con geranios rojos y rosas. Las capuchinas, de un brillante color naranja, formaban una pareja perfecta con las delicadas flores azules del romero, y las plateadas hojas de la salvia se mezclaban de forma agradable con macizos de pimientos rojos. Según la moda de la Toscana, los limoneros crecían dentro de dos enormes tiestos de terracota a ambos lados de la puerta de la cocina, en tanto que otros tiestos tenían tupidas hortensias con gruesos capullos rosados.

Isabel se volvió y contempló el banco bajo la pérgola y la mesa bajo el magnolio, sobre la que reposaban un par de gatos. A medida que se llenaba los pulmones con el tibio aroma de la tierra y las plantas, el sonido de la voz de Michael se iba silenciando, y una sencilla oración empezó a tomar forma en su cabeza.

Los murmullos de la mujer de negro se inmiscuyeron en aquel momento de paz, y la oración se disolvió. Aun así, Isabel sintió un destello de esperanza. Dios le había ofrecido la Tierra Santa. Sólo una tonta le daría la espalda a semejante regalo.

Condujo hasta el pueblo con el corazón menos apesadumbrado. Finalmente, algo lograba atenuar su desesperación. Llegó a pie hasta un pequeño *negozio di alimentari*. Cuando regresó a la casa, encontró a la mujer de negro en la cocina, lavando unos platos que Isabel no había dejado allí. La mujer le dedicó una de sus poco amables miradas y salió por la puerta trasera; una víbora en el Jardín del Edén. Isabel suspiró y sacó de las

bolsas los alimentos que había comprado, ordenándolo todo entre uno de los armarios y la nevera.

—*Signora? Permesso?*

Se volvió para ver a una hermosa mujer de unos treinta años con las gafas de sol en lo alto de la cabeza, de pie bajo el arco que comunicaba la cocina con la sala. Era menuda, y su piel olivácea contrastaba con su cabello claro. Llevaba una blusa color melocotón, una ligera falda beige y los mortales zapatos que acostumbran calzar las mujeres italianas. Los altos tacones repiquetearon en las viejas baldosas cuando se aproximó.

—*Buon giorno, signora* Favor. Soy Giulia Chiara.

Isabel asintió a modo de respuesta, preguntándose si todo el mundo en la Toscana entraba en las casas de los desconocidos sin avisar.

—Soy la *agente immobiliare* —afirmó buscando las palabras adecuadas en inglés—. Trabajo en la inmobiliaria que se ocupa de esta casa.

—Encantada de conocerla. Me gusta mucho la casa.

—Oh, pero no es una buena casa. —Gesticuló con las manos—. Intenté telefonearle muchas veces la semana pasada, pero no logré encontrarla.

No lo había hecho porque Isabel había desconectado el teléfono.

—¿Hay algún problema?

—Sí. Un problema. —Giulia se mordió el labio inferior y se remetiÓ un mechón de pelo tras la oreja, dejando a la vista una diminuta perla prendida del lóbulo—. Lo siento mucho, pero no puede quedarse aquí. —Movía las manos describiendo los gráciles gestos que utilizan los italianos incluso en las más sencillas conversaciones—. No es posible. Por eso intenté llamarla. Para explicar este problema y decirle que tiene otro lugar para quedarse. Si viene conmigo, yo se lo enseño.

El día anterior, a Isabel no le habría importado marcharse, pero ahora sí le importaba. Aquella sencilla casa de piedra con su apacible jardín ofrecían la posibilidad de la meditación y el descanso. No iba a dejarla así como así.

—¿Cuál es el problema?

—Es... —Trazó un pequeño arco con la mano—. Hay que hacer trabajo. Nadie puede quedarse aquí.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Mucho trabajo. Hay que excavar. Hay un problema con los desagües.

—Estoy segura de que podríamos arreglarlo juntos.

—No, no. *Impossibile*.

—*Signora* Chiara, he pagado por dos meses de alquiler, y quiero quedarme.

—Pero no le gustaría. Y la *signora* Vesto se enfadaría si usted no está contenta.

—¿La *signora* Vesto?

—Anna Vesto. Estaría muy triste si usted no se siente cómoda. He encontrado una bonita casa en el pueblo. Le gustará mucho.

—No quiero una casa en el pueblo. Quiero ésta.

—Lo siento mucho. No es posible.

—¿Es ella la *signora* Vesto? —Isabel señaló hacia el jardín.

—No, ella es Marta. La *signora* Vesto está en la villa. —Señaló hacia lo alto de la colina.

—¿Marta es el ama de llaves?

—No, no. No hay ama de llaves aquí, pero en el pueblo las hay muy buenas.

Isabel no tuvo en cuenta sus palabras.

—¿Es la jardinera?

—No, Marta cuida el jardín, pero no es la jardinera. No hay jardinera. En pueblo encontrará jardineras.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Marta vive aquí.

—Creí que tendría toda la casa para mí.

—No, no estaría sola. —Giulia entró en la cocina y señaló hacia la construcción adicional de una sola planta que había en la parte trasera de la casa—. Marta vive muy cerca. Ahí.

—¿Y acaso estaré sola en el pueblo? —repuso Isabel con aspereza.

—¡Sí! —exclamó Giulia. Su sonrisa era tan encantadora que Isabel lamentó tener que insistir.

—Creo que lo mejor será que hable con la *signora* Vesto —dijo—. ¿Está ahora en la villa?

Giulia se sintió aliviada de pasarle a otro el bulto.

—Sí, sí, eso será mejor. Ella explicará por qué no puede estar aquí, y yo volveré para llevarla a la casa que he encontrado para usted en el pueblo.

Isabel se apiadó de ella y no replicó. Guardó todas sus fuerzas para la *signora* Anna Vesto.

Siguió el sendero que llevaba desde la casa a una carretera larga, bordeada de cipreses. La Villa dei Angeli estaba ubicada al final de la misma y, tras tomar aliento, Isabel creyó haber sido transportada al interior de una versión de la película *Una habitación con vistas*.

El exterior, de un estuco color salmón, así como los aleros de la casa, que surgían aquí y allá, eran características de la Toscana. Rejas negras cubrían las ventanas de la planta baja, y las grandes contraventanas del piso superior estaban cerradas para evitar el calor del día.

Cerca de la casa, los cipreses daban paso a unos setos bien recortados, estatuas clásicas y una fuente octogonal. Una escalinata de piedra de dos tramos, con gruesas barandillas, llevaban a un par de pulidas puertas de madera.

Isabel hizo sonar la aldaba con forma de cabeza de león. Mientras esperaba, le echó un vistazo al polvoriento Maserati negro descapotable aparcado junto a la fuente. La *signora* Vesto tenía gustos caros.

Nadie respondió, por lo que volvió a llamar.

Una voluptuosa mujer de mediana edad, con el pelo teñido de un discreto tono rojizo y unos brillantes ojos a lo Sofía Loren, abrió la puerta y le sonrió a Isabel con amabilidad.

—Sì?

—*Buon giorno, signora*. Soy Isabel Favor. Estoy buscando a la *signora* Vesto.

La sonrisa de la mujer se desvaneció.

—Yo soy la *signora* Vesto. —Su sencillo vestido azul marino y sus cómodos zapatos parecían pertenecer al ama de llaves más que a la dueña del Maserati.

—He alquilado la casa de abajo —dijo Isabel—, pero al parecer hay un problema.

—No hay ningún problema —replicó la *signora* Vesto con energía—. Giulia le ha encontrado una nueva casa. Ella se encargará de todo.

Mantenía la mano en la puerta, esperando que Isabel se fuese. Tras ella había una hilera de maletas grandes y caras en el recibidor. Isabel habría apostado a que la dueña de la villa acababa de llegar o estaba a punto de marcharse.

—Firmé un contrato —dijo con tono amable pero firme—. Voy a quedarme.

—No, *signora*, tendrá que cambiar. Irá alguien esta tarde a ayudarla.

—No voy a irme.

—Lo siento mucho, *signora*, pero no es posible otra cosa.

Isabel comprendió que era el momento de ponerse firme.

—Me gustaría hablar con el señor.

—El señor no está aquí.

—¿Y esas maletas?

La *signora* Vesto pareció molestarse.

—Tiene que irse ahora —insistió.

Las Cuatro Piedras Angulares estaban pensadas para momentos como ése. «Compórtate de un modo respetuoso, pero con decisión.»

—Me temo que no voy a irme hasta hablar con el señor.

Isabel la apartó y se adentró en el recibidor, logrando hacerse una idea de los altos techos, una araña de bronce y una ancha escalera antes de que la mujer se plantase delante de ella.

—*Ferma!* ¡No puede entrar aquí!

«Las personas que intentan esconderse tras su autoridad lo hacen por miedo, de ahí que necesiten nuestra compasión. Pero no podemos permitir que sus miedos se conviertan en los nuestros.»

—Siento decepcionarla, *signora* —dijo con tanta compasión como fue capaz—, pero tengo que hablar con el señor.

—¿Quién le ha dicho que él está aquí? Nadie lo sabe.

Había acertado con su suposición: el propietario era un hombre.

—No se lo diré a nadie.

—Tiene que irse.

Isabel oyó el sonido de un tema rock en italiano procedente del fondo de la casa. Caminó hacia una arcada ornamentada con incrustaciones de mármol verde y rojo.

—*Signora!*

Isabel estaba harta de que la gente quisiese fastidiarla: un ávido inspector de Hacienda, un novio infiel, un editor desleal, sus volubles admiradores. Prácticamente había vivido en los aeropuertos por sus admiradores, llegando a subirse al estrado por ellos incluso aquejada de neumonía. Les había tomado de la mano si sus hijos se drogaban, abrazado si sufrían depresión y rezado por ellos si estaban gravemente enfermos. Pero en cuanto aparecieron las primeras nubes de tormenta en su propia vida habían huido como conejos.

Se adentró en la casa a través de un ancho pasillo decorado con retratos de ancestros familiares y paisajes barrocos, con pesados marcos, y llegó a una elegante sala de recepción con paredes de empapelado a franjas marrones y doradas. Le sorprendieron los frescos representando escenas de caza y los sombríos retratos de mártires. Un busto romano tembló sobre su pedestal cuando ella pasó junto a él.

Llegó a un salón menos formal en la parte trasera de la casa. Los pulidos suelos de madera de castaño formaban espigas, y los frescos mostraban escenas de la cosecha en lugar de escenas de caza. El rock italiano acompañaba las formas que creaba la luz del sol al entrar por las ventanas abiertas.

Al fondo de la habitación, una amplia arcada daba a otra sala, de donde salía la música. Allí había un hombre con el hombro apoyado contra el marco de la ventana y mirando hacia fuera. Entrecerró los ojos y vio que llevaba vaqueros y una camiseta negra con un agujero en la manga. Su figura, que parecía tallada según los cánones clásicos, podría haber pertenecido a una de las estatuas de la habitación anterior. Pero algo en su postura, la botella de licor que sostenía en una mano, y la pistola que colgaba de la otra le dijeron que tal vez se trataba de un dios romano extraviado.

Con la vista clavada en la pistola, se aclaró la garganta.

—Eh... *Scusi?* Perdone.

El hombre se volvió.

Ella parpadeó a causa del resplandor. Volvió a parpadear. Se dijo que sólo se trataba de una mala pasada de la luz. No podía ser cierto. No podía...

OceanofPDF.com

Pero sí era cierto. El hombre que había dicho llamarse Dante estaba allí.

Dante, el de la mirada ardientemente gélida, el de los detalles decadentes. Aunque ahora llevaba el pelo más corto y sus ojos eran de un color azul plateado en lugar de pardos.

—Maldita sea —masculló él en inconfundible inglés americano, el inglés de las películas, con el tono profundo y familiar del gigoló italiano que había conocido hacía dos noches en la Piazza della Signoria.

Aun así, a ella le costó unos segundos comprender la realidad. Lorenzo Gage y Dante, el gigoló, eran la misma persona.

—Tú... —Isabel tragó saliva—. Tú no eres...

Ren le dedicó una mirada asesina.

—Mierda. No suponía que fueses una acosadora.

—¿Quién eres tú? —Pero le había visto en varias películas, por lo que ya conocía la respuesta.

—¡*Signore* Gage! —Anna Vesto apareció en la habitación—. ¡Esta mujer! No ha querido irse cuando se lo dije. Ella es... ella es... —La lengua inglesa no podía expresar su indignación, y soltó un torrente de expresiones en italiano.

Lorenzo Gage, la estrella cinematográfica con aires de casanova que había llevado a Karli Swenson al suicidio, era también Dante, el gigoló florentino, el hombre al que había permitido manchar una parte de su alma. Isabel se dejó caer en una silla e intentó tomar aire.

Ren le gruñó en italiano al ama de llaves.

Ella replicó con expresivos gestos.

Otro gruñido por parte de él.

La mujer resopló y se marchó.

Él se adentró en la sala y apagó la música. Cuando regresó, un oscuro mechón de pelo le caía sobre la frente. Había dejado la botella, pero la pistola seguía colgando de su mano.

—Te has pasado de la raya, cariño. —Sus labios apenas se movieron al hablar, y su cortante voz sonaba más amenazadora que con efecto digital Surround—. Tendrías que haber llamado antes.

Se había acostado con Lorenzo Gage, un hombre que en una entrevista aparecida en una revista se había jactado de «haber follado con quinientas mujeres». Ella había permitido que la convirtiese en la quinientas una.

Isabel sintió náuseas. Ocultó la cara entre las manos y susurró dos palabras que jamás había dicho a nadie, ni siquiera pensado nunca en decirlas.

—Te odio.

—Con eso me gano la vida.

Ella sintió cómo se aproximaba y dejó caer las manos, sólo para fijar los ojos en la pistola.

No la apuntaba directamente a ella, pero tampoco dejaba de hacerlo: la mantenía despreocupadamente a la altura de su cintura. Isabel comprobó que era antigua, quizá de varios siglos, pero eso no quería decir que no pudiese resultar mortal. Sólo había que recordar lo que él le había hecho a Julia Roberts con una espada samurái.

—Y eso que pensaba que la prensa ya no podría hundirme más... ¿Qué pasó con el *non parler anglais*, francesita?

—Lo mismo que le ocurrió a tu italiano. —Se enderezó en la silla, centrándose en lo que él había dicho—. ¿La prensa? ¿Acaso crees que soy periodista?

—Si lo que querías era hacerme una entrevista, habría bastado con que me lo pidiesen.

Ella se levantó de un brinco.

—¿Crees que he pasado por todo esto para tener una historia que contar?

—Tal vez. —Leves efluvios de alcohol flotaban en el aire. Apoyó el pie en la silla que ella había dejado vacía.

Ella le echó un vistazo a la pistola, que descansaba ahora en su muslo, e intentó descubrir si quería amenazarla o había olvidado que la tenía allí.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Y qué quieres?

—Quiero mi casa. —Dio un paso atrás, pero se sintió molesta consigo misma por haberlo hecho—. ¿Es así como consigues tus ligues?

¿Disfrazándote?

—Lo creas o no, Fifi, puedo hacerlo sin disfrazarme. Y merezco más que esos cincuenta euros que me diste.

—Eso es opinable. ¿Está cargada esa pistola?

—Quién sabe.

—Bueno, pues bájala.

—Me temo que no puedo.

—¿Se supone que vas a dispararme?

—Supón lo que quieras —espetó.

Ella se preguntó cuánto habría bebido, deseando que no le fallasen las piernas.

—No voy a tolerar tener un arma cerca.

—Entonces lárgate. —Se dejó caer en la silla, con las piernas estiradas, los hombros caídos y la pistola sobre su rodilla. La perfecta imagen de la decadencia en la Villa de los Ángeles.

No existía poder en la tierra capaz de obligarle a irse hasta comprender qué estaba ocurriendo. Enlazó sus manos con más fuerza para que no temblasen y se las apañó para sentarse en otra silla sin perder el equilibrio. Finalmente, sabía qué era sentir odio.

Él la estudió durante unos segundos, después señaló con la pistola hacia un tapiz del tamaño de una pared, mostrando a un hombre a caballo.

—Mi antepasado, Lorenzo de Médicis.

—Menuda cosa.

—Fue el mecenas de Miguel Ángel. También de Boticelli, si los historiadores están en lo cierto. En lo que a hombres del Renacimiento se refiere, Lorenzo fue uno de los mejores. Excepto que... —Amartilló la pistola con el pulgar y la miró con el rabillo del ojo de forma amenazadora —. Dejó que sus generales saquearan la ciudad de Volterra en 1472. Era mejor no meterse con los Médicis.

No era más que una egocéntrica estrella de la pantalla, y ella no se sintió intimidada. No mucho, en cualquier caso.

—Guárdate tus amenazas para los seguidores de tus películas.

El aire amenazador desapareció dando paso a la indolencia.

—De acuerdo, Fifi, si no eres de la prensa, ¿de qué vas?

Bien pensado, Isabel se dio cuenta de que no podía hablar de la noche de Florencia; no en ese momento, ni nunca. La casa. Ése era el motivo por el que había llegado hasta allí.

—Estoy disconforme con las condiciones de la casa que he alquilado. — Intentó darle algo más de autoridad a sus palabras, algo que por lo general le salía sin esforzarse, aunque no le resultó sencillo—. Pagué por dos meses y ahora tengo que dejarla.

—¿Por qué, exactamente, se supone que eso debería importarme?

—Es tuya.

—¿Has alquilado esta casa? Me temo que no.

—Ésta no. La casa de abajo. Pero tus empleados están intentando echarme.

—¿Qué casa de abajo?

—La que está en la falda de la colina.

Él torció el gesto.

—¿Se supone que he de creerme que la mujer que conocí accidentalmente hace dos noches en Florencia ha alquilado una casa de mi propiedad? Será mejor que inventes una historia más creíble.

Incluso a ella le resultaba difícil creerlo, pero el corazón turístico de Florencia era pequeño. Recordó que se había encontrado con una joven pareja en los Ufizzi y después en un par de sitios más.

—Tarde o temprano, todos los turistas pasan por la Piazza della Signoria. Nosotros estábamos allí en el mismo momento.

—Qué afortunados —ironizó él—. Tu cara me resulta familiar. Y no sólo de la otra noche.

—¿En serio? —Era una frase habitual para ella, pero no se molestó en aclararla—. Alquilé tu casa de buena fe, pero ahora me han dicho que tengo que irme.

—¿Estás hablando de la casa donde vivía el viejo Paolo, junto al olivar?

—No sé quién es ese tal Paolo. Ahora vive allí una mujer llamada Marta, que no me gusta demasiado pero que estoy dispuesta a tolerar.

—Marta... la hermana de Paolo. —Habló como si estuviese rescatando un distante recuerdo—. Sí, supongo que forma parte de la propiedad.

—No me importa quién sea. Yo he pagado, y no voy a irme.

—¿Por qué quieren echarte?

—Dicen que hay un problema con los desagües.

—Me sorprende que quieras quedarte, habida cuenta de lo que pasó entre nosotros. ¿O sólo buscas fastidiarme?

Aquellas palabras la devolvieron a la realidad. Por supuesto, no podía quedarse. Había traicionado la esencia de quién era ella con aquel hombre y resultaría insoportable tenerlo cerca.

Una creciente decepción amalgamó todas sus emociones. En el jardín de la casa había experimentado su primer momento de paz en meses, y ahora se lo arrebatában. Pero seguía teniendo algo de orgullo. Si tenía que irse, lo haría de un modo que no le hiciese creer a él que había ganado.

—Tú eres el actor, señor Gage, no yo.

—Me temo que eso habría que verlo. —Un cuervo graznó en el jardín—. Si te quedas, será mejor que te mantengas alejada de la villa. —Rozó su muslo con el cañón de la pistola—. Y espero que no me hayas mentido. No te gustaría conocer las consecuencias.

—Suenas como uno de los diálogos de tus horribles películas.

—Me gusta saber que eres una de mis admiradoras.

—Vi alguna obligada por mi ex prometido. Por desgracia, no relacioné su mal gusto en cine con su promiscuidad sexual hasta que fue demasiado tarde. —¿Por qué había dicho eso?

Él apoyó un codo en el brazo de la silla.

—Así que tu aventura conmigo fue una especie de venganza.

Quiso negarlo, pero se había acercado demasiado a la verdad.

—Veamos... —Dejó la pistola sobre la mesa—. Entonces ¿quién de los dos obró mal la otra noche? ¿Fuiste tú, la mujer vengativa, o yo, instrumento inocente de tu ansia de venganza? —Se lo estaba pasando bien.

Ella se puso en pie para mirarle desde arriba, pero acto seguido deseó no haberlo hecho, pues todavía le flaqueaban las piernas.

—¿Estás borracho, señor Gage?

—Hace mucho que traspasé la línea de la borrachera.

—Apenas es la una del mediodía.

—Cualquier otro día diría que estás en lo cierto, pero aún no me he acostado, o sea que, técnicamente, sigue siendo una borrachera nocturna.

—Si tú lo dices. —Tenía que volver a sentarse o salir de allí, así que se encaminó a la puerta.

—Eh, Fifi.

Isabel se volvió, y de nuevo deseó no haberlo hecho.

—La cuestión es... —Él cogió una pulida bola de mármol que reposaba en una base a su lado y la acarició con el pulgar—. A menos que desees que mis admiradores rondan por la casa pequeña, te sugiero que mantengas la boca cerrada mientras estés aquí.

—Lo creas o no, tengo cosas mejores que hacer que dedicarme a los cotilleos.

—Que así sea. —Apretó la bola de mármol con la mano para asegurarse de que ella había captado el mensaje.

—Sobreactúas un poco, ¿no crees, señor Gage?

Él soltó una carcajada.

—Ha sido agradable verte, Fifi.

Isabel atravesó la arcada del salón sin decir palabra, pero no pudo evitar volverse.

Él se estaba pasando la bola de mármol de una mano a otra, un hermoso Nerón barajando la posibilidad de incendiar Roma.

La punzada en el costado la obligó a aminorar la marcha antes de llegar a la casa. La grava crujía bajo sus sandalias Kate Spade, probablemente el último par que podría permitirse. Le alegraba pensar que no se había derrumbado frente a él, pero la cuestión era que tenía que marcharse. Si hacía las maletas ya, podría estar en Florencia a las cuatro en punto.

¿Y entonces qué?

La casa apareció ante sus ojos. Bañada con la luz dorada del sol, parecía sólida y confortable, y también, de algún modo, mágica. Daba la impresión de ser un lugar donde podía gestarse una nueva vida.

Giró y enfiló un sendero que cruzaba el viñedo. Las gruesas uvas, de un profundo color púrpura, colgaban de las parras. Arrancó una y se la metió

en la boca. Explotó en su paladar, sorprendiéndola con su dulzura. Las semillas eran tan pequeñas que no le preocupó tragárselas.

Dejó atrás una pequeña mata y se adentró en el viñedo. Necesitaba sus zapatillas de lona. La arcilla solidificada parecía formar rocas bajo sus sandalias. Pero no quería pensar en lo que necesitaba, sólo en lo que tenía: el sol de la Toscana sobre su cabeza, cálidos racimos de uvas a mano, Lorenzo Gage en la villa de la colina...

Se había entregado con demasiada facilidad. ¿Cómo superaría algo así?

Huyendo no, por supuesto.

Podía ser muy testaruda. Estaba cansada de su tristeza. Nunca había sido cobarde. ¿Iba ahora a permitir que la apartase de algo precioso un licencioso astro de la pantalla? El encuentro no había supuesto nada para él, así que difícilmente insistiría en repetir. Y todos sus instintos le decían que aquél era el lugar adecuado, el único donde podría encontrar tanto la soledad como la inspiración que debían llevarla a trazar un nuevo objetivo para su vida.

Entonces lo vio claro. No temía a Lorenzo Gage, y no iba a dejar que nadie la sacase de allí hasta que estuviese preparada para ello.

Ren dejó a un lado la pistola del siglo xvii que había estado examinando antes de que apareciese Fifi. Aún podía escuchar el eco de sus eficientes tacones mientras se marchaba. Se suponía que él era el demonio, pero, a menos que estuviese equivocado, era la señorita Fifi la que había dejado tras de sí cierto aroma a azufre.

Rió entre dientes. La pistola era una bonita pieza artesanal, uno de los muchos objetos de incalculable valor que podían encontrarse en la villa. Había heredado aquel lugar hacía dos años, pero era la primera vez que lo visitaba tras la muerte de la tía Filomena. En un principio había planeado vender la propiedad, pero tenía buenos recuerdos de sus visitas siendo niño. No le parecía correcto vender el lugar sin verlo una vez más. El ama de llaves y su marido le habían impresionado cuando habló con ellos por teléfono, así que decidió esperar.

Cogió la botella de whisky que había dejado sobre la mesa de la sala de reuniones para retomar lo que la señorita Fifi había interrumpido. Había

disfrutado haciéndole pasar un mal rato. Estaba tan inquieta que temblaba, por lo que su visita lo había relajado un poco, lo que resultaba extraño.

Pasó bajo uno de los tres arcos de la sala de reuniones y salió al jardín dejando atrás los setos podados camino de la piscina, donde se dejó caer en una tumbona. Mientras absorbía el silencio, pensó en toda la gente que habitualmente le rodeaba: su fiel pelotón de asistentes, directores financieros, y los guardaespaldas que, ocasionalmente, los estudios ponían a su disposición. Un montón de famosos se rodeaban de ayudantes porque necesitaban que les confirmasen una y otra vez que eran estrellas. Otros, como él, lo hacían para que su vida fuese más sencilla. Los ayudantes mantenían a cierta distancia a los admiradores, lo cual era útil pero costaba un precio. Pocas personas eran capaces de contarle la verdad a aquel que pagaba sus salarios, y después estaban todos esos gacetilleros de la prensa amarilla.

La señorita Fifi, por otro lado, parecía no saber nada de los periodistas, y eso había resultado extrañamente tranquilizador.

Dejó a un lado la botella de whisky y se acomodó en la tumbona. Lentamente, sus ojos se cerraron. Muy tranquilizador...

Isabel cortó un trozo del *pecorino* añejo que había comprado en el pueblo. Era el queso de cabra más apreciado por la gente de la Toscana. Mientras contaba el dinero para pagar, la dependienta le había entregado un pote de miel.

—Miel con queso —dijo—. Típico de la Toscana.

Isabel no podía hacerse a la idea, pero ¿por qué no intentaba ser menos rígida? Dispuso el queso y la miel sobre un plato de cerámica, así como una manzana. Todo lo que había probado ese día eran las pocas uvas arrancadas de vuelta de la villa, hacía tres horas. Su encuentro con Gage le había quitado el apetito. Quizás un poco de comida la haría sentir mejor.

Encontró media docena de servilletas de lino en un cajón. Cogió una y ordenó las otras en una pila. Ya había deshecho las maletas y organizado el lavabo. Aunque apenas eran las cuatro de la tarde, abrió la botella de Chianti Clásico que había comprado en el pueblo. El único chianti que podía llevar la denominación *classico*, según le habían contado, era el

elaborado con uvas de la región de Chianti, a unos cuantos kilómetros al este de allí.

Encontró vasos en el armario. Sacó uno, lo llenó de vino y, cargada con todo, salió al jardín.

Notó los delicados aromas del romero y la dulce albahaca procedentes del sendero de grava mientras se dirigía a la vieja mesa y se sentaba a la sombra del magnolio. Dos de los tres gatos del jardín se le acercaron. Se acomodó y contempló las colinas. Los campos cultivados, de un color entre marrón y gris por la mañana, eran ahora, al sol de la tarde, de color lavanda. La vista era preciosa.

Al día siguiente empezaría a seguir la agenda prevista para los dos meses siguientes. No necesitaba revisar las notas para recordar lo que había planificado para aquellos días.

Despertarse a las seis

Oración, meditación, agradecimiento y afirmaciones diarias

Yoga o paseo enérgico

Desayuno ligero

Tareas de la mañana

Trabajar en un nuevo libro

Almuerzo

Pasear, mirar escaparates o cualquier otra actividad placentera
(ser impulsiva)

Revisar lo escrito por la mañana

Cena

Lectura inspiradora y tareas de la noche

En la cama a las diez

¡No olvides respirar!

No le preocupaba no tener ni idea de la clase de libro que pensaba escribir. Por eso tenía que quedarse allí, para desbloquear sus canales mentales y emocionales.

El vino tenía cuerpo y un toque afrutado, y se difuminaba en la lengua. Al inclinarse hacia atrás para saborearlo, se percató de la capa de polvo que

cubría el mármol de la mesa. Se puso en pie y volvió a la casa en busca de un trapo. Cuando la limpió, se sentó de nuevo.

Inspiró el aroma del vino y el romero. A lo lejos, una carretera dejaba un pálido y borroso trazo sobre la colina. Qué hermoso lugar... Y pensar que el día anterior ella no quería estar allí.

En lo alto de la colina, a la derecha, Isabel vio lo que parecía parte de una villa, aunque los restos del muro y la torre de vigilancia estaban en ruinas. Sintió el impulso de ir por sus pequeños binoculares, pero entonces se recordó que tenía que permanecer relajada.

Respiró hondo, apoyó la espalda en la silla y se adentró en su interior en busca de satisfacción.

No la halló.

—*Signora!*

Aquella alegre voz pertenecía a un joven que se acercaba atravesando el jardín. Debía de andar por la treintena, y era delgado. Otro guapo italiano. Cuando se acercó, apreció sus suaves ojos pardos, su sedoso cabello negro recogido en una coleta y su larga y bien perfilada nariz.

—*Signora* Favor, soy Vittorio. —Se presentó con entusiasmo, como si su propio nombre le produjese placer.

Ella sonrió a modo de respuesta.

—¿Puedo sentarme con usted? —Su elegante acento indicaba que había aprendido inglés con profesores británicos, no americanos.

—Por supuesto. ¿Quieres un poco de vino?

—Ah, me encantaría. —Pero la detuvo cuando ella quiso ponerse en pie—. He estado aquí muchas veces —dijo—. Conozco la casa. Siéntese y disfrute de la vista.

Regresó en menos de un minuto con la botella y un vaso.

—Un precioso día. —Un gato se restregó contra él mientras se sentaba a un extremo de la mesa—. Pero todos los días en la Toscana son preciosos, ¿no cree?

—Parece que sí.

—¿Está disfrutando de su visita?

—Mucho, sí. Pero es algo más que una visita. Voy a quedarme unos meses.

Al contrario que Giulia Chiara, Anna Vesto o la arisca Marta, el joven pareció encantado con la noticia.

—Muchos americanos vienen de visita durante un día, en autobuses, y luego se van. ¿Cómo puede experimentarse la Toscana de ese modo?

Resultaba difícil ignorar semejante entusiasmo, por lo que Isabel sonrió.

—Imposible.

—Y aún no ha probado nuestro *pecorino*. —Metió la cuchara en el pote de miel y la vertió sobre el trozo de queso—. Así lo probará al auténtico estilo toscano.

Se mostraba tan ilusionado que ella no tuvo ánimo para decepcionarlo, a pesar de sospechar que había sido enviado para echarla de allí. Dio un mordisco al queso y no tardó en descubrir que su intenso sabor y la dulzura de la miel formaban una combinación perfecta.

—Delicioso.

—La cocina toscana es la mejor del mundo. *Ribollita*, *panzanella*, jabalí en salsa, *fagioli* en salsa, callos a la florentina...

—Creo que pasaré de los callos.

—¿Pasar?

—Los evitaré.

—Ah, sí. Creo que comemos más partes del animal aquí que en Estados Unidos.

Ella sonrió. Empezaron a charlar acerca de cocina y otros puntos de interés locales. ¿Había estado en Pisa? ¿Y en Volterra? Tenía que visitar los viñedos de la región de Chianti. Y Siena... Su Piazza del Campo era la más hermosa de Italia. ¿Sabía algo del Palio, la carrera de caballos que tenía lugar cada verano en dicha plaza? Y no había que perderse la ciudad amurallada de San Gimignano. ¿La había visitado ya?

—No.

—Se lo enseñaré todo.

—Oh, no.

—Soy guía profesional. Preparo *tours* por toda la Toscana y Umbría. En grupos, y también privados. *Tours* de paseo, culinarios, vinícolas. ¿Nadie le ha ofrecido mis servicios?

—Han estado demasiado ocupados intentando desalojarme.

—Ah, sí, los desagües. Lo cierto es que no ha venido usted en el mejor momento, pero hay mucho que ver por los alrededores, y yo podría acompañarla durante el día.

—Gracias, pero me temo que no puedo permitirme un guía privado.

—No, no. —Él meneó elegantemente la cabeza—. Iremos juntos sólo cuando no tenga otros clientes, como gesto de amistad. Le mostraré todos los lugares que usted no podría encontrar por cuenta propia. No tendrá que preocuparse por conducir por carreteras desconocidas, y se lo traduciré todo. Un buen trato, ya lo verá.

Un trato extraordinario. Un trato que, curiosamente, le mantendría lejos de la casa.

—No puedo obligarle a algo así.

—No es una obligación. Usted pagará la gasolina, ¿le parece bien?

Justo en ese momento, Marta salió al patio. Arrancó varias ramitas de albahaca de un tiesto y se las llevó a la cocina.

Él bebió un sorbo de chianti.

—Mañana tengo el día libre. ¿Le gustaría ir a Siena en primer lugar? O quizás a Monteriggioni. Un pueblecito exquisito. Dante escribió allí el *Inferno*.

A Isabel se le erizó la piel al oír aquel nombre. Pero Dante, el gigoló, no existía, se trataba de Lorenzo Gage, una estrella de cine con aires de casanova que había compartido con ella su vergüenza. Ahora que lo conocía, no le costaba creer que hubiese arrastrado a Karli Swenson al suicidio. Isabel iba a hacer todo lo posible por no volver a verlo nunca más.

—Lo cierto es que he venido aquí a trabajar, y tengo que empezar mañana.

—¿Trabajar? Eso está mal. Pero aun así podemos hacer todos esos paseos. —Sonrió con naturalidad, se acabó el vino y anotó un número de teléfono en un papel que sacó del bolsillo—. Si necesita algo, llámeme.

—Gracias.

Él la obsequió con una deslumbrante sonrisa y se despidió con la mano mientras se alejaba. Como mínimo, ese chico estaba dispuesto a desalojarla con encanto. ¿Tal vez se estaba pasando de suspicaz? Sacó su ejemplar de Yogananda, *Autobiografía de un yogui*, pero en lugar de leerlo acabó

cogiendo su guía de viaje. Mañana tendría que empezar a reinventar su carrera.

Empezaba a oscurecer cuando volvió a la casa, y las olorosas fragancias llenaban la cocina. Entró justo en el momento en que Marta colocaba un cuenco de sopa de aspecto potente en una bandeja cubierta con un paño de lino. La bandeja tenía también una copa de chianti, así como un plato con rodajas de tomate cubiertas con negras y arrugadas aceitunas y una crujiente rebanada de pan. Cualquier esperanza que Isabel albergase respecto a que aquella comida estuviese destinada a ella se desvaneció cuando Marta salió por la puerta con la bandeja. Un día de estos tendría que aprender a cocinar.

Durmió bien aquella noche, y por la mañana se levantó a las ocho en lugar de a las seis como tenía pensado. Bajó de la cama y fue al baño. Tendría que reducir sus oraciones y su sesión de meditación o no cumpliría con la agenda. Abrió el grifo para lavarse la cara, pero no salió agua caliente. Bajó las escaleras y probó en el fregadero. Nada. Salió en busca de Marta para decirle que no había agua caliente, pero no la encontró. Finalmente recurrió a la tarjeta que había dejado Giulia Chiara.

—Sí, sí —dijo Giulia cuando contestó el teléfono—. Es muy difícil para usted estar ahí mientras hay tanto trabajo que hacer. En la casa del pueblo no tendría que preocuparse por esas cosas.

—No voy a trasladarme al pueblo —dijo Isabel con firmeza—. Ayer hablé con... con el propietario. ¿Podrías ocuparte de que haya agua caliente lo antes posible?

—Veré lo que puedo hacer —dijo Giulia con reservas.

Casalleone tenía una muralla romana, la campana de la iglesia tocaba cada media, y había niños por todas partes. Se llamaban unos a otros en los patios y corrían junto a sus madres por las estrechas y empedradas calles que formaban aquel laberinto. Isabel sacó la tarjeta de Giulia y comprobó la dirección. Aunque el nombre de la calle era parecido, no era el mismo.

Había pasado un día desde que habló con la agente inmobiliaria, y seguía sin haber agua caliente. Había llamado a Anna Vesto, pero el ama de llaves había fingido no entender inglés y había colgado. Marta parecía ajena al problema. Según indicaba su agenda, Isabel tendría que haber estado escribiendo en esos momentos, pero el asunto del agua la distraía. Por otra

parte, no tenía nada sobre lo que escribir. Aunque habitualmente se manejaba muy bien con la autodisciplina, esa mañana se había levantado tarde de nuevo, no había meditado, y las únicas palabras que había escrito en dos días habían sido cartas para los amigos.

Se acercó a una joven que cruzaba la pequeña plaza del pueblo con un niño pequeño de la mano.

—*Scusi, signora*. —Le mostró la tarjeta de Giulia—. ¿Podría decirme dónde está la Via San Lino?

La mujer cogió al niño en brazos y echó a correr.

—Bueno, perdóooooon. —Frunció el entrecejo y se dirigió a un hombre de mediana edad vestido con una andrajosa chaqueta con coderas—. *Scusi, signore*. Estoy buscando la Via San Lino.

Cogió la tarjeta de Giulia, la estudió un momento y luego estudió a Isabel. Dijo algo que sonaba como una maldición, se metió la tarjeta en el bolsillo y se largó.

—¡Eh!

La siguiente persona le dijo «*non parlo inglese*» cuando le preguntó por la Via San Lino, pero un joven entrado en carnes con una camiseta amarilla le indicó el camino. Por desgracia, sus indicaciones fueron tan complicadas que Isabel acabó llegando a un almacén abandonado al final de un callejón.

Decidió acudir a la tienda del pueblo en la que atendía la amistosa mujer que había conocido el día anterior. Camino de la *piazza*, pasó por delante de una zapatería y una *profumeria* donde vendían cosméticos. Las ventanas de las casas que daban a la calle estaban cubiertas con cortinas de ganchillo, y la colada colgaba de cuerdas por encima de su cabeza. «Secadoras italianas», las denominaba la guía de viaje. Dado que la electricidad era muy cara, las familias no disponían de secadoras eléctricas.

Su olfato la condujo hasta una pequeña panadería, donde le compró una tartaleta de higo a una ruda muchacha pelirroja. Cuando salió, alzó la vista hacia el cielo. Las altas nubes parecían tan mullidas que podrían haberlas cosido a un pijama de franela. Era un día hermoso, y ni siquiera un centenar de malcarados italianos podrían estropeárselo.

De camino a la tienda de comestibles se topó con un quiosco que tenía un expositor de postales de viñedos, campos de flores y encantadoras

ciudades toscanas. Al detenerse para elegir algunas, se dio cuenta de que muchas postales mostraban el *David* de Miguel Ángel o, como mínimo, una parte significativa del mismo. El pene de mármol de la estatua le apuntaba directamente, tanto de frente como de lado. Sacó una postal para examinarla más de cerca. El *David* parecía poco dotado en el aspecto de genitales.

—¿Habías olvidado cómo son, hija mía?

Se volvió para verse a sí misma reflejada en unas gafas de sol con montura de acero. Pertenecían a un sacerdote alto, vestido de negro, con un bigote tupido y oscuro. Era un hombre excepcionalmente feo, pero no debido al bigote, que ya de por sí era bastante desagradable, sino a una cicatriz rojiza que le recorría la mejilla hasta el extremo de un ojo.

Una mejilla que a Isabel le resultaba muy familiar.

Isabel resistió el impulso de devolver la postal al expositor.

—Estoy comparándolas con algo similar que vi no hace mucho. Los de la estatua son mucho más impresionantes —dijo, aunque no era cierto.

El sol se reflejó en los cristales de las gafas cuando él sonrió.

—Hay algunos calendarios pornográficos en el interior, en caso de que te interese.

—No me interesa. —Dejó la postal en su sitio y echó a andar por la empinada calle.

Él dio un par de zancadas para colocarse a su lado, moviéndose dentro de aquella larga sotana con la misma gracia que lo hacía en ropa de calle; Lorenzo Gage estaba acostumbrado a los disfraces.

—Si deseas confesar tus pecados, soy todo oídos —dijo.

—Mejor busca algunas colegialas a las que molestar.

—Tienes la lengua afilada esta mañana, Fifi. Mereces un centenar de *Ave Marías* por insultar a un servidor de Dios.

—Lo mismo digo, señor Gage. En Italia es delito suplantar a un sacerdote. —Vio a una atribulada madre joven saliendo de una tienda con dos gemelos y la llamó—. *Signora!* ¡Este hombre no es un sacerdote! Es Lorenzo Gage, el actor americano.

La mujer la miró como si fuese una lunática, y se alejó con sus hijos a toda prisa.

—Buen intento. Probablemente hayas traumatizado a esos niños de por vida.

—Si no es delito, debería serlo. Ese bigote parece una tarántula muerta sobre tu labio. ¿Y no crees que esa cicatriz es un poco excesiva?

—Mientras me permita moverme de un lado a otro libremente, no me importa.

—Si deseas anonimato, ¿por qué no te quedas en casa?

—Porque me encanta caminar.

Ella le observó.

—La última vez que te vi ibas armado. ¿Llevas algún arma bajo la sotana?

—No, aparte de los explosivos que llevo pegados al pecho.

—Vi la película. Horrorosa. Toda esa escena no era sino una glorificación de la violencia y una excusa para mostrar tus músculos.

—Recaudó ciento cincuenta millones.

—Lo cual demuestra mi teoría acerca de los gustos del público americano.

—Hay personas que viven en cúpulas de cristal, doctora Favor...

O sea que había descubierto quién era.

Se ajustó las gafas de sol sobre su perfecta nariz.

—Nunca he prestado atención a la autoayuda, pero incluso así he oído hablar de ti. ¿Tu doctorado es real o de pega?

—Tengo un doctorado en psicología, lo que me faculta para realizar diagnósticos precisos: eres un gilipollas. Y ahora déjame en paz.

—De acuerdo, me has tocado la moral. —Alargó la zancada—. Yo no teforcé aquella noche, y no voy a pedirte perdón.

—¡Fingiste ser un gigoló!

—Sólo en tu febril imaginación.

—Hablabas italiano.

—Y tú hablabas francés.

—Lárgate. No, espera. Eres mi casero, y no tengo agua caliente.

Él saludó con la cabeza a un par de ancianas que pasaban cogidas del brazo y las bendijo haciendo la señal de la cruz, lo cual le condenaba sin duda a pasar un milenio extra en el purgatorio. Ella se dio cuenta de que parecía su cómplice, por lo que echó a caminar de nuevo. Por desgracia, él la siguió.

—¿Por qué no tienes agua caliente? —preguntó.

—No lo sé. Y tus empleados no están haciendo nada al respecto.

—Esto es Italia. Esas cosas requieren tiempo.

—Solúcionalo.

—Veré qué puedo hacer. —Se acarició la falsa cicatriz—. Doctora Isabel Favor, me resulta difícil creer que me fuese a la cama con la guardiana *new age* de la virtud americana.

—No soy *new age*. Soy una moralista a la vieja usanza, por eso me parece tan repugnante lo que hice. Pero en lugar de lamentarme, superaré el trauma e intentaré olvidarlo.

—Tu prometido te ha dejado y tu carrera se ha venido abajo. Eso te faculta para el olvido. Pero no tendrías que haber cometido fraude con tus impuestos.

—Fue mi contable.

—Creía que alguien con un doctorado en psicología sería más perspicaz a la hora de contratar a su contable.

—Eso es lo que tú crees. Pero como tal vez hayas notado, he desarrollado un gran paréntesis en lo que respecta a tratar con gente inteligente.

—¿Dejas que muchos hombres te lleven al huerto? —Su leve sonrisa tenía un deje diabólico.

—Déjame en paz.

—No intento juzgarte, de verdad. Sólo siento curiosidad. —Guiñó su ojo bueno al salir de la sombría calle a la *piazza*.

—Nunca permito que un hombre me lleve al huerto. ¡Nunca! Esa noche... esa noche había perdido el juicio. Si me has contagiado alguna enfermedad...

—Pasé un constipado hará unas dos semanas, pero aparte de eso...

—No te hagas el gracioso. Leí una de tus entrevistas. Según tus propias palabras, tú... Veamos, ¿cómo lo dijiste? ¿Habías «follado con quinientas mujeres»? Incluso dando por hecho cierto grado de exageración, eres una pareja de alto riesgo.

—Esa entrevista ni siquiera se acerca a la realidad.

—¿No lo dijiste?

—Bueno, me has pillado.

Le dedicó lo que ella imaginaba una mirada fulminante, pero como no tenía mucha práctica en ese tipo de cosas, probablemente se quedó corta.

Él bendijo a un gato que pasaba.

—Era un actor joven intentando conseguir publicidad cuando concedí esa entrevista. Hay que esmerarse para ganarse el pan.

Ella sintió la tentación de preguntarle con cuántas mujeres había yacido en realidad, y el único modo con que consiguió resistirse fue apretando el paso.

—Un centenar como mucho.

—No te lo he preguntado —replicó—. Resulta desagradable.

—Estaba bromeando. No soy tan promiscuo. Serás una especie de gurú, pero no tienes sentido del humor.

—No soy una especie de gurú, y resulta que tengo un sentido del humor muy desarrollado. ¿Por qué si no estaría hablando contigo?

—Si no quieres que te juzgue por lo que pasó la otra noche, tampoco deberías juzgarme a mí. —Le agarró la bolsa y metió la mano dentro—. ¿Qué es esto?

—Una tartaleta. Y es mía. ¡Eh! —Observó cómo él le daba un bocado considerable.

—Está buena —dijo con la boca llena—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Disfruta.

—Tú te lo pierdes. —Se acabó la tartaleta—. La comida en Estados Unidos nunca sabe tan buena como aquí. ¿Te has dado cuenta?

Ella también lo creía así, pero entró en la tienda de comestibles y le ignoró.

Él no la siguió. A través del escaparate, le vio acucillarse para acariciar a un perro viejo que se le había acercado. La amable señora que le había vendido la miel no estaba allí. En su lugar, había un señor mayor ataviado con un delantal de carnicero. La miró mientras ella sacaba la lista que había elaborado con la ayuda de un diccionario de italiano. Pensó que la única persona amistosa con la que se había cruzado ese día era Lorenzo Gage. Se trataba de un pensamiento desolador.

Él estaba apoyado contra la fachada leyendo un periódico italiano cuando ella salió. Se lo colocó bajo el brazo e intentó cogerle las bolsas.

—Ni hablar. Te lo comerías todo. —Avanzó en busca de la calle lateral en la que había aparcado el coche.

—Debería desalojarte de la casa.

—¿Por qué motivo?

—Por ser... ¿cuál es la palabra?... ah, sí... malintencionada.

—Sólo contigo. —Se dirigió a un hombre que tomaba el sol sentado en un banco—. *Signore!* Este hombre no es un sacerdote. Es...

Gage le cogió las bolsas y le dijo al hombre algo en italiano, que por respuesta chasqueó la lengua.

—¿Qué le has dicho?

—Que eres una pirómana o una carterista. Siempre confundo esas dos palabras.

—Eso no tiene gracia. —Lo cierto era que sí la tenía, y si lo hubiese dicho otra persona probablemente se habría reído—. ¿Por qué me sigues? Estoy segura de que hay docenas de mujeres necesitadas de compañía en este pueblo. —Un hombre impolutamente vestido la miró desde la puerta de una tienda de fotografía.

—No te estoy siguiendo. Estoy aburrido. Eres el mejor entretenimiento del pueblo. Por si no te has dado cuenta, a la gente de aquí no parece gustarle.

—Me he dado cuenta.

—Eso es porque pareces altiva.

—No parezco nada altiva. Se cierran en banda sólo para protegerse.

—Sí que pareces altiva.

—Yo de ti pediría que me enseñasen las facturas de alquiler de la casa en que me alojo.

—Justo lo que más me apetece en vacaciones.

—Algo raro está pasando, y creo que sé exactamente de qué se trata.

—Ahora me siento mucho mejor.

—¿Quieres que te lo diga o no?

—No.

—Se supone que tu casa está para ser alquilada, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Pues bien, si investigas un poco, descubrirás que no es así.

—Y tú sabes por qué...

—Porque Marta piensa que la casa es suya, y no quiere compartirla con nadie.

—¿La hermana del difunto Paolo?

Isabel asintió.

—La gente de los pueblos pequeños forma una piña contra los forasteros. Entiende cómo se siente Marta y está protegiéndola. Me sorprendería que te hubiese pagado alguna vez el alquiler de esa casa, aunque no lo necesites.

—Tu teoría de la conspiración hace agua. Si ella puede hacer que la casa no se alquile, ¿cómo es que tú...?

—Alguna clase de triquiñuela.

—De acuerdo, voy a sacarla de allí. ¿Tendré que matarla?

—No tienes que echarla, aunque no me cae demasiado bien. Y tampoco le exijas el alquiler. Tienes que pagarle. El jardín es increíble. —Ella frunció el entrecejo cuando él empezó a rebuscar en una bolsa—. Lo que intento decirte...

—¿Hay pastas aquí dentro?

Ella recuperó la bolsa.

—La cuestión es que soy la parte inocente. He alquilado la casa de buena fe, y espero disponer de agua caliente.

—Ya te he dicho que me ocuparé de eso.

—Y no soy altiva. Se habrían mostrado hostiles con cualquiera que hubiese alquilado esa casa.

—¿Puedo discrepar contigo sobre eso?

No le gustaba su engreimiento. Ella tenía fama de serena y valiente, pero a su lado se sentía vulnerable.

—Resulta significativa la cicatriz de tu mejilla.

—Estás utilizando tu registro de loquera, ¿verdad?

—Sin duda es algo simbólico.

—¿Qué quieres decir?

—Una representación de tus cicatrices internas. Cicatrices causadas por... bueno, no sé... ¿la lujuria, la depravación, el libertinaje? ¿O se trata de sentido de culpa?

Había estado pensando en el modo en que él la había tratado, y ahora se dio cuenta de que sus palabras habían dado en el clavo, y sospechó que ese clavo era Karli Swenson. Gage no había conseguido olvidar el suicidio de la actriz, y la comisura de su boca le delataba.

—Forma parte de mi equipaje de actor.

Él estaba tocado, que era exactamente lo que ella quería, pero apreció un fugaz destello de dolor en su rostro que la preocupó. Isabel tenía muchos defectos, pero la crueldad deliberada no era uno de ellos.

—No quería decir...

Él consultó su reloj y dijo:

—Es mi hora de escuchar confesiones. *Ciao*, Fifi. —Y se alejó.

Isabel se recordó que él le había dedicado un buen puñado de pullas, así que no había razón alguna para disculparse. Pero su pulla había hecho daño, y ella era una sanadora por naturaleza, no una ejecutora. Aun así, casi le dio un vuelco el corazón al oírse decir:

—Mañana iré a Volterra a dar un paseo.

Él volvió la cabeza y alzó una ceja.

—¿Es una invitación?

¡No! Pero su conciencia se impuso sobre sus necesidades personales.

—Es un soborno para conseguir agua caliente.

—De acuerdo, acepto.

—Bien. —Se maldijo a sí misma—. Yo conduciré —añadió de mala gana—. Pasaré a buscarte a las diez.

—¿De la mañana?

—¿Supone algún problema? —Un problema para ella. Según su agenda, a las diez debería estar escribiendo.

—Bromeas, ¿verdad? Eso es antes de que amanezca.

—Lo lamento. Elige tú la hora.

—Estaré preparado a las diez. —Echó a andar de nuevo pero se detuvo otra vez—. No volverás a pagarme si nos acostamos, ¿verdad?

—Haré todo lo posible para resistir la tentación.

—Bravo, Fifi. Te veré al alba.

Ella subió a su coche. Al mirar a través del parabrisas, se recordó que tenía un doctorado en psicología, lo cual la facultaba para realizar diagnósticos acertados: ella era una idiota.

Ren pidió un café *espresso* en la barra del bar de la *piazza*. Se llevó la pequeña taza a una mesa redonda de mármol y se sentó a ella para disfrutar del lujo de no ser molestado en un lugar público. Después de dejar que el café se enfriase un poco, se lo bebió de un trago como solía a hacer su *nonna*. Era fuerte y amargo, tal y como a él le gustaba.

Esperaba no haber dejado que la pendenciera doctora Favor se hubiese mofado finalmente de él. Estaba demasiado acostumbrado a rodearse de aduladores que nunca le llevaban la contraria. Pero a ella no le impresionaba su fama. Por el amor de Dios, ni siquiera le gustaban sus películas. Y la brújula moral que acarreaba consigo era tan pesada que apenas podía permanecer en pie. Así pues, ¿realmente tenía la intención de pasar el día con ella?

Por supuesto. ¿Cómo iba a conseguir desnudarla otra vez si no?

Sonrió y jugueteó con la taza. La idea lo había asaltado cuando la vio mirando la postal. Tenía la frente arrugada debido a la concentración, y se mordía aquellos turgentes labios que ella intentaba disimular con sosos pintalabios. Llevaba el cabello, rubio con mechas, peinado a la perfección, excepto un mechón que caía sobre su mejilla. Ni el caro cárdigan que llevaba sobre los hombros ni su vestido abotonado color crema conseguían ocultar las curvas de su cuerpo a pesar de sus maneras de buena chica.

Se retrepó en la silla y no dejó de darle vueltas a la idea. Algo había ido mal la primera vez que la buena doctora y él habían hecho el amor, pero se aseguraría de que no volviese a suceder, lo cual significaba ir un poco más despacio de lo que le gustaba.

Al contrario de lo que opinaban de él, tenía conciencia, y acababa de hacerle un rápido repaso. No. Ni un solo remordimiento. La doctora Fifi era una mujer adulta, y si no se sintiese atraída por él no se habrían acostado aquella noche. No obstante, ahora se le resistía. Pero ¿realmente valía la pena esforzarse en seducirla?

Sí, ¿por qué no? Le intrigaba. A pesar de su afilada lengua, mostraba una decencia respecto a sí misma que resultaba extrañamente atractiva, y habría

apostado a que ella creía en lo que predicaba. Lo cual significaba —al contrario que la primera vez— que esperaba algún tipo de relación previa.

Dios, odiaba esa palabra. Él no mantenía relaciones, al menos con cierto grado de sinceridad. Pero si se mantenía lo bastante firme, sin bajar la guardia durante un solo segundo y se mostraba dubitativo todo el tiempo, tal vez podría esquivar la cuestión de la relación.

Hacía mucho tiempo que no iba tras alguna mujer que le interesase, por no decir una que supusiese un verdadero entretenimiento. La noche anterior había dormido bien por primera vez en meses, y a lo largo del día no había necesitado sacar su cigarrillo de emergencia. Por otra parte, cualquiera podía ver que a la doctora Fifi le iría bien un poco de perversión. Y él era el hombre adecuado para llevarla por la mala senda.

Un chorro de agua caliente le dio los buenos días a Isabel la mañana siguiente. Se dio un cálido baño, tomándose su tiempo para lavarse el pelo y depilarse las piernas. Pero su gratitud hacia su casero se vino abajo al comprobar que el secador de pelo no funcionaba, y no tardó en descubrir que no había electricidad en toda la casa.

Observó su pelo secado con la toalla en el espejo. Se le habían formado unos tirabuzones rubios a la altura de las orejas. Sin el efecto del secador y el cepillo, su cabeza era un amasijo de rizos que ningún acondicionador o gel fijador podía domar. En unos veinte minutos, su aspecto era tan caótico como el que solía ofrecer su madre cuando regresaba a casa tras una de sus tutorías personalizadas con algún estudiante de posgrado.

Las raíces psicológicas que se escondían bajo la necesidad de orden de Isabel no eran demasiado profundas. Librarse del desorden y la variabilidad constituía un objetivo bastante predecible para alguien que había crecido en medio del caos. Barajó la posibilidad de telefonear a la villa y cancelar el paseo, pero Gage habría pensado que le tenía miedo. Aparte de eso, no estaba obsesionada con su cabello. Sencillamente le desagradaba el desaliño.

Para compensarlo, se puso un sencillo y ligero vestido negro sin cuello. Tras añadirle unas sandalias, el brazalete de oro con la inscripción respira y un sombrero de paja bien encajado sobre sus rizos, se sintió preparada para

salir. Quiso meditar un momento para calmarse, pero su mente se negó a hacerlo.

Había planeado llegar a la villa con quince minutos de retraso por el mero placer de hacer esperar a la estrella cinematográfica, y a las diez y cinco empezó a hiperventilarse y se encaminó al coche. Se miró en el retrovisor cuando se detuvo frente a la entrada principal de la villa. Estuvo a punto de salir corriendo hacia la casa al ver los rizos que escapaban por debajo del sombrero.

Se percató de la presencia de un hombre escondido tras los arbustos y sintió un involuntario fogonazo de simpatía por Gage. A pesar de su disfraz del día anterior, no había podido mantener su escondite a resguardo de sus admiradores.

El hombre vestía una fea camisa, bermudas anchas que le llegaban casi hasta las rodillas, unas grandes sandalias con gruesas suelas y calcetines blancos. Una gorra de los Lakers hacía sombra en su cara, y una cámara colgaba de su cuello. Una riñonera roja pendía de su cintura como una berenjena. Él vio el coche y se acercó, bamboleándose al caminar como las personas con sobrepeso.

Ella se preparó para la confrontación, pero entonces miró con mayor detenimiento. Con un gemido, se golpeó la frente contra el volante.

Él asomó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Buenos días, Fifi.

—¡Me niego a que me vean contigo en público!

Él se golpeó las rodillas contra el salpicadero al subir al Panda.

—Créeme, disfrutarás más del día de este modo. Sé que a ti te resulta difícil creerlo, pero los italianos adoran mis películas.

Ella observó su horroroso atuendo.

—Quítate esa espantosa riñonera.

—No me puedo creer que haya salido de la cama tan temprano sin tener que ir a trabajar. —Reclinó el asiento y cerró los ojos.

—La riñonera no viene con nosotros. Puedo soportar los calcetines blancos y las sandalias, pero no la riñonera. —Le miró otra vez—. No, tampoco soporto los calcetines blancos. Tienes que deshacerte de ambas cosas.

Él bostezó.

—De acuerdo, veamos... ¿Cómo lo contarán en *Entertainment Tonight*? —Puso voz de presentador televisivo—. «La doctora Favor, recientemente caída en desgracia, una mujer menos inteligente de lo que a ella le gustaría y de lo que sus legiones de adoradores creen, fue vista en Volterra, Italia, con Lorenzo Gage, el oscuro príncipe hollywoodiano de vida disoluta. Se les vio juntos...»

—Me encanta la riñonera. —Puso el Panda en marcha.

—¿Y las sandalias y los calcetines blancos?

—Detalles de moda retro.

—Excelente. —Hurgó en la riñonera. Ella se preguntó cómo alguien tan alto podía caber dentro de un Maserati.

—¿Qué hacías detrás de los arbustos?

Él se colocó unas gafas de sol de aspecto ridículo.

—Allí hay un banco. Me estaba echando una siestecita. —A pesar de sus quejas, parecía descansado—. Llevas un bonito peinado esta mañana. ¿De dónde han salido esos rizos?

—Un repentino y misterioso corte de electricidad ha convertido mi secador de pelo en un trasto inservible. Gracias por el agua caliente. ¿Podrías ahora conseguir que volviese la electricidad?

—¿No tienes electricidad?

—Pues no.

—Tal vez sea un fusible. Anna me dijo que tuvo problemas con el agua caliente todo el verano, de ahí que haya que levantar el suelo.

—¿Te dijo que tenía que trasladarme al pueblo?

—Creo que lo mencionó. Quítate el sombrero, ¿te importa?

—Ni hablar.

—Llamará la atención. Además, me gustan esos rizos.

—Lo siento.

—¿No te gustan los rizos?

—No me gusta el desorden. —Le echó un vistazo a su atuendo con una elocuente mirada.

—Ah.

—¿Qué?

—Nada. Sólo «ah».

—Guárdate tus «ahs» para ti, así podré disfrutar del paisaje.

—De acuerdo.

Era un hermoso día. Las colinas se recortaban contra el horizonte a ambos lados de la carretera. En uno de los campos había balas oblongas de trigo. Un tractor se desplazaba por otro. Pasaron junto a kilómetros de girasoles secándose al sol, aunque aún no habían florecido. Le habría encantado verlos en todo su esplendor, pero entonces no habría podido apreciar el delicioso momento de la cosecha de la uva.

—Mis amigos me llaman Ren —dijo—, pero hoy me gustaría que me llamasen Buddy.

—De acuerdo.

—O Ralph. Ralph Smitts, de Ashtabula, Ohio. Ese pueblo existe. Si tienes que llevar sombrero, te compraré algo un poco menos llamativo cuando lleguemos.

—No, gracias.

—Eres una chica un poco estirada, doctora Favor. ¿Se debe a tu filosofía de vida: «Esfuézate en ser la chica más estirada del planeta»?

—No soy una estirada, sino que tengo principios. —El mero hecho de decirlo le hizo sentir remilgada, pero ella no era remilgada..., no realmente, no en esencia—. ¿Qué sabes de mi filosofía?

—No sabía nada hasta anoche, que estuve mirando cosas en internet. Interesante. Por lo que pude leer en tu nota biográfica, levantaste tu imperio a base de esfuerzo. Al parecer, nadie te ha regalado nada.

—Oh, sí que me han regalado cosas. —Pensaba en toda la gente que le había inspirado durante años. Siempre que se encontraba en un momento bajo, el universo le enviaba un ángel de una forma u otra.

El pie de Isabel resbaló en el acelerador.

—Ve con cuidado —le advirtió él.

—Lo siento.

—Presta atención a la carretera o déjame conducir —gruñó—. Lo cual deberías haber hecho desde el principio, pues soy un hombre.

—Ya me he dado cuenta. —Ella aferró el volante con más fuerza—. Seguro que la historia de mi vida resulta aburrida en comparación con la tuya. Creo haber leído algo de tu madre. ¿Pertenece a la realeza o algo así?

—Era condesa. Uno de esos títulos italianos sin importancia. Esencialmente, una irresponsable seductora internacional con demasiado dinero. Murió.

—Siempre me han fascinado las influencias de la niñez. ¿Te importa si te hago una pregunta personal?

—¿Quieres saber cómo fue crecer junto a una mujer con el cerebro de una niña de doce años? Me conmueve tu interés.

Ella se preguntó si no sería mejor guardar las distancias en lugar de mantener una conversación. Pero ¿qué podía perder?

—Sólo es curiosidad profesional, así que no te pongas romántico —dijo.

—Veamos, influencia maternal... No puedo recordar la primera vez que bebí, pero creo que fue cuando crecí lo suficiente para alcanzar los vasos que sus invitados acostumbraban dejar en la mesa. —Ella no apreció amargura, pero debía de andar por algún lugar interior—. Fumé mi primer porro cuando tenía diez años. Había visto un montón de películas

pornográficas antes de cumplir los doce, y no creo que algo así perjudique la sexualidad de un adolescente. Entré y salí de diversos internados por toda la Costa Este. Destrocé más coches de los que puedo recordar. Me arrestaron dos veces por hurto, lo cual no dejaba de ser irónico porque disponía de abultadas sumas. Pero, ya sabes, cualquier cosa con tal de llamar la atención. Por cierto, esnifé mi primera raya de coca a los quince. Oh, los buenos días del pasado.

Había mucho dolor tras su ironía, pero sólo iba a dejarle ver un poco.

—¿Y tu padre? —preguntó Isabel.

—Wall Street. Muy respetable. Sigue acudiendo al trabajo todos los días. La segunda vez se aseguró de casarse de forma más responsable: una mujer de sangre azul que, sabiamente, me mantuvo lo más lejos posible de sus tres hijos. Uno de ellos es un tipo decente. Nos vemos de vez en cuando.

—¿Hubo algún ángel en tu infancia?

—¿Ángel?

—Una presencia benéfica.

—Mi *nonna*, la madre de mi madre. Vivía con nosotros aquí y allá. De no ser por ella, probablemente habría acabado en prisión.

Por lo visto, había creado su propia prisión realizando únicamente papeles de villano, tal vez para reflejar la visión que tenía de sí mismo. O tal vez no. Los psicólogos tenían la mala costumbre de simplificar en exceso las motivaciones de las personas.

—¿Y tú qué? —preguntó él—. Tu nota biográfica decía que te has mantenido a ti misma desde los dieciocho. Suena duro.

—Forja el carácter.

—Has hecho un largo camino.

—No lo suficiente. Estoy arruinada. —Buscó sus gafas de sol con la intención de poner fin a esa conversación.

—Hay cosas peores que estar arruinado —dijo él.

—Supongo que hablas por propia experiencia.

—Cuando tenía dieciocho años, el cheque de mi asignación se perdió por culpa del correo. Lo pasé muy mal.

Ella siempre había sentido debilidad por la gente que era capaz de reírse de sí misma, por lo que sonrió, aunque no debería haberlo hecho.

Media hora después estaban en las afueras de Volterra, donde había un castillo de piedra en lo alto de una colina. Por fin un tema de conversación seguro.

—Esa debe de ser la *fortezza* —dijo Isabel—. Los florentinos la construyeron a finales del siglo xv sobre el original asentamiento etrusco, que data del siglo viii antes de Cristo.

—Has estado leyendo tu guía de viaje, ¿no?

—Unas cuantas guías. —Dejaron atrás una gasolinera Esso y una pequeña casa con una antena parabólica en las tejas rojas de la techumbre—. De algún modo, me había imaginado a los etruscos como una especie de cavernícolas, pero eran una cultura bastante avanzada. Tenían muchas cosas en común con los griegos. Eran mercaderes, navegantes, granjeros, artesanos. Extraían cobre de las minas y fundieron hierro. Y sus mujeres estaban sorprendentemente liberadas para la época.

—Amén a eso.

No había nada como una lección de historia para mantener las cosas en un terreno impersonal, pensó Isabel. Debería de haberlo hecho antes.

—Cuando llegaron los romanos, la cultura etrusca fue asimilada gradualmente, aunque algunos creen que el actual estilo de vida toscano guarda más relación con las raíces etruscas que con las romanas.

—Cualquier excusa es buena para una fiesta.

—Algo así. —Siguió las señales de aparcamiento avanzando por un bonito paseo flanqueado por bancos y encontró una explanada al final del mismo—. No se puede ir en coche por la ciudad, así que tendremos que aparcar aquí.

Él bostezó y dijo:

—Hay un bonito museo en la ciudad con un montón de objetos etruscos que satisfarán tu curiosidad.

—¿Habías estado aquí?

—Hace años, pero todavía lo recuerdo. Los etruscos fueron uno de los motivos de que me especializase en historia antes de dejar la universidad.

Ella le miró con suspicacia.

—O sea que ya sabías todo lo que he estado diciendo, ¿no?

—Sí, aunque me has dado la oportunidad de refrescarlo. Por cierto, la ciudad etrusca original fue construida alrededor del siglo ix antes de Cristo, no del viii. Pero, ¿qué importan cien años más o menos?

Lo suficiente como para presumir de sus conocimientos. Salieron del Panda, e Isabel reparó en que una patilla de las gafas de Ren estaba envuelta en cinta adhesiva.

—¿No llevabas un disfraz como éste en una película en que intentabas violar a Cameron Diaz?

—Creo que quería matarla, no violarla.

—No me gustaría parecer crítica, pero ¿todo ese sadismo no te molesta?

—Gracias por no ser crítica. El sadismo me ha hecho famoso.

Ella le siguió por el aparcamiento hacia el paseo. Caminaba del modo en que lo haría un hombre mucho más pesado que él, otra ilusión de su equipaje de actor. Se dijo que lo mejor sería callarse y dejarlo en paz, pero era difícil librarse de las viejas costumbres.

—Sigue siendo importante para ti, ¿no es así? —dijo—. A pesar de todos los inconvenientes. Me refiero a lo de ser famoso.

—Si hay un foco cerca, por lo general disfruto haciendo que me ilumine. Y no pretendas fingir que no sabes de qué hablo.

—¿Crees que la atención del público es lo que me motiva? —preguntó ella.

—¿Acaso no es así?

—Sólo como medio para poder transmitir mi mensaje.

—Te creo.

Estaba claro que no la creía. Lo miró, sabiendo que lo que tendría que hacer era pasar de aquella cuestión.

—¿Eso es todo lo que quieres de tu vida, permanecer bajo los focos?

—Ahórrame tus conferencias sobre crecimiento personal. No estoy interesado.

—No pensaba darte una conferencia.

—Fifi, vives para esas conferencias. Las conferencias son como el aire para ti.

—¿Y eso hace que te sientas amenazado?

—Todo lo que tiene que ver contigo es una amenaza para mí.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Crees que soy una engreída, ¿verdad?

—Me parece que tienes cierta tendencia a serlo.

—Sólo en lo que a ti respecta, y lo hago de forma deliberada. —Intentó que no se notase que estaba disfrutando con aquella esgrima verbal.

Giraron por una calle estrecha que parecía incluso más antigua y pintoresca que las anteriores.

—Así pues, ¿las Cuatro Piedras Angulares fueron una revelación divina o las leíste en una tarjeta de felicitación en algún lado?

—Fue cosa de Dios —respondió ella, dando por imposible su intento de mantenerse distante—. Aunque no fue una revelación. Cambiamos de ciudad muchas veces cuando era niña. Eso me hizo sentirme bastante sola, pero me dio tiempo para observar a la gente. Cuando crecí, desempeñé diferentes trabajos para pagarme la universidad. Leí y mantuve los ojos abiertos. Observé que la gente tenía éxito y luego fracasaba, en sus trabajos y en sus relaciones personales. Las Cuatro Piedras Angulares surgieron de esas observaciones.

—Supongo que la fama no te llegó al instante.

—Empecé escribiendo sobre lo que observaba cuando estudié el posgrado.

—¿Trabajos académicos?

—Al principio sí. Pero lo consideraba demasiado limitador, así que extracté mis ideas para algunas revistas femeninas, y de ahí nacieron las Cuatro Piedras Angulares. —Se trataba de un resumen somero, pero le agradaba hablar de su trabajo—. Empecé utilizando esas lecciones en mi propia vida, y me gustaron los resultados, el modo en que hacía que me sintiese más centrada. Organicé algunos grupos de discusión en el campus. Parecían ayudar a la gente, y no tardaron en crecer. Un editor acudía a uno de ellos, y de ahí partió todo.

—Te gusta lo que haces, ¿verdad?

—Me encanta.

—Entonces tenemos algo en común, después de todo.

—¿De verdad disfrutas con los papeles que interpretas?

—Lo ves, de nuevo ese toque altivo.

—Me resulta difícil imaginar que alguien disfrute con un trabajo que glorifica la violencia.

—Olvidas que al final suelo morir, lo que convierte a mis películas en moralejas morales. Deberían gustarte.

La multitud les salió al paso cuando llegaron a la *piazza*. Ella miró alrededor, a los puestos callejeros, que exhibían su mercancía en cestos de los que sobresalían frutas y verduras como si fuesen brillantes juguetes. Potes con especias llenaban el aire de aromas, junto a las ristras de ajo y los pimientos. Los vendedores ambulantes ofrecían pañuelos de seda y bolsos de piel. Coloreados paquetes de pasta descansaban junto a botellas de aceite de oliva con forma de perfumes. Pasó junto a una carretilla cargada con pastillas de jabón de color tierra aromatizadas con lavanda, semillas de amapola y ralladura de limón. Cuando se detuvo para oler los jabones de lavanda, le echó un vistazo a Ren, que estaba contemplando una jaula de pájaros. Pensó en otros actores que conocía. Les había oído hablar de cómo tenían que buscar en su interior para encontrar las semillas necesarias para interpretar un determinado personaje, y se preguntó si Ren encontraba en su interior aquello que le permitía interpretar los papeles de malvado de forma tan convincente. ¿Los restos de unos sentimientos forjados en una infancia conflictiva?

Cuando se le acercó, él hizo un gesto hacia los canarios.

—No estoy pensando en cargármelos, si es eso lo que te preocupa.

—Supongo que dos pajarillos no suponen reto suficiente para ti. —Ella tocó el cerrojo de la jaula—. No le des demasiada importancia pero, hablando objetivamente, me pareces un actor estupendo. Apuesto a que serías capaz de interpretar el papel de un gran héroe si te lo propusieses.

—¿Otra vez con eso?

—¿No sería hermoso salvar a una chica, para variar, en lugar de acabar con ella?

—No se trata siempre de mujeres. Soy una bestia equitativa. Y ya traté de salvar a una en una ocasión, pero no funcionó. ¿Has visto por casualidad *Noviembre es el momento*?

—No.

—Ni tú ni nadie. Interpreté a un noble pero ingenuo doctor que se ve envuelto en una trama médica mientras lucha por salvar la vida de la heroína. Fue un fracaso.

—Tal vez fallaba el guión.

—O tal vez no. —La miró—. Ésa es la lección que he aprendido de la vida, Fifi: hay quien ha nacido para interpretar al héroe y quien ha nacido para interpretar al malo. Luchar contra tu destino hace que la vida sea más dura de lo que tendría que ser. Aparte de eso, la gente recuerda durante más tiempo al malvado y se olvida pronto del héroe.

Si no hubiese apreciado aquel deje de dolor en su rostro el día anterior, tal vez lo habría dejado correr, pero rebuscar en la psique de las personas era su segunda obsesión.

—Hay una enorme diferencia entre interpretar al malo en la pantalla e interpretarlo en la vida real, o como mínimo sentir que uno lo es.

—No eres muy sutil. Si quieres saber cosas de Karli, pregúntame directamente.

Ella no había pensado sólo en Karli, pero no le contradijo.

—Quizá necesites hablar de lo que ocurrió. La oscuridad pierde parte de su poder cuando viertes sobre ella algo de luz.

—Espérame aquí un momento, ¿vale? Tengo que ir a vomitar.

Isabel no se sintió ofendida. Se limitó a bajar la voz y hablar con mayor suavidad.

—¿Tuviste algo que ver con su muerte, Ren?

—No vas a cerrar la boca, ¿verdad?

—Me has dicho que te preguntase. Pues te pregunto.

Él le dedicó una encendida mirada, pero no siguió caminando.

—Ni siquiera habíamos hablado desde hacía un año. Y cuando nos veíamos, ninguno de los dos demostraba demasiada pasión. No se mató por mi culpa. Murió porque era drogadicta. Por desgracia, los periodistas menos escrupulosos querían una historia más sensacionalista, así que se la inventaron, y como nunca he desmentido ni confirmado nada de lo que dijeron de mí en la prensa, ni siquiera he podido lamentar su pérdida. ¿Acaso podría?

—Claro que puedes. —Isabel rezó una rápida plegaria por el alma de Karli Swenson, sólo unas pocas palabras, pero, habida cuenta de su actual vacío espiritual, agradeció poder siquiera rezar un poco—. Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

La grieta en su armadura de autoprotección había sido muy pequeña, y no tardó en recuperar sus aires de malvado.

—No necesito tu empatía. La mala prensa no hace sino aumentar mi atractivo profesional.

—*Touché*. Me retracto.

—No vuelvas a hacerlo. —La agarró del brazo para conducirla entre la multitud.

—Si algo he aprendido, es a no contrariar a nadie que lleve una riñonera.

—Graciosa.

Ella sonrió entre dientes.

—¿Has visto cómo nos mira la gente? No pueden entender cómo una mujer como yo puede ir con un cretino como tú.

—Creen que soy rico y que tú eres una chuchería por la que he pagado.

—¿Una chuchería? ¿En serio? —Le gustaba cómo sonaba.

—No te alegres tanto. Tengo hambre. —La arrastró hasta una pequeña *gelateria*, donde, tras una vitrina de cristal, se exponían los recipientes de delicioso helado italiano.

Ren se dirigió al adolescente que atendía tras el mostrador en un italiano macarrónico aderezado con un acento sureño que a Isabel casi le hizo reír. Él la miró de soslayo y, poco después, salió de la tienda con dos cucuruchos. Probó el de mango y frambuesa con la punta de la lengua.

—Podrías haberme preguntado qué sabor prefería.

—¿Para qué? Te habrías limitado a pedir vainilla.

Habría pedido chocolate.

—No lo sabes.

—Eres una mujer que apuesta siempre sobre seguro.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que ocurrió?

—¿Te refieres a nuestra noche... pecaminosa?

—No quiero hablar de eso.

—Lo cual demuestra lo que he dicho. Si no te gustase apostar sobre seguro, no seguirías obsesionada con lo que pudo haber sido una experiencia memorable.

A ella le habría gustado que no la definiese en esos términos.

—Si hubiese estado bien sexualmente... Bueno, habría merecido la pena obsesionarse. —Ralentizó el paso y se quitó las gafas para mirarla a los ojos—. Ya sabes lo que quiero decir con «bien», ¿o no, Fifi? Cuando te sientes tan a gusto que lo único que deseas es quedarte en la cama el resto de tu vida. Cuando no acabas de llenarte del cuerpo del otro, cuando parece que cada roce es de seda, cuando estás tan excitado que...

—Entiendo. No necesito más ejemplos. —Se dijo que se trataba de otro de los trucos de Ren Gage y que lo que buscaba era incomodarla con aquella insinuante mirada y aquella voz seductora. Tomó aire para tranquilizarse.

El sol le calentaba los hombros desnudos. Pasó un adolescente montado en un *scooter*. Apreció el olor de las hierbas aromáticas y del pan recién hecho que impregnaba el aire. Sus brazos se rozaron. Ella lamió su helado, deshaciendo el mango y la frambuesa sobre sus papilas gustativas. Sentía despiertos todos sus sentidos.

—¿Intentas seducirme? —dijo Ren y volvió a colocarse las gafas.

—¿De qué estás hablando?

—De eso que estás haciendo con la lengua.

—Me estoy comiendo mi *gelato*.

—Estás jugueteando con él.

—No estoy... —Isabel se detuvo y lo miró—. ¿Te excita?

—Tal vez.

—¡Sí! —Una sensación de felicidad inundó su cuerpo—. De modo que verme comer el helado te excita.

Él torció el gesto.

—En los últimos tiempos no he disfrutado de mucho sexo, así que no hace falta gran cosa para excitarme.

—Sí, claro. ¿Cuánto hace? ¿Cinco días?

—Nuestro triste encuentro no cuenta.

—¿Por qué no? Tú quedaste satisfecho.

—¿Ah, sí?

Ella dejó de sentirse feliz al instante.

—¿No fue así?

—¿He herido tus sentimientos? —repuso él.

Ella se dio cuenta de que a Ren no parecía preocuparle. No sabía si mostrarse sincera o no. Mejor no.

—Me has destrozado —dijo—. Y, ahora, vayamos a ese museo antes de que me desmorone.

—Átiva y sarcástica.

Comparados con los fascinantes museos que había en Nueva York, el museo etrusco Guarnacci no era nada impresionante. El desvencijado y pequeño vestíbulo era un poco lúgubre, pero a medida que recorrían la planta baja pudo ver un montón de fascinantes artilugios: armas, joyas, recipientes, amuletos y objetos del culto. Lo más impresionante, sin embargo, era la extraordinaria colección de urnas funerarias de alabastro.

Recordaba haber visto unas cuantas urnas en otros museos, pero en aquél había centenares de ellas apretujadas en viejas vitrinas de cristal. Diseñadas para contener las cenizas de los muertos, las urnas rectangulares variaban de tamaño, desde algo similar a un buzón de correos rural a algo parecido a una caja de herramientas. Muchas estaban rematadas con figuras reclinadas: algunas de mujeres, otras de hombres, y con escenas mitológicas, así como de todo tipo, desde batallas a banquetes, grabadas en relieve en los lados.

—Los etruscos no dejaron literatura alguna —dijo Ren cuando subieron finalmente las escaleras que llevaban a la segunda planta, donde encontraron más urnas apretujadas en vitrinas de cristal—. Mucho de lo que sabemos de su vida cotidiana se debe a estos relieves.

—Son mucho más interesantes que las lápidas modernas de nuestros cementerios. —Isabel se detuvo frente a una gran urna con las figuras de una pareja de ancianos en lo alto.

—La *Urna degli Sposi* —dijo Ren—. Una de las urnas más famosas del mundo.

Isabel observó a la pareja de caras arrugadas.

—Qué aspecto tan realista. Si sus ropas fuesen diferentes, podría tratarse de una pareja actual. —La fecha indicaba el año 90 a. C.—. Ella parece

adorarle. Sin duda fue un matrimonio feliz.

—He oído decir que esas cosas existen.

—Pero no para ti, ¿verdad? —Intentó recordar si había leído algo respecto a si estaba o había estado casado.

—Es cierto, no para mí.

—¿Lo has intentado?

—Cuando tenía veinte años. Con una chica que conocía desde pequeño. Duró un año, aunque fue un desastre desde el principio. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza.

—Creo en el matrimonio, pero no es para mí.

Su ruptura con Michael la había obligado a afrontar la verdad. No habían sido sus múltiples compromisos lo que le habían impedido planear su boda. Había sido cosa de su subconsciente, que no dejaba de advertirle que el matrimonio no sería bueno para ella, aun cuando fuese con un hombre tan bueno como Michael. No creía que todos los matrimonios resultaran tan caóticos como el de sus padres, pero el matrimonio era perjudicial por naturaleza, y su vida sería mejor sin él.

Entraron en otra sala, y ella se detuvo con gesto de asombro.

—¿Qué es eso?

Él siguió la dirección de su mirada.

—El plato fuerte del museo.

En el centro de la sala, una única vitrina de cristal encerraba una extraordinaria estatua de bronce de un joven desnudo. Medía unos sesenta centímetros de altura pero sólo unos pocos de anchura.

—Es una de las piezas etruscas más famosas del mundo —dijo Ren mientras se aproximaban—. Tenía dieciocho años la última vez que la vi, pero sigo recordándola.

—Es preciosa.

—Se llama *Ombra della Sera*, la sombra del atardecer. Es fácil entender por qué.

—Oh, sí. —La forma alargada del chico recordaba a una sombra humana al finalizar el día—. Parece una pieza de arte moderno.

La escultura era muy detallista, además de tener cierto aire moderno. La cabeza de bronce con el cabello corto y sus suaves rasgos podría haber

pertenecido a una mujer, de no haber sido por el pequeño pene. El chico era alto, con los delgados brazos colocados a los lados, y las piernas tenían unas diminutas protuberancias a modo de rodillas. Los pies, apreció Isabel, eran un poco grandes en relación con la cabeza.

—El hecho de ser un desnudo hace de esta estatua algo inusual —dijo Ren—. No lleva joya alguna que indique su estatus social, lo cual era importante para los etruscos. Probablemente se trate de una figura votiva.

—Es extraordinaria.

—Un agricultor la encontró en el siglo xix, y la utilizó como atizador para la chimenea hasta que alguien reconoció lo que era.

—Imagínate, una tierra donde la gente puede encontrar cosas como ésta mientras trabaja la tierra.

—Las casas de toda la Toscana tienen escondites secretos con objetos etruscos y romanos guardados en los armarios. Tras unos cuantos vasos de grapa, los propietarios suelen enseñarlas.

—¿Tienes un escondite de éstos en la villa?

—Por lo que sé, los objetos que coleccionaba mi tía están a la vista. Ven a cenar mañana y te los enseñaré.

—¿Cenar? ¿Qué tal comer?

—¿Temes que me transforme en vampiro por la noche?

—Deberías saberlo.

Él rió.

—Ya he tenido suficientes urnas funerarias por hoy. Vamos a comer.

Ella echó un último vistazo a la escultura. Los conocimientos de historia de Ren la contrariaban. Prefería la imagen oficial que se había formado de él como alguien sexual en exceso, egocéntrico y sólo moderadamente inteligente. Aun así, dos aciertos de tres no estaba mal.

Media hora después, estaban tomando chianti en la terraza de un restaurante. Beber y comer parecía algo muy hedonista, pero estaba acompañada por Lorenzo Gage. Ni siquiera aquellas estúpidas prendas y las gafas de sol podían ocultar su decadente elegancia.

Untó un *gnocchi* en la salsa de aceite de oliva, ajo y salvia fresca.

—Voy a ganar cuatro kilos con esta comida.

—Tienes un cuerpo muy bonito. No te preocupes. —Ren se zampó otra de las almejas que había pedido.

—¿Un cuerpo bonito? Lo dudo.

—No olvides que lo he visto, Fifi. Estoy capacitado para opinar.

—¿Vas a empezar de nuevo?

—Tranquilízate, ¿de acuerdo? Hablas como si hubieses matado a alguien.

—Tal vez maté una parte de mi alma.

—Qué exagerada eres.

La expresión de aburrimiento de Ren la encendió.

—Violé todo aquello en lo que creo. El sexo es sagrado, y no me gusta ser hipócrita.

—Dios, debe de ser muy duro ser como eres.

—Es una especie de halago, ¿no?

—Me limitaba a señalar lo duro que ha de ser mantenerse en la estrecha senda de la perfección.

—De mí se han mofado mejores tipos que tú, y me he mostrado inmune. La vida es algo precioso. No me parece bien limitarse a pasar por ella sin más.

—Bueno, cargar con ella tampoco parece lo adecuado, ¿no? Por lo que he podido ver, eres desgraciada, estás arruinada y no tienes trabajo.

—¿Y dónde te ha llevado a ti tu filosofía de vive-el-momento? ¿Qué has dado tú al mundo de lo que puedas sentirte orgulloso?

—Le he dado a la gente unas cuantas horas de entretenimiento. Es bastante.

—Pero ¿qué es lo que a ti te importa?

—¿Ahora mismo? La comida, el vino y el sexo. Las mismas cosas que a ti. Y no trates de denigrar el sexo. Si no fuese importante, no habrías dejado que te llevase a la cama.

—Había bebido, y esa noche no tuvo nada que ver con el sexo, sino con que me sentía confusa.

—Tonterías. Además, no habías bebido tanto. Tuvo que ver con el sexo.

—Alzó una ceja—. El sexo nos une.

—Te equivocas.

—Entonces ¿qué estamos haciendo aquí ahora?

—Estamos consolidando una especie de extraña amistad, eso es todo. Dos americanos en un país extranjero.

—Esto no es una amistad. Ni siquiera nos caemos demasiado bien. Lo que hay entre nosotros es un chisporroteo.

—¿Un chisporroteo?

—Sí, un chisporroteo. —Ren pronunció la palabra como si fuese una caricia.

Un ligero escalofrío recorrió la espalda de Isabel, lo que le ofreció la posibilidad de mostrarse ofendida.

—Yo no siento ningún chisporroteo, como lo llamas.

—Ya me he dado cuenta. —Bueno, se lo había puesto fácil—. Pero quieres sentirlo. —De repente parecía muy italiano—. Y estoy preparado para ayudarte.

—Me conmueves.

—Lo único que digo es que me gustaría tener una segunda oportunidad contigo.

—No lo dudo.

—No quiero que haya máculas en mi expediente laboral, y soy consciente de que no llevé a buen término el trabajo para el que me contrataste.

—Estoy esperando que me devuelvas el dinero.

—Va contra la política de la empresa. Sólo aceptamos cambios. —Sonrió—. ¿No estás interesada?

—En absoluto.

—Creí que la sinceridad era un punto básico de las Cuatro Piedras Angulares.

—¿Quieres sinceridad? De acuerdo. Admito que eres un hombre guapo. Deslumbrante, de hecho. Pero del modo en que lo son las fantasías y las películas. Superé ese tipo de fantasías cuando tenía trece años.

—¿Y desde entonces arrastras tus problemas sexuales?

—Espero que hayas acabado de comer, porque yo sí he acabado. —
Lanzó la servilleta sobre la mesa.

—Te creía lo bastante evolucionada como para no sucumbir a un arranque de mal humor.

—Creíste mal.

—Todo lo que te propongo es que amplíes un poco tus miras. Tu nota biográfica decía que tienes treinta y cuatro años. ¿No crees que eres un poco mayor para acarrear tanto equipaje?

—No tengo problemas sexuales.

Sus famosas cejas arqueadas la incomodaban. Él hizo una mueca.

—Guiado por la intención de ayudar a otro ser humano, una filosofía que tú deberías apreciar, estoy preparado para trabajar contigo en cada uno de esos problemas.

—Déjalo ya. Estoy intentando recordar si alguna vez me han ofrecido algo más insultante...

Él sonrió.

—No es un insulto, Fifi. Me excitas. En la combinación de un buen cuerpo, un cerebro de primera clase y una personalidad altiva hay algo que me resulta irresistible.

—Me conmueves de nuevo.

—Cuando ayer nos encontramos en el pueblo, fantaseé con verte desnuda otra vez, y espero no ser demasiado explícito, abierta de piernas.

—La lenta sonrisa que fue esbozando tenía un deje juguetón más que malicioso. Se lo estaba pasando de maravilla.

—Ya... —Quiso mostrarse sofisticada, en plan Faye Dunaway de joven, pero no lo logró. Ese hombre era sexo embotellado, incluso cuando vestía de modo estrafalario. Siempre había admirado a la gente que tenía claros sus objetivos, así que lo más inteligente era que la racional doctora Favor tomase el control—. Me estás proponiendo que mantengamos una relación sexual.

Él se pasó el pulgar por el lado de la boca.

—Lo que propongo es que pasemos todas las noches de las siguientes semanas dedicándonos a acariciarnos y jugar. —Se recreó en la palabra, manteniéndola en los labios—. Lo que propongo es que no dejemos de

hablar de sexo. Que no dejemos de pensar en el sexo. Que no dejemos de hacer...

—¿Estás improvisando o forma parte de un guión?

—... el amor hasta que no puedas caminar ni ponerte de pie. —Su voz era puro fuego—. Que hagamos el amor hasta gritar. Que hagamos el amor hasta que hayan desaparecido todos tus problemas sexuales y el único objetivo sea el orgasmo.

—Mi día de suerte. Obscenidades gratis. —Se subió las gafas de sol sobre la nariz—. Gracias por la invitación, pero creo que no me interesa.

Displicente, Ren bordeó su copa de vino con el dedo índice y su sonrisa adquirió un tono de conquista.

—Ya lo veremos, ¿no crees?

OceanofPDF.com

A pesar del duro trabajo de la mañana, Ren no había perdido su inagotable energía. Bebió de la botella de agua y observó la pila de arbustos cortados que Anna quería sacar del jardín de la villa. Había previsto pedírselo a su marido, Massimo, que se encargaba de los viñedos, o a su hijo Giancarlo, pero Ren necesitaba actividad y se ofreció a hacerlo.

El día había sido caluroso, con un cielo azul sin nubes, pero a pesar del ritmo de trabajo Ren no había podido dejar de pensar en Karli. Si hubiese intentado con más ahínco echarle una mano tal vez ella seguiría viva; pero él siempre prefería el camino fácil. Nunca se preocupaba de las mujeres, ni de los amigos, ni de nada más allá de su trabajo.

«No quiero que estés cerca de mí», le había dicho su padre cuando Ren tenía doce años. Ése fue el castigo por haberle robado la cartera.

Hacía ya diez años que había enmendado su camino, pero resultaba difícil librarse de los viejos hábitos, y siempre tendría corazón de pecador. Tal vez ése era el motivo por el cual se sentía tan relajado con Isabel. Ella exhibía su bondad a modo de armadura. Podía parecer vulnerable, pero era dura como el hierro, incorruptible.

Volvió a cargar la carretilla y la llevó hasta el lindero del viñedo, donde la vació en unos bidones que se utilizaban para quemar rastrojos. Cuando los prendió, miró en dirección a la casa de abajo. ¿Dónde estaría ella? Había pasado un día desde su visita a Volterra y seguía sin disponer de electricidad, en gran medida porque Ren no se había molestado en pedirle a Anna que solucionase el problema. Los buenos actos no estaban a su alcance ese día, y además le parecía una manera de poner a doña perfecta en su sitio.

Se preguntaba si llevaría puesto su sombrero cuando, finalmente, subiese para echarle en cara la falta de electricidad, o bien si dejaría que volasen libres aquellos rizos que ella tanto detestaba. Estúpida pregunta. Nada en Isabel Favor volaría nunca libremente. Llegaría con un vestido abotonado hasta arriba, con su imagen de mujer sofisticada y capaz, y probablemente

traería consigo algún papelajo legal para amenazarle con una condena a cadena perpetua por incumplimiento de contrato. En cualquier caso, ¿dónde se habría metido?

Barajó la posibilidad de bajar hasta la casa y ver si estaba allí, pero desechó la idea. No, él quería que doña perfecta fuese a buscarlo. Los malvados siempre prefieren traer a la heroína a su terreno.

En un cubo Isabel encontró una pequeña lámpara con forma de candelabro y decorada con flores de metal. La pintura se había desconchado con el paso del tiempo, y los brillantes colores originales se habían convertido en polvorientos tonos pastel. Sacó las viejas bombillas y colocó velas en los portalámparas, encontró una cuerda y colgó la lámpara del magnolio.

Cuando acabó con eso, miró alrededor en busca de alguna otra tarea para mantenerse ocupada. Ya había lavado su ropa a mano, ordenado los libros en los estantes del salón, y también intentado bañar a los gatos. Su agenda había pasado a la historia. No podía concentrarse lo suficiente como para escribir, y la meditación era poco menos que un fútil ejercicio. Todo lo que escuchaba en su cabeza era aquella voz grave atrayéndola hacia la perdición: «Hacer el amor hasta gritar... Hacer el amor hasta que hayan desaparecido todos tus problemas sexuales...»

Cogió el trapo de secar los vasos y consideró la posibilidad de telefonear a Anna Vesto otra vez, pero sospechaba que Ren ya la habría puesto al corriente. Subir a la villa para enfrentarse a él era justo lo que Ren deseaba que hiciese: quería que bailase al son de su música. Pero la electricidad no era tan importante. Tal vez él tuviese la astucia de su parte, pero ella disponía de las Cuatro Piedras Angulares.

¿Acaso él suponía que ella perdería la cabeza y le permitiría arrastrarla al lado oscuro? No tenía ningún sentido. Ella había vendido su alma en una ocasión, pero no tenía la menor intención de volver a hacerlo.

Un movimiento fuera de la casa llamó su atención. Se asomó por la puerta de la cocina y vio a dos hombres en el olivar. No quería más sorpresas, por lo que fue hasta allí para saber qué ocurría.

—¿Están aquí por lo de la electricidad?

El mayor de los hombres tenía la cara surcada de arrugas y el pelo gris. El otro era fornido, de ojos oscuros y piel cetrina. Dejó el pico y la pala en el suelo cuando ella se aproximó.

—¿Electricidad? —La miró por encima del hombro al estilo de los hombres italianos—. No, *signora*. Hemos venido por el problema con el pozo.

—Pensé que el problema tenía que ver con los desagües.

—Sí —dijo el hombre mayor—. Mi hijo no habla bien inglés. Soy Massimo Vesto. Me ocupo de las tierras. Y él es Giancarlo. Vamos a comprobar si se puede excavar.

Ella echó un vistazo al pico y la pala. Extraño equipo de comprobación. O tal vez Massimo tampoco hablaba demasiado bien inglés.

—Haremos mucho ruido —dijo Giancarlo—. Mucho polvo.

—Podré sobrellevarlo.

Regresó a la casa. Pocos minutos después, apareció Vittorio, con su negro pelo suelto meciéndose con la brisa.

—¡*Signora* Favor! Hoy es su día de suerte.

Cuando el calor del mediodía lo obligó a entrar, Ren estaba de mal humor. Según palabras de Anna, Isabel había subido a un Fiat rojo y se había ido con un hombre llamado Vittorio. ¿Quién demonios era Vittorio? ¿Y por qué Isabel se iba si Ren tenía planes para ella?

Tomó una ducha y después llamó a su agente. Los de Jaguar querían que pusiese la voz a uno de sus anuncios de automóviles, y la revista *Beau Monde* estaba interesada en realizar el reportaje de portada sobre su persona. Y lo más importante, el guión para la película de Howard Jenks estaba finalmente acabado.

Ren había hablado largo y tendido con Jenks acerca del papel de Kaspar Street. Éste era un asesino en serie, un hombre oscuro y complejo que liquidaba a las mujeres de las que se enamoraba. Ren había firmado el proyecto sin conocer el final del guión, pues Jenks, que era famoso por el secretismo que mostraba respecto a su trabajo, no había acabado de retocarlo. Ren no recordaba haber estado nunca tan nervioso respecto a una

película de lo que estaba con *Asesinato en la noche*. Aunque no tanto como para olvidar que Isabel se había marchado con un hombre en un Fiat rojo.

¿Dónde estaría ahora?

—Gracias, Vittorio. He pasado una tarde estupenda.

—El placer ha sido mío. —Le dedicó su sonrisa más encantadora—. Pronto la llevaré a Siena, y entonces podrá decir que ha estado en el cielo.

Ella sonrió mientras él se marchaba. Todavía no sabía si él había aportado su granito de arena en alejarla de la casa. Su comportamiento había estado por encima de todo reproche, encantador y suficientemente galante como para halagarla sin llegar a incomodarla. Le dijo que los clientes que le habían contratado para ese día habían cancelado el *tour*, e insistió en llevarla a ver el pequeño pueblo de Monteriggioni. Y mientras paseaban por la encantadora y pequeña *piazza* del pueblo, le había propuesto llegar hasta Casalleone. Fuera como fuese, se las había ingeniado para mantenerla lejos de casa durante toda la tarde. La pregunta era: ¿qué había pasado allí en su ausencia?

En lugar de entrar, dio un paseo por el olivar. No vio signo alguno de excavación, pero había pisadas en la tierra cerca de un cobertizo de piedra en la falda de la colina. Las huellas junto a la puerta de madera indicaban que habían estado allí, pero no podía decir si habían entrado o no, y cuando intentó abrir la puerta comprobó que estaba cerrada con llave.

Oyó el crujido de la grava y alzó la vista para ver a Marta en el linde del jardín, observándola. Se sintió culpable, como si la hubiesen pillado fisgando. Marta no apartó sus ojos de ella hasta que Isabel se alejó de allí.

Esa misma noche, Isabel esperó hasta que la vieja se fuese a sus dependencias para buscar la llave del cobertizo. Pero sin luz, no pudo mirar dentro de los cajones o el fondo de los armarios, así que decidió intentarlo por la mañana.

Mientras subía las escaleras en dirección a su habitación, se preguntó qué estaría haciendo Ren. Probablemente el amor con alguna hermosa *signora* del pueblo. La idea la deprimió más de lo que le habría gustado.

Abrió las contraventanas que Marta insistía en cerrar todas las noches y vio la luz que se filtraba por las de las dependencias de la vieja. Al parecer, no todo el mundo en aquella casa se había quedado sin electricidad.

No dejó de volverse en la cama toda la noche, obsesionada con la electricidad y con Ren y la guapa italiana. De ahí que no se despertase hasta cerca de las nueve, saltándose de nuevo todo lo que indicaba la agenda. Se dio una ducha rápida y, para entonces, su frustración alcanzó un punto culminante, por lo que llamó a la villa y preguntó por Ren.

—El *signore* Gage no está disponible —dijo Anna.

—¿Podría decirme qué pasa con mi electricidad?

—Nos ocuparemos. —Y la comunicación se cortó.

Isabel tuvo ganas de subir hasta la villa, pero él era muy astuto y sin duda estaba intentando manipularla. Sólo había que ver cómo había atraído a Jennifer Lopez hasta sus malvadas garras.

Salió al jardín, llenó un barreño con agua jabonosa y fue en busca de uno de los gatos. Si no se mantenía ocupada, se le iban a crispar los nervios.

Ren rebuscó en su bolsillo el cigarrillo de emergencia, pero entonces recordó que ya se lo había fumado, lo cual no era una buena señal, pues eran las once de la mañana. Desde luego aquella mujer era más difícil de manejar de lo que había supuesto. Tal vez tendría que tener en cuenta el hecho de que era psicóloga. Pero, maldita sea, quería que ella viniese a él, no al revés.

Tenía que esperar, pero no tenía la paciencia necesaria y no quería ceder. La idea le fastidiaba, pero a largo plazo ¿cuál era la diferencia? De un modo u otro tendrían que cumplir su destino sexual.

Decidió ir a su olivar, como si se tratase de un paseo casual. Si resultaba que ella estaba en el jardín, diría algo como: «Eh, Fifi, ¿se ha solucionado ya el problema con la electricidad? ¿Ah, no? Vaya, maldita sea... Verás, ¿por qué no subes y hablamos con Anna?»

Pero la suerte no estaba de su parte. Todo lo que vio en el jardín fue un trío de gatos hambrientos.

Tal vez un café y leer el periódico le calmasen un poco, aunque lo que realmente deseaba era otro cigarrillo. Al subirse al Maserati, las visiones del Fiat rojo danzaban en su cabeza. Con el entrecejo fruncido, puso el motor en marcha.

Estaba alcanzando el final del camino cuando la vio. Paró el coche y bajó de un salto.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le dijo.

Ella alzó la vista hacia él por debajo de su sombrero de paja. A pesar de los guantes, parecía más digna que una reina.

—Estoy recogiendo la basura de los márgenes del camino. —Metió una botella de limonada vacía en la bolsa de plástico que arrastraba.

—Por el amor de Dios, ¿por qué estás haciendo eso?

—Por favor, no invoques el nombre de Dios en vano. A ella no le gusta. Y las basuras arruinan el entorno, sin importar el campo en que estén.

El brazalete de oro brilló en su muñeca a la luz del sol al estirar el brazo entre el hinojo para recoger un paquete de cigarrillos. Lucía un impoluto top blanco y unas impecables bermudas beige que dejaban a la vista sus bien torneadas piernas. Habida cuenta de lo que estaba haciendo, parecía demasiado bien vestida.

Él cruzó los brazos y la miró, empezando ahora a disfrutar del asunto.

—No sabes relajarte, ¿verdad?

—Claro que sé. Esto me resulta muy relajante. Es contemplativo.

—Contemplativo, y un cuerno. Estás tan tensa que podrías romperte.

—Sí, bueno, no disponer de las necesidades básicas de la vida moderna puede tensar un poco.

Él recurrió a las técnicas del Actor's Studio: una mirada en blanco seguida de un entrecerrar los ojos unido a un leve ceño.

—¿Estás intentando decirme que aún no tienes electricidad? No puedo creerlo. Maldita sea, le dije a Anna que se ocupase de ello. ¿Por qué no me has avisado que el problema seguía?

Ren no cobraba aquellas sustanciosas sumas de dinero por nada. Ella le estudió por un momento y después replicó:

—Di por supuesto que lo sabías.

—Muchas gracias. Supongo que eso demuestra lo que piensas de mí. —Sacó su teléfono móvil y marcó el número de su ama de llaves, a la que habló intencionadamente en inglés—: Anna, estoy con Isabel Favor. Aún no hay electricidad en la casa. Solúcionalo antes de que se haga de noche, ¿entendido? No me importa cuánto pueda costar.

Apagó el móvil y se apoyó en el coche.

—Con esto debería bastar. Vayamos a dar un paseo mientras esperas. Lo comprobaré para asegurarme de que se ha solucionado todo.

Ella vaciló unos segundos y observó el Maserati.

—De acuerdo, pero yo conduciré.

—Olvídalo. Condujiste la última vez.

—Me gusta conducir.

—Y a mí, y es mi coche.

—Correrás.

—Arréstame. ¿Vas a subir de una vez, por Dios?

—La blasfemia no sólo es sacrilegio —repuso ella con lo que él consideró un grado innecesario de entusiasmo—. Es el signo de que no se tiene un adecuado dominio del lenguaje.

—No me importa. Y la razón por la que quieres conducir es que te gusta controlarlo todo.

—El mundo funciona mejor cuando lo hago. —Su deliberada sonrisa burlona le hizo reír.

Probablemente, ella estaba en lo cierto. Si la doctora Favor se hiciese cargo del mundo al completo, como mínimo estaría más ordenado.

—Primero ayúdame a acabar de recoger las basuras —pidió ella.

Él la fulminó con la mirada, porque no había mujer en la tierra que mereciese semejante humillación de su parte, pero entonces ella se inclinó y sus pequeñas bermudas se ciñeron a sus caderas, y lo siguiente que él vio fue que tenía ya un trozo de neumático en una mano y una botella rota en la otra.

Escogió caminos secundarios que pasaban junto a casas pintorescas y se adentraban en los valles que llevaban a los viñedos de la región de Chianti. Cerca de Radda, se colocó una gorra y sus ridículas gafas de sol y le pidió a Isabel que hablase ella cuando se detuvieron en una pequeña bodega. El propietario les sirvió unas copas de su cosecha de 1999 en una mesa situada a la sombra de un granado.

En principio, nadie del pequeño grupo de turistas de las otras mesas les prestó atención, pero entonces una joven que llevaba aros en las orejas y una camiseta de la Universidad de Massachussets empezó a observarlos. Él

torció el gesto cuando la chica se levantó de su silla, pero la gorra y las gafas habían hecho su trabajo: no era él a quien ella buscaba.

—Perdón. ¿No es usted la doctora Isabel Favor?

Él sintió una inusual oleada de desprotección. Isabel se limitó a asentir y sonreír.

—No me lo puedo creer —dijo la chica—. Siento molestarla, pero asistí a una de sus conferencias en la Universidad de Massachussets, y tengo todos sus libros. Sólo quería decirle que usted me ayudó muchísimo cuando pasé por la quimioterapia.

Entonces Ren se percató de lo delgada y pálida que era aquella mujer. Y algo en su interior se tensó cuando vio la expresión de Isabel. Pensó en los comentarios que le dedicaban sus propios admiradores: «Tío, nos encanta cuando estrangulas a la gente.»

—Cuánto me alegra —dijo Isabel.

—Lamento mucho sus problemas... —La chica se mordió el labio—. ¿Le importaría...? Me llamo Jessica. ¿Podría usted rezar por mí?

Isabel se puso en pie y la abrazó.

—Por supuesto que lo haré.

A Ren se le hizo un nudo en la garganta. Isabel Favor era un producto auténtico. Y él tenía la intención de corromperla.

La joven regresó a su mesa e Isabel se sentó en su silla. Incluyó la cabeza y miró su copa. Sorprendido, él se dio cuenta de que ella estaba rezando. Allí mismo, delante de todo el mundo... Buscó un cigarrillo, pero recordó que ya se había fumado su dosis diaria. Se conformó con beber de su copa.

Ella alzó la vista y le ofreció una suave y confiada sonrisa.

—Se recuperará —dijo.

Bien podría haberle lanzado ella una bola de hierro a la cabeza, porque en ese momento Ren supo que no podía seducir a una mujer que rezaba por gente extraña, que recogía la basura del campo y que sólo deseaba lo mejor para los demás. ¿En qué estaba pensando? Sería como seducir a una monja.

Una monja muy excitante, eso sí.

Ya había tenido suficiente. La llevaría de vuelta a la casa y se olvidaría de ella. Durante lo que le quedaba de vacaciones, actuaría como si no existiese.

Aquella idea le sumió en un profundo estado de decaimiento. Le gustaba estar con ella, y no sólo porque le excitase y le hiciese reír, sino también porque su decencia resultaba extrañamente atrayente, como una pared recién pintada esperando su primer grafiti.

Ella le dedicó una sonrisa que no cumplió su cometido.

—Son mujeres como ella las que me han ayudado a superar los últimos seis meses, haciéndome saber que mis libros y mis conferencias significan algo para alguien. Por desgracia, no quedan suficientes para llenar un auditorio.

Ren se apartó de sus confusos pensamientos.

—Probablemente te has convertido en un placer pecaminoso. Les sigue gustando lo que dices, pero no eres el sabor del mes, y no quieren parecer pasadas de moda.

—Aprecio tu voto de confianza, pero creo que la mayoría de la gente prefiere ser aconsejada por alguien cuya vida no es un desastre.

—Bueno, eso también.

Permaneció callada durante el camino de vuelta, lo que a él le hizo sospechar que estaba rezando de nuevo, ¿y no era eso un jodido motivo de inspiración? Quizá debería hacer las maletas y regresar a Los Ángeles. Pero no quería irse de Italia.

Cuando llegaron a la casa, apartó de su cabeza aquellos pensamientos e hizo lo necesario para comprobar si había electricidad. Las luces se encendieron, tal como había supuesto. Salió al jardín para asegurarse de que las luces exteriores también funcionaban.

—Esto es muy bonito —comentó observando el jardín.

—¿Nunca habías estado aquí?

—Hace mucho tiempo. Estuve en la villa un par de veces siendo niño. Mi tía me trajo aquí en una ocasión para presentarme a Paolo. Un malcarado hijo de puta, por lo que recuerdo.

Una serie de agudos chillidos hendieron el aire. Él alzó la vista y vio a tres niños bajando colina desde la villa. Dos niñas pequeñas y un niño, todos dirigiéndose hacia él y gritando con todas sus fuerzas:

—¡Papi!

OceanofPDF.com

Ren dio un paso atrás al tiempo que las niñas se enredaban entre sus piernas, sus chillidos lo bastante agudos como para romper cristal. Sólo el niño permaneció a distancia.

Isabel sintió un leve vahído. ¿Papi? Ren nunca le había dicho que tuviese hijos. Había admitido un breve matrimonio cuando era joven, pero tres hijos no parecían el fruto de un breve matrimonio.

Alzó la vista y vio aparecer una mujer en lo alto de la colina. Su silueta se recortaba contra el cielo, con un bebé en brazos, y la brisa ciñendo la falda de algodón sobre el vientre abultado de embarazada.

—¡Papi! ¡Papi! ¿Nos has echado de menos? — chilló la mayor de las niñas en inglés, en tanto la pequeña no dejaba de reír.

Ren se apartó como si las niñas fuesen radiactivas y miró a Isabel con algo similar al pánico.

—Juro por Dios que no las he visto en mi vida.

Isabel señaló con el mentón hacia lo alto de la colina.

—Quizá sería mejor que se lo dijese a ella.

Ren miró.

La mujer agitó la mano, su largo pelo mecido por la brisa.

—¡Hola, cariño!

Él se hizo visera con la mano.

—¿Tracy? Maldita sea, Tracy, ¿eres tú?

—Has dicho «maldita sea». —La menor de las niñas, de cuatro o cinco años, le golpeó en las piernas.

—Él puede decirlo, idiota —dijo el niño.

—Venid aquí, chicos —llamó la mujer—. Ya le hemos asustado suficiente.

—Parece que se ha vuelto loco, mamá —dijo la menor de las niñas—. ¿Se ha vuelto loco, señor?

—Ten cuidado —le advirtió el niño—. Mata a la gente. Incluso a niñas. Le arranca los ojos a las personas, ¿a que sí?

—¡Jeremy Briggs! —exclamó la mujer desde la colina—. Sabes muy bien que no puedes ver esa clase de películas.

—Era para mayores de trece años.

—¡Y tú tienes once!

Isabel se volvió hacia Ren.

—¿Le arrancaste los ojos a alguien en una película para mayores de trece años? Muy bonito.

Él le dedicó una mirada que significaba que los próximos ojos que arrancaría serían los suyos.

—¿Qué *hifiste* con ellos? —preguntó la niña pequeña—. ¿Te los *jomiste*? Yo me *hife* pipí en el avión.

Los dos niños mayores se echaron a reír, pero Ren palideció.

—Me lo hice en el brazo del asiento —prosiguió la niña como si tal cosa—. ¿Quieres ver mis *brajitas* de delfines?

—¡No!

Pero ella ya se había levantado la falda del vestidito.

—También tiene ballenas —dijo señalando.

—Muy bonitas. —Isabel estaba empezando a pasárselo bien. Ver azorado al señor frío-como-el-acero era lo más divertido que le había pasado en todo el día—. No creo que hubieses visto antes ballenas en la ropa interior de una mujer, Ren.

Él juntó sus oscuras cejas formando uno de sus gestos característicos.

La madre de los niños se pasó el bebé al otro lado de la cadera.

—La única manera en que puedo descender es tumbada de espaldas, así que será mejor que vengas aquí. Brittany, ponte inmediatamente las braguitas. Tu cuerpo es privado, ¿lo recuerdas?

La pequeña de pelo oscuro no había dudado en desnudarse como una bailarina de *striptease*. Ren echó un vistazo y escaló la colina como si Denzel Washington y Mel Gibson le persiguiesen. El niño salió tras él, pero cambió de opinión y se dirigió al Maserati aparcado junto a la casa.

—¿Tú tienes delfines? —le preguntó la pequeña a Isabel.

—Brittany, eso no está bien —le dijo su hermana.

Isabel sonrió a ambas y ayudó a la pequeña con sus braguitas.

—Delfines no. Sólo un poco de encaje.

—¿Puedo ver?

—Me temo que no. Tu madre tiene razón, los cuerpos son privados. —
Lo cual era otra buena razón para no volver a compartir el suyo con Ren Gage, aunque no había hablado de sexo en toda la tarde. Tal vez había decidido que sería demasiado trabajo. O quizás, al igual que Michael, creía que ella era demasiado.

Cuando Brittany recuperó la compostura, Isabel tomó a las niñas de la mano y las llevó colina arriba para intentar no perderse la conversación que estaba teniendo lugar allí. Se percató de que los gestos de desagrado de Ren no le restaban el menor atractivo.

—Debo de haber olvidado tu llamada avisándome que vendrías, Tracy.

La mujer se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

—Bueno, yo también me alegro de verte.

Su sedoso cabello oscuro le caía sobre los hombros en cascada. Su piel era blanca como la nieve y bajo sus brillantes ojos azules tenía unas oscuras sombras, como si no hubiese dormido. Llevaba un arrugado aunque moderno vestido premamá y unas caras sandalias de tacón bajo. No llevaba bien cuidadas las uñas de los pies y las sandalias tenían el tacón gastado. Algo en el modo en que se movía, combinado con la despreocupación de sus maneras a la hora de vestir, hablaban de dinero con abolengo.

—¡Papi! —El bebé balbuceó en brazos de su madre y extendió sus bracitos hacia Ren, quien se apartó con tal brusquedad que chocó con Isabel.

—Relájate —dijo Tracy—. Se lo dice a todos los hombres.

—Bueno, pues enséñale a que no lo haga. ¿Qué clase de madre le dice a sus hijos que hagan algo tan pervertido como correr hacia un extraño y llamarle...? ¿Qué palabra utilizaron?

—Me divertía la idea. Aunque me costó cinco pavos por cabeza.

—No ha tenido gracia.

—Para mí sí. —Miró a Isabel con interés. Su vientre abultado y sus exóticos ojos la hacían parecer una diosa de la sexualidad y la fertilidad.

Isabel empezó a sentirse un poco intimidada. Al mismo tiempo, apreció cierto aire de tristeza tras la fachada de despreocupación de aquella mujer.

—Soy Tracy Briggs. —Le tendió la mano—. Su cara me suena.

—Isabel Favor.

—Claro, es usted. Ahora la reconozco. —Les miró a los dos con curiosidad—. ¿Qué hace con él?

—He alquilado la casa. Ren es mi casero.

—Será una broma. —Su expresión dejaba a las claras que no creía una sola palabra—. Sólo he leído uno de sus libros, *Relaciones sanas en un mundo enfermo*, pero me gustó mucho. He... —se mordió el labio inferior— he intentado que no se me fuese la cabeza respecto a lo de dejar a Harry.

—Dime que no has dejado tirado a otro de tus maridos —dijo Ren.

—Sólo he estado casada dos veces. —Se volvió hacia Isabel—. Ren sigue enfadado conmigo porque le dejé. Pero, la verdad, era un marido horroroso.

Así que ésa era la ex mujer de Ren. Una cosa parecía evidente: cualquier tipo de chispa que hubiese habido entre ellos había desaparecido. Isabel tuvo la impresión de estar contemplando a dos hermanos discutiendo, no a dos antiguos amantes.

—Nos casamos cuando teníamos veinte años y éramos estúpidos —dijo Ren—. ¿Qué pueden saber del matrimonio dos personas tan jóvenes?

—Yo sabía más que tú. —Tracy señaló con la barbilla hacia su hijo, que se había subido al Maserati—. Ése es Jeremy, el mayor. Steffie es la segunda; tiene ocho años. —Steffie parecía un duendecillo y tenía un ligero aire de ansiedad. Ella y su hermana empezaron a dibujar círculos en la grava con los talones de sus sandalias—. Brittany tiene cinco. Y éste es Connor, acaba de cumplir tres, pero sigue sin querer usar el orinal. ¿Lo harás algún día, grandullón? —Palmeó el pañal del niño y después palpó su propia barriga—. Se suponía que Connor tenía que ser nuestro furgón de cola. Pero, sorpresa sorpresa.

—¿Cinco niños, Trace? —dijo Ren.

—Estas cosas pasan. —Se mordió el labio otra vez.

—Sólo tenías tres cuando hablamos hace un mes.

—Hace cuatro meses de eso, y eran cuatro. Nunca prestas atención cuando te hablo de ellos.

Steffie, la de ocho años, lanzó un agudo grito.

—¡Una araña! ¡Hay una araña!

—No *ef* una araña. —Brittany se acucilló sobre la grava.

—¡Jeremy! Sal del...

Pero la orden de Tracy llegó demasiado tarde. El Maserati, con su hijo dentro, ya había empezado a moverse.

Ren echó a correr. Llegó abajo justo a tiempo para ver cómo su caro deportivo chocaba contra una pared de la casa, arrugando el frontal como si fuese una pajarita de papel.

Isabel mejoró la idea que tenía de Ren, ya que sacó a Jeremy del coche y comprobó que el niño de once años no había sufrido ningún daño antes de inspeccionar los desperfectos del vehículo. Tracy, mientras tanto, había descendido la colina dando bandazos, con la barriga y el bebé a cuestas. Isabel se apresuró a sujetarla del brazo antes de que cayese, y se las apañaron para llegar hasta donde se encontraban Ren y el niño.

—¡Jeremy Briggs! ¿Cuántas veces te he dicho que dejes tranquilos los coches de los demás? Ya verás cuando tu padre se entere de esto. —Tracy tomó aire un par de veces, y entonces dejó de contenerse. Bajó los hombros y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Una araña! —gritó Steffi desde lo alto de la colina, a sus espaldas.

El bebé se percató del llanto de su madre y también rompió a llorar.

—¡Una araña! ¡Una araña! —gritó la niña.

Ren miró a Isabel, su expresión de indefensión resultaba cómica.

—¡Eh, señor Ren! —Brittany le llamó desde lo alto de la colina—. ¡Mírame! —Ondeó sus braguitas como un banderín—. También tengo caballitos de mar.

Tracy dejó escapar un sonoro sollozo, se inclinó y se apoyó en el pecho de Ren.

—¿Entiendes ahora por qué nos hemos mudado aquí? —le dijo.

—¡Ella no puede hacerme algo así! —Ren se detuvo para señalar a Isabel como si ella fuese la culpable. Estaban en el salón trasero de la villa,

con las puertas abiertas al jardín y los niños correteando de un lado para otro. Sólo Anna parecía feliz. Reía con los niños, le revolvía el pelo a Jeremy y tenía en sus brazos al bebé. Luego se lo llevó a la cocina para preparar comida para todos.

—¡Ve arriba y dile a Tracy que se vaya! —pidió Ren a Isabel.

—Me temo que no me escucharía. —Se preguntó cuándo se daría cuenta Ren de que estaba librando una batalla perdida de antemano. Los personajes que interpretaba en la pantalla tal vez fuesen capaces de eliminar a una mujer preñada y a sus cuatro hijos, pero en la vida real Ren parecía más bien blando. Lo cual no quería decir, sin embargo, que aquello le pareciese bien.

—Llevamos divorciados catorce años. No puede mudarse aquí con sus cuatro hijos y ya está.

—Pues parece que lo ha hecho.

—Has visto que he intentado conseguir un hotel para ella, pero me arrancó el teléfono de la mano.

Isabel palmeó el hombro de Steffie.

—Ya basta de insecticida, cariño. Dame el bote antes de que todos contraigamos un cáncer.

Steffie se lo dio a su pesar y se miró los pies con aprensión en busca de más arañas.

Ren le dijo a la niña de ocho años:

—Estamos en septiembre, ¿no deberíais estar todos en el colegio?

—Mamá será nuestra profesora hasta que volvamos a Connecticut.

—Tu madre apenas sabe sumar.

—Suma bien, pero tiene problemas con las divisiones largas, por eso Jeremy y yo tenemos que ayudarla. —Steffie fue hasta el sofá y levantó con reparos uno de los cojines para mirar debajo—. ¿Puedes devolverme el insecticida, por favor?

La atención de Isabel se centró en la niña pequeña. Le pasó el bote de insecticida a Ren y después se sentó junto a la niña y la abrazó.

—¿Sabes una cosa, Steffie? Las cosas que creemos que nos dan miedo no son siempre las que realmente nos preocupan. Como las arañas. Casi todas son insectos muy amables, pero han pasado muchas cosas en tu

familia últimamente, y tal vez sea eso lo que te preocupa de verdad. Todos tenemos miedo a veces. No pasa nada.

Ren masculló entre dientes algún tipo de maldición. Mientras Isabel hablaba en voz baja con Steffi, observaba a Jeremy a través de las puertas venecianas lanzar una pelota de tenis contra la pared de la casa. Era sólo cuestión de tiempo que rompiese una ventana.

—¡Miradme todos! —Brittany entró en la estancia y empezó a dar volteretas en dirección a un gabinete cargado de porcelana de Meissen.

—¡Cuidado! —Ren corrió tras ella y la atrapó justo antes de que chocase contra él.

—Mírale el lado bueno —dijo Isabel—. Lleva las braguitas puestas.

—¡Pero se ha quitado todo lo demás!

—¡Soy la campeona! —La niña de cinco años se puso en pie y extendió los brazos formando la V de victoria. Isabel sonrió y alzó los pulgares. En ese instante, el aire se llenó con el inconfundible ruido de cristales rotos, seguido del grito de Tracy en la planta de arriba:

—¡Jeremy Briggs!

Ren apuntó el bote de insecticida y apretó el botón.

Fue una larga tarde. Ren amenazó a Isabel con cortarle la corriente para siempre si le abandonaba, así que se quedó en la villa mientras Tracy permanecía encerrada en una habitación. Jeremy se entretuvo torturando a Steffie con arañas fantasma. Brittany escondió su ropa y Ren no dejó de quejarse ni un solo segundo. Allí donde iba dejaba cosas tras de sí —las gafas de sol, los zapatos, la camisa—, los hábitos de un hombre acostumbrado a tener sirvientes que fuesen recogiendo todo.

Como si fuese una niña, Anna sufrió un cambio de personalidad y no dejó de reír y de preparar comida para todo el mundo, incluso para Isabel. Ella y Massimo vivían en una casa a un par de kilómetros de la villa, con sus dos hijos mayores y su nuera. Cuando se fue a casa después de cenar, le pidió a Marta que subiese a la villa para pasar la noche. También Marta parecía una mujer diferente en presencia de los niños, y no tardó en adoptar a Connor como su mascota, que no se apartaba de su lado excepto cuando desaparecía tras un rincón para llenar su pañal. Para tener sólo tres años,

pensó Isabel, el niño disponía de un excelente vocabulario. Su expresión favorita era: «El orinal es muy muy malo.»

A pesar de que Ren no animaba a los niños, no dejaban de exigir su atención. Los ignoró todo lo que pudo, pero finalmente tuvo que ceder a las peticiones de Jeremy para que le enseñase algunos movimientos de artes marciales. Eso fue bien entrada la noche, antes de que todos se fuesen a la cama. Isabel se las ingenió para irse a su casa mientras Ren hablaba por teléfono.

Se tumbó en la cama y se durmió al instante, pero la despertó un ruido seguido de una maldición, a la una de la madrugada. Se incorporó de golpe en la cama.

La luz del pasillo estaba encendida, y al poco Ren asomó la cabeza por la puerta.

—Lo siento. Le di un golpe a la cómoda con la bolsa y tiré una lámpara. Ella parpadeó y tiró de la sábana para cubrirse los hombros.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No creerías que iba a quedarme allí arriba, ¿verdad? —exclamó indignado.

—Bueno, no puedes mudarte aquí.

—Reza por mí. —Y se marchó.

Ella salió de la cama, con su bata de seda ondeando a su espalda, y le siguió.

Él lanzó la bolsa sobre la cama de la habitación de al lado, más pequeña que la de ella pero igualmente sencilla. Los italianos no gastaban dinero en decorar espacios de soledad como los dormitorios, pudiéndolo gastar en lugares de reunión como las cocinas y los jardines. Cuando ella apareció, él dejó de deshacer su bolsa lo suficiente como para ver el canesú de encaje color marfil y la delicada camisa que le llegaba hasta la mitad de los muslos.

—¿Tienes delfines debajo de eso?

—No es asunto tuyo. Ren, tu villa es enorme, pero esta casa es pequeña. No puedes...

—No lo bastante enorme. Si crees que podría quedarme bajo el mismo techo que una mujer embarazada y sus cuatro hijos psicóticos, estás más

loca que ellos.

—Pues entonces vete a otro sitio.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo. —Sus ojos le dieron otro repaso. Ella esperaba que él dijese algo provocativo, pero la sorprendió—. Aprecio que te quedases conmigo esta noche, aunque podría haber pasado sin tus consejos.

—Me amenazaste con cortarme la electricidad si me iba.

—No puedes culparme, doctora. Te habrías quedado de todas formas, porque adoras arreglar los problemas de los demás. —Sacó de la bolsa unas camisetas arrugadas—. Tal vez por eso te guste pasar el rato conmigo, aunque en mi caso se trate de una batalla perdida.

—No me gusta pasar el rato contigo. Me he visto forzada a pasar el rato contigo. De acuerdo, tal vez me guste un poco. —Alargó el brazo para recoger una de las camisetas que habían caído al suelo, pero se arrepintió—. Puedes dormir aquí esta noche, pero mañana volverás a la villa. Tengo que trabajar, y tú sólo me distraerías.

Él apoyó un hombro contra el marco de la puerta, recorriendo con la mirada el cuerpo de Isabel, de los muslos a los pechos.

—Una distracción demasiado grande, ¿eh?

Ella sintió cómo se le calentaba la piel. Era el demonio hecho carne. Así era como arrastraba a las mujeres a la perdición.

—Digamos que necesito concentrarme en lo espiritual —replicó.

—Hazlo. —Le dirigió su sonrisa más siniestra—. Y no te preocupes por lo que le sucedió a Jennifer López cuando durmió en la habitación contigua a la mía.

Ella replicó con una mirada que dejaba a las claras lo infantil que lo consideraba, y después le dio la espalda. Cuando iba por la mitad del pasillo, se percató de la pequeña lámpara encendida sobre el aparador que había justo enfrente. E incluso antes de oír su maligna risa, supo que él la estaba viendo al contraluz.

—Ya veo que no tienes delfines. Me matas, Fifi.

—Es una posibilidad.

A la mañana siguiente, Isabel se preparó un zumo de naranja, salió fuera y se sentó en una silla en una zona soleada cerca de la casa. Sobre las ramas de los olivos todavía pendían finos retazos de neblina en el valle. Rezó una corta oración de gratitud —era lo menos que podía hacer— y bebió el primer sorbo de zumo justo cuando Ren salía de la casa.

—Tenía que madrugar si quería correr un poco antes de que hiciese demasiado calor —dijo entre bostezos.

—Son casi las nueve.

—Pues eso.

Ella observó cómo empezaba a hacer estiramientos. Se le marcaban los abdominales, y una línea de vello oscuro desaparecía bajo los pantalones negros de deporte. Contempló cada centímetro de su cuerpo: mejillas, barba incipiente, pecho de atleta, y todo lo demás...

Él la pilló mirándolo y cruzó los brazos, disfrutando.

—¿Quieres que me dé la vuelta para que puedas apreciar mi espalda?

Ella replicó con tono profesional.

—¿Crees que quiero que te des la vuelta?

—Oh, sí.

—Debe de ser difícil ser alguien tan deslumbrante. Nunca puedes saber si la gente quiere estar contigo por tu personalidad o tan sólo por tu apariencia.

—Sin duda, por la apariencia. Carezco de personalidad.

No podía dejar pasar la oportunidad.

—Tienes una personalidad muy fuerte. Gran parte de la misma está mal ubicada, eso es cierto, pero no toda.

—Gracias por nada.

¿No era increíble cómo una buena noche de sueño podía incrementar la capacidad de incordio de una mujer? Ella imitó su torcida sonrisa.

—¿Te importaría ponerte de lado para poder apreciar tu perfil?

—No te hagas la listilla. —Se dejó caer en una silla a su lado y se bebió de un trago el zumo que ella había tardado diez minutos en exprimir.

Isabel frunció el entrecejo.

—Creía que ibas a correr —le dijo.

—No me fastidies. Dime que ninguno de los pequeños monstruos de Tracy rondan por aquí.

—Todavía no.

—Son unos cabroncetes muy listos. Nos encontrarán. Y tú te vas a quedar conmigo allí arriba hasta que consiga solucionar este asunto, así podrás estar presente cuando hable con ella. He decidido decirle que te estás recuperando de una crisis y que necesitas paz y tranquilidad. Después los meteré a todos en el Volvo de ella y los enviaré a un buen hotel, con todos los gastos pagados.

De algún modo, Isabel no creía que fuese tan sencillo.

—¿Cómo te encontró?

—Conoce a mi agente.

—Es una mujer interesante. ¿Cuánto tiempo dijiste que estuvisteis casados?

—Un miserable año. Nuestras madres eran amigas, así que crecimos juntos, nos metimos juntos en problemas y nos las apañamos para que nos expulsasen de la universidad a la vez. Como no queríamos prescindir del sustento familiar y tener que ganarnos el pan trabajando, decidimos que si nos casábamos distraeríamos su atención. —Dejó el vaso vacío en el suelo—. ¿Tienes idea de lo que sucede cuando dos niños mimados se casan?

—Nada agradable, supongo.

—Portazos, rabietas, tirones de pelo. Y ella era incluso peor.

Isabel rió.

—Volvió a casarse dos años después de nuestro divorcio. La he visto un par de veces en Los Ángeles, y hablamos cada tanto.

—Una relación inusual para una pareja de divorciados.

—Durante varios años no cruzamos palabra, pero ninguno de los dos tiene hermanos o hermanas. Su padre murió y su madre es una chiflada. Supongo que la nostalgia que sentimos por nuestras respectivas infancias conflictivas hace que mantengamos el contacto.

—¿Nunca habías visto a sus hijos o a su marido?

—Vi a los dos mayores cuando eran muy pequeños. Nunca he visto a su marido. Es uno de esos ejecutivos. Al parecer, un auténtico gilipollas. —

Sacó un papel del bolsillo de sus pantalones cortos y lo desdobló—. He encontrado esto en la cocina. ¿Quieres explicarme de qué trata?

Isabel debía de tener un deseo subconsciente de ser torturada, pues de no ser así no habría permitido que aquel papel se quedase allí.

—Dámelo.

Él lo mantuvo a distancia.

—Me necesitas más de lo que creía. —Empezó a leer la hoja de la agenda que ella había escrito el primer día de su llegada—. «Levantarse a las seis.» ¿Por qué demonios tendrías que hacerlo?

—No lo hago, porque me levanto las ocho como muy pronto.

—«Oración, meditación, agradecimiento y afirmaciones diarias» —prosiguió—. ¿Qué es una afirmación diaria? No, no me lo digas.

—Las afirmaciones son declaraciones positivas. Una manera beneficiosa de controlar los pensamientos. Por ejemplo, uno cualquiera: «No importa cuánto me moleste Lorenzo Gage, tengo que recordar que él también es una criatura de Dios.» Tal vez no la mejor, pero...

—¿Y qué es esta chorrada de «No olvides respirar»?

—No es una chorrada. Es un recordatorio para mantenerme centrada. Significa permanecer en calma. No sentirme abofeteada por cada ráfaga de viento que sople en mi dirección.

—Suená aburrido.

—A veces lo aburrido es bueno.

—Oh, oh. —Señaló el papel—. «Lectura inspiradora.» Por ejemplo, ¿la revista *People*?

Dejó que él se divirtiese a su costa.

—«Ser impulsiva.» —Alzó una de sus exquisitas cejas—. Eso sí va a suceder. Y, de acuerdo con esta agenda, deberías estar escribiendo.

—Eso tenía planeado. —Jugueteó con uno de los botones de su blusa.

Él agitó la lista ante los ojos de Isabel con una mirada perspicaz.

—No tienes ni idea de qué vas a escribir, ¿no es así?

—He empezado a tomar notas para un nuevo libro.

—¿Cuál es el tema?

—Superación de las crisis personales. —Fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza, y parecía tener lógica.

—Estás bromeando. —Su suspicaz expresión la espoleó.

—Sé algo al respecto. Por si no te has dado cuenta, estoy superando una crisis.

—Debo de haberme perdido esa parte.

—Ése es tu problema: te pierdes demasiadas cosas.

La irritante simpatía de Ren volvió a aparecer.

—No me presiones tanto, Isabel. Tómate tu tiempo y no intentes forzarlo todo. Relájate y pásalo bien para variar.

—¿Y cómo tendría que hacerlo? Ah, sí, ya me acuerdo. Acostándome contigo, ¿verdad?

—Ésa sería mi opción, pero supongo que cada uno tiene su propia idea de entretenimiento, así que puedes elegir la tuya. Bien pensado, sería mejor para los dos si me dejases que te llevase a la cama.

—Pierdes el tiempo si sigues por ese camino.

Él se removió en la silla.

—Has pasado por muchas cosas en los últimos seis meses. ¿No crees que te mereces un pequeño respiro?

—Hacienda acabó conmigo. No puedo permitirme demasiados respiros. Tengo que volver a poner mi carrera en marcha para poder pagarme un techo, y la única manera de conseguirlo es trabajando. —Mientras lo decía sentía las punzadas de pánico abriéndose paso en su interior.

—Hay muchas maneras de trabajar.

—Sugieres que me tumbe de espaldas, ¿no?

—Puedes ponerte encima, si lo prefieres.

Ella suspiró.

Él se puso en pie y se volvió hacia el olivar.

—¿Qué están haciendo Massimo y Giancarlo allí abajo?

—Algo relacionado con los desagües o con un pozo, dependiendo de la traducción.

Él bostezó de nuevo.

—Voy a correr un poco. Después hablaremos con Tracy. Y no te niegues, a menos que quieras cargar sobre tu conciencia con la muerte de una mujer embarazada y sus cuatro odiosos hijos.

—Oh, no voy a negarme. No querría perderme ver cómo te subes por las paredes.

Él frunció el entrecejo y se fue.

Una hora después Isabel estaba cambiando las sábanas de su cama cuando le oyó regresar y entrar en el baño. Ella sonrió. No tardó demasiado en oírlo aullar.

—Se me olvidó decírtelo —dijo con dulzura—. No tenemos agua caliente.

Tracy estaba en medio del dormitorio que había ocupado. Maletas, ropa y todo un surtido de juguetes se extendían por el suelo a su alrededor. Mientras Ren se apoyaba en la pared mirándolas a ambas con ceño, Isabel empezó a separar la ropa sucia de la limpia.

—¿Entiendes ahora por qué me divorcié de él?

Tracy tenía los ojos enrojecidos y parecía cansada, pero aun así estaba atractiva con un albornoz color cereza. Isabel se preguntó cómo sería disponer de semejante belleza sin esfuerzo alguno. Tracy y Ren eran tal para cual.

—Es un hombre frío. Un cabrón sin sentimientos. Por eso me divorcié de él.

—Sí tengo sentimientos. —Ren sonó totalmente falso—. Pero ya te he dicho que, dado el delicado estado de los nervios de Isabel...

—¿Estás mal de los nervios, Isabel?

—No, a menos que tengas en cuenta una grave crisis vital. —Dejó una camiseta en la pila de la ropa sucia y se dedicó a seleccionar la ropa interior limpia. Los niños estaban en la cocina con Anna y Marta pero, al igual que Ren, habían dejado rastro de su paso por todas partes.

—¿Te molestan los niños? —preguntó Tracy.

—Son estupendos. Estoy disfrutando mucho con ellos. —Se preguntó si Tracy entendería que los problemas en el comportamiento de sus hijos se debían a la tensión reinante entre sus padres.

—Ésa no es la cuestión —terció Ren—. La cuestión es que te has presentado aquí sin avisar...

—¿Podrías pensar en alguien más que en ti mismo por una vez? —Tracy tiró al suelo un GameBoy, interrumpiendo el meticuloso trabajo de recogida de Isabel—. No podré cuidar a cuatro niños tan activos en una habitación de hotel.

—¡Suite! Te he reservado una suite.

—Tú eres mi amigo de toda la vida. Si el amigo de toda la vida no quiere ayudar a su amiga de toda la vida cuando tiene problemas, ¿quién lo hará?

—Los amigos más recientes. Tus familiares. ¿Qué tal tu prima Petrina?

—Detesto a Petrina desde nuestra puesta de largo. ¿No recuerdas que intentó pegarte? Además, ninguna de esas personas está ahora en Europa.

—Lo cual es otra razón para que vuelvas a casa. No soy un experto en embarazos, pero entiendo que una mujer embarazada tiene que estar rodeada de cosas familiares.

—Tal vez en el siglo xviii. —Tracy hizo un gesto de desesperación hacia Isabel—. ¿Podrías recomendarme un buen psicólogo? Me he casado dos veces con hombres que tienen piedras en lugar de corazón, así que necesito ayuda. Aunque al menos Ren no me puso los cuernos.

Isabel apartó de la línea de fuego la ropa que había ordenado.

—¿Tu marido te ha sido infiel?

La voz de Tracy se hizo más insegura.

—No quiere admitirlo.

—Pero crees que tenía una aventura...

—Los pillé juntos. Una secretaria suiza de su oficina. Él me culpaba de haberme vuelto a quedar embarazada. —Cerró los ojos—. Fue su venganza.

Isabel no pudo evitar sentir un creciente desagrado por el señor Harry Briggs.

Tracy inclinó la cabeza y el cabello le cayó sobre un hombro.

—Sé razonable, Ren. No voy a quedarme para siempre. Sólo necesito unas semanas para aclarar mis pensamientos antes de enfrentarme al regreso.

—¿Unas semanas?

—Los niños y yo estaremos todo el rato en la piscina. Ni siquiera te enterarás de que estamos aquí.

—¿Maaaaaami? —Brittany entró en la habitación; a excepción de los calcetines, iba completamente desnuda—. ¡Connor ha vomitado! —Y se marchó.

—Brittany Briggs, ¡vuelve inmediatamente! —Tracy salió tras la niña dando bandazos—. ¡Brittany!

Ren sacudió la cabeza.

—Resulta difícil creer que sea la misma chica que se ponía hecha una furia si la criada la despertaba antes del mediodía.

—Es más frágil de lo que crees. Por eso ha venido a buscarte. Comprendes que tienes que dejar que se quede, ¿verdad?

—Tengo que salir de aquí. —La agarró del brazo, y ella apenas tuvo tiempo de coger el sombrero de paja antes de que la sacase por la puerta—. Te invito a un café en el pueblo, y también te compraré uno de esos calendarios pornográficos que tanto te gustan.

—Es tentador, pero debo empezar a tomar notas para mi nuevo libro. El de la superación de las crisis personales —añadió.

—Créeme. Alguien que se entretiene recogiendo basura de los campos no tiene la menor idea de cómo superar una crisis. —Empezó a bajar las escaleras—. Algún día tendrás que admitir que la vida es demasiado complicada como para arreglarlo todo con tus Cuatro Piedras Angulares.

—Ya he visto lo complicada que puede ser la vida. —Sonó a defensa, pero no pudo evitarlo—. También he comprobado cómo aplicar los principios de las Cuatro Piedras Angulares puede hacer que las cosas vayan mejor. Y no sólo para mí, Ren. Hay mucha gente que puede asegurarlo. —¿Cuán patético había sonado eso?

—Estoy seguro de que las Cuatro Piedras Angulares funcionan en muchas situaciones, pero no siempre para todo el mundo, y no creo que estén funcionándote a ti ahora.

—No están funcionando porque no estoy aplicando los principios de manera adecuada. —Se mordió el labio inferior—. Y, además, tengo que añadir algunos pasos nuevos.

—¿Vas a relajarte de una vez?

—¿Y tú?

—No me juzgues tan rápidamente. Al menos, yo tengo una vida.

—Trabajas en películas horrorosas donde tienes que hacer cosas terribles. Tienes que disfrazarte para salir a la calle. No estás casado, no tienes familia. ¿A eso llamas tener una vida?

—Bueno, si te vas a poner quisquillosa... —Recorrió el suelo de mármol hacia la puerta principal.

—Tal vez puedas desmontar la vida de los demás con un par de comentarios irónicos, pero eso no funciona conmigo.

—Eso es porque has olvidado cómo reír —le espetó y cogió el pomo de la puerta.

—Eso no es cierto. Ahora mismo me estás haciendo reír. ¡Ja!

La puerta se abrió y al otro lado había un hombre.

—¡Maldito bastardo ladrón de mujeres! —gritó. Y propinó un puñetazo a Ren.

Isabel cayó en el suelo de mármol, pero el hombre sólo había golpeado a Ren en el hombro y, de hecho, éste ya estaba de nuevo en pie, dispuesto a acabar con él. Ella le lanzó una mirada de incredulidad al asaltante.

—¿Está usted loco? —le espetó.

Ren saltó hacia el hombre justo en el momento en que las palabras que éste había pronunciado cobraban sentido para Isabel.

—¡Detente, Ren! No le hagas daño.

Ren ya tenía cogido al tipo por la garganta.

—Dame una buena razón.

—Es Harry Briggs. No puedes matarle a menos que Tracy diga lo contrario.

Él aflojó el apretón pero no le soltó, y la furia seguía brillando en sus ojos.

—¿Quieres explicar lo del puñetazo antes o después de que te deje fuera de combate?

Ella tuvo que reconocerle a Briggs el valor de afrontar lo que podía ser una muerte muy dolorosa.

—¿Dónde está ella, hijo de puta? —soltó Briggs.

—En un lugar donde no podrás tocarla.

—Ya le hiciste daño una vez, cabrón. No volverás a hacerlo.

—¡Papá!

Ren se detuvo al ver a Jeremy corriendo hacia ellos. El niño se lanzó en brazos de su padre sin vacilar.

—Jeremy. —Briggs lo retuvo, enredando sus dedos en el cabello de su hijo y cerrando los ojos por un instante.

Ren se encogió de hombros y observó.

A pesar del alocado puñetazo, Harry Briggs no parecía peligroso. Era unos centímetros más bajo que Ren, delgado y de rasgos amables y regulares. Al observarlo, Isabel pensó que era una persona obsesionada por

la pulcritud, como ella, aunque él estaba pasando por un mal momento. Su pelo castaño, cortado de forma tradicional, no veía el peine desde hacía tiempo, y necesitaba un afeitado. Tras sus gafas de fina montura metálica, sus ojos parecían cansados, y sin duda vestía aquella misma ropa —unos arrugados pantalones caqui y un polo marrón— desde hacía más de un día. No parecía un donjuán, pero eso era algo que no podía apreciarse en la cara de una persona. También daba la impresión de ser uno de los últimos hombres del planeta con los que, en teoría, estaría dispuesta a casarse una mujer tan deslumbrante como Tracy.

Mientras él sujetaba a su hijo por los hombros, Isabel se percató del práctico reloj de pulsera y la alianza de oro.

—¿Has cuidado de todo el mundo? —le preguntó a Jeremy.

—Creo que sí.

—Tenemos que hablar, amigo, pero primero tengo que ver a tu madre.

—Está en la piscina con las niñas.

Harry inclinó la cabeza hacia la puerta principal.

—¿Puedes ver si le he hecho alguna rayada al coche viniendo hacia aquí? Algunas carreteras eran de grava.

Jeremy parecía preocupado.

—No vas a irte sin mí, ¿verdad?

De nuevo, Harry le tocó el pelo a su hijo.

—No te preocupes, colega. Todo va a ir bien.

Al tiempo que el niño se alejaba, Isabel se dio cuenta de que Harry no había respondido a su pregunta. Cuando Jeremy ya no podía oír lo que decían, Harry se volvió hacia Ren, y toda la dulzura que le había dedicado al niño desapareció.

—¿Dónde está la piscina?

El acaloramiento de Ren se había apagado, aunque Isabel sospechaba que podía iniciarse otra vez en cualquier momento.

—Primero tendrías que tranquilizarte un poco.

—No importa. La encontraré por mi cuenta. —Harry avanzó con decisión.

Ren dejó escapar un suspiro de mártir y dijo:

—No podemos dejarlo a solas con ella.

Isabel le palmeó el brazo.

—La vida nunca es sencilla.

Tracy vio acercarse a Harry. Su corazón dio un brinco instintivo antes de ponérsele en la garganta. Ella sabía que aparecería tarde o temprano, pero no esperaba que fuese tan pronto.

—¡Papi! —Las niñas salieron a toda prisa del agua. Connor lanzó un chillido cuando lo vio, y su pañal fue dando bandazos mientras iba en busca de su persona favorita, sin saber que esa persona no había querido que naciese.

Harry, de algún modo, se las apañó para alzar a los tres. Era un tanto peculiar escogiendo su vestuario, pero no lo era cuando estaba con los niños, por lo que no le importó mojarse. Las niñas le plantaron húmedos besos. Connor le torció las gafas. A Tracy le dolió el corazón al ver que él les besaba y les ofrecía toda su atención, al igual que había hecho con ella en los días en que disfrutaban de su amor.

Apareció Ren. No le dolía igual mirarlo a él que mirar a Harry. El viejo Ren era más fuerte e inteligente que aquel niño al que ella había enseñado cómo fumarse un porro, pero también era más cínico. No podía imaginar el modo en que el asunto de Karli Swenson le había afectado.

Isabel se colocó a su lado, parecía una mujer fría y resuelta, llevaba una camisa sin mangas, unos pantalones color beige y un sombrero de paja. Podría haber resultado intimidante de no ser por su amabilidad. Los niños se habían sentido a gusto con ella a primera vista, lo cual solía ser una buena señal del carácter de una persona. Al igual que cualquier otra mujer en la órbita de Ren, estaba fascinada con él, pero, al contrario que las otras, combatía esa sensación. Para Tracy ese detalle la valorizaba, aunque sabía que no tenía ninguna oportunidad, pues el deseo de Ren hacia ella era obvio. Al final no sería capaz de resistirse, lo cual supondría un fiasco, pues una aventura amorosa no sería suficiente para ella. Era el tipo de mujer que deseaba todo lo que Ren no podía darle, pero él se la comería antes de que se diese cuenta. De un modo nada positivo.

Era menos doloroso sentir lástima por Isabel que por sí misma, pero Harry estaba allí en ese momento, y no podía seguir tragándose su dolor por

más tiempo. *¿Quién eres?*, deseaba preguntarle. *¿Dónde está el hombre tierno y dulce del que me enamoré?*

Se levantó de la silla, sesenta y tres kilos de ballena varada. Otros seis kilos y pesaría más que su marido.

—Niñas, id con Connor a buscar a la *signora* Anna. Antes ha dicho que estaba preparando galletas.

Las niñas se abrazaron con más fuerza a su padre y miraron con ceño a su madre. Desde su punto de vista, ella debía de ser una maldita bruja si era capaz de apartarlas de él. Se le formó un nudo en la garganta.

—Venga —les dijo Harry a las niñas, que seguían sin mirarle—. Ahora mismo iré con vosotras.

No se opusieron a sus órdenes como lo habían hecho con la madre, y a ella no le sorprendió que se llevaran consigo a Connor.

—No tendrías que haber venido aquí —dijo ella cuando las niñas entraron en la casa.

Harry la miró, pero sus ojos eran tan fríos como los de un extraño.

—No me diste otra opción.

Ése era el hombre con el que había compartido su vida, creyendo que siempre la amaría. Solían pasarse todo el fin de semana en la cama. Ella recordaba la alegría que habían compartido cuando nacieron Jeremy y las niñas. Recordaba las salidas en familia, las risas, los momentos de tranquilidad. Entonces quedó embarazada de Connor y las cosas empezaron a cambiar. Pero a pesar de que Harry no quería más hijos, quiso con todo su corazón al menor de sus hijos desde el momento en que salió de su vientre. En un principio, Tracy estaba convencida de que sucedería lo mismo con el próximo. Ahora pensaba diferente.

«—Hablamos de ello y estábamos de acuerdo. No más niños.

»—No me he quedado embarazada yo sola, Harry.

»—No me echés la culpa a mí. Quería hacerme la vasectomía, ¿lo recuerdas? Pero tú te negaste, así que me eché atrás. Ése fue mi error.»

Ella apoyó la mano sobre su error y acarició la tensa piel.

—¿Quieres que te ayude a hacer las maletas? —preguntó él con tranquilidad—. ¿O prefieres hacerlo sola?

Parecía tan distante como un planeta remoto. Incluso tras todos aquellos meses, ella no podía acostumbrarse a su frialdad. Recordaba el día en que le dijo que su empresa quería que se trasladase a Suiza y se hiciese cargo de una importante adquisición. No sólo significaba el ascenso que andaba buscando, también le daría la oportunidad de llevar a cabo otro tipo de trabajo para el cual era aun mejor.

Por desgracia, el embarazo se cruzó en su camino. Él tendría que estar fuera entre agosto y noviembre, y el niño nacería a finales de octubre. Como Harry siempre estaba dispuesto a hacer lo correcto, le dijo que rechazaría la oferta. Pero ella se negó a que se convirtiese en mártir, y le dijo que haría las maletas para irse con él. Las mujeres también dan a luz en Suiza, ¿no es cierto? Tendría a su hijo allí.

Había sido un error desde el principio. Ella esperaba que aquel tiempo fuera de casa les uniese de nuevo y curase las heridas, pero sólo las abrió más. El apartamento que la compañía había encontrado para él era demasiado pequeño para una familia numerosa. Los niños no tenían a nadie con quien jugar y, a medida que las semanas pasaban, su comportamiento empeoraba. Ella planeaba excursiones de fin de semana —viajes en barco por el Rin, paseos en teleférico—, pero acabó ocupándose ella sola de los niños, pues Harry trabajaba todo el tiempo. Estaba fuera por las noches, los sábados, incluso algunos domingos. Aun así, ella no cayó en la cuenta de lo que sucedía hasta dos días antes, cuando le pilló en un restaurante con otra mujer.

—¿Quieres que te ayude a hacer las maletas? —repitió, con el paciente tono que empleaba cuando tenía que reñir a algún niño.

—No me voy, Harry, así que no necesito hacer las maletas.

—Sí te vas. No vas a quedarte aquí. —Su cara no evidenciaba emoción alguna. No había dolor en su voz, ni cariño, no había otra cosa que las sentencias frías y directas de un hombre comprometido con su deber.

Ren estaba justo detrás de Harry, y frunció el entrecejo. Ella sabía que no la querían allí, pero si él decía una sola palabra al respecto delante de Harry, ella nunca le perdonaría.

Los ojos de Harry siguieron clavados en ella incluso cuando le habló a Ren.

—Me sorprende que quieras que se quede aquí. Aparte de estar embarazada de siete meses y medio, sigue tan caprichosa e irracional como cuando estaba casada contigo.

—¿Y eso es lo opuesto a ser un bastardo tramposo y controlador? —replicó Ren.

En la mandíbula de Harry se apreció la tensión de un músculo.

—Muy bien. Haré yo mismo las maletas de los niños. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Los niños y yo estaremos bien sin ti.

A ella se le encendieron las mejillas y su aliento se transformó en un silbido.

—Si has pensado durante un solo segundo que podrás llevarte a mis hijos...

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Por encima de mi cadáver.

—No entiendo por qué te opones. No has hecho nada por ellos, excepto quejarte, desde que llegamos a Zurich.

Aquel injusto comentario casi le bloqueó la garganta.

—¡No he descansado ni un minuto! Estoy con ellos día y noche. ¡Y también todo el fin de semana, mientras tú te revuelcas con tu novia anoréxica!

Su rabia ni siquiera rozó a Harry.

—Tú elegiste venir conmigo, no fue idea mía.

—Vete al infierno.

—Si eso es lo que quieres, me voy. Me llevaré a los cuatro hijos que tenemos. Puedes quedarte con el próximo.

Tracy sintió como si le hubiese dado un bofetón. *Éste es el peor momento de mi vida*, pensó. Oyó cómo Isabel dejaba escapar un leve gruñido de disconformidad.

—No te vas a llevar a nadie de aquí, colega —dijo Ren.

La mandíbula de Harry se tensó de un modo que Tracy conocía de sobra. Sabía que Ren podía tumbarle sin demasiado esfuerzo, pero él era Harry, y se volvió para entrar en la casa.

Ren intentó bloquearle el paso. Tracy fue a gritar, pero Isabel se le adelantó.

—¡Vosotros dos, quietos ahí!

Isabel habló con la autoridad que Tracy empleaba para reprender a los niños cuando éstos se rebelaban, pero nunca se había sentido tan agradecida por la intercesión de nadie.

—Ren, por favor, hazte a un lado. Harry, vuelve aquí, hazme el favor. Tracy, será mejor que te sientes.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Harry con fría hostilidad.

—Soy Isabel Favor.

Tracy no tenía claro cómo lo había conseguido Isabel, pero Ren se había hecho a un lado, Harry había retrocedido y la propia Tracy había vuelto a sentarse.

Isabel añadió suavemente pero con firmeza:

—Vosotros dos tenéis que dejar de insultaros y empezar a hablar de lo ocurrido.

—Creo que nadie ha pedido tu opinión —dijo Harry, cortante como el acero.

—He sido yo —se oyó decir Tracy—. Yo se la he pedido.

—Pues yo no —añadió Harry.

—Entonces hablaré en nombre de vuestros hijos. —Isabel proyectaba una confianza que Tracy no pudo sino envidiar—. Aunque no soy una experta en comportamiento infantil, creo que estáis haciéndole mucho daño a cinco pequeñas vidas.

—Los padres se divorcian constantemente —insistió Harry— y los niños lo sobrellevan.

El dolor creció en el corazón de Tracy. Divorcio. Por mal que les hubiese ido, ninguno de los dos había pronunciado la palabra divorcio hasta ese momento. Pero ¿qué otra cosa esperaba? Ella lo había dejado, ¿no? Aun así, no se lo había imaginado. Simplemente quería dar un toque de atención a Harry. Quería cortar la capa de hielo que había formado un bloque alrededor de su marido, tan grueso que ella no sabía qué hacer para atravesarlo.

Harry ya no parecía tan distante, pero era difícil decir qué sentía. Solía mantener sus emociones a buen recaudo hasta que le resultaba conveniente

tratar con ellas. Ella, por otra parte, hacía gala de sus emociones a la vista de todo el mundo.

—La gente se divorcia —dijo Isabel—. Y a veces resulta inevitable. Pero cuando hay cinco niños implicados, ¿no crees que los padres tienen que esforzarse un poco y hacer todo lo posible por arreglarlo? Sé que es tentador en estos momentos, pero hace mucho tiempo que ambos perdisteis la posibilidad de salir corriendo y seguir vuestro libre albedrío.

—Ésa no es la cuestión —replicó Tracy.

La expresión de Isabel se hizo más empática.

—¿Ha habido agresiones? ¿Ha habido abuso físico?

—Por supuesto que no —espetó Harry.

—No. Harry ni siquiera pondría una ratonera.

—¿Alguno de los dos ha abusado de los niños?

—¡No! —exclamaron a un tiempo.

—¡Entonces todo tiene solución!

La amargura de Tracy salió a la luz.

—Nuestro problema es demasiado grande para resolverlo. Traición. Adulterio.

—Inmadurez. Paranoia —contraatacó Harry—. Y resolver problemas requiere lógica. Lo cual imposibilita a Tracy.

—También requiere un leve conocimiento de las emociones humanas, y Harry no sabe lo que es una emoción desde hace años.

—¿Os estáis escuchando? —Isabel meneó la cabeza, y Tracy no pudo evitar sentirse avergonzada—. Sois adultos, y es obvio que queréis a vuestros hijos. Si vuestro matrimonio no funciona del modo en que os gustaría, entonces arregladlo. No huyáis de él.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Tracy.

La expresión de Isabel siguió siendo empática.

—Ahora mismo no podéis deshaceros de vuestra relación. Tenéis responsabilidades sagradas, y no hay orgullo que valga para justificar el rechazarlas. Sólo los padres más egoístas e inmaduros usarían a sus hijos como armas en una lucha de poder.

A Harry nunca le habían llamado inmaduro, y parecía como si hubiese tenido que tragarse un sapo. Tracy tenía más experiencia en eso, así que no

le sentó tan mal.

Isabel insistió.

—Es el momento de que dejéis de discutir y centréis las energías en descubrir cómo vais a vivir juntos.

—Aparte del hecho de que estás completamente equivocada —dijo Harry—, ¿qué tipo de vida sería crecer con unos padres que no quieren vivir juntos?

Aquellas palabras casi hicieron llorar a Tracy. Él estaba tirando la toalla. Harry Briggs, el más trabajador, terco y decente de todos los hombres que ella había conocido, estaba tirando la toalla.

—Podéis vivir juntos —dijo Isabel con firmeza—. Sólo tenéis que descubrir cómo hacerlo. —Señaló a Harry—. Tienes que asumir algunas prioridades. Llama a la gente para la que trabajas y diles que no vas a estar disponible durante unos días.

—Estás malgastando saliva —dijo Tracy—. Harry nunca dejaría de ir a trabajar.

Isabel ignoró su comentario.

—Hay muchos dormitorios en la villa, señor Briggs. Instálate en uno y deshaz la maleta.

Ren alzó las cejas.

—¡Eh!

Isabel ignoró la protesta de Ren.

—Tracy, necesitas algo de tiempo para ti. ¿Por qué no sales un poco? Harry, tus hijos te han echado de menos. Puedes pasar la tarde con ellos.

Harry parecía indignado.

—Espera un momento. Yo no voy a...

—Oh, sí vas a hacerlo. —Físicamente, Isabel podía verse pequeña junto a aquella piscina, pero ahora estaba enfadada, y eso la hacía crecer—. Vas a hacerlo porque eres decente y porque los niños te necesitan. Y si eso no fuera suficiente —dijo mirándolo fijamente—, lo harás porque te lo digo yo. —Le sostuvo la mirada durante lo que pareció una eternidad, después se volvió y se fue.

Ren, que odiaba las manifestaciones emocionales tanto como Harry, no pudo seguirla de lo rápida que iba.

Harry maldijo entre dientes. Estar a solas con él era más de lo que Tracy podía tolerar en ese momento, así que se dirigió hacia la casa. Isabel estaba en lo cierto: tenía que estar sola un rato.

Las campanas de una iglesia sonaron en la distancia, y el corazón de Tracy estaba tan dolorido que casi le costaba respirar. *¿Qué nos ha pasado, Harry? Se suponía que nuestro amor era para siempre.*

Pero ese siempre parecía haberlos dejado atrás.

Ren siguió a Isabel a través del jardín de la villa y sendero abajo hacia el viñedo. El suave balanceo de su cabello bajo el sombrero de paja iba al compás de su decidida zancada. Ren no solía sentirse atraído por las diosas de la guerra, pero nada de la atracción que sentía por ella había sido normal desde el principio.

¿Por qué no le había alquilado la casa una mujer normal? Una mujer agradable que entendiese que el sexo era sólo sexo, y que no desease explicarle a todo el mundo cómo tenía que vivir su vida. Es más, una mujer que no rezase cuando estaba con él. Ese día había tenido la clara impresión de que rezaba por él, y ¿qué chorrada era ésa cuando lo hacía la mujer con que querías acostarte?

Se puso a su altura.

—Acabo de ver las Cuatro Piedras Angulares en acción, ¿no es así?

—Los dos están heridos, pero tienen que superarlo. La responsabilidad personal es el centro de toda vida bien llevada.

—Recuérdame que no me meta nunca contigo. Eh, espera, ya lo he hecho. —Resistió el impulso de destrozar aquel estúpido sombrero. Las mujeres como Isabel no tenían que llevar sombrero. Tenían que enfrentarse al mundo con la cabeza descubierta, con una espada en una mano, un escudo en la otra y un coro de ángeles cantando el *Aleluya* a su espalda—. ¿Han sido imaginaciones mías o has llamado a esos pequeños monstruos del infierno «hermosos niños»?

En lugar de sonreír, ella pareció aún más atribulada.

—Crees que tendría que haberme mantenido al margen, ¿verdad? Que he sido avasalladora y prepotente. Sin duda me he mostrado dura, dominante y exigente, ¿no es así?

—Me has quitado las palabras de la boca. —En realidad no lo había pensado. Ella había estado genial con ellos. Pero si cedía un dedo, ella se tomaría el brazo—. ¿No te enseñaron en esas clases de psicología a no entrometerte en la vida de los demás a menos que te pidiesen consejo?

A medida que ralentizaba el paso, Isabel volvía a parecer enfadada.

—¿Desde cuándo está bien la idea de que un matrimonio sea para usar y tirar? ¿Es que a la gente no se le ocurre pensar que no es fácil? El matrimonio es un trabajo duro. Requiere sacrificio y compromiso. La pareja requiere...

—Él le es infiel.

—¿En serio? No me parece que Tracy sea una fuente muy fiable. Y por lo que he visto hoy, nunca han hablado seriamente de ninguno de sus problemas. ¿Les has oído a alguno de los dos mencionar la palabra «asesoramiento»? Porque yo no. Lo que he visto es orgullo herido envuelto en todo tipo de hostilidades.

—Lo que, corrígeme si me equivoco, no parece la mejor manera de llevar adelante un matrimonio.

—No si la hostilidad es genuina. Crecí con eso y, créeme, ese tipo de guerras envenenan todo lo que tocan, especialmente a los niños. Pero Tracy y Harry no juegan en la liga de mis padres.

A él no le gustaba pensar que Isabel había sido una niña rodeada de hostilidad. Había aprendido a desconectar de ciertas cosas, era su manera de protegerse. Ella se preocupaba con demasiado empeño por las personas que la rodeaban, y eso la hacía más vulnerable.

La expresión de Isabel se hizo más grave.

—Odio cuando la gente tira la toalla sin luchar. Es cobardía emocional, y viola lo más sagrado de nuestras vidas. Se amaban lo suficiente como para concebir cinco criaturas, pero ahora bajan los brazos y toman el camino fácil. ¿Es que ya nadie tiene agallas?

—Eh, no me fastidies. Yo sólo soy tu compañero sexual, ¿recuerdas?

—No eres mi compañero sexual.

—Vale, no en este momento, pero hay probabilidades de que así sea en el futuro. Aunque tienes que dejar esas tonterías de los rezos. Me saca de quicio. Tú, sin embargo, me pones a cien.

Ella alzó la cara al cielo.

—Por favor, Dios, no le lances un rayo a este hombre, a pesar de que se lo merezca.

Él sonrió, contento de haberla hecho sonreír finalmente.

—Me deseas. Admítelo. Me deseas tanto que apenas puedes controlarte.

—Las mujeres que te desean acaban muertas y enterradas.

—Sólo los fuertes sobreviven. Desabróchate la camisa.

Ella entreabrió la boca y abrió los ojos como platos. Al menos de momento, Ren había logrado que se olvidase de los Briggs.

—¿Qué has dicho?

—No es muy inteligente de tu parte intentar razonar conmigo. Límitate a desabrochártela.

En menos de un suspiro, la expresión de Isabel pasó de la confusión al cálculo. Ella le tenía tomada la medida, y si Ren no se andaba con cuidado le clavaría uno de aquellos cuidados dedos en mitad del pecho.

Él le ofreció una maliciosa sonrisa, y afinó los labios en un gesto de lascivia para hacer que le palpitase el corazón.

La mandíbula de Isabel dibujó una línea que no indicaba nada bueno.

Él cambió el peso de pierna y se inclinó amenazadoramente, algo que supuso que a ella no le gustaría. Estiró la mano y, con siniestra lentitud, trazó una línea sobre la yugular de Isabel con el pulgar.

Ella torció el gesto.

Ren se lo estaba pasando bien. Pero... ¿qué demonios estaba haciendo? Siempre evitaba comportarse así para no intimidar a las mujeres en la vida real, y ahora estaba atemorizándola de forma deliberada y agresiva. Y aún más sorprendente, las chispas de indignación en sus ojos color miel indicaban que tal vez ella estaba apreciando sus esfuerzos.

—Creo que te he dado una orden —le susurró con su voz más cavernosa.

—Así es.

Era una presuntuosa de tomo y lomo. De acuerdo, estaba pidiendo a gritos aquella actitud.

—No hay nadie por aquí. Haz lo que te he dicho.

—¿Que me desabroche la camisa?

—No hagas que me repita.

—Déjame pensarlo. —No tardó ni un segundo—. No.

—Esperaba no tener que hacer esto. —Llevó su dedo desde el último botón abierto al cuello de la camisa. Ella no estaba tan indignada, después de todo, pues retrocedió—. Al parecer, voy a tener que recordarte lo obvio. —Creó tensión haciendo una pausa. Por Dios, esperaba estar excitándola, porque él sí se estaba poniendo como una moto—. Voy a tener que recordarte lo mucho que deseas esto. Lo mucho que vas a disfrutar.

Ella parpadeó, y su carnoso labio inferior se separó del superior. *Oh, sí...* Se acercó un centímetro a él.

—Todavía lo recuerdo —le susurró con recato.

Él hizo desaparecer la sonrisa. *Ya no eres tan descarada, ¿eh, cariño?*

—Asegurémonos de eso. —Le echó un vistazo a sus sensuales labios y pensó lo delicioso que sería besarlos—. Imagina el sol brillando sobre tus pechos desnudos. Siente cómo los miro. Cómo los toco. —Estaba sudando bajo su camisa, y sentía una fuerte presión en la ingle—. Voy a arrancar las uvas más gruesas y voy a verter su jugo sobre tus pezones. Después lameré cada gota.

El color de miel de sus ojos se oscureció. Él le tocó la cadera con los dedos, inclinó la cabeza para colarse por debajo del ala del sombrero de paja y acercó su boca a la de ella. Era mucho mejor de lo que recordaba. Sintió el sol, el jugo de la uva que había imaginado, y una mujer en estado de excitación. Sintió el primitivo impulso de tomarla allí mismo, en el viñedo. Tumbarla en el viejo suelo de sus ancestros, bajo la sombra de aquellas antiguas viñas. Penetrarla del modo en que lo habría hecho uno de sus antepasados Médicis con una campesina dispuesta. O una que no lo estuviese, para el caso era lo mismo, pero ahora no tenía que preocuparse de eso, porque la mujer que tenía al lado se estaba amoldando a su cuerpo.

Le quitó el sombrero y lo dejó caer al suelo, y enredó sus dedos entre sus desordenados rizos. Ella le estaba matando de deseo, y la liberó lo justo para susurrar contra sus labios:

—Vamos a la casa.

—Vamos... no. —Incluso a oídos de Isabel aquellas palabras sonaron como un suspiro. Pero no quería ir a ningún sitio. Quería besarle. Y abrirse

la camisa tal como él le había pedido, y dejar que hiciese con sus pechos exactamente lo que le había prometido.

Los aromas y las sensaciones la embriagaron. El cálido sol de la Toscana, el aroma de los viñedos, de la tierra y, por encima de todo, de aquel hombre. Se sintió ávida de él, de sus besos, de sus palabras incitantes, del tono amenazador que no debería haberla excitado pero que lo había hecho; y no tenía la menor intención de analizar todo aquello. La lengua de Ren recorrió sus labios y penetró en su boca. Un beso profundo. El término exacto para un beso demasiado íntimo para ofrecérselo a nadie más.

Ren había colocado las manos en su cadera, atrayéndola hacia su erección.

—Desabrocha —susurró. Y ella no pudo resistirse.

Lo hizo muy despacio, botón a botón. Él se separó lo bastante para permitir que se abriese la camisa y revelase aquel sujetador transparente de encaje. No había señal alguna de triunfo en sus ojos, tan sólo sincera excitación masculina. Ella abrió el corchete central, apartó las copas y dejó que el sol cayese sobre sus senos.

Él dejó escapar un leve gemido de necesidad liberada, alzó las manos y abarcó con ellas los pechos, que parecían una ofrenda de marfil. Acarició los pezones con sus pulgares, y se pusieron erectos. Alargó un brazo y arrancó unas uvas de una parra.

Ella no entendió qué estaba haciendo hasta que él exprimió las uvas entre los dedos. El jugo se derramó, recorrió la curvatura de sus pechos pasando por encima de la punta. Isabel se estremeció. Intentó contener el aliento. Pero se le había escapado.

Muy despacio, él extendió el jugo calentado por el sol sobre el pezón, dibujando círculos y acercándose progresivamente a la punta. Ella dejó escapar un gemido de placer cuando él alcanzó la cima.

Extendió también la pulpa y la piel sobre el pezón y apretó. Uva. Pulpa. Pequeñas semillas. Lo tenía todo en la mano, arañando su piel hasta producirle el dolor más dulce que jamás había sentido. Su respiración se aceleró, y oleadas de placer le recorrieron el cuerpo. La lengua de Ren se deslizó hasta sus pechos. Empezó a jugar, chupando y lamiendo, comiendo los restos de la fruta, atormentando su carne, hasta que Isabel ya no pudo resistirlo más.

—Dios... —Pronunció la palabra como si de una oración se tratase, echándose hacia atrás para observarlo. El jugo resbalaba por sus mejillas. Sus ojos tenían un deje soñador, con los labios un poco hinchados.

—Quiero meter una uva dentro de ti y comérmela de tu cuerpo.

Su pulso se aceleró. Se sentía arrobada por la necesidad y por un deseo feroz. Así era como se sentía la auténtica pasión, con esa inconsciencia saturnina de los sentidos. Él le metió la mano entre los pantalones y empezó a acariciar. Ella se arqueó contra su mano en una danza lenta y sagrada. Su piel estaba pegajosa debido al jugo, y su cuerpo parecía tan hinchado como las uvas.

De pronto, él se apartó. Aquel repentino movimiento la desconcertó. Con un grave gruñido, Ren recogió el sombrero del suelo, se lo entregó y la empujó en dirección a la casa.

—Me estoy haciendo viejo para esto.

¿La estaba rechazando?

—¡*Signore* Gage!

Ella miró hacia atrás y vio aproximarse a Massimo. No la rechazaba, sólo se trataba de una fastidiosa interrupción. Se cerró la camisa y corrió hacia la casa, dando trompicones por el sendero. Nunca había experimentado algo así, y quería más.

Llegó a la casa, se metió en el lavabo y abrió el grifo del agua fría. Se mojó la cara y apoyó las manos sobre la pica para recuperar el aliento. El recuerdo de su propia voz le hizo sentir ridícula.

«Si no forzamos los parámetros de nuestras vidas, ¿cómo podremos crecer como seres humanos, amigas mías? Dios nos sonríe cuando buscamos las estrellas, aunque no logremos siquiera tocarlas. Nuestra voluntad para intentarlo demuestra que no damos la vida por garantizada. Que podemos saltar, aullarle a la luna y honrar el carácter sagrado del don que nos ha sido dado...»

Se quitó la arrugada y manchada camisa. Su deseo por Lorenzo Gage no era sagrado. Pero su deseo de aullarle a la luna se había hecho irresistible.

Después de arreglarse, subió al Panda y fue al pueblo. Mientras paseaba por el mercado que había en la *piazza*, intentó transformar sus confusos sentimientos en una oración, pero las palabras no consiguieron darles

forma. Seguía pudiendo rezar por los demás, pero aún no podía rezar por sí misma.

Respira... Se centró en los productos frescos, en las gruesas berenjenas púrpuras que yacían tumbadas y las cabezas de *radicchio* que reposaban entre abundantes lechugas. Había potes de olivas negras junto a pirámides de manzanas y peras. Cestas de mimbre exhibían champiñones recién recogidos, con tierra aún colgando de los extremos. Poco a poco, empezó a calmarse.

Hasta que llegó a la Toscana, nunca había pensado en su poca destreza como cocinera, pero en una cultura para la cual la comida lo era todo, sabía que se estaba perdiendo algo importante. Quizá podría reconducir su energía acudiendo a algunas clases de cocina cuando no escribiese. Porque, a pesar de las dudas de Ren, iba a escribir.

Se aproximó a los puestos de flores y escogió un ramo de margaritas. Al ir a pagar, vio que Vittorio salía de una tienda al otro lado de la *piazza* acompañado de Giulia Chiara, su ineficiente agente inmobiliaria. Vittorio atrajo a Giulia hacia sí y la besó de un modo apasionado, no como un amigo.

Ambos eran jóvenes y atractivos, así que no había nada sorprendente en el hecho de que estuviesen juntos, y más teniendo en cuenta que Casalleone era un pueblo pequeño. Pero cuando Isabel había hablado de Giulia en relación a los problemas de la casa, Vittorio no había dicho nada.

—Gracias por deshacerte de mí.

Se le hizo un nudo en la garganta. Se volvió y vio a un hombre alto, un trabajador vestido con desaliño, un parche en el ojo y una gorra plana cubriéndole el pelo oscuro. No quería verlo hasta haber puesto un poco de orden en sus pensamientos.

—Tengo cosas que hacer. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Creía que tu coche estaba en el mecánico.

—Tomé el de Anna.

Se comportaba como si el encuentro erótico que habían vivido no hubiese sido más que un apretón de manos; otra prueba de la distancia emocional que los separaba. Cómo era posible que hubiese querido hacer el amor con ese hombre...

Pensar eso la conmocionó, por lo que tuvo que apoyarse contra un poste.

—Deberías cuidarte un poco más.

—¡Es lo que estoy intentando! —Su voz sonó demasiado alta y algunas personas se volvieron para mirarla. Tenía un impulso de muerte. Ésa era la única explicación. Pero ¿qué conseguiría con ello? El episodio de ese día probaba que era sólo cuestión de tiempo que ella cayese en algo que garantizaba añadir más turbulencias a su vida. A menos que...

A menos que tuviese muy claro el objetivo. Era el momento de celebrar su propio cuerpo. Sólo su cuerpo. Podría mantener su espíritu, su corazón y especialmente su alma a una distancia prudencial. No le resultaría muy difícil, pues Ren no estaba interesado en nada de eso. Qué hombre tan peligroso. Engatusaba a las mujeres y después las desmembraba. Y ella le estaba ofreciendo voluntariamente un lugar en su vida.

Se sentía vulnerable y frunció el entrecejo.

—¿Llevas todas esas cosas contigo, los parches y demás, o se lo has robado a alguien que lo necesita?

—Eh, en cuanto cayó al suelo le devolví al tipo su bastón blanco.

—Estás chiflado. —Pero su irritación no tenía fuerza.

—Mira toda esta comida. —Le echó un vistazo a los puestos del mercado—. Esta noche no voy a cenar con nadie apellidado Briggs, por lo que permitiré que cocines para mí.

—Me encantaría. Pero por desgracia he estado demasiado ocupada fundando un imperio para aprender a cocinar. —Miró alrededor y vio que Vittorio y Giulia habían desaparecido.

—¿O sea que hay algo que no sabes hacer?

—Hay muchas cosas que no sé hacer. Por ejemplo, sacarle los ojos a alguien.

—De acuerdo, tú ganas esta ronda. —Cogió el ramo de flores de manos de Isabel y lo olió—. Lo siento por la interrupción de antes. Lo siento, de verdad. Massimo quería hablarme del crecimiento de las uvas y preguntarme cuándo creía que debíamos recogerlas, a pesar de saber muy bien que no tengo ni idea. Me dijo que tal vez te gustaría participar en la *vendemmia*.

—¿Qué es eso?

—La recogida de la uva. Empezará dentro de dos semanas, según el tiempo que haga, la fase de la luna, el canto de los pájaros y otras cosas que no entiendo. Todo el mundo ayuda.

—Suenas divertido.

—Suenas a trabajar, algo que yo suelo evitar al máximo. Tú, por otra parte, te ofrecerás de voluntaria para organizarlo todo, aunque no sepas ni jota de la recogida de la uva.

—Tengo talento.

Él resopló y empezó a regatear con una vieja que vendía berenjenas. Una vez realizada la compra, se dedicó a otras verduras y frutas, un trozo de queso y una crujiente barra de pan toscano. La compra de la carne fue acompañada por una viva discusión con el carnicero y su mujer acerca de los pros y los contras de diferentes maneras de prepararla.

—¿Realmente sabes cocinar o los estabas engañando? —preguntó Isabel.

—Soy italiano. Por supuesto que sé cocinar. —Salieron a la calle—. Y esta noche te voy a preparar una cena estupenda.

—Sólo eres medio italiano. El resto pertenece a una adinerada estrella de cine que creció en la Costa Este rodeada de sirvientes.

—Y una abuela de Lucca sin nietas a las que poder ofrecerles el legado de las viejas costumbres.

—¿Tu abuela te enseñó a cocinar?

—Quería mantenerme ocupado para que no persiguiese a las criadas.

—No eres tan malo como quieres hacerme creer.

Él le dedicó una de sus sonrisas.

—Nena, todo lo que has visto hasta ahora es mi lado bueno.

—Vale ya.

—El beso de antes te ha hecho caer en barrena, ¿a que sí?

—Oh, sí. —Él rió, lo cual la irritó aún más y le hizo recordar las palabras de Michael—. Soy esquizofrénica en lo que respecta al sexo. A veces me dejo llevar, y otras veces estoy deseando acabar cuanto antes.

—Bien.

—No es divertido.

—¿Por qué no te relajas? No va a pasar nada que tú no quieras que pase.

Exactamente lo que ella temía.

OceanofPDF.com

Ren subió las escaleras para librarse de su disfraz. Isabel acabó de guardar la comida y se puso a ordenar el lío que él había organizado al levantarse. Fue hasta la puerta del jardín y echó un vistazo. Los trabajadores ya no estaban en el olivar, y Marta parecía haberse ido al pueblo. Era un buen momento para buscar la llave del cobertizo.

Miró en los cajones y armarios de la cocina, después pasó al salón, donde finalmente descubrió una cesta de mimbre con media docena de viejas llaves unidas por un alambre.

—¿Qué haces?

Dio un respingo cuando Ren apareció a su espalda. Se había puesto unos vaqueros y un ligero suéter de algodón color avena. El agua caliente, ella ya lo sabía, había regresado misteriosamente.

—Espero que una de estas llaves sea la del cobertizo.

Él la siguió por la cocina y salieron al jardín.

—¿Hay alguna razón para hacer esto?

Un par de cuervos graznaron a modo de protesta cuando se dirigían al olivar.

—Creía que todo el mundo quería echarme de aquí para que Marta no tuviese que compartir la casa, pero ahora todo parece un poco más complicado.

—Al menos en tu imaginación.

Se adentraron en la arboleda y ella empezó a buscar marcas de excavación. No le costó demasiado darse cuenta de que la tierra cercana al cobertizo estaba más pisoteada que el día anterior.

Ren observó las pisadas.

—Recuerdo que rondaba por aquí cuando era niño. Me gustaba que hubiesen construido el cobertizo en la ladera de la colina. Creo que lo utilizaban para guardar vino y aceite.

Ella probó las llaves. Acabó encontrando una que encajaba y la hizo girar en la vieja cerradura de hierro. La puerta de madera se resistió a abrirse cuando ella empujó, y Ren se puso a su lado para echarle una mano. Entraron en el húmedo y oscuro interior y vieron viejos barriles, cajas de embalaje con botellas de vino vacías, y unos pocos y extraños muebles contra la pared. Cuando los ojos de Isabel se acostumbraron a la tenue luz, se percató de las marcas en el suelo de tierra.

Ren también las vio y rodeó una mesa rota para mirarlas de cerca.

—Alguien apartó las cajas de la pared —dijo—. ¿Por qué no vas a la casa a buscar una linterna? Quiero ver mejor.

—Toma. —Ella le tendió una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo.

Enfocó la linterna hacia la pared, deteniéndose para estudiar los lugares donde las piedras habían sido reforzadas con cemento.

—Mira eso.

Ella se acercó y apreció arañazos en las piedras, como si alguien hubiese intentado arrancarlas.

—Bueno, bueno... ¿Qué opinas ahora de mi imaginación?

Él recorrió las marcas con los dedos.

—Explícame de qué va todo esto.

Isabel le echó un vistazo a aquel oscuro lugar.

—¿No intentaste matar a alguien una vez en un sitio como éste?

—Sí, a Brad Pitt. Tuve mala suerte, porque al final él acabó conmigo. Pero en un enfrentamiento entre tú y yo, Fifi, me llevaría yo el gato al agua, por si te interesa saberlo.

Apartó con la mano una telaraña y caminó hacia la pared opuesta para estudiarla.

—Se supone que Massimo y Giancarlo están cavando un pozo en el olivar, pero esto a mí no me parece el olivar.

—Sin duda es un extraño lugar para un pozo.

Siguieron buscando más pruebas, pero no encontraron nada sospechoso. Ella le siguió al exterior, donde él apagó la linterna.

—Voy a tener una charla con Anna —dijo.

—Se pondrá a la defensiva y lo negará todo.

—Ésta es mi propiedad, y si está pasando algo quiero saber de qué se trata.

—No creo que enfrentarse a ella sea la mejor manera de conseguir información.

—¿Se te ocurre algo mejor? Qué pregunta más estúpida. Por supuesto que sí.

Ella ya había pensado en ello.

—Sería más útil actuar como si no nos hubiésemos dado cuenta de nada extraño, y después observar qué está pasando.

—Quieres decir espiar. Pues bien, eso implicaría violar las Cuatro Piedras Angulares y muchas otras cosas en las que ni siquiera habrás pensado en tu vida.

—Eso no es del todo cierto. La piedra angular de las Relaciones Personales dice que persigas con ahínco tus objetivos, y la piedra angular de la Responsabilidad Profesional anima a pensar de manera alternativa. Además, aquí parece estar ocurriendo algo deshonesto, y la piedra angular de la Disciplina Espiritual aboga por la total honestidad.

—Y espiar, por descontado, es la mejor manera de ponerla en práctica.

—Reconozco que las Cuatro Piedras Angulares no dan demasiado margen de movimiento.

Él rió.

—Lo estás convirtiendo en algo demasiado complicado. Hablaré con Anna.

—Adelante, pero te digo que no sacarás nada en claro.

—¿Tú crees? Bueno, olvidas una cosa, señorita Sabelotodo.

—¿El qué?

—Hay muchas maneras de hacer hablar a la gente.

—Inténtalo.

Por desgracia, sus maneras no tuvieron efecto en Anna Vesto y Ren regresó a la casa esa tarde con la misma información con la que se había ido.

—Te lo dije —le dijo Isabel para castigarlo por la tarde que había pasado sentada en la pérgola pensando en el beso que se habían dado en el viñedo en lugar de empezar su libro sobre la superación de las crisis personales.

Él no quiso replicar.

—Me ha dicho que ha habido pequeños corrimientos de tierra y que los hombres no podrán empezar a cavar hasta que la tierra de la colina se asiente.

—Es extraño que hayan entrado en el cobertizo, sin duda la parte más estable de la vertiente, para reforzar las paredes.

—Eso es exactamente lo que yo pienso.

Estaban en la cocina, donde Ren había empezado a preparar la cena. Él se movía de un lado al otro, liándolo todo, y ella no podía hacer nada para impedirlo.

Bebió un sorbo de vino y se apoyó en la encimera para observar cómo sacaba del refrigerador el pollo que había comprado. Ren cogió un cuchillo de aspecto siniestro que había encontrado en un cajón.

—Cuando le dije a Anna que el almacén no parecía el lugar más lógico para colocar refuerzos, se limitó a encogerse de hombros y sugerir que los trabajadores italianos saben más sobre desplazamientos de tierra y correctas excavaciones que una ociosa estrella de Hollywood.

—Supongo que habrá sido algo más delicada.

—No mucho más. Entonces apareció corriendo la pequeña exhibicionista de cinco años y se desnudó delante de mí. Juro que no volveré a subir ahí arriba sin guardaespaldas... o sea tú.

—Brittany sólo intenta llamar la atención. Si todo el mundo ignorase su comportamiento negativo e insistiese en el positivo, dejaría de hacerlo.

—Eso es fácil de decir. A ti no te acosa.

—Tú lo haces con las mujeres. —Sonrió y bebió otro sorbo de vino—. ¿Cómo les va a Tracy y Harry?

—Ella no estaba, y Harry me ignoró. —Dejó a un lado un plato con las peras compradas en el mercado—. De acuerdo. Vamos a solucionar el asunto de la siguiente manera. Le diremos a todo el mundo que nos vamos a pasar el día en Siena. Lo metemos todo en el coche y partimos. Después damos la vuelta y yo busco un lugar en el olivar desde donde observar sin ser visto.

—Interesante plan. De hecho, ése era mi plan.

—La cuestión es que eso es lo que voy a hacer yo. —Cortó la pechuga de pollo—. Tú te quedarás en el coche e irás a Siena.

—De acuerdo.

Él alzó una de aquellas cejas de ídolo de la pantalla.

—En las películas, en este momento la mujer liberada le dice al héroe macho que está loco si cree que va a llevar a cabo la peligrosa misión sin ella.

—Por eso tú, el chico malo, puedes matar a esas cabezas de chorlito.

—No creo que tengas que preocuparte por Massimo o Giancarlo, no van a liquidarte. Confiésale al padre Lorenzo la verdad. No quieres comprometer tus principios espionando y prefieres que el trabajo sucio lo haga yo.

—Buena teoría, pero incorrecta. Si me das a escoger entre pasar el día bajo el sol ardiente o recorrer las sombreadas calles de Siena, bueno, ¿qué crees que voy a elegir? —Por otra parte, pasear por Siena no representaba la misma tentación que pasar las horas a solas con Ren. Aunque podía decirse que había decidido tener una aventura con él, quería darse otra oportunidad para recuperar la cordura.

—Eres la mujer más imprevisible que jamás haya conocido.

Ella tomó una aceituna del cuenco que había sobre la encimera.

—¿Por qué tienes tantas ganas de enviarme a Siena?

Él cortó un muslo de pollo con el cuchillo.

—¿Estás chiflada o qué? En cuanto llevemos cinco minutos vigilando, te pondrás a arrancar malas hierbas y a amontonar hojas secas. Y cuando acabes con eso, empezarás a arreglarme la ropa y tendré que dispararte.

—Sé cómo relajarme. Puedo hacerlo si me concentro.

Él soltó una carcajada.

—¿Así que has planeado quedarte aquí entreteniéndome, o quieres aprender a cocinar?

Ella sonrió a su pesar.

—He pensado asistir a algunas clases de cocina.

—¿Para qué ir a clases teniéndome a mí? —Lavó el pollo bajo el grifo del fregadero—. Lava esas verduras y corta el pimiento.

Ella observó el pollo que él acababa de desmembrar.

—No estoy segura de querer hacer algo contigo que esté relacionado con cuchillos.

Él rió, pero cuando la miró su alegría desapareció. Por un momento pareció preocupado, pero entonces inclinó la cabeza y, muy despacio, la besó. Ella apreció el sabor del vino en sus labios, y algo más que era distintivo de Lorenzo Gage: fuerza, astucia y un velado impulso lascivo. O quizá fue ella la que añadió este último detalle intentando por última vez negar lo que quería hacer con él.

Ren se tomó su tiempo y luego se apartó.

—¿Estás preparada para hablar de cocina o sigues intentando distraerme?

Ella acercó la libreta con anilla de espiral que había dejado en la mesa.

—Adelante.

—¿Qué es eso?

—Una libreta.

—Déjala, por Cristo bendito...

—Se supone que va a ser una clase, ¿no? En primer lugar necesito entender los principios.

—Oh, apuesto lo que quieras a que lo harás. De acuerdo, aquí tienes un principio: quien trabaja, come. Quien escribe notas en una libreta, se queda sin comida. Ahora líbrate de eso y empieza a trocear esas verduras.

—Por favor, no utilices la palabra «trocear» cuando estemos solos. — Abrió un cajón—. Necesito un delantal.

Él suspiró, agarró un trapo de cocina y se lo ató a la cintura. Pero cuando acabó de hacerlo, dejó las manos en sus caderas y su voz sonó más grave.

—Quítate los zapatos.

—¿Por qué?

—¿Quieres aprender a cocinar o no?

—Sí, pero no sé... Oh, de acuerdo. —Si protestaba, él le diría que era una persona rígida, así que se quitó las sandalias.

Él sonrió al ver cómo las dejaba bajo la mesa, pero ella no vio nada extraño en dejar un par de zapatos en un sitio donde nadie pudiese tropezar con ellos.

—Ahora, ábrete el último botón.

—Oh, no. No vamos a...

—Quieta. —Alargó las manos para hacerlo él. La camisa se abrió lo suficiente para revelar el nacimiento de sus pechos, y él sonrió—. Ahora pareces una mujer con la que un hombre querría cocinar.

Ella pensó en volver a abrocharse el botón, pero había algo embriagador en el hecho de sentir la fragante *cucina* toscana, con una copa de vino en la mano, el pelo alborotado, con el botón abierto, descalza, rodeada de hermosas verduras y de un hombre más hermoso todavía.

Puso manos a la obra. Mientras cortaba las verduras, era consciente de las gastadas y frías baldosas bajo sus pies y de la caricia del aire de la tarde sobre sus senos. Tal vez había algo significativo en parecer una mujer desinhibida, pues él la miraba encantado. Resultaba extrañamente gratificante que la apreciaran por su cuerpo y no por su mente.

Fueron bebiendo de sus copas de manera indistinta y, en un momento en que él no la miraba, ella volvió la copa discretamente para beber del lado que habían tocado los labios de Ren. Aquella tontería le gustó.

La tarde había teñido las colinas de color lavanda.

—¿Has firmado ya el contrato de tu próxima película?

Él asintió.

—Trabajaré con Howard Jenks. Empezaremos a rodar en Roma, después nos trasladaremos a Nueva Orleans y Los Ángeles.

Isabel se preguntó cuándo empezarían, pero le disgustaba la idea de poner en marcha un reloj invisible sobre su cabeza, así que evitó preguntarlo.

—Incluso yo he oído hablar de Howard Jenks. Supongo que no será como una de esas películas sangrientas que sueles hacer.

—Supones bien. Es el papel que he estado esperando toda mi vida.

—Háblame de él.

—No te gustaría.

—Probablemente no, pero quiero escucharte hablar de todos modos.

—En esta ocasión no haré de psicópata de jardín.

Empezó a describir el papel de Kaspar Street, y para cuando acabó ella sentía escalofríos. Aun así, podía entender la ilusión de Ren. Era el tipo de personaje complejo que gustaba a los actores.

—¿Pero aún no has visto el guión final?

—Llegará un día de éstos. Estoy ansioso por ver qué ha hecho Jenks con él. —Metió el pollo en el horno y colocó las verduras en una sartén—. A pesar de ser un tipo horrible, hay algo atrayente en Street. Él realmente ama a las mujeres que mata.

No era la idea de Isabel de algo atrayente, pero por una vez mantuvo la boca cerrada. O casi cerrada.

—No creo que sea bueno para ti interpretar siempre a esos hombres horribles.

—Creo que ya me lo dijiste una vez. Ahora corta en cuadraditos esos tomates para la *bruschetta*. —Pronunció la palabra con el fuerte sonido *k* que empleaban los italianos en lugar del más suave *sh* de los americanos.

—De acuerdo, pero si alguna vez quieres hablar de ello...

—¡Corta de una vez!

Mientras ella lo hacía, él cortó el pan del día anterior en finas rebanadas, las roció con aceite de oliva, les restregó un ajo y le enseñó a Isabel cómo tostarlas en una sartén. Al tiempo que se doraban, fue añadiendo pedacitos de aceituna y un poco de albahaca sobre los tomates que ella había cortado, después colocó la mezcla sobre las rebanadas de pan y las depositó en una bandeja.

Mientras el resto de la comida se hacía en el horno, sacaron todas las cosas al jardín, entre ellas el jarrón de barro con las flores que Isabel había comprado en el mercado. La grava se le clavaba en la planta de los pies, pero no se molestó en ir por los zapatos. Se sentaron en la mesa de piedra, y los gatos no tardaron en acudir para investigar.

Ella se reclinó y suspiró. Los últimos rayos de luz se ocultaban ya tras las colinas, y las alargadas sombras caían sobre los viñedos y el olivar. Ella pensó en la estatua etrusca del museo, *La sombra del atardecer*, e intentó imaginar a aquel joven paseando desnudo por el campo.

Ren se llevó un bocado de *bruschetta* a la boca, estiró las piernas y dijo con la boca llena:

—Dios, adoro Italia.

Ella cerró los ojos y dijo para sí «amén».

Una suave brisa traía el aroma de la comida que estaba en el horno hasta el jardín. Pollo e hinojo, cebolla y ajo, y la pizca de romero que Ren había colocado encima de las verduras en la sartén.

—No aprecio la comida cuando estoy en casa —dijo Ren—. Pero en Italia no hay nada más importante.

Isabel sabía a qué se refería. En casa, su vida había estado sometida a una agenda estricta, lo cual le habría impedido disfrutar de una comida como aquélla. Se levantaba a las cinco de la madrugada para practicar yoga, después se iba a la oficina antes de las seis y media para escribir unas cuantas páginas antes de que llegase su equipo. Reuniones, entrevistas, llamadas telefónicas, conferencias, aeropuertos, habitaciones de hotel, quedarse dormida sobre el ordenador portátil a la una de la madrugada intentando escribir unas páginas más antes de apagar la luz. Incluso los domingos se habían convertido en otro día laborable. El Creador tal vez había tenido tiempo para descansar al séptimo día, pero Él no tenía tanto trabajo como Isabel Favor.

Paladeó el vino en su boca. Ella había intentado con todo su empeño vivir la vida desde una posición de poder, pero ese esfuerzo tenía un precio.

—Resulta fácil olvidarse de los placeres sencillos —comentó.

—Pero has hecho todo lo posible —repuso Ren, y ella apreció algo parecido a la empatía en su voz.

—Tal vez tenía mucho que recorrer —dijo con ligereza, pero las palabras se le atravesaron en la garganta.

—*Permesso?*

Se volvió para ver a Vittorio aproximándose a través del jardín. Con el pelo negro recogido en una coleta y su elegante nariz etrusca, parecía un poeta gentil del Renacimiento. Le seguía Giulia Chiara.

—*Buona sera*, Isabel. —Vittorio abrió los brazos a modo de saludo.

Ella sonrió y, con discreción, se abrochó el botón superior y se puso en pie para darle un beso. A pesar de no confiar demasiado en Vittorio, había algo en él que le llevaba a apreciar su compañía. No obstante, dudaba que fuese una coincidencia el que viniese acompañado de Giulia. Sabía que Isabel les había visto juntos, y había venido para restablecer el control.

Ren le miró de un modo mucho menos amistoso, pero Vittorio no pareció percatarse.

—*Signore* Gage, soy Vittorio Chiara. Y ésta es mi hermosa mujer, Giulia.

Nunca había dicho que estuviese casado, y mucho menos con Giulia. Ni siquiera le había dicho su apellido a Isabel. La mayoría de los hombres que ocultan la existencia de una esposa, lo hace para intentar ligar con otras mujeres, pero los juguetes de Vittorio habían sido inofensivos, así que debía de tener otra razón.

Giulia llevaba una minifalda color ciruela y un top de tirantes. Se había recogido el pelo castaño tras las orejas, de las que pendían unos aros dorados. El ceño de Ren dio paso a una sonrisa, lo cual hizo que Isabel se sintiese más incómoda con Giulia por eso que por no haberle devuelto las llamadas telefónicas.

—Encantado —le dijo Ren. Y, a Vittorio—: Veo que ha corrido la voz de que estoy aquí.

—No mucho. Anna es muy discreta, pero necesitó ayuda con los preparativos para su llegada. Somos familia, es la hermana de mi madre, así que sabe que soy de confianza. Y lo mismo puede decirse de Giulia. —Miró a su mujer con una sonrisa—. Es la mejor agente inmobiliaria de la zona. Los propietarios desde aquí a Siena dejan en sus manos el alquiler de sus propiedades.

Giulia le dedicó a Isabel una tensa sonrisa.

—Sé que ha intentado localizarme —le dijo—. He estado fuera del pueblo y no he escuchado sus mensajes hasta esta tarde.

Isabel no creyó una sola palabra.

Giulia ladeó la cabeza formando un ángulo encantador.

—Confiaba en que Anna se ocupase de todo en mi ausencia.

Isabel murmuró algo entre dientes, pero Ren se transformó de repente en todo un hospitalario anfitrión.

—¿Queréis sentaros con nosotros?

—¿Seguro que no molestamos? —Vittorio ya estaba apartando una silla para su mujer.

—En absoluto. Traeré un poco de vino. —Ren se dirigió a la cocina y regresó al momento con más copas, queso y un poco de *bruschetta*.

Poco después de que se sentaran a la mesa, ya reían todos de las historias que Vittorio contaba sobre sus experiencias como guía turístico. Giulia añadió las suyas propias sobre los adinerados extranjeros que alquilaban las villas de la zona. Era más reservada que su marido, pero igual de divertida, e Isabel dejó de lado su inicial resentimiento para disfrutar de la compañía de aquella bella joven.

Le gustó que ninguno de los dos le preguntase nada a Ren acerca de Hollywood, y cuando le preguntaron a Isabel por su trabajo lo hicieron con delicadeza. Tras varios viajes a la cocina para echarle un vistazo al horno, Ren les propuso que se quedasen a cenar y ellos aceptaron.

Mientras Ren llevaba los *porcini*, Giulia sacó el pan y Vittorio abrió una botella de agua mineral para acompañar el vino. Estaba oscureciendo, así que Isabel encontró unas cuantas velas achaparradas y las colocó en la mesa. Le pidió a Vittorio que se subiese a una silla y encendiese también las que había en el candelabro que colgaba del árbol. Al poco, las brillantes llamas danzaban entre las hojas del magnolio.

Ren no había alardeado en vano sobre sus habilidades como chef. El pollo estaba perfecto, jugoso y sabroso, y las verduras asadas tenían un sutil sabor a romero y mejorana. Mientras comían, el candelabro se balanceaba suavemente por encima de sus cabezas, y las llamas se mecían con alegría. Cantaron los grillos, el vino corrió y las historias se hicieron más picantes. Todo era muy relajado, muy alegre y muy italiano.

—Pura dicha —suspiró Isabel al tiempo que tomaba el último bocado de *porcini*.

—Nuestros *funghi* son los mejores del mundo —dijo Giulia—. Tienes que venir a coger *porcini* conmigo, Isabel. Conozco lugares secretos.

Isabel se preguntó si era una invitación genuina o bien otra treta para alejarla de la casa. Sin embargo, estaba demasiado relajada como para preocuparse.

Vittorio le hizo una cariñosa caricia a Giulia.

—Todo el mundo en la Toscana conoce lugares secretos donde encontrar *porcini*. Pero es cierto. La *nonna* de Giulia era una de las más famosas

fungarola de por aquí, lo que vosotros llamaríais una buscadora de setas, y le transmitió todos sus secretos a su nieta.

—Podríamos ir todos, ¿no os apetece? —dijo Giulia—. Bien temprano, por la mañana. Mejor si ha llovido un poco. Nos pondremos nuestras viejas botas y llevaremos cestas y encontraremos el mejor *porcini* de toda la Toscana.

Ren sacó una botella alargada y estrecha de *vinsanto* dorado, el vino local para los postres, así como un plato de peras y un trozo de queso. Una de las velas del candelabro se apagó y una lechuza ululó cerca de allí. Llevaban más de dos horas cenando, pero estaban en la Toscana y nadie parecía tener ganas de acabar. Isabel bebió un sorbo de *vinsanto* y volvió a suspirar.

—La comida ha sido demasiado deliciosa para decir nada.

—Ren cocina mucho mejor que Vittorio —aseguró Giulia.

—También mejor que tú —respondió su marido, con un deje malicioso en la sonrisa.

—Pero no mejor que la *mamma* de Vittorio.

—Ah, la *mia mamma* —dijo Vittorio besándose la punta de los dedos.

—Es un milagro, Isabel, que Vittorio no sea un *mammoni*. —Al ver la expresión de extrañeza de Isabel, Giulia añadió—: Es un... ¿Cómo se dice en inglés?

Ren sonrió.

—Niño de mamá.

Vittorio se echó a reír.

—Todos los hombres italianos son niños de mamá.

—Eso es cierto —replicó Giulia—. Por tradición, los hombres italianos viven con sus padres hasta que se casan. Sus mamás cocinan para ellos, les lavan la ropa, les hacen los recados y los tratan como pequeños reyes. Después no quieren casarse porque saben que las mujeres jóvenes no van a tratarlos como sus *mammas*.

—Ah, pero tú haces otras cosas. —Vittorio le acarició el hombro desnudo con el dedo.

Isabel sintió un escalofrío en su propio hombro, y Ren le dedicó una lenta sonrisa que le hizo ruborizarse. Había visto esa sonrisa en la pantalla,

por lo general antes de acabar con la vida de una inocente mujer. Sin embargo, no era ésa la peor manera de morir.

Giulia se apoyó en Vittorio.

—Los hombres italianos cada vez se casan menos. Por eso tenemos una tasa de natalidad tan baja en Italia, una de las más bajas del mundo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Isabel.

Ren asintió.

—La población de Italia podría descender a la mitad en cuarenta años si la tendencia no varía.

—Pero es un país católico. ¿No significa eso, automáticamente, un montón de niños?

—La mayoría de los italianos ni siquiera van a misa —replicó Vittorio—. Mis clientes americanos se sorprenden cuando descubren que sólo un pequeño porcentaje de la población es practicante.

Los faros de un coche bajando por el camino interrumpieron su conversación. Isabel le echó un vistazo a su reloj. Eran más de las once, un poco tarde para cualquier visita. Ren se puso en pie.

—Iré a ver quién es.

Minutos después regresó al jardín acompañado por Tracy Briggs, que saludó a Isabel con un gesto cansado.

—Qué tal.

—Siéntate antes de que te dé un soponcio —gruñó Ren—. Te traeré algo de comer.

Mientras Ren estaba dentro, Isabel hizo las presentaciones. Tracy llevaba otro de aquellos caros vestidos premamá y las mismas sandalias del día anterior. A pesar de eso, estaba preciosa.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó Isabel.

—Encantador. Sin niños.

Ren salió de la casa con un plato de comida. Se lo puso delante y le llenó un vaso de agua.

—Come y vete a casa.

Vittorio le miró sorprendido.

—Estuvimos casados —explicó Tracy cuando la última vela del candelabro se apagó—. Ren sigue sintiendo algo de rencor.

—Tómate el tiempo que quieras —dijo Isabel—. Ya sabes lo insensible que es Ren.

—No tan insensible, sin embargo, como para no asegurarse de que comiese algo.

Tracy miró con nostalgia hacia la casa.

—Aquí abajo es todo tan pacífico...

—Olvídalo —dijo Ren—. Yo ya me he mudado aquí, no hay habitación para ti.

—No te has mudado —dijo Isabel, a pesar de saber que sí lo había hecho.

—Relajaros —dijo Tracy—. Si bien disfruto alejándome de ellos, los he echado de menos durante horas.

—No dejes que te roben un minuto más —le aconsejó Ren.

—Ahora estarán durmiendo. No hay razón para darme prisa en volver.

Excepto para empezar a hacer las paces con tu marido, pensó Isabel.

—Dime, ¿dónde has ido hoy? —preguntó Vittorio.

La conversación se centró en los lugares de la zona, y sólo Giulia permaneció en silencio. Isabel se dio cuenta de que había quedado en un segundo plano desde la aparición de Tracy. Pero ésta había sido amable, así que Isabel no acabó de entenderlo.

—Estoy cansada, Vittorio —dijo abruptamente—. Tenemos que irnos a casa.

Isabel y Ren les acompañaron a su coche, y durante ese trayecto Giulia recuperó el buen humor necesario para invitarles a cenar en su casa la semana siguiente.

—Iremos a buscar *funghi* pronto, ¿de acuerdo?

Isabel había disfrutado tanto que ya no recordaba que Giulia y Vittorio formaban parte de las fuerzas que habían intentado echarla de la casa y asintió.

Cuando la pareja se fue, Tracy se dirigió a su propio coche, mordisqueando un trozo de pan por el camino.

—Es hora de volver.

—Cuidaré de los niños un rato mañana, si te parece —dijo Isabel—. Eso os permitirá hablar a Harry y a ti.

—No puedes —dijo Ren—. Tenemos planes. Además, a ti no te gusta meter la nariz en asuntos ajenos, ¿verdad, Isabel?

—Al contrario, lo mío es intervenir.

Tracy le dedicó una sonrisa cansada.

—Harry estará a medio camino de la frontera con Suiza a la hora de comer, Isabel. No va a permitir que algo tan nimio como hablar con su mujer interfiera en su trabajo.

—Tal vez le infravaloras.

—O tal vez no —repuso Tracy. Ren le dio un apretón en el hombro y la ayudó a subir al coche—. Les daré a Anna y a Marta una buena propina por haber cuidado hoy de los niños —dijo—. Gracias por la cena.

—No hay de qué. No hagas nada más estúpido de lo habitual.

—Yo no.

Mientras el coche de Tracy se alejaba, el estómago de Isabel se tensó. No estaba preparada para estar a solas con Ren, no hasta haberse acostumbrado al hecho de que había decidido convertirse en otra muesca en la astillada cabecera de la cama de Ren.

—Estás inquieta otra vez, ¿verdad? —dijo él cuando ella iba camino de la cocina.

—Voy a limpiar, eso es todo.

—Le diré a Marta que lo haga mañana. Deja de estar nerviosa, por Dios. No voy a saltar sobre ti.

—¿Crees que te tengo miedo? —Cogió un trapo de cocina—. Bueno, piensa un poco, don Irresistible, que nuestra relación vaya o no adelante será decisión mía, no tuya.

—¿Ni siquiera podré opinar?

—Ya conozco tu opinión.

La sonrisa de Ren fue como una pequeña señal de humo.

—Y yo tengo una idea bastante precisa de cuál es la tuya. Aunque... —La sonrisa desapareció—. Ambos debemos tener claro dónde pensamos llegar con esto.

Él quería advertirle, como si pensase que era demasiado ingenua para comprender que no le estaba proponiendo una relación duradera.

—Ahórrate el esfuerzo. Lo único que podría, y remarco el «podría» porque sigo pensándolo, lo único que podría querer de ti es tu estupendo cuerpo, así que será mejor que me digas ahora mismo si voy a romperte el corazón cuando te dé una patada en el culo.

—Dios, eres una niñaata.

Ella alzó la vista.

—Vale, no lo eres. Perdona a Ren por ser irrespetuoso.

—Eso no es una oración.

—Díselo a Dios.

Él sin duda sabía que no le costaría mucho esfuerzo hacerle olvidar que no estaba preparada para dar el paso definitivo. Otro de aquellos espectaculares besos haría todo el trabajo. Le observó para descubrir si tenía la intención de presionarla, y no supo discernir si se sentía alegre o decepcionada al verlo subir por las escaleras.

Tracy se agarró del pasamanos para subir las escaleras. Se sentía como una vaca, pero siempre se sentía así cuando alcanzaba el séptimo mes de embarazo: una enorme y sana vaca con los ojos redondos, la nariz brillante y un cencerro colgando del cuello.

Le encantaba estar embarazada, incluso a pesar de las náuseas, los mareos y la desmesurada inflamación de sus pies. Hasta entonces, nunca se había preocupado mucho por las estrías que recorrían su vientre o sus hinchados pechos, porque Harry había declarado que le gustaban. Él decía que los embarazos la hacían parecer más sexy. Obviamente, ahora ya no la encontraba tan sexy.

Recorrió el pasillo hacia su habitación. Las recargadas molduras, los frescos del techo y los apliques de cristal de Murano no eran de su estilo, pero hablaban de la secreta elegancia de su ex marido. Habida cuenta de cómo ella había abusado de su confianza, él no se había comportado tan mal como cabría esperar, lo cual demostraba que nunca puede saberse cómo van a actuar las personas, incluso las conocidas.

Entró en su dormitorio y se detuvo cuando la luz del pasillo iluminó la cama. Harry estaba tumbado en medio del colchón. Los graves sonidos que salían de su boca no eran exactamente ronquidos, pero tampoco dejaban de serlo.

Él seguía allí. Ella no había creído que fuese a quedarse el resto del día. Se permitió albergar un momento de esperanza, pero no duró demasiado. Sólo su sentido del deber le había llevado a quedarse. Sin duda se iría a primera hora de la mañana.

A primera vista, Harry era vulgar comparado con Ren. Su cara era demasiado alargada, su mandíbula demasiado prominente y su cabello castaño claro empezaba a escasear en la coronilla. Las patas de gallo no estaban ahí hacía doce años, cuando ella le había vertido de forma supuestamente accidental una copa de vino en el regazo.

Desde el momento en que lo vio había empezado a imaginar cómo desnudarlo, pero él no se lo puso fácil. Como él le explicó más tarde, los hombres como él no estaban acostumbrados a que las mujeres hermosas les acosasen. Pero ella sabía lo que quería, y quería a Harry Briggs. Su serena inteligencia y su apariencia tranquila iban a ser el antídoto perfecto para su vida salvaje y descarriada.

Ahora, Connor estaba tumbado sobre el pecho de Harry, con los dedos de una de sus regordetas manitas bajo el cuello de su padre. Brittany estaba apretada contra el otro lado, con los restos de sus braguitas hechas jirones colgando del brazo de su padre. Steffie se había acurrucado cerca de las piernas de Harry. Sólo Jeremy estaba desaparecido, y sospechaba que sólo un supremo acto de voluntad le habría llevado a su habitación en lugar de quedarse con su padre y las «niñatas».

Durante doce años, Harry había sido la calma para su fuego, acarreando con todos los dramas y los excesos emocionales que la caracterizaban. A pesar de su mutuo amor, no había sido fácil. Su tendencia al desorden volvía loco a Harry, y ella odiaba el modo en que él escurría el bulto cuando ella le pedía que expresase sus sentimientos. Ella siempre había temido en secreto que él acabase abandonándola por alguien más parecido a él.

Connor se movió sobre el pecho de su padre, que de forma instintiva lo apretó contra sí. ¿Cuántas noches habían pasado juntos en la cama con los niños? Ella nunca los echaba. No le parecía lógico que los elementos más

seguros de la familia, los padres, pudiesen estar juntos durante la noche pero los más pequeños y vulnerables tuvieran que dormir solos. Después del nacimiento de Brittany, colocaron su colchón de matrimonio en el suelo para no tener que preocuparse de que los niños cayesen al suelo durante la noche y se hiciesen daño.

Sus amigos no podían creerlo. «¿Cómo os las arregláis para hacer el amor?» Pero las puertas de su casa tenían llave, y ella y Harry siempre se las habían ingeniado para encontrar una manera de hacerlo. «Siempre» quería decir hasta su último embarazo, cuando él, finalmente, la rechazó.

Él se desperezó y abrió los ojos. No fijó la vista hasta que la vio. Por un momento, ella creyó ver un retazo de aquel amor conocido y firme, pero al poco su rostro no mostró expresión alguna y ella dejó de ver nada.

Se dio la vuelta y se fue a buscar una cama vacía.

En una pequeña casa en las afueras de Casalleone, Vittorio Chiara atrajo hacia sí a su mujer. A Giulia le gustaba dormir con los dedos enredados en el pelo de su marido, y ahí es donde los tenía en ese momento, hundidos en aquellos largos mechones. Pero ella no estaba dormida. Tenía la mejilla apoyada en el pecho de Vittorio, por lo que él supo que había estado llorando, y sus silenciosas lágrimas le partían el corazón.

—Isabel se irá en noviembre —susurró él—. Haremos todo lo que podamos hasta entonces.

—¿Y qué pasa si no se va? Por lo que sabemos, podría venderle la casa a ella.

—No le des más vueltas, *cara*.

—Sé que tienes razón, pero...

Él la abrazó con fuerza para tranquilizarla. Unos pocos años antes le habría hecho el amor, pero ahora ya no resultaba divertido.

—Hemos esperado mucho tiempo —susurró él—. Noviembre no queda lejos.

—Son buena gente.

Su voz sonó tan triste que él casi no pudo resistirlo, y le dijo lo único que creía que podía animarla:

—Estaré en Cortona el miércoles por la noche con esos americanos que me han contratado. Podrías reunirte conmigo.

Ella no contestó, pero al cabo asintió contra su pecho.

—Allí estaré —dijo, y su voz sonó tan triste como él imaginaba.

—Esta vez funcionará, ya lo verás.

Notó su aliento en el pecho.

—Sólo si ella se va.

Algo despertó a Isabel. Se estiró en la cama, y empezó a darse la vuelta cuando volvió a oírlo, un golpecito contra la ventana. Escuchó.

No oyó nada, pero de pronto captó algo: sonido de guijarros golpeando el cristal. Se levantó y se asomó a la ventana. Sólo el leve brillo de la luna iluminaba el jardín. Entonces lo vio.

Un fantasma.

Se movía por el olivar como una vaporosa aparición. Pensó en despertar a Ren, pero acercarse a su cama no parecía una buena idea. Mejor esperar hasta la mañana.

El fantasma se movió entre los árboles y después se alejó. Isabel le saludó con la mano, cerró la ventana y volvió a la cama.

Tracy disfrutó del lujo de despertarse sin sentir los empujones de una niña de cinco años o la humedad procedente del pañal de Connor. Si no aprendía pronto a utilizar el orinal iba a enviarlo de vuelta a casa.

Oyó el maullido de Jeremy seguido de un agudo chillido de Steffie. La estaba molestando de nuevo, y Brittany probablemente estaba ya recorriendo la casa desnuda, y Connor tendría diarrea si había comido demasiada fruta para desayunar, pero en lugar de levantarse hundió la cara en la almohada. Aún era temprano. ¿Pero y si Harry quería irse ya? No podía resistir la idea de verle partir.

Cerró los ojos e intentó volver a dormirse, pero el bebé empezó a darle patadas dentro del vientre, por lo que se obligó a ir al baño. En cuanto se sentó en la taza, la puerta se abrió de golpe y entró Steffie.

—Odio a Jeremy. Dile que deje de molestarme.

Apareció Brittany, vestida para variar, pero se había pintado toda la cara con el pintalabios de Tracy.

—¡Mami! ¡Mírame!

—¡Cógeme! —la desafió Connor, haciendo también acto de presencia.

Harry ya estaba allí, en el umbral de la puerta, mirándola. Todavía no se había duchado, y llevaba puestos los vaqueros y una camiseta de dormir. Sólo Harry Briggs podía llevar una camiseta elegida específicamente para dormir: una de esas demasiado viejas para llevarlas cada día pero no demasiado raídas para tirarlas. Incluso con su camiseta para dormir, tenía mejor aspecto que ella, sentada en la taza con el camisón arrebujaado en la cintura.

—¿Puedo tener un poco de intimidad, por favor?

—Odio a Jeremy. Me ha llamado...

—Hablaré con él. Ahora, salid. Todos.

Harry se apartó de la puerta y dijo:

—Vamos, chicos. Anna ha dicho que el desayuno estará listo en un minuto. Niñas, haceos cargo de vuestro hermano.

Los niños salieron en tromba, y Tracy se quedó a solas con Harry, la persona con la que menos deseaba quedarse en esos momentos.

—Todos también te incluye a ti. ¿Por qué sigues aquí?

Él la miró a través de sus gafas.

—Porque mi familia está aquí.

—¿Así es como cuidas de ella? —Nunca estaba de buen humor por las mañanas, pero ese día se sentía especialmente de morros—. Sal. Tengo que hacer pipí.

—Pues hazlo. —Fue y se sentó en el extremo de la bañera.

Tarde o temprano, a todas las mujeres embarazadas se les niega toda posibilidad de dignidad, y ésa era una de tales ocasiones. Cuando acabó, él le pasó un pedazo de papel higiénico muy bien doblado. Ella lo arrugó sólo para demostrarle que no todo en la vida podía ser tan preciso como él quería. Gimió, se balanceó y acabó poniéndose en pie para lavarse las manos, todo sin mirarle.

—Te propongo que hablemos ahora que los niños están desayunando. Me gustaría ponerme en camino al mediodía.

—¿Por qué esperar hasta el mediodía cuando puedes irte ahora mismo?

—Apretó el tubo de pasta dentífrica sobre el cepillo de dientes.

—Te lo dije ayer. No voy a irme sin los niños.

No podía trabajar y cuidar de los niños al mismo tiempo, los dos lo sabían, así que ¿por qué estaba haciendo eso? Él también sabía que ni todo un ejército de despiadados maridos podría separarla de sus hijos. Estaba intentando forzarla para que regresase a Zurich.

—De acuerdo, llévatelos. Necesito unas vacaciones. —Empezó a lavarse los dientes como si nada en el mundo le importase.

Reflejado en el espejo, le vio parpadear tras sus gafas. No se lo esperaba. Se percató de que no había tenido tiempo de afeitarse. Ella adoraba el olor de su piel por las mañanas, y le encantaba apretar la cara contra su cuello.

—Está bien —dijo él quedamente.

En un arrebató de sadomasoquismo, Tracy dejó el cepillo de dientes y abarcó su vientre con las manos.

—Excepto éste. Creo que estamos de acuerdo. En cuanto nazca, será sólo mío.

Por primera vez, él no pudo sostenerle la mirada.

—Yo no... yo nunca he dicho eso.

—Disculpa no aceptada. —Escupió en la pica y se aclaró la boca—. Creo que recuperaré mi apellido de soltera... para mí y para el niño.

—Tú odias tu apellido de soltera.

—Sí. Vastermeen es un apellido horroroso. —Él la siguió camino del dormitorio, ofreciéndole la oportunidad de hacerle daño, y lo hizo—. Recuperaré el apellido Gage. Siempre me ha gustado cómo sonaba Tracy Gage. —Apartó una maleta—. Espero que sea un niño para poder llamarle Jake. Jake Gage. Es un nombre muy fuerte.

—Fuerte como el infierno.

Finalmente, había conseguido atravesar su muro de indiferencia, pero el hecho de herirle no le hizo sentir mejor. Al contrario, tuvo ganas de llorar.

—¿Cuál es la diferencia? Tú no querías a este niño, ¿lo recuerdas?

—Que no me hiciese feliz tu embarazo no significa que no fuese a aceptar al niño.

—¿Y se supone que tengo que estar agradecida?

—No voy a pedir perdón por mis sentimientos. Maldita sea, Tracy, siempre me has acusado de no estar en contacto con mis emociones, pero las únicas emociones con que tú quieres que me mantenga en contacto son las que te gustan. —Ella pensó que, por fin, iba a perder una pizca de su autocontrol, pero él no tardó en recuperar su tono frío, carente de emociones, que a ella tanto le molestaba—. Tampoco deseaba a Connor, pero ahora no puedo imaginarme la vida sin él. La lógica dice que acabaré sintiendo lo mismo por el nuevo bebé.

—Gracias a Dios por la lógica. —Recogió su bañador de una pila de ropa que había en el suelo.

—Deja de comportarte como una niña. La auténtica razón de que estés enfadada es que no has recibido la suficiente atención, y Dios sabe lo mucho que te gusta que te presten atención.

—Vete al infierno.

—Antes de que nos fuésemos de Connecticut sabías que iba a estar todo el tiempo trabajando.

—Pero olvidaste mencionar que ibas a ser infiel.

—Yo no he sido infiel.

—¿Y cómo le explicarías eso a tu buscona del restaurante?

—Tracy...

—¡Te vi con ella! Los dos abrazados en un rincón. ¡Te estaba besando!

—¿Por qué no fuiste a rescatarme en lugar de dejarme con ella? Sabes que no me desenvuelvo bien en las situaciones sociales incómodas.

—Oh, sí, parecías muy incómodo. —Se puso las sandalias.

—Venga ya, Tracy. Tus aspavientos melodramáticos han pasado de moda. Es la nueva vicepresidenta de Worldbrige, y había bebido demasiado.

—Qué suerte para ti.

—No te hagas la mojigata. Sabes que soy el último hombre en la tierra que tendría una aventura, pero te has inventado una tragedia griega alrededor de una mujer bebida y besucona porque te has sentido relegada.

—Sí, es cierto. Sólo se trata de una pataleta. —De algún modo, le había resultado más fácil lidiar con la idea de la infidelidad que con la de su devastador abandono emocional, y probablemente había sabido desde el principio que él no tenía una amante—. Lo cierto, Harry, es que empezaste a dejarme de lado meses antes de irnos de casa. Lo cierto, Harry, es que... has pasado de tu matrimonio y has pasado de mí.

Ella quería que él lo negase, pero no fue así.

—Eres tú la que se ha marchado, no yo. ¿Y dónde has venido? Derechita a encontrarte con tu ex marido el juguista.

La relación de Tracy con Ren era el único punto de inseguridad de Harry. Durante doce años se había negado a conocerle, y se mostraba muy frío cuando hablaba con él por teléfono. Algo inusual en él.

—He venido a casa de Ren porque sé que puedo contar con él.

—¿En serio? No parecía muy contento de verte.

—Tú no entenderías los sentimientos de Ren Gage ni en un millón de años.

Finalmente, había logrado colocarlo en una posición de desventaja, así que Harry decidió cambiar de tema.

—Tú fuiste la que insistió en que aceptase el trabajo en Zurich. Y también insististe en venir conmigo.

—Porque sabía lo mucho que significaba para ti, y no quería que me echases en cara haber saboteado tu carrera porque estaba embarazada otra vez.

—¿Cuándo te he echado algo en cara?

Nunca. Él podría haberle recitado una larga lista de quejas desde los primeros días de casados, cuando ella todavía estaba intentando aprender cómo amar a alguien, pero nunca lo había hecho. Hasta que quedó embarazada de Connor, siempre se había mostrado paciente con ella. Deseaba con todo su corazón volver a notar su paciencia. Paciencia, confianza y, por encima de todo, un amor que ella había creído incondicional.

—Tienes razón —dijo con amargura—. Soy la única que tiene defectos. Tú eres perfecto, por eso resulta vergonzante que estés casado con una mujer tan imperfecta. —Se colocó el bañador sobre el hombro, cogió el albornoz y entró en el baño. Cuando salió, él había desaparecido, pero al dirigirse a la cocina para ver a los niños, oyó cómo Harry llamaba a Jeremy en el jardín. Estaban jugando a pillar.

Por un instante, ella se permitió comportarse como si todo estuviese bien.

—¿Que has visto qué?

—Un fantasma. —Isabel cogió la sudada camiseta de Ren, le miró durante unos segundos demasiado largos y luego apiló los platos que Marta había dejado en el escurridero antes de irse a limpiar a la villa—. Un fantasma, sin duda. ¿Cómo puedes salir a correr con este calor?

—Porque me levanto demasiado tarde para hacerlo cuando todavía hace fresco. ¿Qué tipo de fantasma?

—Del tipo que tira piedrecitas a mi ventana y luego sale corriendo entre los olivos cubierto con una sábana blanca. Lo saludé.

Él estaba sorprendido.

—Esto ha ido demasiado lejos.

—Estoy de acuerdo.

—Antes de salir a correr, llamé a Anna y le dije que tú y yo nos íbamos a Siena hoy. De ese modo todo el mundo está al corriente de que la casa estará vacía. —Cogió el vaso de zumo de naranja recién exprimido que ella no había puesto a buen recaudo, se lo bebió y luego se dirigió a las escaleras—. Me ducho en diez minutos y después nos vamos.

Veinte minutos después bajó con unos vaqueros, una camiseta negra y su gorra de los Lakers. Echó una suspicaz mirada al atuendo de ella: pantalones grises de punto, zapatillas de deporte y una camiseta gris oscuro que, con ciertas reticencias, le había tomado prestada a Ren.

—No pareces vestida para hacer turismo.

—Camuflaje. —Agarró las gafas de sol y se dirigió al coche—. He cambiado de opinión. He decidido que voy a acompañarte en la operación de vigilancia.

—No quiero.

—Iré en cualquier caso. Si no, te dormirías y te perderías algo importante. —Abrió la puerta del conductor—. O te aburrirías y te daría por arrancarle las patas a un saltamontes o quemarle las alas a una mariposa... ¿Qué fue lo que hiciste en *El carroñero*?

—No tengo ni idea. —La apartó y fue él quien se sentó al volante—. Este coche es una pena.

—No todos podemos permitirnos un Maserati. —Rodeó el coche y se sentó en el asiento del pasajero.

El incidente con el seudofantasma de la noche anterior le había provocado un incómodo grado de ansiedad que ella no podía pasar por alto, por mucho que eso implicase estar con él a solas en un lugar donde ni los vinicultores, ni los niños ni las amas de llaves podrían interrumpir sus enardecidos besos.

Sólo ellos dos. El mero hecho de pensarlo hizo que el corazón le latiese con fuerza. Estaba preparada —más que preparada—, pero primero necesitaba mantener con él una conversación seria. A pesar de lo que su cuerpo le decía, su mente sabía que debía marcar ciertos límites.

—He traído algunas cosas para un bonito picnic. Están en el maletero.

Él le dedicó una mirada de desagrado.

—Nadie, excepto las chicas, piensan en organizar un picnic mientras vigilan a alguien.

—¿Qué crees que traigo?

—No lo sé. Comida para vigilancia. Donuts, un termo de café y una botella de plástico para hacer pipí.

—Qué tonta soy.

—No una botella pequeña. Una garrafa.

—Voy a intentar olvidar que soy psicóloga.

Ren saludó con la mano a Massimo al tiempo que ponía el coche en marcha para dirigirse hacia la villa.

—Tengo que comprobar si ha llegado el guión de Jenks. Y también les haré saber de tu ausencia.

Ella sonrió al verlo desaparecer dentro de la casa. Había reído más durante esos pocos días con Ren Gage que en los últimos tres años pasados con Michael. Pero su sonrisa desapareció al rememorar las heridas provocadas por la rotura de su compromiso. Aún no habían curado, pero le dolían de un modo diferente. No era el dolor de quien tiene roto el corazón, sino el dolor de haber perdido tanto tiempo con algo que no había ido bien desde el principio.

Su relación con Michael había sido como una charca de agua estancada. Sin agitaciones o remolinos ocultos, sin rocas sobresaliendo para obligarles a cambiar de dirección o moverse en un sentido nuevo. Nunca discutían, nunca se retaban. No había habido excitación y tampoco —Michael estaba en lo cierto— pasión.

Con Ren todo era pasión..., agitada pasión en un océano lleno de arrecifes. Pero que los arrecifes estuviesen ahí no quería decir que Isabel se dejase arrastrar hasta chocar con uno de ellos.

Ren volvió al coche con gesto agobiado.

—La pequeña nudista ha encontrado mi espuma de afeitar y se ha pintado con ella un bikini.

—Muy imaginativa. ¿Ha llegado el guión?

—No, maldita sea. Y creo que me he roto un dedo del pie. Jeremy encontró mis pesas y dejó una en las escaleras. No sé cómo Tracy puede con él.

—Creo que la cosa es diferente cuando son tus hijos. —Intentó imaginarse a Ren con hijos, y vio deliciosos diablillos capaces de atar a la niñera, lanzar bombas fétidas por doquier y romper todas las antigüedades. Una imagen no muy atrayente.

Le miró.

—Recuerda que tú de niño no eras precisamente una joya.

—Cierto. El psiquiatra al que me envió mi padre cuando tenía once años dijo que el único modo que tenía de llamar la atención de mis padres era haciendo el gamberro. Perfeccioné mis malas artes bien pronto para que me iluminasen los focos.

—Y has trasladado la misma filosofía a tu carrera profesional.

—Pues me funcionó siendo niño. Todo el mundo recuerda al malo de la película.

No era el momento de hablar de su relación, pero tal vez sí de colocar un pequeño obstáculo en su camino, no para hacerle caer pero sí para que fuese más consciente.

—¿Sabías que desarrollamos ciertas disfunciones siendo niños porque entendemos que son esenciales para nuestra supervivencia?

—Oh.

—Parte de nuestro proceso de maduración consiste en superarlas. Por supuesto, la necesidad de llamar la atención parece un factor común entre la mayoría de grandes actores, así pues, en este caso tu disfunción se convirtió en altamente funcional.

—¿Crees que soy un gran actor?

—Creo que tienes potencial para serlo, pero no serás verdaderamente grande mientras interpretes los mismos papeles.

—Tonterías. Cada papel tiene sus matices, o sea que no digas que son los mismos papeles. Además, a los actores siempre les ha gustado interpretar papeles de malo. Les da la oportunidad de sacar cosas reprimidas.

—No estamos hablando de actores en general. Estamos hablando de ti y del hecho de que no desees interpretar otro tipo de papeles. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, y es demasiado temprano para discutir.

—Porque creciste con una visión distorsionada de ti mismo. Porque abusaron emocionalmente de ti, y ahora tienes que tener muy clara tu

motivación para elegir ese tipo de papeles. —Otro pequeño obstáculo y le dejaría en paz—. ¿Lo haces porque te gusta interpretar a esos sádicos o porque, a cierto nivel, no te sientes digno de interpretar al héroe?

Golpeó con el puño en el volante.

—A Dios pongo por testigo que no volveré a salir nunca más con una psicóloga.

Ella sonrió entre dientes.

—No estamos saliendo. Y corres demasiado.

—Cállate.

Hizo una lista mental, que pensaba darle a él, con las Reglas de la Relación Sana para la Confrontación Justa, entre las cuales no se encontraba el gritarle a nadie «cállate».

Llegaron al pueblo, y al pasar por la *piazza* se dio cuenta de que varias cabezas se volvían para mirarlos.

—No lo entiendo. A pesar de todos tus disfraces, algunas de las personas del pueblo saben quién eres, pero no te piden autógrafos. ¿No te parece extraño?

—Le dije a Anna que donaría el equipamiento para el patio de la escuela si me dejaban tranquilo.

—Habida cuenta de lo mucho que te gusta llamar la atención, ocultarte debe resultarte difícil.

—¿Te has levantado con la idea de tocarme las narices o se trata de algo espontáneo?

—Vas demasiado rápido otra vez.

Él suspiró.

Dejaron atrás el pueblo, y tras unos kilómetros abandonaron la carretera principal y tomaron una mucho más estrecha, donde volvieron a hablar.

—Esta carretera lleva al castillo abandonado que hay en la colina por encima de la casa. Desde allí tendremos una vista decente.

La carretera se hizo más abrupta a medida que se acercaban. Finalmente, acababa justo donde se iniciaba un sendero, y ahí fue donde Ren aparcó. Cuando empezaron a ascender entre los árboles, él agarró las bolsas que llevaba Isabel.

—Por lo menos, no has traído una de esas cursis cestitas para pícnic.

—Sé unas cuantas cosas sobre operaciones secretas.

Él resopló.

Alcanzaron un claro en lo alto y Ren se detuvo a leer un estropeado cartel con datos históricos sobre el lugar. Ella empezó a explorar y descubrió que las ruinas del castillo no eran las de una única construcción sino que se trataba de una fortificación que había contenido varios edificios. Las parras se enroscaban entre los muros y ascendían por los restos de una torre de observación. Los árboles crecían entre los derruidos arcos, y las malas hierbas surgían de lo que antaño fueron los cimientos de piedra de un establo o un granero.

Ren se unió a Isabel para deleitarse con las vistas de los campos y el bosque.

—Esto era un cementerio etrusco antes de que construyesen el castillo —informó.

—Una ruina sobre otra ruina. —Incluso a simple vista podía ver la casa, pero tanto el jardín como el olivar estaban vacíos—. No pasa nada.

Él miró con los prismáticos.

—No hace tanto que nos hemos ido. Esto es Italia. Necesitan tiempo para organizarse.

Un pájaro salió de su nido en el muro que tenían a sus espaldas. Permanecer tan cerca el uno del otro estorbaba la paz de aquel lugar, por lo que ella se apartó. Pisó unos brotes de menta y su suave aroma la envolvió.

Se percató de que había una sección del muro con un nicho abovedado. Cuando se acercó, vio que se trataba del ábside de lo que había sido una capilla. Todavía podían apreciarse unos leves trazos de color en lo que quedaba de la bóveda: marcas rojizas que debieron de ser carmesí, polvorientas sombras de azul y gastado ocre.

—Qué paz hay en este lugar. Me pregunto por qué lo abandonarían.

—El cartel habla de una plaga en el siglo xv combinada con los abusivos impuestos de los obispos de los alrededores. O tal vez los echaron los fantasmas de los etruscos enterrados aquí.

De nuevo parecía irritado. Isabel le dio la espalda y miró dentro de la bóveda. Las iglesias, por lo general, la calmaban, pero Ren estaba

demasiado cerca. Olió el humo y miró alrededor hasta ver su cigarrillo encendido.

—¿Qué estás haciendo?

—Sólo fumo uno al día.

—¿Podrías hacerlo cuando yo no esté cerca?

Él ignoró sus palabras y le dio una profunda calada, después caminó hacia uno de los portales. Apoyado contra la piedra, parecía retraído y malhumorado. Tal vez no debería haberle forzado a recuperar los recuerdos de su infancia.

—Estás equivocada —dijo con brusquedad—. Soy totalmente capaz de separar la vida real de las cosas que suceden en la pantalla.

—Nunca he dicho lo contrario. —Se sentó en un fragmento del muro y estudió su perfil, con sus perfectas proporciones y su exquisito corte—. Sólo he sugerido que la visión que de ti mismo te formaste durante la infancia, cuando veías y hacías cosas poco apropiadas para los niños, tal vez conformó al hombre que eres.

—¿Es que no lees los periódicos?

Isabel entendió por fin lo que realmente le preocupaba.

—No puedes dejar de darle vueltas a lo que le ocurrió a Karli, ¿es eso?

Tomó aire pero no respondió.

—¿Por qué no ofreces una rueda de prensa y cuentas la verdad? —Arrancó una ramita de menta y la apretó en un puño.

—La gente está harta. Cree lo que le da la gana.

—Te preocupabas por ella, ¿verdad?

—Sí. Era una muchacha muy dulce... Y tenía mucho talento. Es duro saber todo lo que se ha perdido con su muerte.

Isabel se abrazó las rodillas.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Sólo un par de meses, antes de que me diese cuenta de lo grave que era su problema con las drogas. Después me enfraqué en una fantasía de salvación y pasé otros dos meses intentando ayudarla. —Sacudió la ceniza del cigarrillo y le dio otra calada—. Le hablé de la rehabilitación. Pero no funcionó, así que me fui.

—Ya veo.

Él la miró de un modo sombrío.

—¿Qué ves?

—Nada. —Se llevó la ramita de menta a la nariz y deseó poder dejar que las personas fuesen ellas mismas sin necesidad de definirlas, especialmente habida cuenta de que cada vez resultaba más obvio que la persona que más necesitaba definición era ella misma.

—¿De qué va eso de «ya veo»? Dime en qué estás pensando. Dios sabe que no ha de resultarte difícil.

—¿Qué crees que estoy pensando?

Él soltó el humo por la nariz.

—Suponía que me lo dirías.

—No soy tu psicóloga, Ren.

—Te extenderé un cheque. Dime qué te ronda por la cabeza.

—Lo que ronde por mi cabeza no es importante. Es lo que ronde por la tuya lo que cuenta.

—Suenas como si me estuvieses juzgando. —Se tensó—. Como si pensases que podría haber hecho algo para salvarla, y no me gusta.

—¿Es eso lo que te parece que estoy haciendo? ¿Juzgarte?

Tiró el cigarrillo.

—No fue culpa mía que se matase, ¡maldita sea! Hice todo lo que pude.

—¿Lo hiciste?

—¿Crees que tendría que haberme quedado con ella? —Pisó la colilla—. ¿Tendría que haberle sostenido la aguja cuando quería pincharse? ¿Tendría que haberle comprado la droga? Te dije que había tenido problemas con las drogas cuando era un muchacho. No puedo estar cerca de esas mierdas.

Isabel recordó la broma que había hecho Ren sobre el esnifar cocaína, pero ahora no estaba bromeando.

—Me desintoxiqué cuando tenía poco más de veinte años, pero sigue atemorizándome el pensar lo cerca que estuve de tirar mi vida por la borda. Desde entonces me he asegurado de mantenerme lo más lejos posible de todo eso. —Sacudió la cabeza—. Lo que le pasó a ella fue un maldito despilfarro.

A Isabel el corazón le dio un vuelco.

—Si te hubieses quedado con Karli, ¿podrías haberla salvado?

Él se volvió hacia ella con expresión de furia.

—Eso es una gilipollez. Nadie podía salvarla.

—¿Estás seguro?

—¿Crees que fui el único que lo intentó? Su familia estaba allí. Y un montón de amigos. Pero lo único que a ella le preocupaba era la siguiente dosis.

—¿Podrías haber dicho alguna cosa? ¿Podrías haber hecho algo?

—Era una yonqui, ¡maldita sea! Llegada a cierto punto, era ella la que tenía que ayudarse.

—Y ella no quiso hacerlo, ¿verdad? —Isabel se puso en pie—. No podías hacerlo por ella, Ren, pero querías haberlo hecho. Y desde que murió te enloquece imaginar que podrías haber dicho o hecho algo que cambiase las cosas.

Él metió las manos en los bolsillos y perdió la mirada en la lejanía.

—No hubo nada que pudiese hacer.

—¿Estás completamente seguro?

Un largo suspiro surgió de algún profundo lugar de su interior.

—Sí, lo estoy.

Ella se acercó y le acarició la espalda.

—Recuérdalo siempre.

Él bajó la mirada hacia ella, la arruga entre sus cejas se borró.

—Al final voy a tener que extenderte un cheque, ¿eh?

—Considéralo un intercambio por tu lección de cocina.

Ren sonrió ligeramente y repuso:

—Pero no reces por mí, ¿de acuerdo? Me da un poco de grima.

—¿No crees que mereces alguna oración?

—No si recuerdo desnuda a la persona que rezaría por mí. —Y adelantó una mano para colocarle un mechón de pelo tras la oreja—. Menuda suerte la mía. Me he comportado bien durante meses, pero justo cuando empiezo a salir del infierno, me veo sumido en un desierto con una monja.

—¿Eso piensas de mí?

Él jugueteó con el lóbulo de la oreja.

—Lo intento, pero no funciona.

—Bien.

—Dios, Isabel, lanzas más interferencias que una radio estropeada. —
Dejó caer las manos con frustración.

Ella se humedeció los labios.

—Eso es... porque estoy en conflicto.

—Tú no tienes ningún conflicto. Quieres que suceda tanto como yo, pero no sabes cómo incluirlo en cualesquiera que sean los planes de vida que te has trazado, así que vas arrastrando los talones. Los mismos talones que yo quiero sentir en mis hombros.

Isabel tenía la boca seca.

—¡Me estás volviendo loco! —exclamó él.

—¿Y acaso crees que tú no me vuelves loca a mí?

—Las primeras buenas noticias del día. Entonces, ¿por qué seguimos así?

Él se inclinó hacia ella, pero Isabel dio un saltito atrás.

—Yo... yo necesito orientarme. Tenemos que orientarnos. Sentarnos y hablar antes de nada.

—Eso es exactamente lo que no quiero. —Ahora fue él quien retrocedió —. ¡Maldita sea! No quiero que vuelvan a interrumpirme, y si te toco seguro que aparece alguien. Qué llevas para comer, necesito distraerme.

—Creía que lo del pícnic era cosa de chicas.

—El hambre me pone en contacto con mi lado femenino. La frustración sexual, por otro lado, me pone en contacto con mis instintos asesinos. Dime que no has olvidado el vino.

—Estamos de vigilancia, no en una fiesta. Utiliza los prismáticos mientras preparo la comida.

Por una vez, él no replicó, y mientras vigilaba, ella sacó lo que había preparado por la mañana. Había traído bocadillos con finas lonchas de jamón entre rebanadas de pan de *focaccia* recién hecho. La ensalada era de tomates, albahaca y *farro*, un grano parecido a la cebada que suele estar presente en la cocina toscana. Lo dejó todo en una zona sombreada junto al muro desde donde podía verse la casa, después sacó una botella de agua y las peras que quedaban.

Ambos sabían que no podrían resistir más jugueteo verbal, por lo que empezaron a hablar de comida y libros mientras comían. Ren era inteligente, sorprendente y estaba de lo más informado en una gran variedad de temas.

Ella estiró la mano para coger una pera cuando él anunció:

—Al parecer, la fiesta ha empezado.

Ella sacó sus pequeños binoculares de ópera y vio cómo el jardín y el olivar se iban llenando progresivamente de gente. Los primeros en aparecer fueron Massimo y Giancarlo, junto a un hombre que ella reconoció como el hermano de Giancarlo, Bernardo, que era el *poliziotto*, o policía, local. Anna ocupó un lugar junto al muro con Marta y otras mujeres de mediana edad. Todas empezaron a dirigir la actividad de los jóvenes que iban llegando. Isabel reconoció a la bonita pelirroja a la que le había comprado flores el día anterior, al atractivo muchacho que trabajaba en la tienda de fotografía y al carnicero.

—Mira quién ha venido —dijo Ren.

Ella enfocó sus binoculares y vio a Vittorio entrando en el jardín con Giulia. Se unieron a un grupo que estaba retirando las piedras del muro una a una.

—No debería sentirme decepcionada por ellos —dijo Isabel—, pero lo estoy.

—Sí, yo también.

Marta sacó a empujones de su rosal a uno de los muchachos más jóvenes.

—¿Qué estarán buscando? ¿Y por qué han esperado a que me instalara en la casa para intentar encontrarlo?

—Tal vez antes no sabían qué buscar —aventuró Ren, y dejó los prismáticos a un lado para meter la basura en una bolsa—. Creo que es el momento de pasar a la acción.

—No estás autorizado a utilizar nada con filo o gatillo.

—Sólo como último recurso.

La sujetó por el brazo mientras descendían camino del coche. Tardaron unos pocos segundos en colocarlo todo dentro y arrancar. Ren pisó el acelerador del Panda.

—Les atacaremos por sorpresa —dijo mientras rodeaban Casalleone en lugar de cruzar el pueblo—. Todo el mundo en Italia tiene teléfonos móviles, y no quiero que nadie sepa que volvemos.

Dejaron el coche en una carretera cercana a la villa y se aproximaron entre los árboles. Él le quitó una hoja del pelo cuando estaban atravesando el olivar en dirección a la casa.

Anna fue la primera en verlos. Dejó en el suelo los cántaros de agua que estaba acarreando. Alguien apagó una radio en la que sonaba música pop. Poco a poco, el rumor de las conversaciones se fue apagando, y la gente empezó a moverse. Giulia se acercó a Vittorio y le cogió la mano. Bernardo, vestido con su uniforme de *poliziotto*, estaba al lado de su hermano Giancarlo.

Ren se detuvo en el linde de la arboleda, le echó un vistazo al lío que habían formado y después a la multitud. Jamás había parecido hasta tal punto un asesino nato como en ese momento, y todo el mundo captó el mensaje.

Isabel dio un paso atrás para dejarle libertad de movimientos.

Ren se tomó su tiempo, y fue posando sus ojos de actor en todos y cada uno de los presentes, dándoselas de chico malo como sólo él sabía hacerlo. Cuando el silencio se hizo insoportable, habló. En italiano.

Ella tendría que haber supuesto que la conversación no sería en inglés, pero no había pensado en ello. Se sintió tan frustrada que quiso gritar.

Cuando Ren dejó de hablar, todos quisieron responder al mismo tiempo. Fue como observar a una brigada de directores de orquesta hiperactivos. Gestos hacia el cielo, hacia la tierra, hacia sus propias cabezas o sus pechos. Sonoros gritos, encogimientos de hombros. Le fastidiaba no saber qué estaban diciendo.

—En inglés —dijo ella en un susurro, pero él estaba demasiado ocupado abroncando a Anna como para prestarle atención.

El ama de llaves se colocó al frente de la multitud y le respondió con los dramáticos aires de una diva representando un aria.

Él la cortó y dijo algo a la multitud. Tras sus palabras, empezaron a dispersarse, murmurando.

—¿Qué han dicho? —preguntó Isabel.

—Más tonterías sobre el pozo.

—Encuentra su punto débil.

—Ya lo he hecho. —Se adentró en el jardín—. Giulia y Vittorio, vosotros no vais a ninguna parte.

OceanofPDF.com

Vittorio y Giulia, incómodos, se miraron y a su pesar regresaron al jardín. Anna y Marta desaparecieron, dejándolos solos a los cuatro. Ren parecía dispuesto a matar.

—Quiero saber qué está pasando en mi propiedad. Y no me insultéis con más tonterías sobre problemas con el agua.

Vittorio parecía tan inquieto que Isabel casi sintió lástima por él.

—Es muy complicado —dijo.

—Simplifícalo para que podamos entenderlo —replicó Ren.

Vittorio y Giulia se miraron. Pudo apreciarse un deje de contrariedad en el gesto de la mujer.

—Tenemos que contárselo, Vittorio.

—No —dijo—. Vete al coche.

—¡Vete tú al coche! —Giulia gesticuló—. Tú y tus amigos no habéis sido capaces de hacerlo. Ahora me toca a mí.

—Giulia... —le advirtió Vittorio, pero ella lo ignoró.

—Esto... esto se remonta a... Paolo Baglio, el hermano de Marta —dijo ella.

—¡Basta! —Vittorio tenía la expresión desolada de un hombre que está presenciando un desastre y no sabe cómo detenerlo.

Giulia le hizo a un lado y encaró a Ren.

—Él era... él era el representante local de... de la Familia.

—La Mafia. —Ren se sentó en el muro, aliviado de saber que se trataba del crimen organizado.

Vittorio se alejó, como si las palabras de su mujer le resultasen demasiado dolorosas para oírlas.

Giulia parecía estar calculando cuánto contar.

—Paolo era... era el responsable de que nuestros comerciantes locales no cayeran en desgracia. ¿Sabe a qué me refiero? Que nadie rompiese los

escaparates de las tiendas por la noche o que no desapareciese el camión del reparto de flores.

—Dinero a cambio de protección —dijo Ren.

—Llámallo como quieras. —Movi6 las manos, que eran peque1as y delicadas, con una alianza de matrimonio en un dedo y anillos m1s peque1os en los otros—. S6lo somos un pueblo rural, pero todo el mundo sabe c6mo funciona esto. Los comerciantes pagaban a Paolo el primer d6a de cada mes. Gracias a eso, nadie romp6a los escaparates, el florista hac6a su reparto y no hab6a problemas. —Hizo girar su alianza en el dedo—. Pero entonces Paolo sufri6 un ataque de coraz6n y muri6. —Se mordid6 el labio—. En un principio, todo fue bien... excepto para Marta, que le a1oraba mucho. Pero justo antes de que llegases t6, Isabel, vinieron algunos hombres de la ciudad. No eran hombres buenos. Hombres de N1poles. —Apret6 los labios, como si notase en la boca un sabor amargo—. Fueron a por... a por nuestro alcalde. Fue terrible. Pero al hacerlo comprendimos que Paolo hab6a sido un insensato. Les hab6a mentido acerca del dinero que recolectaba y se hab6a guardado para s6 muchos millones de liras. —Respir6 hondo—. Nos dieron un mes para encontrar el dinero y devolv6rselo. De no ser as6... —Dej6 colgando aquellas palabras.

Vittorio se acerc6. Ahora que Giulia hab6a empezado, parec6a resignado a acabar la historia.

—Marta est1 segura de que Paolo escondi6 el dinero en alg6n lugar cercano a la casa. Sabemos que no lo gast6, y Marta recuerda que estaba trabajando en el muro cuando muri6.

—El plazo est1 a punto de acabarse —dijo Giulia—. No quer6amos mentiros, pero qu6 otra cosa podr6amos haber hecho. Era peligroso para vosotros veros involucrados, y s6lo dese1bamos protegeros. 6Entiendes ahora, Isabel, por qu6 quer6amos que te trasladases al pueblo? Tem6amos que esos hombres se impacientasen y viniesen aqu6. Y si te encontraban en su camino... —Hizo un claro gesto indicando su cuello.

—La cosa est1 muy mal —dijo Vittorio—. Tenemos que encontrar el dinero, lo cual significa que tenemos que desmontar el muro lo antes posible.

—Si. Esos hombres son muy peligrosos.

—Interesante. —Ren se puso en pie—. Necesito algo de tiempo para pensar en esto.

—Por favor, no tarde demasiado —suplicó Giulia.

—Lamentamos mucho haber tenido que mentirles —dijo Vittorio—. Y otra cosa, Isabel. También lamento lo del fantasma de la otra noche. Era Giancarlo. De haberlo sabido, habría impedido que lo hiciese. Vendréis a cenar a casa igualmente la semana que viene, ¿no?

—Y a recoger setas —dijo Giulia a Isabel—. La próxima vez que llueva.

—Por supuesto —respondió Isabel.

Cuando la pareja se fue, Isabel suspiró y se sentó sobre el muro. Por un instante, se dejó envolver por la paz del jardín, después miró a Ren.

—¿Les crees?

—Ni una palabra.

—Yo tampoco. —Empezó a mordisquearse la uña del pulgar pero se detuvo a tiempo—. De una cosa sí estoy segura: hay algo escondido aquí.

—Toda esta zona está plagada de objetos enterrados bajo tierra. —Se palpó el bolsillo trasero de los vaqueros y se dio cuenta de que ya había fumado el cigarrillo del día—. Cuando se encuentra un objeto, incluso si se trata de un terreno privado, se convierte en propiedad del gobierno. Tal vez la buena gente de Casalleone está sobre la pista de algo tan valioso que no quiere entregarlo.

—¿Y crees que todo el pueblo participa en la conspiración? Bernardo es policía. No parece tener demasiado sentido.

—Los policías son conocidos por su falta de honradez. ¿Tienes una idea mejor? —Miró hacia las colinas.

—Tiene que ser un objeto muy especial. —Una hoja cayó sobre el muro, a su lado, y ella la apartó—. Creo que tenemos que profundizar en esto.

—Estoy de acuerdo. Intentaré estar aquí cuando retiren la última piedra del muro.

—Yo también. —Uno de los gatos se acercó para restregarse contra sus piernas. Ella se inclinó para levantarlo.

—Necesito tu coche para subir a la villa por un rato. Que Dios me proteja.

—Bien. Yo tengo que trabajar y tú me distraes.

—¿En el libro sobre la crisis?

—Sí. Y no digas una sola palabra.

—Así que te distraigo, ¿eh?

Ella se apretó el pulgar cerrando el puño.

—Eso he dicho, Ren. No te molestes en volcar tus ardores sobre mí, porque no pasará nada mientras no hablemos.

Él dejó escapar un suspiro de resignación.

—Podemos cenar juntos esta noche en San Gimignano. Y hablaremos.

—Gracias.

Ren esbozó una sonrisa de engreimiento.

—Pero en cuanto acabes de hablar, pondré mis manos donde quiera. Y ponte algo sexy. Preferiblemente con escote y sin ropa interior.

—Los adolescentes me alucináis. ¿Alguna otra orden?

—No, creo que eso es todo. —Se puso a silbar mientras se alejaba, con el aspecto de un guapo gandul más que del psicópata preferido de Hollywood.

Ella se dio un rápido baño y se dispuso a tomar notas de algunas ideas para su libro, pero su cerebro no funcionaba, así que dejó el papel a un lado y se encaminó a la villa para ver qué hacía Tracy.

—Paso el rato. —La ex mujer de Ren estaba tumbada en una hamaca junto a la piscina, con los ojos cerrados—. Harry y los niños me odian, y el bebé me provoca gases.

Isabel había visto a los niños bajar del coche de Harry con las caras manchadas de helado.

—Si Harry te odiase, no creo que siguiese aquí.

Tracy tiró hacia arriba del respaldo de la hamaca y se puso las gafas de sol.

—Es sólo porque se siente culpable por los niños. Se irá mañana.

—¿Habéis intentado hablar?

—De hecho, hablé yo y él se mostró condescendiente.

—¿Por qué no lo intentáis otra vez? Esta noche, después de que los niños se vayan a dormir. Sírvele una copa de vino y pídele que haga una lista con tres cosas que tú podrías hacer para que se sintiese feliz.

—Eso es sencillo. Elevar mi coeficiente intelectual veinte puntos, ser organizada en lugar de estar embarazada y cambiar mi personalidad por completo.

Isabel se echó a reír.

—Estamos mostrándonos un poco autocompasivas, ¿no?

Tracy la miró por encima de las gafas de sol.

—Eres una psicóloga un tanto extraña.

—Lo sé. Piensa en ello, ¿de acuerdo? Pregúntaselo, y sé sincera. Sin sarcasmo.

—¿Sin sarcasmo? Me dejas sin nada. Pero háblame de Ren y tú.

Isabel se recostó en la silla.

—Prefiero no hacerlo.

—La buena doctora puede hablar de los demás pero no de sí misma. Me gusta ver que no soy la única mujer que se arruga por aquí.

—No, sin duda. Y lo único que puedo decir es lo obvio: he perdido la cabeza.

—Él provoca ese efecto en las mujeres.

—No estoy en mi terreno.

—Sin embargo, tienes una baja tolerancia a las tonterías, así que sabes perfectamente dónde te estás metiendo. Eso te da ventaja respecto a otras mujeres.

—Supongo que sí.

—¡Mammmiii! —Connor apareció con sus anchos pantalones cortos azules bamboleándose mientras corría.

—¡Eh, muchachote! —Tracy se puso en pie, lo alzó en brazos y cubrió su cara manchada de helado con un montón de besos. Él miró a Isabel por encima del hombro de su madre y sonrió, mostrando sus brillantes dienteitos.

Algo afligió el corazón de Isabel. La vida de Tracy tal vez fuese un desastre, pero seguía teniendo sus recompensas.

Ren recogió el ansiado sobre de FedEx, que le esperaba en la consola del vestíbulo de la villa, y corrió hacia su dormitorio. Echó el pestillo de la puerta para evitar la intrusión de los pequeños y se sentó en un sillón junto a

la ventana. Al ver la portada del guión con las palabras *Asesinato en la noche* escritas con letras sencillas, sintió una emoción indescriptible. Howard había acabado finalmente el guión.

Sabía, debido a las conversaciones mantenidas con Howard, que su intención era proponerle al público una pregunta fundamental: ¿Kaspar Street era simplemente un psicópata o bien, lo cual era más inquietante, el fruto de una sociedad que necesitaba la violencia? Incluso santa Isabel habría aprobado ese mensaje. La recordó tal como estaba hacía menos de media hora, con el sol brillando en su pelo y aquellos preciosos ojos. Le encantaba cómo olía, a especias, sexo y bondad humana. Pero no podía pensar ahora en ella, pues su carrera estaba a punto de dar un giro radical. Se arrellanó en el asiento y empezó a leer.

Dos horas después tenía el cuerpo cubierto por un sudor frío. Era el mejor trabajo que Jenks había hecho jamás. El papel de Street tenía oscuros recovecos y sutiles variaciones que le obligarían a sacar lo mejor de sí como actor. No cabía duda de que cualquier actor de Hollywood habría querido protagonizar esa película.

Pero Jenks había introducido un importante cambio desde la última vez que habían hablado, un cambio que Howard no le había comentado. Con un brillante golpe de timón, había intensificado el perfil del personaje. En lugar de tratarse de un hombre que mataba a las mujeres que amaba, Kaspar Street era ahora un pederasta. Toda una pesadilla.

Ren apoyó la espalda y cerró los ojos. El cambio de orientación había sido una genialidad, pero... No había pero posible. Ése sería el papel que le colocaría en la mira de los mejores directores de Hollywood.

Cogió una hoja para empezar a tomar notas sobre el personaje. Ése era siempre el primer paso, y le gustaba hacerlo justo después de la lectura inicial del guión, mientras sus impresiones aún estaban frescas. Apuntaba sensaciones, ideas acerca del vestuario y los movimientos físicos, cualquier cosa que le viniese a la mente y que pudiese ayudarle a construir el personaje.

Jugueteó con el capuchón del bolígrafo. Por lo general, las ideas fluían, pero el cambio de Jenks le había desequilibrado, y no se le ocurrió nada. Necesitaba más tiempo para asimilarlo. Lo intentaría al día siguiente.

Unas horas después, mientras regresaba a la casa de abajo, decidió no comentarle el cambio de guión a Isabel. No tenía sentido irritarla más. No ahora. No cuando lo que él tanto había esperado estaba a punto de concretarse.

Isabel ignoró la sugerencia de Ren respecto a vestirse de un modo sexy, y escogió su vestido de tirantes negro de corte conservador, y añadió un chal negro con diminutas estrellas doradas para cubrirse los hombros desnudos. Estaba dándole de comer a los gatos cuando oyó ruido a su espalda. Se volvió para ver un intelectual de aspecto angustiado junto a la puerta de la casa. Con el cabello despeinado, gafas de montura metálica, una camisa arrugada aunque limpia, pantalones caqui y la mochila colgando del hombro, parecía el hermano menor con tendencias literarias de Ren Gage.

Ella sonrió.

—Me estaba preguntando quién sería mi cita de esta noche.

Ren le sostuvo la mirada y suspiró.

—Una minifalda habría resultado más esperanzadora.

En el camino, vio un Alfa-Romeo plateado aparcado tras el Panda.

—¿De dónde ha salido?

—No podré disponer de mi coche durante un tiempo, así que me han dejado éste para pasar el rato.

—La gente se compra barras de chocolate para pasar el rato, no coches.

—Sólo la gente pobre como tú.

La ciudad de San Gimignano estaba ubicada en lo alto de una colina como si de una corona se tratase, y sus cuatro torreones de observación se alzaban con dramatismo contra el sol poniente. Isabel intentó imaginarse qué sentirían los peregrinos provenientes del norte de Europa camino de Roma al ver por primera vez aquella ciudad. Tras los peligros que entrañaba la carretera abierta, San Gimignano le pareció un refugio de fuerza y seguridad.

Ren, al parecer, pensaba lo mismo que ella.

—Para hacer las cosas como Dios manda, tendríamos que llegar a pie.

—No creo que estos tacones hayan sido pensados para los peregrinos. Es muy bonita, ¿verdad?

—Es la ciudad medieval mejor conservada de toda la Toscana. Por si no has tenido tiempo de ojear la guía, te diré que se debe a un curioso accidente.

—¿A qué te refieres?

—Ésta era una importante ciudad hasta que la peste negra acabó con la mayoría de la población.

—Igual que el castillo.

—Sin duda, una mala época para ir por ahí sin antibióticos. San Gimignano dejó de ser una parada principal en la ruta de peregrinaje y perdió su estatus. Por suerte para nosotros, los pocos habitantes que sobrevivieron no disponían del dinero suficiente para modernizarla, de ahí que la mayoría de las torres sigan en pie. Algunas escenas de *Té con Mussolini* se filmaron aquí. —Un autobús turístico pasó en dirección contraria—. Ésa es la nueva peste negra —dijo—. Demasiados turistas. Pero la ciudad es tan pequeña que la mayoría de ellos no pasan la noche. Anna me aseguró que se queda vacía a última hora de la tarde.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—Le he dado permiso para que empiecen a retirar el muro mañana, pero yo estaré presente para supervisar.

—Apuesto a que no le gustó la idea.

—No me importa. Le he encargado a Jeremy que vigile.

Ren aparcó en un claro fuera de los viejos muros y se colgó la mochila de los hombros. Aunque su angustia intelectual, en tanto que disfraz, no ocultaba demasiado de él, el resto de elementos eran más efectivos, y como la mayoría de turistas se había ido, no llamó la atención mientras recorrían la ciudad.

Él le explicó todo lo que sabía respecto a los frescos de la iglesia románica del siglo xii y se mostró muy paciente cuando ella entraba en las tiendas. Después de eso, recorrieron las estrechas e irregulares calles hacia la Rocca, la antigua fortaleza de la ciudad, y subieron a sus torres de vigilancia para apreciar la vista de las distantes colinas y campos, espectaculares bajo la matizada luz del atardecer.

Él señaló hacia los viñedos.

—Ahí crecen las uvas para el *vernaccia*, el vino blanco local. ¿Qué te parece si lo probamos en nuestra cena mientras tenemos esa charla que tanto te interesa?

Su lenta sonrisa hizo que a Isabel se le erizase la piel, y estuvo a punto de decirle que se olvidase tanto del vino como de la charla y que se fuesen directos a la cama. Pero aún se sentía herida y no quería que nada más le hiciese daño, por lo que tenía que hacer las cosas bien.

El pequeño comedor del hotel Cisterna tenía paredes de piedra, manteles de lino y otra espectacular vista de la Toscana. Desde su mesa, situada en un rincón entre dos ventanales, podían observar los inclinados tejados rojos de San Gimignano y apreciar cómo se iban encendiendo las luces en las casas y granjas que rodeaban la ciudad.

Él alzó su copa de vino.

—Por nuestra charla. Para que esta conversación sea misericordiosamente breve y salvajemente productiva.

Al darle un trago a su *vernaccia*, Isabel se acordó de todas las mujeres que no ejercen su poder.

—Vamos a tener una aventura.

—Gracias a Dios.

—Pero será según mis condiciones.

—Vaya, menuda sorpresa.

—¿Vas a ser sarcástico todo el rato? Porque te diré una cosa: no resulta nada atractivo.

—Tú eres tan sarcástica como yo.

—Por eso sé lo poco atractivo que puede resultar.

—Sigue. Diría que estás deseando poner tus condiciones. Y espero que «deseo» sea la palabra clave en este caso, ¿o eso es demasiado sarcástico para ti? —Ren estaba disfrutando de la situación.

—Eso es lo que tenemos que dejar claro. —Ignoró que los ojos de Ren evidenciaban una docena de diferentes clases de asombro. No le importó. Demasiadas mujeres perdían el valor frente a sus amantes, pero Isabel no iba a ser una de ellas—. Uno, no puedes criticar.

—¿Por qué demonios querría hacerlo?

—Porque yo no soy una atleta del sexo como tú, y porque soy una amenaza para ti, y eso no te gusta.

—De acuerdo. Nada de críticas. Pero tú no me amenes

—Dos, no quiero hacer nada extraño. Sólo sexo claro y sencillo.

Tras sus gafas de estudiante, sus plateados ojos azules de lobo mostraron cautela.

—¿Qué entiendes por «claro y sencillo»?

—La definición común.

—Vale. Nada de grupos. Nada de juguetes. Nada de San Bernados. Decepcionante, pero podré vivir sin ello.

—¡Olvidalo! Olvidalo, ¿vale? —Dejó la servilleta sobre la mesa—. No estás en mi onda, y no sé cómo he podido barajar la idea, ni siquiera por un momento, de que podríamos llevar adelante esto.

—Lo siento. Me estaba aburriendo. —Se inclinó sobre la mesa para volver a colocarle la servilleta sobre el regazo—. ¿Quieres que nos limitemos a la posición del misionero o también has pensado colocarte encima?

No le importaba que bromease al respecto. Se sentía fuerte. Los hombres tenían decenas de maneras de proteger la ilusión de su superioridad, pero no iba a caer en ninguno de esos trucos.

—Podemos improvisar.

—¿Podremos quitarnos la ropa?

—Podremos. De hecho, es una condición.

Él sonrió.

—Si no quieres desnudarte, a mí me parece bien. Unas medias negras y un ligero podrían ayudarte a conservar tu sentido del pudor.

—Eres un amor. —Recorrió el borde de la copa con el dedo—. Para señalar una obviedad, que quede claro que esto tiene que ver con nuestros cuerpos. No habrá ningún componente emocional.

—Si tú lo dices...

Y ahora llegaba la parte difícil, pero no iba a echarse atrás.

—Una cosa más... No me va el sexo oral.

—¿Y eso por qué?

—No es lo mío. Es demasiado... vulgar.

—Con eso limitas mis opciones.

Isabel apretó los dientes.

—Lo tomas o lo dejas.

«Lo tomo», pensó Ren sin vacilar mientras observaba aquella deliciosa boca marcada con un rictus de testarudez. Había hecho el amor, tanto dentro como fuera de la pantalla, con las mujeres más hermosas del mundo, pero ninguno de aquellos preciosos rostros había mostrado tanta vida como el de Isabel. Había inteligencia, humor, determinación y una inmensa compasión por la condición humana. Aun así, lo único en lo que podía pensar era en alzarla en brazos y llevársela a la cama más cercana. Por desgracia, la doctora Fifi no era precisamente una de esas mujeres a las que puedes llevar en volandas, pues no lo tenía apuntado en su agenda. No le habría sorprendido si ella hubiese sacado algún tipo de contrato para que lo firmase antes.

El pulso agitado en la garganta de Isabel le animó. No tenía tanto autocontrol como ella creía tener.

—Me siento un poco inseguro —dijo Ren.

—¿Por qué deberías sentirte inseguro? Has conseguido lo que querías.

Sabía que tenía un escaso margen de movimiento, por lo que se negó a que ella impusiese todas sus condiciones.

—Pero lo que quería parece tener enganchados un montón de carteles de peligro.

—No estás acostumbrado a que las mujeres expresen abiertamente sus necesidades. Entiendo que eso pueda suponer una amenaza para ti.

¿Quién habría podido imaginar que semejante cerebro resultase sexy?

—Mi ego va a resultar muy maltrecho.

—Metafísicamente hablando, eso es bueno.

—Físicamente hablando, no. Quiero creer que soy irresistible para ti.

—Eres irresistible —confirmó ella.

—¿Podrías decirlo con algo más de entusiasmo?

—Eres incluso doloroso.

—¿Tan irresistible soy?

—Sí.

Él sonrió. Eso le gustaba más.

Llegó el camarero con un *antipasto* que incluía embutido, aceitunas, y verduras doradas. Ren pinchó en el plato y alargó el tenedor hasta los labios de Isabel.

—De acuerdo, en resumidas cuentas: nada de crítica ni de sexo oral. Eso es lo que has dicho, ¿no es cierto? Ni nada demasiado extraño. —Esperaba conseguir algo más de ella, pero estaba fabricada con un material muy resistente.

—Eso he dicho.

Él introdujo el bocado en su boca.

—Supongo que no podré utilizar el látigo ni la paleta de ping-pong.

Ella ni siquiera se molestó en responder a aquella tontería. Lo que hizo fue limpiarse con cuidado la boca con la servilleta.

—Ni las esposas —dijo Ren.

—¿Esposas? —Dejó la servilleta a medio camino de su regazo.

¿Era acaso un asomo de interés? Parecía aturdida, pero no fue tan tonto como para hacerle ver que se había dado cuenta.

—Olvídalo. Estaba siendo grosero, te pido disculpas.

—Dis... disculpas aceptadas.

Él apreció su leve tartamudeo y sofocó una sonrisa. Así que a la señorita Obsesa del Control le atraía un poco la posibilidad de que la atasen. Aunque tenía una ligera idea de quién de los dos acabaría con las esposas puestas, se dijo que era un buen comienzo. Sólo esperaba que ella no perdiese la llave.

Ren aprovechó cualquier excusa para tocarla durante la cena. Sus piernas se rozaron bajo la mesa. Le tocó la rodilla. Jugueteeó con sus dedos y le fue dando comida de su plato. Con un trillado movimiento sacado de una de sus películas, le rozó con el pulgar el labio superior. ¿Cuán calculador podía ser un hombre? Lo curioso es que estaba dando resultado.

Ren apartó la taza vacía de su *cappuccino*. La cena había sido deliciosa, pero no podía recordar qué habían comido.

—¿Has acabado? —le preguntó.

Oh, ella sí había acabado.

Tras asentir, la sacó del comedor y la condujo hacia las escaleras, pero en lugar de descender, ascendieron.

—¿Dónde vamos?

—Pensé que te gustaría ver unas preciosas vistas de la *piazza*.

Ya había visto suficientes vistas por ese día. Quería regresar a la casa. ¿O tal vez Ren querría hacerlo en el coche? Ella nunca lo había hecho en un coche, pero esa noche parecía el momento ideal para probar nuevas experiencias.

—Creo que paso de las vistas. Podríamos ir hacia el coche.

—No corras tanto. Sé que te gustará. —Con la mano en su codo, giró por un pasillo y sacó una pesada llave del bolsillo.

—¿Cuándo lo preparaste?

—¿Acaso pensabas que iba a darte la oportunidad de cambiar de opinión?

La habitación era pequeña, con molduras doradas, un remolino de querubines pintados al fresco en el techo y una cama doble con un sencillo cobertor blanco.

—Era la única que les quedaba, pero servirá, ¿no te parece?

Dejó la mochila en el suelo.

—Es bonita. —Isabel se sacó las sandalias, determinada a no cederle la iniciativa. Dejó el chal sobre una silla de madera, después abrió el bolso, sacó un preservativo y lo dejó sobre la mesilla de noche. Obviamente, Ren se echó a reír.

—No pareces demasiado optimista. —Se sacó las gafas y las dejó a un lado.

—Tengo más.

—Por supuesto. —Cerró la puerta con llave—. Y, por supuesto, yo también.

Isabel se recordó que esa noche no tenía nada que ver con el amor o la duración. Tenía que ver con sexo, el resultado previsible si se estaba cerca de Lorenzo Gage. Y ahora él sería su juguetito personal. Su aspecto era inmejorable.

Intentó planear cómo empezar. ¿Tenía que desvestirlo a él primero? ¿Desenvolverlo como a un regalo de cumpleaños? ¿O mejor besarle?

Él dejó la llave sobre la cómoda y frunció el entrecejo.

—¿Estás haciendo una lista?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque has puesto esa cara que pones cuando haces listas.

—Te pone nervioso, ¿verdad? —Recorrió el trecho que los separaba, le rodeó los hombros con los brazos y se mantuvo a la distancia precisa para observar aquella hermosa boca. Entonces le dio un mordisquito en el labio superior, sólo para que supiese que se las iba a ver con una tigresa.

Luego le abrazó con más fuerza y le dio un húmedo y profundo beso con la boca abierta, dejándole claro en todo momento que su lengua era la que conducía.

A Ren no parecía importarle.

Ella metió una de sus piernas entre las pantorrillas de Ren. Él le aferró las nalgas y la alzó del suelo, lo cual resultó perfecto, pues la hizo parecer más alta que él y, bueno, a ella le encantaba tener una posición de superioridad. Puso un poco más de sí misma en aquel beso y deslizó un muslo entre los suyos.

A él le gustó aquel movimiento, y echó a andar hacia la cama.

—Desnúdate primero —dijo Isabel.

—¿Que me desnude?

—Ajá... Y hazlo despacio.

La dejó en un extremo de la cama y la miró con muy malas intenciones. Sus sensuales labios apenas se movieron cuando habló:

—¿Estás segura de ser lo bastante mujer para lidiar conmigo?

—Bastante, sí.

—No me gustaría que te adelantases.

—Muéstrame de qué eres capaz.

Isabel podría haber dicho que Ren estaba disfrutando, a pesar de que no lo demostraba en exceso parpadeando con sus oscuras y largas pestañas. También supo que no empezaría a enseñar músculos o hacer poses de calendario. Era auténtico.

Muy despacio, lánguidamente, Ren se desabrochó la camisa. Se tomó su tiempo para liberar cada botón con la punta de los dedos. La camisa se abrió. Ella dejó escapar un suspiro.

—Excelente. Me encanta tener a una estrella de la pantalla toda para mí.

La camisa resbaló por su cuerpo hasta caer al suelo. Llevó las manos hasta la hebilla del cinturón, pero en lugar de abrirlo alzó una ceja hacia Isabel.

—Inspírame.

Ella metió las manos bajo su vestido, se sacó la braguita y la arrojó a un lado.

—Excelente. Me encanta tener a una gurú sexual sólo para mí.

Abrió la hebilla, se quitó los zapatos y los calcetines y bajó unos centímetros la cremallera. Estaba realizando una actuación de primera.

Isabel esperó ansiosa a que él siguiese bajando la cremallera, pero Ren negó con la cabeza.

—Un poco más de inspiración —pidió.

Ella se llevó las manos a la espalda y bajó su cremallera mucho más de lo que él había abierto la suya. El vestido resbaló y dejó al descubierto uno de sus hombros. Se sacó los pendientes.

—Patético —masculló él, y se deshizo de los pantalones, quedando frente a ella con sólo unos boxers de seda azul oscuro; setenta y cinco kilos de carne prieta para ella sola—. Antes de ir más lejos, tendrás que darme otra dosis de inspiración.

Estaba intentando tomar el mando de nuevo, pero ¿acaso no tenían derecho a divertirse por igual? Ella le indicó con el dedo que se acercase, un gesto que no había utilizado en toda su vida, e incluso le sorprendió ver que él le obedecía.

Ella apoyó la espalda en las almohadas y le tendió los brazos seductoramente. Él se inclinó y le alzó el vestido. No del todo, sólo hasta los muslos, lo cual resultó suficiente para que a ella se le pusiese piel de gallina. El colchón cedió cuando él se colocó encima de Isabel. Apoyó el peso en los antebrazos para que sus pechos no se tocasen y bajó la cabeza.

Resultaba muy tentador responder a la invitación del beso. Pero la idea de ejercer su poder sobre aquella bestia morena era demasiado estimulante como para dejarla pasar, así que se ladeó un poco y le propinó un buen golpe, obligándolo a tumbarse de espaldas.

—Esto cada vez se pone mejor —dijo él.

—Estoy de acuerdo —contestó ella, y se colocó a horcajadas encima de él. Ren no pudo evitar mirarla con malicia.

—¿Satisfecha?

Ella sonrió.

—Mucho.

Un hombre más amable y sensible se habría limitado a dejar que ella hiciese las cosas a su manera, pero él no era amable, y le pellizcó en el hombro, lo bastante fuerte para que ella lo sintiese, para después chuparle la marca.

—No deberías jugar con fuego a menos que estés dispuesta a quemarte.

—Me asustas. Y cuando me asusto me pongo hiperactiva. —Juntó las rodillas y se colocó completamente encima de Ren y sus boxers azul oscuro de seda.

Él se quedó sin aliento.

Ella se meneó.

—¿Quieres que vaya más despacio? No quiero asustarte.

—Oh..., no. Así está muy bien. —Metió las manos bajo el vestido y lo arrolló sobre su trasero.

Ella nunca había imaginado lo exquisito que podía ser sentir la excitación en la mente y el cuerpo al mismo tiempo. Pero también quería reír, y el contraste la mareó.

—¿Vas a quedarte ahí sentada toda la noche o vas a... moverte?

—Estoy pensando —contestó ella.

—¿En qué?

—En si estoy preparada para que me excites.

—¿Necesitas más excitación?

—No estaría mal.

—¡Eso está hecho! —La empujó hasta tumbarla de espaldas—. Nunca esperes que una mujer haga el trabajo de un hombre. —El vestido siguió subiendo hasta la cadera. Él abrió las piernas de Isabel—. Lo siento, cariño, pero no hay más remedio que hacerlo —añadió, y antes de que ella pudiese decir nada, se inclinó y hundió la cabeza en su entrepierna.

En la mente de Isabel empezaron a estallar cohetes. Dejó escapar un gritito grave y ronco.

—Vamos —susurró él contra su húmeda piel—. Acabaré muy pronto.

Isabel intentó mantener unidas las piernas, pero si bien su cabeza lo ordenaba, sus rodillas no le respondieron, pues aquello era demasiado exquisito.

Él hurgó con la lengua, se abrió paso con los labios, y una salvaje oleada de sensaciones hicieron sentir a Isabel que flotaba por encima de la cama. Podría haberle desagradado, pero no fue así... y ahora volaba.

Cuando volvió en sí, los boxers azul oscuro habían desaparecido. Ren la hizo colocar encima de él y la penetró, pero no del todo. Entonces su expresión se hizo más tierna, y con una mano le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Era imprescindible —dijo.

Para su sorpresa, ella pudo responderle, pero su voz fue apenas un carraspeo.

—Te dije que no quería sexo oral.

—Castígame.

Isabel tuvo ganas de reír, pero él estaba dentro y ella se sentía lánguida y excitada y lista para recibir más placer.

—Sólo me he puesto uno. —Señaló con la cabeza hacia el envoltorio de preservativo que había sobre la cama—. Tendrás que confiar.

—Adelante, dame placer. Bien pronto vas a dejar de bromear. —Se sacó el vestido por la cabeza, sintiendo cómo Ren la penetraba casi hasta el fondo.

Él se llevó sus dedos a la boca y los besó. Ella se quedó sólo con el sujetador negro de encaje y el brazalete de oro con la inscripción respira. Muy despacio, Isabel empezó a moverse, ejerciendo su poder, sintiéndose una mujer capaz de satisfacer plenamente a un hombre como aquel.

Ren le desabrochó el sujetador y se lo sacó para apreciar sus pechos. Después la sujetó por el trasero allí donde sus cuerpos se unían y empezó a embestirla. Ella se inclinó hacia delante para que pudiese besarla. Sus caderas seguían moviéndose, e Isabel deseó que para él fuese tan maravilloso como lo estaba siendo para ella, así que a pesar de fundirse en

un beso, se esforzó por mantener la posición y por moverse más y más despacio, conteniendo las fieras exigencias de su cuerpo.

La piel de Ren brillaba debido al sudor. Tenía los músculos en tensión. Ella se movía despacio... más despacio... Estaba agonizando, y él también, y podría haberla atraído con fuerza para acabar, pero no lo hizo, y ella sabía el esfuerzo que les costaba a ambos... Pero no dejó de moverse despacio.

Tan despacio que apenas se movía.

Sólo la más ligera fricción... la más leve contracción...

Hasta que...

... fue demasiado.

OceanofPDF.com

Las campanas de San Gimignano sonaron suavemente bajo la lluvia de la mañana. La habitación se había enfriado durante la noche, e Isabel se acurrucó bajo las sábanas, caliente y segura, protegida por las torres de vigilancia y los fantasmas de los creyentes.

La noche anterior había sido una especie de peregrinaje para ella. Sonrió con la cara apoyada en la almohada y se tumbó de espaldas. Había mantenido el control, y luego lo había perdido, sin reparos y sin prejuicios, y cada minuto había sido maravilloso. Ren se había mostrado como un amante infatigable, lo cual no le sorprendió. La sorpresa fue que ella mantuviese su ritmo.

Ahora estaba sola en la habitación. Con un bostezo, sacó los pies de la cama y se dirigió al lavabo. Encontró la mochila de Ren abierta en el suelo bajo su chal negro ribeteado. Dentro de la misma había un cepillo de dientes y pasta dentífrica. Él lo había previsto todo de antemano, algo que ella siempre apreciaba.

Tras una ducha rápida, se envolvió en una de las enormes toallas del hotel y rebuscó en la mochila para ver si a Ren se le había ocurrido traer un peine. No había peine, pero sí una liga de encaje roja.

Él asomó la cabeza por la puerta.

—Una pequeña muestra de afecto. En cuanto te la pongas, desayunaremos juntos.

—Ni siquiera son las nueve. Te has levantado muy temprano.

—El tiempo vuela. Y hay muchas cosas por hacer. —Le sonrió de un modo que dejaba a las claras qué clase de cosas eran.

—Déjame sola mientras me visto.

—¿Qué te gustaría hacer?

Ren nunca había visto nada tan bonito como la doctora Fifi recién salida de la ducha, con los rizos enredados, las mejillas enrojecidas y la nariz brillante y pecosa. Pero no había nada inocente en su curvilíneo cuerpo o en la liga roja que colgaba de su competente mano.

La noche anterior había sido una locura. Ella se había comportado como una *dominatrix*, dando órdenes sin parar, y también se había mostrado flexible y blanda entre sus brazos. Jamás lo había pasado tan bien con una mujer, y no podía dejar de pensar en repetir.

—Ven aquí.

—Oh, no. Tengo hambre. ¿Qué me has traído?

—Nada. Quítate esa toalla.

Ella hizo girar la liga en un dedo.

—Huelo café.

—Imaginaciones tuyas.

—No lo creo. Saldré en un minuto.

Él cerró la puerta, sonrió de nuevo y sacó de detrás de la espalda la bolsa de papel que contenía el café y los bollos que había comprado. El recepcionista le había reconocido, lo cual le obligó a firmar algunos autógrafos para los parientes de aquel hombre, pero se sentía demasiado bien para preocuparse.

La puerta del baño se abrió de golpe, y casi se le vertió el café. Ella se asomó al umbral ataviada únicamente con el chal negro y la liga de encaje que él había comprado el día anterior.

—¿Era esto lo que tenías en mente?

—Es incluso mejor.

Ella sonrió, se encogió de hombros y el chal cayó al suelo.

Cuando finalmente tomaron el café, estaba frío como el hielo.

—Me encanta San Gimignano —dijo ella cuando iban de regreso a casa bajo la lluvia—. Podría haberme quedado para siempre.

Él sonrió y puso en marcha el limpiaparabrisas.

—Me pagarás, ¿verdad?

—Lo dudo. Si alguien tiene que pagar por atenciones sexuales, ése eres tú, porque soy condenadamente buena. Admítelo.

Parecía tan contenta consigo misma que él ni siquiera se planteó la posibilidad de contradecirla.

—Eres de primera clase.

—Yo también lo creo.

Ren rió y sintió deseos de besarla de nuevo, pero ella le habría endilgado toda una conferencia sobre sensatez si él hubiese soltado el volante.

Isabel dejó que una de las sandalias se balancease en su pie cuando cruzó las piernas.

—Si tuvieses que ponerme nota, ¿cúal me pondrías?

—¿Nota?

—Sí, en un ránking.

—¿Quieres que te puntúe? —Justo cuando creía que ya no podría sorprenderle, le desconcertaba con su tablero de valoración personal.

—Sí.

—¿No crees que es un poco denigrante?

—No, si soy yo la que te lo pide.

Ren no era tonto y sabía reconocer un nido de víboras cuando lo veía.

—¿Por qué quieres que te puntúe?

—No se debe a que quiera competir con tus anteriores víctimas... No te sientas halagado. Simplemente quiero conocer mi nivel de competencia desde el punto de vista de una autoridad reconocida en la materia. Hasta dónde he llegado. Y, en interés de posibles mejoras, hasta dónde debería llegar.

—Eso suena a «próximas ocasiones»...

—Responde a mi pregunta.

—De acuerdo. —Se relajó contra el respaldo—. Para ser sincero, no eres la número uno. ¿Te parece bien?

—Sigue.

Tomó una curva cerrada.

—La número uno fue una cortesana francesa muy solícita.

—Ah, bien, una mujer francesa.

—La número dos pasó sus años de formación en un harén de Oriente Medio. No esperarás competir con eso ¿verdad?

—Supongo que no. Aunque tal vez...

—Y en el número tres hay un empate. Por un lado una contorsionista bisexual del Cirque du Soleil y un par de gemelas pelirrojas con un

interesante fetichismo. La número cuatro...

—Ve al grano.

—La cincuenta y ocho.

—Muy bien. ¿Te has divertido?

—Oh, sí.

Isabel le dedicó una sonrisa de satisfacción y se repantigó en el asiento.

—En cualquier caso, no preguntaba en serio. Confío demasiado en mí misma para que me importe el lugar en que me colocas. Sólo pretendía hacerte sufrir.

—Me parece que no soy el único que sufre. Tal vez eres un poco más insegura de lo que dejas entrever.

—Es por la liga. —La palpó por debajo del vestido—. Un complemento para mujeres realmente desesperadas.

—A mí me gusta.

—Me he dado cuenta. Entenderás, supongo, que ahora tendrás que mudarte a la villa otra vez.

De nuevo le había sorprendido.

—¿De qué estás hablando?

—Estaba preparada para tener una aventura contigo, pero no estoy preparada para que vivamos juntos.

—Hasta ayer vivíamos juntos.

—Eso fue antes de anoche.

—No voy a regresar a la villa a trompicones a las cinco de la madrugada.

—Pisó el acelerador más de lo necesario—. Y si crees que no podemos dormir juntos de nuevo, entonces es que tienes muy poca memoria.

—No he dicho que no puedas pasar la noche de vez en cuando. Lo que he dicho es que no puedes seguir viviendo en la casa.

—Una sutil distinción.

—Una importante distinción. —Isabel entendía la diferencia, y suponía que él también. Se tocó el brazalete. No podría centrarse a menos que dispusiese de todo el tiempo para sí misma y su respiración—. Nuestra aventura sólo ha sido sexo. —Ren apartó la vista de la carretera lo justo

para dedicarle una de sus miradas asesinas, pero ella le ignoró—. Vivir juntos lo complicaría.

—No sé por qué.

—Cuando dos personas viven juntas, establecen un compromiso emocional.

—Espera un seg...

—Eh, deja de mirarme así, parece aterrizado. Eso sólo confirma lo que estoy diciendo. Nosotros mantenemos una relación física a corto plazo, sin componentes emocionales. Todo lo que obtienes de mí es mi cuerpo. ¿No te basta?

La expresión de Ren se hizo sombría, algo que ella no pudo entender, pues había descrito una relación perfecta. Debería estar contento de que ella lo hubiese propuesto en esos términos. El predecible comportamiento de género. Pero no podía dar nada por supuesto en lo tocante a ese hombre.

—Por cierto —añadió—, mientras mantengamos relaciones sexuales, ambos seremos fieles.

—Deja de decir «relación sexual». Haces que suene como si se tratase de la gripe. Y no quiero ningún tipo de monserga sobre la fidelidad.

—No te voy a soltar ninguna monserga.

Eso hizo reír a Ren.

—De acuerdo —aceptó Isabel—. Tal vez sí. Adelante. Te toca a ti.

—¿Me toca?

—Sin duda debes de tener ciertas condiciones.

—Claro, maldita sea.

Ella le observó intentando imaginar sus condiciones y resistiéndose al deseo de hacer algunas sugerencias.

—De acuerdo —dijo Ren—. Me llevaré mis cosas en cuanto lleguemos. Pero si «practicamos sexo», pasaré la noche contigo.

—De acuerdo.

—Y si no «practicamos sexo» y me veo obligado a pasar la noche en la villa con esos gamberros, no esperes que esté de buen humor al día siguiente. Si quiero discutir, lo haré.

—Bien. —Ella descruzó las piernas—. Pero no podrás decir «cállate».

—Cállate.

—Una cosa más...

—No hay nada más.

—Anoche cruzaste un límite. Y sólo porque me haya equivocado al establecerlo no significa que quiera que sigas haciéndolo.

La mirada de Ren se hizo más afilada.

—Dime qué límite crucé.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Dime «marranadas». Fue cuando intentabas cerrar las rodillas...

—Podría ser.

—Cariño, cuando te equivocas, te equivocas. —Sonrió de un modo diabólico—. Y eso me lleva a preguntarme...

—No lo sé. Estoy pensando en ello.

—¿Cómo sabes lo que iba a preguntar?

—Soy extremadamente perceptiva. Eres un hombre, y te gusta la reciprocidad.

—No es gran cosa. Estoy más que contento con el modo en que se han desarrollado las cosas.

—Me alegra saberlo.

—Y no quiero que te sientas presionada.

—Gracias. No lo estoy.

—La única razón por la que he sacado el tema es para tranquilizarte. Quiero que sepas que si decides... aventurarte, prometo que me comportaré como un perfecto caballero.

—¿Acaso podrías comportarte de otro modo?

—Sabes a qué me refiero.

La lluvia les dejó atrapados en la villa durante toda la mañana y parte de la tarde. Harry dio vueltas de una habitación a otra con su teléfono móvil apretado contra la oreja, evitando entrar en las habitaciones donde estaba Tracy. Ésta jugó con las muñecas Barbie hasta que le dieron ganas de arrancarle la cabeza a aquella zorrita anoréxica. Intentó entretener a Jeremy con juegos de cartas que él no quería jugar. Los niños se pelearon, a Connor

le tiraron de la oreja y a Tracy los tobillos empezaron a fallarle, lo que significaba que necesitaba tomar sal, ¿y qué era la vida sin sal? El mero hecho de pensarlo le hizo sentir ganas de comerse una bolsa de patatas fritas.

Finalmente, se llevó a Connor abajo para hacer la siesta, dejó de llover, y los otros niños pudieron salir a jugar. Le habría dado gracias a Dios por ello, pero ver a Harry haciendo otra llamada con su móvil la sumió en el desaliento. Había pensado en lo que Isabel le había dicho —la pregunta que, en teoría, tenía que formular—: ¿qué tres cosas podía hacer ella para hacerle feliz? Pero ¿qué pasaba con las cosas que podía hacer él para hacerla feliz a ella? En ese momento, odió a Isabel Favor casi tanto como a Harry.

Él cometió el error de pasar a su lado justo cuando ella tropezaba con el maletín del ordenador portátil que Connor había estado arrastrando de un lado a otro. Ella lo recogió y se lo lanzó. Él no gritó, pero nunca lo hacía. Ella era la gritona de la familia. Él se limitó a acabar la llamada y a mirarla con ceño, del mismo modo en que miraba a los niños cuando se comportaban mal.

—Estoy seguro de que has tenido una razón para hacerlo.

—Lo único que lamento es que no fuese una silla. Ha estado lloviendo toda la mañana y no me has ayudado con los niños.

—Tenía que hacer varias llamadas urgentes de larga distancia. Te lo dije. He cancelado todas mis reuniones y he buscado nuevas fechas para dos presentaciones, tenía que hacerme cargo.

Ella sabía que se encontraba en un momento crítico del proyecto, y ya se había quedado mucho más tiempo del que habría imaginado. También había pasado muchas más horas que ella con los niños desde que había llegado, pero se sentía demasiado herida para ser justa. Sólo le preocupaba ser hiriente.

—Ojalá pudiese permitirme el lujo de llamar por teléfono cada vez que quisiese.

¿Cuándo se había convertido en semejante arpía?

Cuando su marido dejó de quererla.

—Cálmate, ¿de acuerdo? ¿Podrías, por una vez en tu vida, fingir ser razonable?

Cuando se distanció de ella... Siempre se distanciaba. Fingiendo que ella no tenía sentimientos para, de ese modo, no tener que lidiar con ellos.

—¿Qué pasa, Harry? ¿Por qué tenemos que fingir nada? Estoy embarazada otra vez, no puedes estar conmigo, ni siquiera te gusto. Dios, me das pena.

—Deja ya el melodrama. Me gustará tener otro hijo. Sacas las cosas de quicio porque estás aburrida y quieres entretenerme.

Lo único que sabía era menospreciarla. No podía tolerar un minuto más su fría indiferencia, el saber lo poco que significaba para él su amor.

—Tus excesos interpretativos se deben al embarazo —dijo Harry—. Tus hormonas te han convertido en alguien completamente irracional.

—No estaba embarazada hace un año. ¿Me comporté de modo irracional cuando fuimos a Newport y te pasaste todo el tiempo pegado al teléfono?

—Eso fue una emergencia.

—¡Siempre hay emergencias!

—¿Qué quieres que haga? Dime, Tracy, ¿qué puedo hacer para que seas feliz?

—¡Demuéstramelo!

La expresión de Harry era de fría neutralidad.

—Intenta controlarte, ¿de acuerdo?

—¿Para convertirme en un robot como tú? No, gracias.

Él meneó la cabeza.

—Esto es una pérdida de tiempo. Quedarme aquí ha sido una pérdida de tiempo.

—¡Pues vete! De todas formas, es lo que quieres hacer. Vete para que no tengas que tratar con la gorda histérica de tu mujer.

—Tal vez lo haga.

—¡Vamos, lárgate!

—¡Muy bien! En cuanto me despida de los niños, me marchó. —Dejó a un lado el maletín del ordenador y echó a andar.

Tracy se dejó caer en una silla y rompió a llorar. Finalmente, lo había logrado. Había acabado sacándole de sus casillas.

Dime, Tracy, ¿qué puedo hacer para que seas feliz?

Por unos segundos se preguntó si Isabel también habría hablado con él. Pero no, su pregunta había sido como un latigazo. Aun así, le habría gustado poder decirle la verdad.

Ámame, Harry. Sólo ámame como me amabas antes.

Harry encontró a su hijo mayor y a la más pequeña frente a la villa. Al bajar a Brittany de una de las estatuas que Jeremy le había animado a escalar, se dio cuenta de que estaba sudando. No podía permitir que sus hijos fuesen testigos de su ansiedad, por lo que se forzó a sonreír.

—¿Dónde está Steffie?

—Ni idea —respondió Jeremy.

—Sentaos, chicos. Tengo que deciros una cosa.

—Te vas otra vez, ¿verdad? —Los brillantes ojos de Jeremy, del mismo color azul que los de su madre, le miraron de forma acusadora—. Vuelves a Zurich, y mamá y tú os vais a divorciar.

—No vamos a divorciarnos. —Pero ése era el siguiente paso lógico, y a Harry le dolía tanto el pecho que apenas podía respirar—. Tengo que volver al trabajo, eso es todo.

Jeremy le miró como si su padre hubiese apagado el sol.

—No es nada importante. En serio.

Harry los tomó en brazos a los dos y les llevó hasta un banco, donde les explicó todo, a excepción de lo que no les había dicho cuando los tenía cerca, tanto allí como en Zurich. Que no podía hacer planes ni pensar. Que no dormía bien desde hacía meses. Que las dos noches anteriores, con los niños arremolinados a su alrededor, había podido dormir un poco, pero sin llegar a ser el reposo profundo y reparador que experimentaba cuando Tracy le ponía el brazo sobre el pecho, trayéndole en sueños la suave y exótica esencia de su oscuro y vibrante cabello.

—Volveré antes de que os deis cuenta.

—¿Cuándo? —Jeremy se había parecido siempre más a Tracy que a Harry. Su hijo mayor no era de trato sencillo, pero bajo la superficie era una personita emocional y muy sensible. ¿Qué le suponía eso a él?

—Os llamaré cada día —dijo Harry, ofreciéndole la mejor respuesta posible.

Brittany se metió el pulgar en la boca y se sacó los zapatos.

—No quiero que te vayas.

Gracias a Dios, Connor seguía dormido. Harry no habría podido resistir la sensación de aquellos confiados bracitos alrededor de su cuello, de aquellos húmedos besos en su mejilla. Todo aquel amor incondicional de parte de un hijo que no había deseado. ¿Cómo podía esperar que Tracy le perdonase cuando ni siquiera él era capaz de ello? Y el nuevo embarazo lo había removido todo otra vez.

Sabía que querría a aquel niño en cuanto naciese. Tracy le conocía lo suficiente para saberlo. Pero odiaba la idea de que sólo los niños, más y más niños, la hiciesen sentir realizada. Él no lo había logrado.

Tenía que encontrar a Steffie, pero le atemorizaba decirle que se marchaba. La niña tenía una tendencia natural a preocuparse, como él. Mientras los otros niños intentaban llamar su atención, ella se mantenía al margen, con un leve rastro de preocupación en la frente, como si no supiese si merecía estar con sus hermanos. A veces, a Harry le rompía el corazón. Ojalá supiese cómo reconfortarla.

Jeremy empezó a golpear el banco. Brittany se quitó el vestido. Harry no podía pensar en lo que les estaba haciendo a los dos.

—Id a buscar a Steffie, ¿vale? Volveré en unos minutos.

Les dedicó una sonrisa tranquilizadora y se encaminó hacia la casa de abajo en busca del ex marido de Tracy. Tendría que haberlo hecho un par de días atrás, pero el muy capullo se había mostrado muy esquivo.

Ren estaba en la puerta de la casa y vio cómo Harry Briggs se acercaba. La lluvia había refrescado el ambiente, y Ren se disponía a correr un poco, pero al parecer tendría que esperar.

Siempre había sentido una secreta admiración por los tipos como Briggs, ases de las matemáticas con poderosos cerebros y emociones de baja intensidad. Hombres que no tenían que pasarse el día escarbando en su interior en busca de recuerdos y emociones de los que servirse para convencer al público de que eran capaces de asesinar. O de interesarse sexualmente por los niños.

Ren desechó aquellos pensamientos. Simplemente tenía que encontrar otra manera de enfocarlos. Esa misma tarde se sentaría con una libreta y

pondría manos a la obra.

Se encontró con Harry junto al Panda de Isabel. Harry llevaba una camisa muy bien planchada, unos pantalones con raya diáfana y unos lustrosos mocasines, pero tenía una mancha en las gafas de sol que parecía la diminuta huella de un pulgar. Ren se apoyó en el Panda con aires de matón para irritarle. Dado que había hecho sufrir a Tracy, no merecía nada mejor, el muy cabrón.

—Voy a regresar a Zurich —dijo Briggs fríamente—. Pero antes de irme, te advierto que te controles. Ahora Tracy se siente muy vulnerable, y no quiero que hagas nada que la moleste.

—¿Por qué tendría que hacerte caso?

Briggs se tensó.

—Te lo advierto, Gage. Si intentas manipularla en algún sentido, lo lamentarás.

—Me aburres, Briggs. Si tanto te preocupase no le habrías sido infiel, ¿verdad?

Ni siquiera la menor brizna de culpa apareció en su rostro, lo cual no dejaba de ser extraño en un tipo tan estirado como Briggs. Ren recordó que Isabel había mostrado ciertas reservas respecto a la historia de Tracy, y decidió investigar un poco.

—Curioso, ¿no te parece?, el que ella viniese a buscarme en cuanto se sintió herida. ¿Y sabes qué otra cosa resulta curiosa? Tal vez fui un marido de mierda, pero me mantuve alejado de otras mujeres mientras estuve casado. —Bastante alejado, en cualquier caso.

Harry se dispuso a responder, pero fuera lo que fuese lo que iba a decir, se le atragantó cuando oyó los gritos de Jeremy desde lo alto de la colina.

—Papi, hemos buscado por todas partes pero Steffie no aparece.

Harry gritó a su hijo:

—¿Habéis mirado en la piscina?

—Mamá está allí ahora. ¡Dice que vayamos enseguida!

Briggs echó a correr.

Ren salió tras él.

Steffie no estaba en la piscina ni escondida en los jardines. Recorrieron todas las habitaciones de la casa buscándola, incluido el desván y la bodega, pero no la encontraron en ningún sitio. La cara de Harry adoptó un tono ceniciento cuando Ren telefoneó a la policía local.

—Cogeré el coche y recorreré la carretera —dijo Harry en cuanto Ren colgó—. Jeremy, necesitaré otro par de ojos. Te vienes conmigo.

—Yo buscaré en el bosquecillo y en los viñedos —dijo Ren—. Isabel, tal vez Steffie se haya escondido en la casa de abajo. Búscala allí. Tracy, te quedas aquí por si acaso regresa.

Tracy buscó la mano de Harry.

—Encuéntrala, por favor.

Por un momento, simplemente se miraron.

—La encontraremos —respondió.

Isabel tenía los ojos cerrados, por lo que Ren supuso que estaba rezando, lo cual, por una vez, le alegró. Steffie parecía demasiado tímida para vagabundear. Pero si no estaba vagabundeando y no se había producido ningún accidente, eso sólo dejaba una posibilidad. Apartó aquellos desagradables pensamientos que habían empezado a extenderse por su mente. El guión de *Asesinato en la noche* le condicionaba.

—Ya verás que no le ha pasado nada —le susurró Isabel a Tracy—. Lo sé. —Y tras dirgirle una sonrisa tranquilizadora, se encaminó hacia la casa.

Ren atravesó el jardín húmedo en dirección al viñedo, más tenso a cada paso. El maldito guión... Se recordó que no estaban en la ciudad, donde los depredadores acechan en callejones y se esconden en edificios abandonados, sino en el campo. Pero Kaspar Street encontraba una de sus víctimas en el campo, una niña de siete años que iba montada en bicicleta por un camino de tierra... *¡No es más que una película, maldita sea!*

Se obligó a concentrarse en lo real en lugar de lo imaginario dividiendo el viñedo en secciones. Eran casi las tres de la tarde, pero estaba tan nublado que la visibilidad era escasa. El barro provocado por la lluvia de la

mañana se le pegó a las zapatillas de deporte en cuanto empezó a recorrer las hileras de parras. Tracy había dicho que Steffie llevaba pantalones cortos rojos. Centró la mirada en busca de un fogonazo de color. Dondequiera que estuviese, esperaba que no encontrase arañas.

Kaspar Street habría utilizado arañas.

Sintió un escalofrío en la espalda. En ningún caso podía pensar ahora en Kaspar Street. *Vamos, Steffie. ¿Dónde estás?*

Tracy le entregó al policía Bernardo la fotografía de Steffie que llevaba en el monedero cuando éste llegó respondiendo a la llamada de Ren. Luego le pidió a Anna que se quedase a su lado para hacerle de intérprete y evitar malentendidos. De vez en cuando se detenía para tranquilizar a Brittany y coger en brazos a Connor, pero nada aliviaba su terror. Su preciosa hija...

Isabel buscó en la casa, pero la niña no se había escondido allí. Buscó en el jardín y detrás de las glicinas que crecían sobre la pérgola. Finalmente, cogió la linterna y se encaminó hacia una arboleda cerca de la carretera, entre la villa y la casa. Al caminar, cada paso era una oración.

Harry recorrió cada centímetro de carretera, con Jeremy mirando hacia la derecha mientras él miraba hacia la izquierda. Las nubes habían empezado a espesarse en el cielo y la visibilidad empeoraba por momentos.

—¿Crees que ha muerto, papá?

—¡No! —Intentó deshacer el nudo de pánico que le atenazaba la garganta—. No, claro que no, Jeremy. Seguro que salió a dar un paseo y se extravió.

—A Steffie no le gusta pasear. Le asustan demasiado las arañas.

Algo que Harry había intentado olvidar.

Una ráfaga de gotas cayó sobre el parabrisas.

—No te preocupes —dijo Harry—. Se ha extraviado, eso es todo.

La lluvia arreció con tanta fuerza que Ren no se habría percatado de la puerta del cobertizo si un relámpago no la hubiese iluminado cuando él

pasaba por allí. Dos días atrás estaba cerrada con llave. Ahora ni siquiera estaba cerrada.

Se enjugó la lluvia de los ojos. Era poco probable que una niña que tenía miedo de las arañas quisiese entrar allí, no al menos de manera voluntaria. Recordó que la puerta abría con dificultad debido a la tierra. Steffie no habría tenido fuerza suficiente para abrirla y entrar...

Kaspar Street ocupaba su mente. Se acercó a la puerta. Al empujarla, se dio cuenta de que abrirla no costaba tanto como antes. La lluvia tal vez hubiese arrastrado algo de tierra. Se abrió sobre las bisagras.

Dentro reinaba la oscuridad y una humedad de mil demonios, incluso con la puerta abierta. Al rodear una pila de cajas deseó tener consigo una linterna.

—¿Steffie?

No hubo más respuesta que el sonido de la lluvia. Golpeó con la espinilla contra una caja de embalaje. Avanzó por el suelo de tierra, haciendo ruido suficiente como para confundirse.

El sonido de un gemido.

O quizá sólo eran imaginaciones suyas.

—¿Steffie?

Nada.

Resistiéndose al impulso de lanzarse contra el batiburrillo de cosas, se quedó inmóvil y al cabo de unos segundos volvió a oírlo, un sorbido de nariz a su espalda, a su izquierda.

Se volvió. No sabía qué iba a encontrar, y si no tenía cuidado podría asustarla aún más. Dios, no quería asustarla.

No quieres asustar a las pequeñas. No hasta que sea demasiado tarde para que puedan escapar.

Dio un respingo. Sólo había leído el guión una vez, pero tenía buena memoria, y demasiadas líneas de diálogo le habían impresionado.

—¿Steffie? —dijo suavemente—. Tranquila, pequeña.

Oyó un susurro, pero no hubo respuesta.

—Tranquila —dijo—. Puedes hablar conmigo.

Un leve y temeroso susurro atravesó la oscuridad:

—¿Eres un monstruo?

Él entrecerró los ojos. *Ahora no, cariño, pero dame un mes más.*

—No, cariño —dijo muy despacio—. Soy Ren.

Esperó.

—P-por favor, vete.

Incluso aterrorizada, la niña recordaba sus buenas maneras.

Las niñas educadas son las víctimas más fáciles, decía Street en el guión. *Su deseo de complacer supera su instinto de supervivencia.*

Estaba frío y húmedo debido a la lluvia, pero empezó a sudar. ¿Por qué había tenido que ser él quien la encontrase? ¿Por qué no su padre o Isabel? Se movió tan despacio como pudo.

—Todo el mundo te está buscando, cariño. Tus padres están preocupados.

Oyó que algo se movía en la oscuridad. Ella también se movía, demasiado asustada, sospechaba él, para dejarle acercar. ¿Pero qué le asustaba?

Odiaba sentirse como un acosador. Es más, odiaba haber incorporado de manera casi automática aquella emoción al basurero interior que conformaba su bagaje de actor, el lugar al que acudía cuando tenía que echar mano de lo más bajo de la condición humana. Todo actor tenía una de esas reservas, pero sospechaba que la suya era más vil que la de la mayoría.

Sólo un acto de desesperación podía haber llevado a la niña hasta allí. A menos que no tuviese otra opción...

—¿Estás herida? —preguntó con voz tranquila—. ¿Alguien te ha hecho daño?

El susurro de Steffie se transformó en un suave y temeroso hipido.

—Hay... hay montones de arañas aquí.

En lugar de dirigirse hacia ella, temiendo asustarla aún más, Ren se desplazó hacia la puerta para que no tuviese oportunidad de escurrírsele por un lado.

—¿Has venido... has venido por tu propia cuenta?

—La p-puerta estaba abierta y me colé.

—¿Sola?

—Me asusté de un trueno. Pero no sabía que estaría tan... oscuro.

Ren no podía desprenderse de la sombra de Kaspar Street.

—¿Estás segura de que no viniste con nadie?

—Sí. Vine sola.

Él se relajó un poco.

—La puerta es muy pesada. ¿Cómo pudiste sola?

—Empujé muy fuerte con las dos manos.

Ren respiró hondo.

—Tienes que ser muy fuerte para hacer eso. Deja que aprecie tus músculos.

Nacía un tonto cada minuto, pero ella no estaba incluida en ese grupo.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—Porque... no te gustan los niños.

Ahí me has pillado. Sin duda iba a tener que trabajar a fondo su relación con los niños antes de que empezase el rodaje. Una de las cosas que convertía a Kaspar Street en un auténtico monstruo era el modo en que sabía entrar en el mundo de los niños. No advertían su maldad hasta que ya era demasiado tarde.

Se forzó a volver a la realidad.

—Sabes que adoro a los niños. Incluso yo fui un niño. Aunque no era tan bueno como tú. Siempre me metía en problemas.

—Creo que me he metido en un problema.

Puedes estar segura de ello.

—Qué va, todos estarán tan contentos de verte que no tendrás ningún problema.

La niña no se movió, pero Ren enfocó la vista lo suficiente para ver una silueta cerca de lo que parecía una silla vuelta del revés. Una vez más, para cerciorarse, preguntó:

—Dímelo otra vez, cariño. ¿Estás herida? ¿Alguien te ha hecho daño?

—No. —Ren apreció un ligero movimiento—. Las arañas de Italia son muy grandes.

—Sí, pero si quieres puedo matarlas. Soy bueno en eso.

Ella no respondió.

Mientras Steffie cambiaba de opinión sobre él, Tracy y Harry estaban pasando por un verdadero tormento. Era el momento de ponerse serio.

—Steffie, tu padre y tu madre están muy asustados. Tengo que llevarte de vuelta con ellos.

—No, gracias. ¿P-puedes irte?

—No puedo. —Empezó a dirigirse hacia ella lentamente—. No quiero asustarte, pero voy a ir a buscarte.

Un gemido.

—Apuesto a que también tienes hambre.

—Vas a estropearlo todo. —Empezó a llorar. Sin dramatismo. Sólo unos sollozos.

Él se detuvo para darle algo de tiempo.

—¿Qué es lo que voy a estropear?

—T-todo.

—Dame alguna pista. —Pasó entre varias cajas de embalar.

—No lo entenderías.

Entonces la vio. Se puso en cuclillas sobre la tierra a unos pocos metros.

—¿Por qué lo dices?

—P-porque sí.

Le vencía su propia torpeza. No tenía la menor idea sobre niños, no sabía cómo manejar ese asunto.

—Tengo una idea. ¿Conoces a la doctora Isabel? Te gusta, ¿verdad? Quiero decir que te gusta más que yo.—Demasiado tarde se dio cuenta de que no era la mejor manera de plantearle la cuestión a una niña asustada—. De acuerdo. Mis sentimientos no son diferentes. También me gusta mucho la doctora Isabel.

—Es muy simpática.

—Estaba pensando... Es el tipo de persona que comprende todas las cosas. ¿Por qué no vamos con ella y le explicas cuál es el problema?

—¿Por qué no la traes aquí?

Tracy no había criado a una tontita. El asunto iba a tardar un poco.

—No puedo hacerlo, cariño. Tengo que quedarme contigo. Pero te prometo que te llevaré con ella.

—¿Lo sabrá mi papá?

—Pues sí.

—No, gracias.

¿De qué iba el asunto?

—¿Te da miedo papá?

—¿Mi papi?

Él apreció el tono de sorpresa en su voz y se relajó.

—A mí me parece simpático.

—Sí. —Aquella sencilla palabra encerraba un universo de tristeza—. Pero se ha ido.

—Creo que tenía que volver a su trabajo. Los mayores tienen que trabajar.

—No. —La palabra arrastró consigo un suspiro—. Se ha ido para siempre jamás.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Le oí. Se pelearon, ya no se quieren, y él se ha ido.

O sea que era eso. Steffie había oído la discusión entre Tracy y Harry. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer? ¿No había oído en algún lugar que había que ayudar a los niños para que verbalizasen sus sentimientos?

—Tonterías.

—No quiero que se vaya —dijo la niña.

—Acabo de encontrarme con tu padre, no lo conozco bien, pero puedo asegurarte que nunca te dejará para siempre jamás.

—No querrá irse si yo me pierdo. Tendrá que quedarse y buscarme.

Bingo.

Era una niña valiente, eso había que admitirlo. Había tenido que enfrentarse a sus peores miedos para no perder a su padre. Mientras tanto, sin embargo, sus padres se estaban volviendo locos de preocupación. No le enorgullecía hacerlo, pero tenía que superar aquel atasco.

—¡No te muevas! ¡Detrás de ti hay una enorme araña venenosa!

Ella se lanzó hacia él, y lo siguiente que sintió fue cómo se apretaba contra su pecho, temblando, con la ropa húmeda y las piernas desnudas heladas. Ren la apretó contra sí.

—Se ha ido. Creo que no era una araña. Me he confundido.

Las niñas pequeñas no huelen como las niñas mayores, apreció. Olía dulce, pero no era desagradable, y su pelo olía a champú de fresa. Le frotó los brazos para hacerla entrar en calor.

—Te engañé —se sintió impelido a confesar—. No había ninguna araña, pero tu mamá y tu papá están preocupados, y tienen que saber que estás bien.

Ella forcejeó para liberarse, pero él siguió frotándole los brazos para calmarla. Al mismo tiempo, intentó imaginar cómo habría manejado Isabel la situación. Todo lo que hubiese dicho habría sido lo adecuado: sensible, íntimo, perfecto para la ocasión.

Lo habría bordado.

—Tu plan no es bueno, Steffie. No podrías quedarte aquí para siempre, ¿verdad? Tarde o temprano tendrías que comer, y volverías al punto inicial.

—Eso me preocupaba.

Steffie se relajó un poco, y Ren sonrió por encima de su cabeza.

—Lo que necesitas es un nuevo plan. Uno que no tenga tantos flecos sueltos. Y lo primero que tendrías que hacer es decirle a tu mamá y a tu papá qué te ha molestado.

—Tal vez hiriese sus sentimientos.

—¿Y qué? Ellos han herido los tuyos, ¿no es así? Un sabio consejo: si vas por la vida intentando no herir a nadie te convertirás en una debilucha, y a nadie le gustan las debiluchas. —Casi pudo ver a Isabel frunciendo el entrecejo, pero qué demonios. Ella no estaba allí, y él estaba dando lo mejor de sí. Sin embargo, hizo una pequeña corrección—. No estoy diciendo que tengas que herir a la gente a propósito. Lo único que digo es que tienes que luchar por lo que te importa, y si hieres a alguien al hacerlo, es su problema, no el tuyo. —No había mejorado la explicación, pero tenía razón.

—Igual se enfadan mucho.

—No he querido decírtelo antes, pero creo que tus padres se van a enfadar de todos modos. No al principio. Al principio estarán muy contentos de verte, y te abrazarán y todo eso. Pero al cabo de un rato, creo que tendrás que hacer unas cuantas florituras.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tendrás que andar con ojo para no agravar las cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues... cuando dejen de lloriquear, empezarán a mostrarse enfadados por haberte escapado, y entonces las cosas se pondrán difíciles. Tendrás que hacerlos sentir culpables por haberles oído discutir, y cuando lo hagas, y esto es importante, sería conveniente que llores y pongas cara de pena. ¿Podrás hacerlo?

—No lo sé.

Él rió entre dientes.

—Vamos junto a la puerta, donde hay más luz, y te enseñaré cómo hacerlo. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

La alzó en brazos y la llevó hacia la puerta. Las sandalias de la niña le golpeaban en las espinillas. Ella se colgó de su cuello, era demasiado grande para llevarla en brazos, pero sentía la necesidad. Cuando llegaron a la puerta, la depositó en el suelo y, a pesar del barro, se sentó con ella en el regazo. Había dejado de llover, y había luz suficiente para apreciar la suciedad de la cara manchada por las lágrimas y la expresividad de unos ojos que le miraban como si de Santa Claus se tratase. Si ella supiese...

—Está bien. La idea es que aprendas esto para el resto de tu vida, ¿de acuerdo?

Ella asintió con solemnidad.

—Una vez se calmen, decidirán castigarte para que no vuelvas a hacer algo así. —La miró con su estilo arma letal—. Y quiero dejar claro una cosa: si decides hacer una tontería así otra vez, a mí no me convencerás tan fácilmente, así que será mejor que me prometas ahora mismo que imaginarás maneras más inteligentes de solucionar tus problemas.

Volvió a asentir con solemnidad.

—Lo prometo.

—Bien. —Le retiró un mechón de la cara—. Cuando tus padres empiecen a hablar sobre las consecuencias de tus actos, eso significará que están pensando en castigarte, así que tendrás que explicarles por qué te has escapado. Y no olvides decirles lo mal que te sentiste cuando les oíste discutir. Ése es su punto débil. Naturalmente, hablar de ello volverá a

entristecerte, lo cual es bueno, porque tendrás que usar esa tristeza para parecer todo lo apesadumbrada que puedas. ¿Lo entiendes?

—¿Tengo que llorar?

—No estaría mal. Déjame comprobar cómo vas a hacerlo. Pon cara de auténtica tristeza.

Ella le miró con sus grandes y tristes ojos, con la expresión más triste que él había visto jamás, a pesar de que todavía no había empezado su actuación, y casi se echó a reír cuando ella arrugó la cara, apretó los labios y soltó un largo y dramático suspiro.

—Estás sobreactuando, chiquilla.

—¿Qué quieres decir?

—Haz que parezca más real. Piensa en algo triste, como imaginar que te encerrasen en tu habitación para el resto de tu vida y se llevasen todos tus juguetes, y exprésalo con la cara.

—¿O que mi padre se vaya para siempre?

—Eso podría servir.

La niña reflexionó y al cabo compuso una cara bastante triste, completada con un mohín de la boca.

—Excelente. —Tenía que acabar con rapidez la lección de actuación antes de llevársela de allí—. Ahora hagamos un repaso rápido del guión.

—Cuando empiecen a enfadarse, tengo que decirles que les oí discutir y que me sentí muy mal porque papi tenía que irse, aunque les hiera sus sentimientos. Y puedo llorar cuando se lo diga. Tengo que pensar en algo triste, como que papi se va, y poner cara triste.

—Muy bien. Choca esos cinco.

Lo hicieron y ella rió y fue como si el sol volviese a salir.

Mientras la llevaba de la mano por la hierba húmeda de la colina, Ren recordó la promesa que le había hecho a la niña.

—Ya no necesitas hablar con la doctora Isabel, ¿verdad?

Lo último que quería era que la reverenda Buenrollo echase abajo todo su trabajo con la niña diciéndole que tenía que arrepentirse. Pronto aquella historia sería agua pasada.

—Creo que ahora estoy bien. Pero —apretó con más fuerza su mano— ¿podrías... podrías quedarte conmigo mientras hablo con ellos?

—No creo que sea buena idea.

—Yo creo que sí. Si te quedas conmigo, podrías, ya sabes, parecer triste también.

—Todo el mundo quiere ser el protagonista.

—¿Qué?

—Confía en mí si te digo que mi presencia estropearía tu gran escena. Pero te prometo que te estaré observando. Y te prometo que si deciden encerrarte en una mazmorra o algo así, te llevaré chocolatinas.

—Ellos no harían eso.

Su mirada de leve reproche le recordó a Isabel, y no pudo evitar sonreír.

—Exacto. Entonces ¿qué has de temer?

Briggs acababa de regresar a la villa, así que estaban todos reunidos en el porche cuando Ren apareció por el sendero con Steffie. Al verla, los dos padres echaron a correr. Se precipitaron sobre ella y casi asfixiaron a la pobre niña con sus abrazos.

—¡Steffie! ¡Oh, Dios mío, Steffie!

La besaron y examinaron su cuerpo para comprobar si estaba herida. A continuación, Tracy se puso en pie de un brinco y empezó a besar a Ren. Briggs extendió los brazos hacia él, pero Ren se las ingenió para evitar el abrazo inclinándose para atarse las zapatillas. Isabel, mientras tanto, le observaba con orgullo, lo cual le incomodaba. ¿Qué había creído que haría? ¿Matar a la niña?

Fue entonces cuando se le ocurrió pensar que en algún momento, mientras estaba con Steffie, había dejado de pensar en Kaspar Street.

La actitud de Isabel no evitó que desease hacerle el amor otra vez, aunque hacía sólo unas horas que lo habían hecho; a pesar de que no le encantaban precisamente los términos que ella había establecido esa misma mañana en el coche. No es que él desease muchos líos sentimentales —Dios sabía que no era así—, pero ¿por qué ella había tenido que demostrar tanta frialdad al respecto? Y también estaba la cuestión de Kaspar Street. A Isabel no le gustaba que asesinase a jovencitas, pero ¿qué pensaría cuando descubriese que ahora se trataba de niñas?

Finalmente optó por decirle que estaba calado hasta los huesos, tenía mucho frío y hambre. Eso despertó sus instintos maternos, tal como él esperaba, y dentro de una hora sin duda la tendría metida en la cama.

—¿Estáis enfadados? —preguntó Steffie en un susurro.

Harry tenía un nudo en la garganta del tamaño de Rhode Island. Como no podía articular palabra, le retiró el pelo de la frente y negó con la cabeza. Estaba tumbada en la cama con el más viejo de sus ositos de peluche apoyado en la mejilla. La habían bañado y llevaba puesto su camisón de algodón azul favorito. Harry la recordaba de bebé, gateando hacia él y tendiéndole los brazos. Se veía tan pequeña y tan hermosa bajo las sábanas.

—No estamos enfadados —dijo Tracy desde el otro lado de la cama—. Pero sí disgustados.

—Ren me dijo que si me encerrabais en una mazmorra me traería chocolatinas.

—Qué hombre tan chiflado. —Tracy alisó la sábana. Su maquillaje había desaparecido horas atrás, y tenía marcas oscuras bajo los ojos, aunque seguía siendo la mujer más guapa que Harry hubiese visto nunca.

—Siento mucho haberos asustado.

Tracy estaba seria.

—Ya. Pero mañana por la mañana no podrás salir de este dormitorio.

Tracy estaba haciendo el trabajo sucio que le tocaba a Harry, porque él quería olvidarse de la disciplina. Pero Steffie no había huido por culpa de su madre. Había sido por él. Se sentía derrotado y confundido. Pero también sentía resentimiento. ¿Cómo se las había apañado para convertirse en el malo de la película?

—¿Toda la mañana? —Steffie parecía tan pequeña y triste que Harry apenas pudo contenerse de contradecir a Tracy y prometer que la llevaría a comprar un helado en lugar de eso.

—Toda la mañana —confirmó Tracy.

Steffie recapacitó unos segundos y su labio inferior empezó a temblar.

—Sé que no tendría que haber huido, pero estaba muy triste porque os oí discutir a papi y a ti.

A Harry se le encogió el estómago y Tracy frunció el entrecejo.

—Hasta las diez y media —rectificó rápidamente.

El labio de Steffie dejó de temblar, y dejó escapar uno de aquellos suspiros que hacían reír a su padre.

—Pensé que sería mucho peor —dijo.

Tracy tiró de uno de los rizos de su hija.

—Puedes apostar por ello. La única razón por la que no te encerramos en la mazmorra de que te habló Ren es por tus alergias.

—Además de las arañas.

—Sí, eso también —dijo Tracy con un hilo de voz, y Harry supo que estaban pensando lo mismo.

Para Steffie era tan importante que sus padres siguiesen juntos que no le había importado enfrentarse a sus peores miedos. Harry pensó que su hija tenía más valor que él.

Tracy se inclinó para darle un beso y permaneció allí un buen rato, con los ojos cerrados y la mejilla apretada contra la de Steffie.

—Te quiero muchísimo, gamberrita. Prométeme que nunca volverás a hacer algo así.

—Lo prometo.

Harry logró recuperar la voz.

—Y promete que la próxima vez que algo te preocupe nos lo dirás.

—¿A pesar de que pueda herir vuestros sentimientos?

—Por supuesto.

La niña se colocó el osito bajo la barbilla y preguntó:

—¿Te irás... mañana?

Él no supo qué decir y se limitó a negar con la cabeza.

Tracy dijo que iba a echarles un vistazo a Connor y Brittany, que compartían habitación, al menos hasta que se despertasen y acudiesen a la cama de su padre. Jeremy estaba aún en la planta de abajo, entretenido con un juego de ordenador. Harry y Tracy no habían estado a solas desde la desastrosa conversación de la tarde, y él no quería estarlo ahora, pues se sentía indefenso, pero los padres no siempre pueden hacer lo que desean.

Ella salió al pasillo y cerró la puerta. Entonces se apoyó contra la pared, algo que solía hacer hacia el final de sus embarazos para aliviar la tensión.

Con sus otros embarazos Harry le había hecho masajes, pero no con este último.

El rencor contra su marido creció.

Colocó la mano sobre su vientre. La descarada y segura niña rica que había conquistado a Harry hacía doce años había desaparecido, y una mujer dolorosamente hermosa con ojos hechiceros había ocupado su lugar. En ese momento Harry salió al pasillo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella en voz baja.

¿*Qué vas a hacer tú?*, quiso preguntar Harry. Era ella la que se había ido. Era ella la que nunca estaba satisfecha. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No lo sé.

—No podemos seguir hablando.

—Sí podemos.

—No, porque empezamos a insultarnos.

No era tal como él lo recordaba. Era ella la que tenía la lengua afilada y un temperamento explosivo. Él sólo intentaba esquivar sus golpes.

—Yo nunca te he insultado. —Volvió a colocarse las gafas.

—Por supuesto que no. —Lo dijo sin malicia, pero el nudo que Harry tenía en su interior se apretó.

—Creo que lo ocurrido esta tarde nos llevó más allá de la fase de insultos, ¿no te parece?

A pesar de sus buenas intenciones, las palabras de Harry sonaron a acusación, y se abrazó a sí mismo temiendo la réplica. Pero ella se limitó a cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra la pared.

—Sí, yo también lo creo —dijo.

Harry deseó estrecharla entre sus brazos y suplicarle que lo olvidase todo, pero ella ya se había formado una opinión sobre él y nada de lo que dijese podría cambiarla. Y si él no podía hacer que ella entendiera, no tendrían oportunidad alguna.

—Lo que ha sucedido hoy prueba lo que vengo diciendo desde hace tiempo. Tenemos que hacer un esfuerzo. Creo que los dos lo sabemos. Es el momento de que nos pongamos manos a la obra y hagamos lo que tenemos que hacer.

—¿Y de qué se trata? —repuso ella.

Parecía verdaderamente perpleja. ¿Cómo podía ser tan obtusa? Él intentó ocultar su agitación.

—Tenemos que empezar a comportarnos como personas adultas.

—Tú siempre te comportas como adulto. Soy yo la que parece tener problemas con eso.

Era exactamente lo que él estaba intentando decirle, pero la expresión de derrota que reflejó el rostro de Tracy le llegó al corazón. ¿Por qué no podía ella adaptar las cosas para que pudiesen seguir avanzando? Buscó las palabras adecuadas, pero sus sentimientos se entremezclaban. Tracy creía que había que escarbar en esos sentimientos para saber adónde llevaban, pero Harry no lo creía. Nunca había visto ningún beneficio en ello, sino más bien lo contrario.

Ella cerró los ojos y habló muy suavemente.

—Dime qué puedo hacer para que seas feliz.

—¡Ser realista! Los matrimonios cambian. Nosotros hemos cambiado. Nos hacemos mayores y la vida nos atrapa. No puedo ser el mismo que era cuando empezamos, o sea que no lo esperes. Siéntete satisfecha con lo que tenemos.

—¿Es eso lo que solucionará las cosas? ¿Conformarse con lo que hay?

Todas las emociones de Harry fueron a reunirse en la boca del estómago.

—Tenemos que ser realistas. El matrimonio no puede ser claro de luna y rosas rojas para siempre. Yo a eso no lo llamaría conformarse.

—Yo sí. —Se apartó de la pared—. Y estoy dispuesta a luchar para que nuestro matrimonio no sea una farsa, aunque a ti no te importe.

Ella había alzado la voz, pero no podían volver a discutir, no teniendo a Steffie tan cerca.

—No podemos hablar aquí. —Harry la cogió del brazo y se la llevó pasillo adelante—. Nunca eres coherente. Nunca, ni una sola vez en todo nuestro matrimonio, te he visto hacer lo que tocaba.

—Eso es porque tienes un ordenador en lugar de cerebro —le recriminó ella cuando pasaron hacia otra ala de la villa—. No tengo miedo de luchar. Y lo haré hasta que los dos sangremos si es necesario.

—Estás intentando montar otro de tus melodramas. —Le horrorizó la rabia que reflejó su propia voz, pero no podía calmarse. Abrió la primera

puerta que encontró, la metió dentro y encendió la luz. Era una habitación grande. El dormitorio principal.

—¡A nuestros hijos no los van a criar unos padres unidos por un matrimonio fantasma! —gritó ella.

—¡Ya vale! —Era rabia lo que sentía, se dijo a sí mismo. Rabia, no desesperación, porque la rabia era algo que podía controlar—. Si no paras... —Sentía crecer un monstruo en su interior—. No puedes hacer esto. —Gesticuló con las manos—. Tienes que parar de una vez. Parar antes de que lo echés todo a perder.

—Cómo voy a echarlo todo...

En la cabeza de Harry se produjo una explosión.

—¡Diciendo cosas de las que no podemos retractarnos!

—¿Como qué? ¿Que has dejado de quererme? —Lágrimas de indignación anegaron sus ojos—. Que estoy gorda y que ya no supone ningún estímulo hacer el amor con una mujer embarazada con cuatro hijos. Que no logro hacer que cuadren las cuentas, que pierdo las llaves del coche, y que te levantas cada mañana deseando haberte casado con una mujer ordenada y eficaz como Isabel. ¿Es eso lo que se supone que no puedo decir?

Él dejó que Tracy se desahogase, pero sintió deseos de sacudirla.

—Nunca podremos arreglar esto si no muestras un poco de lógica —dijo.

—No puedo ser más lógica de lo que soy.

Harry apreció en su voz la misma desesperación que él sentía en su interior, pero ¿por qué debería sentirse ella desesperada cuando no dejaba de decir estupideces?

Tracy nunca se acordaba de llevar consigo pañuelos de papel, por lo que siempre tenía que sonarse la nariz en el dorso de la mano.

—Antes me preguntaste qué podías hacer para que fuese feliz, y yo no te respondí lo que realmente quería decirte. ¿Sabes qué quería decirte?

Él lo sabía, y no tenía ganas de oírlo. No quería que le dijese lo aburrido que era, que estaba perdiendo pelo, que ni siquiera se acercaba de lejos a ser el hombre que ella se merecía. No quería que le dijese que había servido a

su propósito de darle hijos y que ahora deseaba escoger a alguien diferente, alguien más parecido a ella.

Las lágrimas trazaron líneas plateadas en las mejillas de Tracy.

—Ámame, Harry. Eso es lo que quería decirte. Ámame como me amabas antes. Cuando era especial para ti, no una cruz con la que tenías que cargar. Como cuando las diferencias entre nosotros eran algo bueno y no algo desagradable. Quiero que me ames como cuando me mirabas pensando que no podías creerte que fuese tuya. Cuando creías que yo era la criatura más maravillosa del mundo. Sé que no soy como antes. Sé que tengo estrías por todas partes, y sé lo mucho que te gustaban mis pechos, que ahora me llegan casi hasta las rodillas, pero no soporto que no me ames como antes, y ¡detesto que me hagas suplicar!

Eso era absurdo. Completamente ilógico. Era tan erróneo que Harry no supo qué decir para enderezarlo. Abrió la boca pero no encontró las palabras, así que la cerró y lo intentó de nuevo.

Pero fue demasiado tarde. Ella ya se había marchado.

Él se quedó allí, atontado, intentando imaginar qué le había dejado en ese estado. Ella lo era todo para él. ¿Cómo podía pensar, ni siquiera por un segundo, que no la amaba? Era el centro de su mundo, el aliento de su vida. Era la única persona a la que podía amar.

Se dejó caer en el borde de la cama y apoyó la frente en las manos. ¿Ella creía que no la amaba? Quería aullar.

Una puerta chirrió y a Harry se le erizó el vello de la nuca, porque el ruido no provenía del pasillo. Venía del otro lado de la habitación.

Alzó la cabeza. Había un lavabo... El vientre se le tensó cuando se abrió la puerta y apareció un hombre. Alto, guapo, con mucho pelo en la cabeza.

Ren Gage sacudió la cabeza y miró a Harry con lástima.

—Tío, se te ve jodido.

Y no le sorprendió que se lo dijese.

—*Porcini!*

Una ramita húmeda golpeó a Isabel en la cara cuando Giulia la soltó delante de ella entre los matorrales. Sus zapatillas de lona nunca volverían a ser las mismas tras aquella excursión matinal por el bosque, que seguía lodoso por la lluvia del día anterior. Se acercó a un árbol caído y se acuclilló junto a Giulia frente a un círculo de *porcini* aterciopelados de color marrón, con el hongo lo bastante grande como para dar cobijo a un duendecillo.

—Mmm... Oro de la Toscana. —Giulia sacó una navaja del bolsillo, cortó la seta por la base y la metió en la cesta. Los *fungaroli* jamás utilizaban bolsas de plástico, según le habían dicho a Isabel, sólo cestas que permitían que las esporas y los restos de raíces cayesen al suelo para asegurar la producción del año siguiente—. Ojalá Vittorio hubiese venido con nosotros. Se queja cuando le despierto tan temprano, pero le encanta buscar setas.

A Isabel le habría gustado que Ren las hubiese acompañado. Si no le hubiese pedido que regresase a la villa la noche anterior después de hacer el amor, tal vez habría conseguido sacarle de la cama para aquella excursión matinal. A pesar de haber hecho el amor tan sólo veinticuatro horas antes, se había sorprendido a sí misma buscándole la noche anterior, despertándose al no encontrarlo a su lado. Él era como una droga. Una droga peligrosa. Cocaína mezclada con heroína. Iba a necesitar un programa de doce pasos para poner fin a su aventura.

Se tocó el brazalete de oro. *Respira. Céstrate y respira.* ¿Cuántas veces tendría la oportunidad de salir a buscar *porcini* en los bosques de la Toscana? A pesar de la humedad, de la ausencia de Ren y de lo que parecía un crujido permanente en su espalda cada vez que se agachaba para echarle un vistazo a una seta, estaba disfrutando. La mañana era clara y brillante, Steffie estaba a salvo e Isabel tenía un amante.

—Huele. ¿No te parece un aroma indescriptible?

Isabel inhaló la acre esencia terrestre del *funghi* y pensó de inmediato en sexo. Pero en ese momento cualquier cosa la hacía pensar en sexo. Estaba deseando regresar a casa y ver otra vez a Ren. La gente del pueblo iba a reunirse a las diez para acabar de desmontar el muro, y él estaría allí para echar una mano.

Ella recordó el mal humor de Ren justo antes de irse la noche anterior. En un principio había pensado que se debía al hecho de que ella le echase, pero no era eso. Ella le preguntó qué estaba mal, pero él dijo que simplemente estaba cansado. Sin embargo, parecía más que eso. Tal vez era una reacción tardía al haber encontrado a Steffie. Una cosa estaba clara: Ren era un maestro de la ocultación, y si quería que ella no supiese qué pasaba en su interior, Isabel tenía muy pocas oportunidades de descubrirlo.

Se pusieron en marcha otra vez, con ojo avizor, utilizando los bastones que Giulia había traído consigo para apartar los matojos que crecían entre las raíces de los árboles y junto a los troncos. La lluvia había revitalizado el reseco paisaje, y el aire llevaba el aroma del romero, la lavanda y la salvia. Isabel encontró un grupo de aterciopelados *porcini* bajo una pila de hojas y los añadió a la cesta.

—Eres buena en esto. —Giulia habló en un susurro, como había estado haciendo toda la mañana. Los *porcini* eran un material precioso, y buscar setas era una operación secreta. Su cesta tenía incluso una tapa para esconder su tesoro por si acaso pasaba alguien por el bosque. Bostezó por cuarta vez en pocos minutos.

—¿Es demasiado temprano para ti? —preguntó Isabel.

—Tuve que reunirme con Vittorio en Montepulciano anoche, y en Pienza anteanoche. Volví muy tarde.

—¿Te reúnes con él siempre que está fuera?

Giulia arrancó unos hierbajos.

—A veces. Algunas noches.

Significara lo que significase.

Después regresaron a la casa, llevando por turnos la cesta. La gente del pueblo había empezado a aparecer, y Ren estaba en el jardín estudiando el muro. Llevaba unas botas sucias, vaqueros y una gastada camiseta que le

daban cierto aire moderno. Cuando la vio, su sonrisa derritió los últimos restos del frío de la mañana, y se hizo más amplia cuando vio la cesta.

—Déjame que ponga eso a buen recaudo.

—Oh, no, tú no.

Pero ya era tarde. Ren ya había cogido la cesta de manos de Giulia y se había metido en la casa.

—Deprisa. —Isabel agarró a Giulia por el brazo y la hizo entrar en la cocina, pisándole los talones—. Devuélvele la cesta inmediatamente. No eres de fiar.

—Hieres mis sentimientos. —Su mirada reflejaba la inocencia de un monaguillo—. Justo cuando iba a ofrecerte para preparar una cena para los cuatro esta noche. Nada muy complicado. Podemos empezar con *porcini sauté* sobre pan tostado. Después, tal vez unos espaguetis con una suave salsa, muy sencilla. Saltearé las setas con aceite de oliva, ajo y un poco de perejil. Podemos asar los más grandes y hacer con ellos una ensalada de arugula. Por supuesto, si no os apetece...

—¡Sí! —exclamó Giulia como una niña—. Vittorio estará en casa esta noche. Sé que nos toca a nosotros invitaros, pero tú eres mejor cocinero, y acepto por los dos.

—Os veremos a las ocho. —Los *porcini* desaparecieron dentro de un armario.

Satisfecha, Giulia volvió al jardín para unirse a algunos de sus amigos. Ren le echó un vistazo a su reloj, alzó una ceja de forma significativa y señaló con el pulgar hacia el techo con arrogancia.

—Tú. Arriba. Ahora. Y date prisa.

Pero él no era el único que sabía fanfarronear. Ella bostezó con displicencia.

—No lo creo.

—Al parecer, tendré que ponerme duro.

—Sabía que iba a ser un buen día.

Él soltó una carcajada, la llevó hasta el salón, la apretó contra la pared y le dio un beso que le puso la piel de gallina. Pero entonces Giulia les llamó desde la cocina, y se vieron obligados a dejarlo.

Mientras trabajaban, la gente del pueblo hablaba con emoción y dramáticos gestos de lo aliviados que se sentirían cuando encontrasen el dinero secreto de Paolo y dejarasen de tener miedo. Isabel se preguntó si todo un pueblo podía ganar un Oscar.

Tracy bajó desde la villa con Marta y Connor. Harry apareció media hora más tarde con Jeremy y Steffie. Parecía agotado y deprimido, e Isabel se sorprendió al ver cómo Ren salía a su encuentro para hablar con él.

Steffie permanecía al lado de su padre, pero en cierto momento se apartaba con Ren, que parecía disfrutar de su compañía, toda una sorpresa tras las quejas que él había expresado de tener los niños alrededor. Tal vez el incidente del día anterior le había hecho cambiar de opinión. Incluso se acucilló para hablar con Brittany, a pesar de que ella se había quitado la camiseta.

Cuando Jeremy vio cuánta atención recibían sus hermanas empezó a comportarse mal, algo de lo que sus padres no parecían conscientes. Ren le alabó la musculatura y le dejó que cargase piedras.

Isabel decidió que prefería dedicarse al servicio de comida que a los trabajos manuales, así que ayudó en la elaboración de bocadillos y llenando los cántaros de agua. Marta la reprendió en italiano, aunque no con malas maneras, por cortar las rebanadas de pan demasiado finas. Una tras otra, todas las personas que le habían causado problemas se las apañaron para acercarse y pedirle disculpas. Giancarlo le pidió perdón por el episodio del fantasma, y Bernardo, liberado de las obligaciones de la mañana, le presentó a su esposa, una mujer de ojos tristes llamada Fabiola.

A eso de la una apareció un guapo italiano de pelo rizado. Giulia le llevó a conocer a Isabel.

—Éste es Andrea, el hermano de Vittorio. Es nuestro médico local, un médico excelente. Ha cerrado la consulta a mediodía para ayudar en la búsqueda.

—*Piacere, signora*. Encantado de conocerla. —Tiró el cigarrillo—. Un mal hábito, lo sé, para un médico.

Andrea tenía una pequeña cicatriz en la mejilla y unos ojos de mirada pícara. Mientras conversaban, Isabel sabía que Ren miraba desde el muro, e intentó convencerse de que se sentía celoso. Era poco probable, pero era una bonita fantasía.

Tracy iba de un lado para otro. Isabel le presentó a Andrea, y ella le pidió que le recomendase un obstetra local.

—Yo traigo al mundo a los niños de Casalleone —respondió el doctor.

—Qué madres tan afortunadas. —La réplica de Tracy tenía su picante, pero sólo, supuso Isabel, porque Harry estaba lo bastante cerca para oírla.

A media tarde, el muro había sido desmontado piedra a piedra, y el aire festivo que había presidido el trabajo desapareció. No encontraron nada más interesante que unos cuantos ratones muertos y algunos pedazos de porcelana rota. Giulia estaba en lo alto de la escarpada cuesta, cabizbaja. Bernardo parecía estar compitiendo con los tristes ojos de su esposa. Una mujer llamada Teresa, al parecer familiar de Anna, unió los brazos con su madre. Andrea Chiara se alejó para hablar con uno de los hombres más jóvenes, que estaba fumando con cara de pocos amigos.

Justo en ese momento llegó Vittorio. Se percató del ánimo del grupo y, de inmediato, se dirigió hacia Giulia. Isabel observó cómo la llevaba bajo las sombras de la pérgola, donde la abrazó.

Ren se acercó a Isabel por uno de los senderos de grava.

—Esto parece un funeral —comentó.

—Hay en juego algo más que un objeto perdido.

—Te aseguro que me gustaría saber de qué se trata.

En ese momento, Giulia se apartó de Vittorio y se aproximó a ellos, parecía haber llorado.

—No os importa que no cenemos juntos esta noche, ¿verdad? No me encuentro muy bien. Os dejaré todos los *porcini*.

Isabel recordó la excitación matinal de Giulia respecto a la comida.

—Lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—¿Puedes hacer milagros?

—No, pero puedo rezar para que se produzcan.

Giulia le dedicó una lánguida sonrisa.

—Entonces tendrás que rezar con mucha fuerza.

—Sería más fácil si ella supiese el motivo de su plegaria —dijo Ren.

Vittorio se había quedado bajo la pérgola, y Giulia volvió la cabeza lo justo para mirarle de forma suplicante. Él negó con la cabeza. Isabel apreció

algo de rencor en Giulia y decidió que era el momento de aumentar la presión.

—No podremos ayudaros si no confiáis en nosotros.

Giulia se frotó las manos.

—No creo que podáis ayudar en ningún caso.

—¿Tienes algún problema?

Giulia gesticuló con los brazos.

—¿Ves algún niño entre mis brazos? Sí, tengo un problema.

Vittorio se dirigió hacia ellos.

—Ya basta, Giulia.

Dio la impresión de que Ren le leía la mente a Isabel, que en ese momento parecía estar diciéndole que tenían que dividir sus fuerzas. Isabel le pasó a Giulia el brazo por los hombros y se adentraron en el sendero para alejarse de Vittorio.

—Vamos a dar una vuelta y hablamos —le propuso, llevándola con rapidez hacia el coche rodeando la casa.

Giulia subió al Panda sin protestar, Isabel se puso al volante y salieron en busca de la carretera. Esperó unos minutos antes de hablar.

—Supongo que tienes una buena razón para no decirnos la verdad.

Giulia se frotó los ojos.

—¿Cómo sabes que no he contado la verdad?

—Porque tu historia suena al guión de una de las películas de Ren. Además, no creo que no encontrar el dinero pudiese ponerte tan triste.

—Eres una mujer muy inteligente. —Se mesó el pelo, colocándolo tras las orejas—. Nadie quiere parecer tonto.

—¿Eso te asusta, que la verdad pueda hacerte parecer tonta? ¿O es que Vittorio te ha prohibido hablar?

—¿Crees que guardo silencio porque Vittorio me obliga a ello? —Rió cansinamente—. No. Esto no se debe a él.

—Entonces ¿qué te ocurre? Es obvio que necesitas ayuda. Tal vez Ren y yo podamos aportar una perspectiva diferente.

—O tal vez no. —Cruzó las piernas—. Habéis sido muy amables conmigo.

—Para eso están los amigos.

—Tú has sido mejor amiga para mí que yo para ti.

Dejaron atrás una casa de campo con una mujer trabajando en el jardín. Isabel sintió el peso de la batalla interior de Giulia.

—No es sólo mi historia —dijo Giulia finalmente—. Es la historia de todo el pueblo, y se enfadarán conmigo. —Sacó un pañuelo de papel del paquete que Isabel había dejado en el asiento y se sonó la nariz—. Pero igual voy a contártelo. Y si crees que es una tontería... Bueno, entonces no podré culparte.

Isabel esperó. El pecho de Giulia se elevó para dejar escapar un suspiro de resignación.

—Estamos buscando la *Ombra della Mattina*.

A Isabel le costó unos segundos recordar la estatua votiva del chico etrusco que se exhibía en el museo Guarnacci, *Ombra della Sera*. Pisó el acelerador para adelantar a un tractor.

—¿Qué significa *Ombra della Mattina*?

—«La sombra de la mañana.»

—La estatua que hay en Volterra se llama *La sombra del atardecer*. No se trata de una coincidencia, ¿verdad?

—*Ombra della Mattina* es su pareja. Una estatua femenina. Hace treinta años, el cura de nuestro pueblo la encontró cuando estaba plantando unos rosales en la puerta del cementerio.

Tal como Ren había supuesto.

—Y la gente del pueblo no quiso entregársela al gobierno.

—No creas que se trataba de un caso corriente de codicia, de gente ocultando un objeto valioso. Si fuese tan sencillo...

—Pero es un objeto muy valioso.

—Sí, pero no sólo en el sentido que tú piensas.

—No entiendo.

Giulia tiró de uno de sus pendientes con perlas. Parecía hundida y exhausta.

—*Ombra della Mattina* tiene poderes especiales. Por eso no se lo contamos a los forasteros.

—¿Qué clase de poderes?

—A menos que hayas nacido en Casalleone, no puedes entenderlo. Incluso los que hemos nacido aquí no lo creíamos. —Hizo uno de sus graciosos gestos—. Nos reíamos cuando nuestros padres nos contaban historias sobre la estatua, pero ahora ya no reímos. —Se volvió para mirar a Isabel—. Hace tres años, *Ombra della Mattina* desapareció, y desde entonces ninguna mujer, en treinta kilómetros a la redonda de este pueblo, ha podido concebir.

—¿Ninguna mujer se ha quedado embarazada en tres años?

—Sólo aquellas que han concebido lejos del pueblo.

—¿Y realmente crees que la desaparición de la estatua es la causa?

—Vittorio y yo fuimos a la universidad. ¿Deberíamos creer en una superstición? Claro que no. Pero los hechos están ahí... La única manera en que las parejas han sido capaces de concebir ha sido alejándose de los límites de Casalleone, y eso no siempre es fácil.

Isabel acabó por entender.

—Por eso viajas para encontrarte con Vittorio. Estáis intentando tener un hijo.

Giulia cruzó las manos sobre el regazo.

—Y por lo que nuestros amigos Cristina y Enrico, que quieren tener un segundo hijo, tienen que dejar a su hija con la *nonna* noche tras noche para poder irse. Y por lo que Sauro y Tea Grifasi se adentran en el campo para hacer el amor en el coche, y después conducen de vuelta a casa. A Sauro lo despidieron de su trabajo el mes pasado por quedarse dormido. Y por eso Anna siempre está triste. Bernardo y Fabiola no pueden hacerla abuela.

—La farmacéutica del pueblo está embarazada. La he visto.

—Vivió durante seis meses en Livorno con una hermana que siempre la criticaba. Su marido iba y venía todas las noches. Ahora se han divorciado.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con la casa y con el viejo Paolo?

Giulia se frotó los ojos.

—Paolo robó la estatua.

—Al parecer, a Paolo no le gustaban los niños —le dijo Isabel a Ren esa tarde mientras estaban en la cocina limpiando de tierra los *porcini* con

trapos húmedos—. No le gustaba que hiciesen ruido, y se quejaba de que tener muchos hijos implicaba muchos gastos en escolarización.

—Un tipo como yo. Así que decidió cortar de raíz el índice de natalidad del pueblo robando la estatua. ¿Y qué parte de tu mente entró en coma para que empezases a creer esa historia?

—Giulia me dijo la verdad.

—No lo dudo. Lo que me cuesta entender es que tú te tomes en serio lo de los poderes de esa estatua.

—Dios actúa de formas misteriosas. —Ren estaba dejando la cocina hecha un desastre, como siempre, y ella empezó a limpiar la encimera.

—Ilústrame.

—Ninguna mujer se ha quedado embarazada en Casalleone desde que desapareció la estatua —dijo ella.

—Sin embargo, yo me cuido mucho de utilizar tus preservativos. ¿No contraría eso un poco tu tesis académica?

—En absoluto. —Llevó unos cuencos sucios al fregadero—. Confirma lo que creo: la mente es muy poderosa.

—¿Estás diciendo que lo que pasa aquí es una especie de sugestión colectiva, que las mujeres no conciben porque creen que no pueden concebir?

—Se sabe que esas cosas pasan.

—Prefería la historia de la mafia.

—Sólo porque había armas de por medio.

Él sonrió y se inclinó para besarle la punta de la nariz, lo que le llevó a seguir hasta su boca, lo que le llevó a seguir hasta sus pechos, y pasaron unos minutos antes de que se detuviese para tomar aire.

—Hora de cocinar —dijo Isabel con un hilo de voz—. He estado esperando todo el día para probar esas setas.

Él gruñó y agarró el cuchillo.

—Le sacaste más a Giulia de lo que yo a Vittorio, lo reconozco. Pero la estatua desapareció hace tres años. ¿Por qué esperaron tanto para cavar en este lugar?

—El cura del pueblo guardaba la estatua en la sacristía...

—¿No te parece encantadora la coexistencia entre paganismo y cristiandad?

—Todo el mundo sabía que estaba allí —dijo Isabel, enjuagando un cuenco—, pero nadie lo comentaba porque en realidad, según las leyes, debía estar en un museo. Paolo había estado haciendo extraños trabajos para la iglesia durante años, pero nadie lo relacionó con la desaparición de la estatua hasta su muerte, hace unos meses. Entonces la gente empezó a recordar que no le gustaban los niños.

Ren enarcó las cejas.

—Sospechoso, sin duda.

—Marta le defendió. Dijo que su marido no odiaba a los niños. Que sólo estaba *imbronciato* debido a la artritis. ¿Qué significa *imbronciato*?

—Malhumorado.

—Afirmó que había sido un buen padre para su hija. Paolo incluso viajó a Estados Unidos cuando nació su nieta. Así que la gente se olvidó de él y empezaron a correr otros rumores.

—¿Alguno en el que aparezcan armas?

—No, lo siento. —Limpió una pequeña zona de la encimera—. El día antes de que yo llegase, Anna envió aquí a Giancarlo para que se llevase una pila de basuras. ¿Imaginas lo que encontró en el hueco de la pared cuando sacó accidentalmente una piedra del muro?

—Me tienes sin aliento.

—La base de mármol de la estatua. La misma base que había desaparecido el día que robaron la estatua.

—Bueno, eso explica el repentino interés por el muro.

Isabel se secó las manos.

—Todos los del pueblo se volvieron locos. Hicieron planes para desmontar el muro, pero había un pequeño inconveniente.

—Tú.

—Exacto.

—Las cosas habrían sido más fáciles si hubiesen dicho la verdad desde el principio —dijo Ren.

—Somos forasteros, y no tenían motivos para confiar en nosotros. Especialmente en ti.

—Gracias.

—¿De qué les habría servido encontrar la estatua si nosotros hubiésemos proclamado su hallazgo a los cuatro vientos? —razonó Isabel—. Las autoridades locales cerraron los ojos al hecho de que un objeto etrusco de valor incalculable estuviese en una sacristía, pero los estamentos políticos del resto del país no habrían sido tan caballerosos. Todo el mundo temía que encerrasen la estatua en una urna de cristal en Volterra junto a la *Ombra della Sera*.

—Que es donde tendría que estar. —Troceó un diente de ajo con el cuchillo.

—He estado fisgando un poco mientras tú trabajabas, y mira lo que he encontrado. —Sacó el sobre amarillento encontrado en una estantería del salón y vertió su contenido sobre la mesa de la cocina. Eran fotografías de la nieta de Paolo, todas con su identificación detrás.

Ren se secó las manos y fue a echarles un vistazo. Ella señaló una de las fotografías en color que mostraba a un hombre mayor en el porche delantero de una pequeña casa blanca con un bebé en brazos—. Ésta es la foto más antigua. Éste es Paolo. Debieron de hacerla cuando fue a Boston poco después de que naciese su nieta. Su nombre es Josie, diminutivo de Josefina.

Algunas fotografías mostraban a Josie en el campo, otras en vacaciones con sus padres en el cañón del Colorado. En algunas aparecía sola. Isabel cogió las dos últimas.

—Ésta es Josie el día de su boda, hace seis años. —Tenía el pelo oscuro y rizado, así como una ancha sonrisa—. En ésta aparece con su marido, poco antes de que Paolo muriese. —Le dio la vuelta para comprobar la fecha.

—No parece la colección propia de alguien que odia a los niños —admitió Ren—. Tal vez Paolo no robó la estatua.

—Él construyó el muro, y también reunió la pila de basuras.

—No puede considerarse una prueba fehaciente. Pero si la estatua no está en el muro, ¿dónde estará?

—En la casa no —dijo Isabel—. Anna y Marta han buscado por todos los rincones. Propusieron buscar en el jardín, pero Marta dijo que se habría

dado cuenta si Paolo la hubiese escondido allí, y no lo permitió. Hay muchos lugares cerca del muro o en el olivar, tal vez incluso en el viñedo, donde podría haber cavado un hoyo y escondido la estatua. Le propuse a Giulia que consiguiese detectores de metales.

—Aparatitos. Esto empieza a gustarme.

—Bien. —Se sacó el delantal que llevaba atado a la cintura—. Ya está bien de charla. Apaga el fuego y desnúdate.

Él dio un grito y soltó el cuchillo.

—Casi haces que me corte el dedo.

—Mientras sólo sea el dedo. —Sonrió y empezó a desabotonarse la camisa—. ¿Quién dijo que no podía ser espontánea?

—Yo no. De acuerdo, lo retiro. —Observó los botones abiertos—. ¿Qué hora es?

—Casi las ocho.

—Maldita sea. Va a venir gente dentro de nada. —Tendió los brazos hacia ella, pero Isabel frunció el entrecejo y le esquivó.

—Creía que Giulia y Vittorio habían cancelado la cena.

—Invité a Harry.

—Pero si Harry no te cae bien. —Dio otro paso atrás y empezó a abotonarse la camisa.

Él suspiró.

—¿Qué te hace pensar eso? Es un buen tipo. ¿Te importaría dejarte abiertos algunos botones? Y Tracy también vendrá.

—Me sorprende que haya aceptado. Ni siquiera ha mirado a Harry en todo el día.

—No le dije que también él estaba invitado.

—Así pues, ¿nos espera una velada un poco incómoda?

—Podría ser —dijo—. Las cosas llegaron a un punto muerto esta mañana, y Tracy ha estado esquivándole desde entonces. Él está bastante decaído.

—¿Te lo dijo él?

—Los chicos compartimos esas cosas. También tenemos sentimientos, por si no lo sabías.

Ella alzó una ceja.

—De acuerdo, tal vez esté un poco desesperado y yo sea el único de por aquí con el que puede hablar —admitió Ren—. Ese hombre es un completo desastre en lo que a mujeres se refiere, y si no le echo una mano, van a quedarse aquí para siempre.

—Ese hombre, ese desastre total, se las ha arreglado para permanecer casado once años y ser padre de cinco hijos, mientras que tú...

—Mientras que yo he tenido una idea que creí te gustaría. Una idea, por descontado, que no tiene nada que ver con las peleas de los Briggs, sino con el hecho de que tendremos que librarnos de ellos para llevarla a cabo.

—¿Qué clase de idea? —Se agachó para recoger algunas setas que habían caído al suelo.

—Una pequeña pieza sexual costumbrista. Pero necesitamos la villa para interpretarla bien, lo que significa que toda la familia y sus niñeras tendrán que irse.

—¿Una pieza costumbrista? —Dejó que las setas cayeran de nuevo al suelo.

—Una pieza sexual costumbrista. Estoy pensando en una noche. La luz de las velas. Una tormenta, si tenemos un poco de suerte. —Cogió su vaso e hizo girar una seta entre los dedos—. Al parecer, el poco escrupuloso príncipe Lorenzo se ha fijado en una vivaracha campesina del pueblo, una mujer de la que no puede decirse que sea del todo joven...

—¡Eh!

—Lo cual la hace mucho más atractiva a sus ojos.

—Eso está mejor.

—La campesina es conocida en los alrededores por su virtud y sus buenas obras, por lo que se resiste a sus propuestas, a pesar de que él es el hombre más guapo de la región. Qué demonios, de toda Italia.

—¿Sólo Italia? Aun así, yo apostaría por la mujer virtuosa. Ese hombre no tiene posibilidades.

—¿He mencionado que el tal príncipe Lorenzo es también el hombre más inteligente de la región?

—Oh, bueno, eso complica un tanto las cosas.

—Lo que él hace es amenazar con quemar el pueblo si ella no se somete a su voluntad.

—Qué canalla. Naturalmente, ella dice que antes se matará.

—Pero él no lo cree ni por un instante, pues las buenas católicas no se suicidan.

—Has dado en el clavo.

Ren dibujó un arco con el cuchillo.

—La escena da comienzo la noche que ella acude a la desierta villa, iluminada por candelabros. La misma villa, curiosamente, que está en lo alto de la colina.

—Sorprendente.

—Ella llega luciendo el vestido que él le ha enviado esa misma tarde.

—Puedo verlo. Sencillo y blanco.

—De un rojo brillante y provocativo.

—Lo cual no hace sino dejar patente con más intensidad su virtud.

—Él no pierde el tiempo con preliminares. La lleva escaleras arriba...

—La alza en volandas y sube con ella las escaleras.

—A pesar de que ella no es lo que se dice un peso pluma... Pero, por suerte, él lo consigue. Y una vez la tiene dentro del dormitorio, la obliga a desvestirse muy despacio... mientras la contempla.

—Naturalmente, él está desnudo mientras mira, porque hace mucho calor en la villa.

—Y aún más calor en el dormitorio. ¿Te he dicho lo guapo que es?

—Creo que lo has mencionado.

—Así pues, llega el momento en que ella se ve obligada a someterse a su voluntad.

—Me temo que no va a gustarme esa parte.

—Eso es porque estás obsesionada con el control.

—Y, curiosamente, ella también.

—Bien. Justo cuando se dispone a entregarse a aquel hombre, ¿qué es lo que ve con el rabillo del ojo? Unas esposas.

—¿Esposas en el siglo xviii?

—Grilletes. Un par de grilletes a su alcance.

—Qué adecuado.

—Mientras la lujuriosa mirada de Lorenzo se pierde en algún lugar indefinido —la mirada de Gage estaba perdida en su escote—, ella estira los brazos, coge los grilletes y se los coloca...

—He llamado a la puerta, pero no ha respondido nadie.

Se volvieron y vieron a Harry en el umbral con aspecto desolado.

—Nosotros hacíamos esas cosas con unas esposas —dijo con tristeza—. Era genial.

—Ah. —Isabel se aclaró la garganta.

—Podrías haber llamado a la puerta —gruñó Ren.

—Lo he hecho.

Isabel cogió una botella de vino.

—¿Por qué no la abres? —le dijo a Harry—. Te traeré un vaso.

Apenas se había servido el vino cuando apareció Tracy. Su hostilidad se hizo patente al ver a su marido.

—¿Qué hace él aquí?

Ren le dio un beso en la mejilla.

—Isabel le pidió que viniese. Le dije que no lo hiciese, pero se cree que lo sabe todo.

En su anterior vida, Isabel habría protestado, pero estaba tratando con gente inestable, así que ¿de qué habría servido?

—Está bien —dijo Harry—. He estado intentando hablar contigo todo el día, pero me has eludido.

—Sólo porque me sacas de quicio.

Harry se estremeció pero no se echó atrás.

—Vamos fuera, Tracy. Sólo serán unos minutos. Tengo que decirte algunas cosas, y tiene que ser en privado.

Tracy le volvió la espalda, rodeó con el brazo la cintura de Ren y apoyó la mejilla en su brazo.

—No debería haberme divorciado de ti. Eras un gran amante. El mejor.

Ren miró a Harry.

—¿Estás seguro de que quieres seguir casado con ella? La verdad, podrías encontrar algo mucho mejor.

—Estoy seguro —dijo Harry—. Estoy perdidamente enamorado de ella.

Tracy alzó la cabeza como un animalillo que olfatease el aire, sólo para comprobar que lo que olía no le gustaba.

—Sí, claro.

Harry hundió los hombros y se volvió hacia Isabel, las sombras bajo sus ojos le hacían parecer un hombre que ya no tenía nada que perder.

—Esperaba hacer esto en privado, pero por lo visto no va a ser así, y como Tracy no quiere escuchar, te lo diré a ti, si no te importa.

Tracy parecía estar escuchando, e Isabel asintió.

—En absoluto.

—Me enamoré de ella cuando me volcó su copa en el regazo. Pensé que había sido un accidente. Sigo sin tenerlo claro. Había un montón de chicos guapos en aquella fiesta intentando llamar su atención, por lo que ni siquiera se me ocurrió intentarlo, no sólo por su belleza física, y Dios sabe que era la mujer más hermosa que había visto en mi vida, sino por una... por una especie de resplandor que tenía. Era energía pura. No podía quitarle los ojos de encima, pero al mismo tiempo no quería que supiese que la estaba mirando. Entonces ella me volcó la copa, y yo no encontré las palabras para hablarle.

—Dijo: «Ha sido culpa mía.» —La voz de Tracy les sorprendió—. Yo le volqué la copa y el muy idiota dijo «Ha sido culpa mía». Tendría que haberme dado cuenta entonces.

Él no prestó atención a sus palabras y siguió centrado en Isabel.

—No podía pensar. Me sentía como si mi cerebro hubiese recibido una dosis de novocaína. Ella llevaba un vestido plateado con mucho escote, y el pelo recogido encima de la cabeza, a excepción de los rizos que le caían por la nuca. Nunca había visto nada igual. Nada igual a ella. —Miró dentro del vaso—. Pero con todo lo hermosa que estaba aquella noche... —añadió con un hilo de voz—. Con todo lo hermosa que era entonces... —Tragó saliva—. Lo siento. No puedo seguir. —Dejó el vaso en la encimera y salió por la puerta del jardín.

Tracy tenía los ojos humedecidos, pero se encogió de hombros como si no le importase.

—¿Veis lo que tengo que soportar con él? En el momento en que parece que por fin está preparado para hablar, cierra la boca. Podría haberme casado con un ordenador y sería lo mismo.

—Deja de comportarte como una gilipollas —dijo Ren—. Ningún tipo querría abrir su corazón delante de un ex marido. Ha estado intentando hablar contigo todo el día.

—Vaya cosa. Yo he estado intentando hablar con él durante años.

Isabel miró hacia el jardín.

—No parece un hombre que sepa desenvolverse con sus sentimientos.

—Os diré una cosa a las dos —dijo Ren—: ningún hombre sabe desenvolverse con sus sentimientos. Aceptadlo.

—Tú sí —dijo Tracy—. Tú hablas de cómo te sientes, pero Harry sufre una obturación emocional en fase terminal.

—Yo soy actor, así que la mayoría de cosas que salen de mi boca son estupideces. Harry te ama. Incluso un tonto se daría cuenta.

—Entonces soy tonta, porque no lo creo.

—No estás jugando limpio —dijo Isabel—. Sé que te comportas así porque te sientes herida, pero eso no hace que esté bien. Dale una oportunidad para que te explique en privado qué siente. —Isabel señaló hacia la puerta—. Y escúchale con la cabeza cuando le hables, porque tu corazón está demasiado confundido para confiar en él.

—¡No hay manera! ¿No lo entiendes? ¿Acaso crees que no lo he intentado?

—Inténtalo de nuevo. —Isabel la llevó hasta la puerta.

Tracy parecía contrariada, pero salió fuera.

—En este momento los mataría a los dos —dijo Ren—, y ni siquiera hemos empezado con los aperitivos.

Harry estaba bajo la pérgola, con las manos en los bolsillos. En la montura de sus gafas se reflejaban los últimos rayos de sol. Tracy sintió el familiar vértigo que había sentido hacía doce años, justo antes de volcarle la copa encima.

—Isabel me ha obligado a salir. —Tracy apreció la hostilidad de su propia voz, pero ya se había rebajado una vez ese día, y no iba a volver a

hacerlo.

Él sacó las manos de los bolsillos y las apoyó en la pérgola, sin mirarla.

—Lo que dijiste esta mañana... ¿se trataba de otra de tus cortinas de humo? Lo de tener estrías y estar gorda... cuando sabes de sobra que estás más guapa cada día. Y dijiste que no te amaba, cuando te he dicho miles de veces lo que siento por ti.

Las palabras surgieron en su memoria. *Te quiero, Tracy*. Sin emoción alguna. *Te quiero porque...* Simplemente, *Te quiero, Tracy*. *No olvides comprar pasta de dientes cuando vayas al supermercado.*

—Una cosa es decirlo y otra creerlo. Son dos cosas distintas.

Él se volvió lentamente hacia ella.

—No es mi amor lo que estaba en cuestión desde el principio. Siempre ha sido tu amor.

—¿Mi amor? ¡Ahí te equivocas! Si hubiese sido por ti, nunca habríamos estado juntos. Te encontré, te perseguí y te pesqué.

—¡Yo no era una gran pieza que digamos!

Harry nunca gritaba, y la sorpresa dejó sin palabras a Tracy.

Él se apartó de la pérgola.

—Querías tener hijos. Y yo tenía escrito la palabra «papi» en la frente. ¿O no? Para ti, nunca ha sido una cuestión de dos. Todo tenía que ver con tu necesidad de tener hijos. Yo era el padre que tú querías para ellos. En algún lugar de mi subconsciente, siempre supe que eso era lo que andabas buscando, pero no quise verlo. Y resultó fácil cerrar los ojos cuando sólo estaban Jeremy y Steffie. Incluso cuando llegó Brittany pude fingir que seguía siendo cosa de los dos, que me querías por ser quien era. Podría haber seguido fingiendo, pero entonces te quedaste embarazada de Connor, e ibas de un lado a otro con esa sonrisita del gato que quiere comerse al canario. Todo tenía que ver con estar embarazada y tener hijos. Traté de asimilarlo, de seguir fingiendo que yo era el gran amor de tu vida y no sólo la mejor fuente de esperma, pero se hizo más difícil. Me levantaba cada mañana para mirarte y desear que me quisieses como yo te quería, pero tú ni siquiera me veías. Y estabas en lo cierto. Empecé a apagarme. Y fui tirando. Pero cuando te quedaste embarazada por quinta vez, y estabas tan

contenta, ya no pude fingir. Quería, pero no podía. —Se le rompió la voz—. Simplemente... no podía.

Tracy intentó comprenderlo, pero no era capaz de ordenar las emociones contrapuestas que crecían en su interior. Alivio. Rabia por tener un marido tan obtuso. Y alegría. Oh, sí, alegría, porque todavía quedaban esperanzas. No sabía por dónde empezar, así que decidió hacerlo de un modo curioso.

—¿Y qué hay de la pasta de dientes?

Él la miró como si viese un segundo embarazo en su frente.

—¿Pasta de dientes?

—A veces me olvido de comprar pasta de dientes. Y te vuelves loco cuando no encuentro mis llaves. Me dijiste que si volvía a utilizar mi chequera una sola vez más me la quitarías. ¿Y recuerdas la abolladura en el guardabarros del coche que tú creías que había sido cuando llevaste a Jeremy al béisbol? Fui yo. Connor vomitó en mi coche y no tuve tiempo de limpiarlo, así que cogí el tuyo, y le estaba gritando a Brittany en el aparcamiento de Target cuando choqué contra un carrito de la compra. ¿Qué hay de eso?

Él parpadeó.

—Si hicieses una lista ordenada de la compra, no olvidarías la pasta de dientes.

Como siempre, Harry no lo había entendido.

—Nunca voy a hacer una lista ordenada de la compra, ni voy a dejar de perder las llaves, ni voy a mejorar en todas esas cosas que te sacan de quicio.

—Lo sé. También sé que hay miles de hombres que harían cola para tener la oportunidad de comprarte la pasta de dientes y dejar que estrellases su coche contra un carrito de supermercado.

Tal vez sí lo había entendido.

Isabel le había dicho a Tracy que pensase con la cabeza en lugar de dejarse llevar por el corazón, pero era difícil hacerlo cuando se trataba de Harry Briggs.

—Sabía que serías un buen padre, y tal vez fue una de las razones por las que me enamoré de ti. Pero te habría seguido amando aunque sólo hubieses sido capaz de concebir un hijo. Contigo me sentía completa. No es que

quisiese tener más hijos porque tú no eras suficiente para mí. Quería tener más hijos porque mi amor por ti era tan grande que necesitaba diversificarlo.

La esperanza brilló en los ojos de Harry, pero seguía pareciendo triste. Ella se percató de que sus inseguridades eran incluso más profundas que las tuyas. Ella siempre le había visto como el hombre más inteligente del mundo, así que le resultaba difícil asimilar la idea de que tal vez la más lista de los dos era ella.

—Es cierto, Harry. Palabra por palabra.

—Es un poco difícil de creer. —Parecía estar embebiéndose de su rostro, a pesar de conocer todos y cada uno de los poros de su piel—. Míranos. Soy la clase de hombre con el que podrías cruzarte por la calle una docena de veces sin darte cuenta. Pero tú... Los hombres se convierten en buzones de correos cuando te ven.

—Nunca he conocido a un hombre tan fascinado por las apariencias. —Se olvidó de pensar con la cabeza y le dio un golpecito en la mandíbula para llamar su atención—. Me encanta tu aspecto. Puedo quedarme contemplándote durante horas. Estuve casada con el hombre más guapo de la galaxia y lo pasamos fatal. Y sí, tienes razón: podría haber conquistado a cualquier hombre de los que estaban en aquella fiesta, pero ninguno de ellos me atraía. Y cuando te volqué la copa encima, te aseguro que no pensaba en ti como el padre de nadie.

Tracy advirtió que su marido empezaba a distenderse, pero no todo estaba hecho.

—Algún día seré vieja y, si miras a mi abuela, comprenderás que para cuando tenga ochenta años seré fea como el demonio. ¿Dejarás de quererme entonces? ¿La apariencia es lo único que te importa? Porque de ser así, tenemos un problema mayor del que yo creía.

—Por supuesto que no. Yo no... Yo nunca...

—Hablando de cortinas de humo. Siempre he creído que eras una persona de pensamiento claro, pero incluso en un día malo soy capaz de pensar con más claridad que tú. Dios, Harry, a mi lado pareces un cubo de basura emocional.

Eso le hizo reír, y su aspecto era tan ridículo que ella se dio cuenta de que finalmente estaban avanzando. Quería besarle para borrar todos sus

miedos, pero ella tenía que seguir lidiando con sus propios miedos, y sus problemas no desaparecerían a base de besos. No quería tener que pasar el resto de su matrimonio tranquilizándolo. Tampoco le gustaba lo importante que era para él su aspecto. El rostro que él tanto amaba mostraba ya signos de desgaste. ¿Cómo se sentiría Harry cuando todo su cuerpo empezase a marchitarse?

—Tras tantos años de matrimonio, podría pensarse que nos comprendíamos mejor el uno al otro —dijo Harry.

—No puedo seguir viviendo así. Tenemos que arreglar de manera definitiva lo que se ha roto entre nosotros.

—No sé cómo vamos a hacerlo.

—Acudiendo a un buen consejero matrimonial, así lo haremos. Y cuanto antes lo hagamos, mejor. —Se puso de puntillas, le dio un beso y se volvió hacia la casa—. ¡Isabel! ¿Podrías salir un momento?

Isabel y Ren estaban tumbados desnudos sobre el grueso edredón, dándose calor mutuamente en la fresca noche. Ella alzó la vista para observar las chispeantes velas del candelabro que colgaba del magnolio. Ren le rozó el pelo con los labios y dijo:

—¿Demasiado fuerte para ti?

—Mmm... Dame un minuto. —No dejaba de ser curioso, pero estar tumbada a su lado no la incomodaba en absoluto. Era extraño sentirse tan a salvo al lado de un hombre tan peligroso.

—Sólo para que conste en acta. Esos problemas sexuales que tenías... Creo que podemos decir que son cosa del pasado.

Ella sonrió contra su cabello.

—Sólo intentaba ser amable.

—¿Con el prójimo?

—Es una filosofía con la que intento vivir.

Él soltó una carcajada.

Ella recorrió su columna vertebral con los dedos. Él colocó los labios en su muñeca y contempló su brazalete.

—Siempre lo llevas puesto.

—Es como un recordatorio. —Bostezó y recorrió la silueta de su oreja con el dedo índice—. Lleva grabado la palabra respira en el interior.

—Ya, algo que te recuerda que tienes que estar centrada. Sigo pensando que suena aburrido.

—Nuestras vidas son tan agitadas que resulta fácil perder la serenidad. Tocar el brazalete me calma.

—Has tenido que tocar algo más que el brazalete para calmarte esta noche. Y no sólo estoy hablando de la última hora que hemos pasado encima de esta manta.

Ella sonrió.

—Los *porcini* no quedaron mal del todo.

—Más o menos.

Isabel se apoyó en un codo y recorrió con los dedos todo su musculoso pecho.

—Tus espaguetis al *porcino* son lo mejor que he probado en mi vida.

—Habrían estado mejor una hora antes. Han estado discutiendo durante meses, pero han elegido precisamente esta noche para acudir a una consejera matrimonial.

—Necesitaban ayuda de emergencia. Yo no soy una auténtica consejera matrimonial.

—Seguro que no. Les hiciste jurar por sus hijos que no harían el amor.

—Se supone que no tenías que haber oído eso.

—Era un poco difícil hacerse el sordo estando en la habitación de al lado, me dijeron que no me fuese.

—Teníamos hambre y temíamos que te llevases la cena. La comunicación física es fácil para ellos. Es la comunicación verbal la que les trae problemas, y ahora necesitan concentrarse en eso. Parecían contentos durante la cena, ¿no crees?

—Tan contentos como pueden parecerlo dos personas que no van a enrollarse durante un tiempo. ¿No temes que esas listas de las que les hablaste hagan que se peleen de nuevo?

—Ya lo veremos. Por cierto, hay algo que no tuve oportunidad de comentarte, y creo que te hará feliz... —Le dio un mordisquito en el hombro, no sólo a modo de manipulación, aunque formaba parte de ello, sino porque lo tenía delante y parecía especialmente apetecible—. Vamos a vivir juntos durante un tiempo.

Él alzó la cabeza lo suficiente para mirarla con suspicacia.

—Antes de que me ponga a bailar un tango, cuéntame el resto de la historia.

El candelabro que colgaba por encima de sus cabezas se balanceó con la brisa de la noche. Ella utilizó la punta del dedo para reseguir la ondulación de una sombra sobre su pecho.

—Me mudaré a la villa mañana por la mañana. Sólo por unos días.

—Tengo una idea mejor. Yo me mudaré a la casa.

—La cuestión es que...

—¡No puedes haberlo hecho! —Se incorporó tan rápido que casi la golpeó—. Dime que no les has ofrecido la casa a esos dos neuróticos.

—Sólo por unos días. Necesitan privacidad.

—Yo necesito privacidad. Nosotros necesitamos privacidad. —Volvió a tumbarse sobre el edredón—. Te voy a matar. En serio. Esta vez voy a hacerlo. ¿Sabes cuántas maneras conozco de eliminar una vida humana?

—Unas cuantas, supongo. —Deslizó las manos sobre el vientre de Ren—. Pero espero que encuentres algo más productivo que hacer.

—Soy barato, pero no un chico fácil. —Contuvo el aliento.

—Pareces un chico fácil. —Dejó que sus dedos descendiesen, hasta que alcanzaron una zona especialmente sensible.

Ren gruñó.

—De acuerdo, soy barato y fácil. Pero esta vez preferiría hacerlo en una cama. —Le acarició la cabeza mientras ella le besaba el vientre—. Necesitamos una cama... —Gimió.

Ella acercó la boca a su ombligo.

—No podría estar más de acuerdo.

—Me estás matando, doctora. Lo sabes, ¿verdad?

—Y todavía no te he mostrado mi lado vicioso.

Ren se pasó el día intentando convencer a Harry y Tracy de que no se quedasen en la casa, pero no tuvo suerte. Su única satisfacción consistía en haber sido testigo inadvertido de la charla de última hora que Isabel les había dado.

—Recordad —dijo ella mientras él entraba en la habitación de la villa que, en teoría, iba a ser su estudio—, nada de sexo. Tenéis mucho trabajo que hacer antes de eso. Por esa razón os he ofrecido la casa. Así tendréis tiempo todas las noches para hablar sin interrupciones.

Ren volvió al pasillo, pero antes vio a Tracy dedicándole a Harry una mirada de anhelo.

—Supongo —le oyó decir—. Pero no tienes ni idea de lo duro que es eso. ¿Crees que...?

—No, no lo creo —repuso Isabel—. El sexo os ha permitido a los dos enmascarar vuestros problemas. Es más fácil hacerlo que hablar.

Ren hizo una mueca. «Anda ya.» ¿Por qué tenía que expresarlo de ese modo? Menos de dos semanas atrás, ella hablaba del sexo como de algo sagrado, pero se había soltado el pelo bastante desde entonces. No es que él se quejase. Adoraba su sensibilidad. Adoraba el modo en que ella disfrutaba de él, en que ambos disfrutaban juntos. Sin embargo, algo relacionado con su actitud empezaba a incomodarle.

No estaba siendo razonable, y lo sabía. Quizás albergaba cierto sentimiento de culpa. El hecho de no haberle explicado los cambios en el guión de *Asesinato en la noche* le pesaba, y el sentirse culpable le pesaba aún más. Isabel no tenía nada que ver con su carrera, nada que ver con él más allá de unas pocas semanas. Ella había fijado las condiciones, y lo había hecho adecuadamente, como siempre. Era sólo cuestión de sexo.

En pocas palabras, se estaban usando mutuamente. Él la utilizaba por el compañerismo, para entretenerse. La utilizaba para relacionarse con Tracy y para trabajar sobre su sentido de culpa respecto a Karli. Y, Dios era testigo, la utilizaba por el sexo, pero eso no podía clasificarse como pecado en el Libro de Isabel.

No quería herirla, pues él guardaba más pecados en su corazón de lo que ella podía imaginar: drogas, mujeres a las que no había tratado bien, el rastro de basuras que seguía dejando a su paso allá donde fuese. A veces, cuando ella le miraba con aquellos inocentes ojos, deseaba recordarle que no sabía comportarse como un chico bueno, pero nunca lo hacía, porque era un cabrón egoísta y no quería que se apartase de él. Todavía no. No hasta que consiguiese lo que quería y estuviese preparado para dejarla marchar.

Una cosa estaba clara: en cuanto ella supiese que en el nuevo guión Kaspar Street era un pederasta, saldría por la puerta para no volver, y antes de irse seguramente le lanzaría a la cabeza las Cuatro Piedras Angulares.

Después de cenar, Tracy le dijo a los niños que ella y Harry estarían de vuelta para el desayuno y que Marta se encargaría de ellos si necesitaban alguna cosa durante la noche. Ren pasó el resto de la noche sintiéndose resentido. Quería estar con Isabel en un dormitorio tras la puerta del cual no hubiese media docena de personas corriendo de un lado a otro. En lugar de eso, ella pidió disculpas y se fue a su despacho con la excusa de tomar notas para su libro.

Él también se fue a su despacho para intentar estudiar el personaje de Kaspar Street, pero no pudo concentrarse. Levantó pesas durante un rato y después jugó con la GameBoy de Jeremy. Después fue a dar un paseo que no alivió en lo más mínimo su frustración sexual. Finalmente se rindió y se fue a la cama, sólo para golpear la almohada maldiciendo a los miembros adultos de la familia Briggs, que a esas horas estarían metidos en la cama de la casa de abajo, donde deberían estar Isabel y él.

Acabó por cerrar los ojos, pero no durmió mucho rato antes de que algo cálido se deslizase a su lado. Le encantaba tocar el cuerpo desnudo de Isabel mientras dormía. Sonrió y se acercó... pero algo no iba bien. Abrió los ojos de golpe y se incorporó con un chillido.

Brittany frunció el entrecejo.

—Has gritado. ¿Por qué gritas? —Se acurrucó debajo del cobertor, desnuda como un arrendajo.

—¡No puedes dormir aquí! —gruñó Ren.

—Oí un ruido y me asusté.

Pero no se había asustado ni la mitad que Ren, que se dispuso a salir de un salto de la cama, pero entonces recordó que ella no era la única que estaba desnuda. Agarró una manta y se la colocó alrededor de la cintura.

—Te mueves mucho —protestó ella—. Tengo sueño.

—¿Dónde está tu camisón? —La envolvió con la sábana hasta hacerla parecer una momia y la alzó en brazos.

—¡Me estás molestando! ¿Dónde vamos?

—A ver al hada buena. —Se enredó en las mantas y casi cayó—. Mierda.

—Has dicho...

—Sé lo que he dicho. Y si lo repites se te caerá la lengua.

De algún modo, se las ingenió para abrir la puerta, recorrer el pasillo y entrar en el que había sido el dormitorio de Tracy sin perder la manta, pero hizo tanto ruido que Isabel se despertó.

—¿Qué...?

—Tiene miedo, está desnuda y es toda tuya. —Dejó a Brittany a su lado.

—¿Quién es? —Steffie sacó la cabeza al otro lado de Isabel—. ¿Brittany?

—¡Quiero a papá! —exclamó Brittany.

—Está bien, cariño.

Isabel se veía cálida y despeinada. Ren nunca había conocido a una mujer como ella, tan poco consciente de su atractivo sexual, aunque la mayoría de hombres no parecían advertirlo. El hermano de Vittorio, el grasiento doctor Andrea, sí lo había advertido, al parecer. No había engañado a Ren ese mismo día cuando apareció por allí con la absurda excusa de decirle a Isabel que habían conseguido los detectores de metales. «Gilipollas.»

El camisón le resbaló por el hombro, revelando el nacimiento de un pecho que, en ese preciso instante, debería haber estado cubierto por su mano. Ella asintió hacia la manta.

—Bonita falda.

Él recurrió a su dignidad.

—Ya hablaremos de eso por la mañana.

Mientras regresaba a su habitación, recordó que había ido a Italia para alejarse de todo. En cambio, estaba metido en un endiablado enredo familiar y había añadido otra marca negra a su alma.

Antes del amanecer, la cosa empeoró. Abrió los ojos y vio un pie en su boca. Y no era suyo.

Tenía una pequeña uña del pie clavada en su labio superior. Intentó moverse, pero se dio cuenta de que tenía otro pie incrustado en el mentón. Entonces sintió la mancha de humedad junto a su cadera. ¿Podía irle peor en la vida?

El bebé se le arrimó un poco más. Aquello era demasiado incluso para Marta. Ren sopesó sus opciones. Despertar al niño supondría un problema, algo con lo que Ren no tenía ganas de lidiar a las —comprobó la hora— cuatro de la madrugada. Resignado, se desplazó hacia una zona seca y rezó por volver a dormirse.

Pocas horas después, sintió un golpe en el pecho.

—¡Quiero mi papi!

La luz se filtró entre sus pestañas indicándole que ya había amanecido. ¿Dónde demonios estaba Marta?

—Vuelve a dormirte —farfulló.

—¡Quiero mi mami, ahora!

Ren se dio por vencido, abrió los ojos y, finalmente, entendió por qué los padres estaban pasando por aquel trance. El bebé era tan mono como el demonio. Sus rizos oscuros salían disparados en todas direcciones, y sus mejillas estaban rosadas debido al sueño. Un rápido repaso del colchón no reveló nuevas manchas de humedad. Lo que significaba...

Ren salió de la cama de un salto, se puso unos pantalones cortos y agarró al niño. Connor soltó un chillido. Ren lo llevó al lavabo como si acarrease un saco de patatas.

—¡Quiero Jer'my!

—Ya basta de tonterías, muchacho. —Le sacó el pañal con un gesto de desagrado, lo observó un momento, abrió la ventana y lo lanzó fuera.

—Es el momento de ir al váter. —Señaló la taza del lavabo—. Eso es el váter.

Connor se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo; tenía el mismo aspecto que su madre durante gran parte de su matrimonio con Ren.

—Váter malo. —Connor hizo una mueca de desagrado—. ¡Quiero mi mami!

Ren subió la tapa del asiento.

—Haz lo que tienes que hacer y luego hablamos.

Connor le miró.

Ren le ofreció una de sus caras de desprecio más desagradables.

Connor retrocedió hasta la bañera y se subió a ella.

Ren cruzó los brazos y se apoyó contra la puerta.

Connor abrió el grifo.

Ren se rascó el pecho.

Connor cogió el jabón.

Ren se inspeccionó las uñas.

—Será mejor que dejes de hacer tonterías, chico duro, porque dispongo de todo el día.

Connor le echó un vistazo al jabón, lo dejó, se sacó su cosita y se dispuso a hacer pipí en la bañera.

—¡Pero bueno! —Ren lo levantó en volandas y le colocó frente a la taza del váter—. Aquí. Ahora.

Connor torció la cabeza para mirarle.

—Ya me has oído. ¿Eres un hombre o una niña?

Connor necesitó un rato para pensarlo. Se llevó el dedo a la nariz y luego se investigó el ombligo. Después hizo pipí en el váter.

Ren sonrió.

—Así se hace, tío.

Connor también le sonrió, pero de pronto su expresión cambió.

—¡Caquita!

—Joder, chaval... ¿Estás seguro?

—¡Caquita!

—Que me aspen si... —Ren lo alzó en brazos, bajó el asiento del lavabo y lo depositó encima.

—¡Caquita!

Cuando el niño acabó, Ren lo lavó con el grifo de la ducha y después regresaron al dormitorio, donde encontró un imperdible grande y sus calzoncillos más pequeños, que, según recordó, le gustaban a Isabel. Se los colocó al niño lo mejor que pudo y le miró fijamente.

—Estos calzoncillos son míos, y si los mojas me enfadaré. ¿Lo has entendido?

Connor se metió el pulgar en la boca, inclinó la cabeza para mirarse y lanzó una satisfecha carcajada.

Los calzoncillos siguieron secos.

Los siguientes días fueron rutinarios. Harry y Tracy aparecían a la hora del desayuno para atender a los niños. Ren e Isabel pasaban parte de la mañana en la casa de abajo, donde ayudaban a la gente del pueblo en la laboriosa tarea de rastrear el terreno con detectores de metales. Más tarde, Isabel se iba con su cuaderno y Ren se encontraba con Massimo en el viñedo.

Massimo había cuidado de los viñedos toda su vida, y no necesitaba supervisión, pero a Ren le gustaba pasearse entre las sombreadas hileras de parras y sentir la dura tierra de sus ancestros bajo sus pies. Por otra parte, le

convenía alejarse de Isabel. Estar con ella le gustaba demasiado para su propio bien.

Massimo le pasó una uva para que la apretase.

—¿Puedes juntar los dedos?

—No.

—Eso es que aún no tiene suficiente azúcar. Tal vez dos semanas más, y entonces estaremos preparados para la *vendemmia*.

A última hora de la tarde, cuando Ren regresaba a la villa, invariablemente encontraba a Jeremy esperándole. El niño nunca decía nada, pero Ren sabía que deseaba practicar sus movimientos de artes marciales. Jeremy era listo y tenía buena coordinación, por lo que a Ren no le importaba enseñarle.

Harry y Tracy solían estar a esa hora encerrados con Isabel para su consulta diaria, pero si la sesión acababa a tiempo, a Harry le gustaba unirse a ellos.

A Ren le encantaba ver a Jeremy enseñarle a su padre lo que había aprendido. A veces se sorprendía preguntándose cómo habría sido su vida si hubiese tenido un padre como Harry Briggs. A pesar de su éxito, no había logrado la aprobación de su padre. Ser actor, en particular uno con mucho éxito, era algo demasiado público, demasiado vulgar; y eso según el hombre que se había casado con la frívola cabeza de chorlito de su madre. Por suerte, había dejado de preocuparse por la opinión de su padre hacía mucho tiempo. No tenía nada de especial la aprobación de un hombre que él nunca había respetado.

Anna empezó a darle la tabarra con lo de organizar una fiesta después de la vendimia.

—Venía celebrándose desde que era niña. Todo el mundo que participaba en la *vendemmia* venía a la villa el primer domingo después de la recogida de la uva. Había mucha comida y mucha diversión. Pero tu tía Filomena decidió que era un engorro y acabó con la tradición. Ahora que vives aquí, podemos retomarla, ¿verdad?

—Sólo vivo aquí temporalmente. —Llevaba cerca de tres semanas en Italia. Tenía que ir a Roma la semana siguiente para encontrarse con Jenks durante unos días, y el rodaje daría comienzo un par de semanas después.

No había comentado nada de eso con Isabel, ni el encuentro en Roma ni cuánto más iba a quedarse en la villa, pero ella tampoco le había preguntado. Y ¿por qué debería haberlo hecho? Ambos sabían que se trataba de una relación a corto plazo.

Tal vez la invitase a ir con él. Ver cosas conocidas a través de sus ojos le aportaría a Ren una nueva perspectiva. Sin embargo, no podía invitarla. Ni todos los disfraces del mundo podrían evitar que algún *paparazzo* les viese, y eso acabaría con lo poco que quedaba de su reputación de chica buena.

Por otra parte, estaba el hecho de que ella rechazaría ir con él cuando descubriese de qué iba realmente *Asesinato en la noche*.

Su malhumor volvió a salir a la superficie. Ella nunca entendería lo que ese papel significaba para él, tal como se había negado a entender que no era el acarrear con una imagen distorsionada de sí mismo lo que le llevaba a querer interpretar a los malos. Simplemente, no podía identificarse con los héroes, y eso no tenía nada que ver con haber vivido una infancia desquiciada. Bueno, no mucho, en cualquier caso. Y, habida cuenta de que ella había contratado a un contable estafador y que se había comprometido con un gilipollas, ¿tenía derecho a juzgarle?

Era un milagro que su aventura no se hubiese ido apagando, aunque resultaba difícil imaginar que algo se fuese simplemente apagando si Isabel estaba involucrada. No, cuando su aventura acabase, lo haría con una explosión. La idea resultaba tan deprimente que le llevó unos segundos percatarse de que Anna seguía hablándole.

—... Pero ahora es tu hogar, el hogar de tu familia, y volverás. Así pues, celebraremos la fiesta este año para retomar la tradición, ¿verdad?

No podía imaginarse regresando, no si Isabel no estaba allí, pero le dijo a Anna que lo organizase todo.

—Tú no eres de esas personas que piensan que las embarazadas no necesitan hacer el amor, ¿verdad? —Tracy miró a Isabel de forma acusadora—. Porque de ser así, échale un vistazo a este hombre y dime si cualquier mujer, embarazada o no, podría resistirse.

Harry parecía incómodo y satisfecho al mismo tiempo.

—Yo no sé mucho del tema... —dijo—. Pero de verdad, Isabel, no creo que sea necesario esperar más tiempo. Definitivamente, no es necesario.

Hemos pasado mucho tiempo hablando, y las listas que nos pediste que hiciésemos han sido de mucha utilidad. No me había dado cuenta... No sabía que... —Una ancha sonrisa ocupó su rostro—. Nunca imaginé las muchas maneras en que ella me ama.

—Y yo no sabía que él admirase tantas cosas de mí. ¡De mí! —Tracy sintió un escalofrío de satisfacción—. Creía que lo sabía todo sobre él, pero sólo había rascado la superficie.

—Esperad un poco más —dijo Isabel.

—¿Qué clase de consejera matrimonial eres tú? —le recriminó Tracy.

—De ninguna clase. Improviso sobre la marcha. Os lo dije desde el principio. Vosotros insististeis en esto, ¿lo recordáis?

Tracy suspiró.

—Vale, no queremos volver a meter la pata —admitió.

—Entonces hablemos de las listas de hoy. ¿Habéis anotado los veinte atributos del otro que os gustaría tener?

—Veintiuno —dijo Tracy—. He incluido su pene.

Harry rió y se besaron, y la punzada de envidia que sintió Isabel incluso le dolió. El matrimonio tenía sus recompensas para aquellos que conseguían sobreponerse al caos.

—¡Rápido! Se han ido.

A Isabel se le cayó el bolígrafo cuando Ren entró en el salón trasero de la villa, donde ella se había sentado en un hermoso escritorio del siglo xviii para escribirle una carta a un amigo de Nueva York. Dado que la familia Briggs había ido a comer a Casalleone, no tuvo que preguntarle a Ren a quiénes se refería.

Se inclinó para recoger el bolígrafo, pero él la hizo levantar de la silla antes de que pudiese cogerlo. Últimamente había estado de un humor cambiante, en un momento parecía querer cortarle la cabeza, y al siguiente ponía cara de pillín, como ahora. Cuanto más tiempo pasaba con él, con mayor claridad apreciaba la batalla que tenía lugar en su interior entre la persona que creía ser y la que ya no se sentía cómoda bajo la piel de chico malo.

Ren señaló la puerta.

—Vamos. Supongo que tenemos un par de horas antes de que vuelvan.

—¿Algún lugar en concreto?

—La casa.

Corrieron ladera abajo, cruzaron la puerta y subieron al piso de arriba. Cuando estuvieron en la habitación, ella señaló la cama pequeña y dijo:

—Sábanas limpias.

—Van a dejar de estarlo bien pronto.

Ella se quitó la ropa mientras él cerraba la puerta con llave, atrancaba las contraventanas y encendía una lámpara. Los escasos vatios de la bombilla inundaron de sombras la habitación.

Él vació sus bolsillos en la mesita de noche y se desnudó. Ella ya estaba tumbada en la estrecha cama y le hizo sitio. Ren acercó la boca a su cuello y le quitó el brazalete.

—Quiero que estés completamente desnuda para mí. —Los pezones de Isabel se erizaron ante el tono rasposo y posesivo de aquella voz. Cerró los ojos al tiempo que él posaba los labios en la palma de su mano. Habló sobre su piel—. Desnuda a excepción de esto...

Alargó la mano hacia la mesilla de noche. Segundos después, un aro de metal se cerraba alrededor de su muñeca. Ella abrió los ojos de golpe.

—¿Qué estás haciendo?

—Te detengo. —Agarró ambas muñecas, la que estaba libre y la esposada, y las alzó por encima de su cabeza.

—Bien, ¡para ahora mismo!

—Me temo que no. —Pasó las esposas por detrás de una barra del cabezal y cerró el otro extremo en la otra muñeca.

—¡Me has esposado a la cama!

—Soy tan canalla que a veces me sorprende a mí mismo.

Isabel intentó decidir cuán enfadada estaba, pero no podía evitar que le hiciese gracia.

—Son esposas auténticas —dijo.

—Me las han traído por FedEx. —Deslizó los labios por el antebrazo de Isabel hasta llegar a la axila. Cuando tiraba de las esposas, unas deliciosas oleadas recorrían su piel.

—¿No crees que hay ciertas reglas para el *bondage*? —dijo con un gemido cuando él atrapó uno de sus pezones con la boca y chupó—. ¡Hay un... protocolo!

—Nunca le he prestado demasiada atención al protocolo.

Siguió abusando de su pobre e indefenso pezón, pero ella no pensaba sucumbir a aquel delicioso temblor hasta darle su opinión.

—Se supone que no tienes que utilizar esposas de verdad, sino algo que pueda desatarse con facilidad. —Contuvo un gemido—. Al menos, tienen que estar acolchadas. Y tu pareja tiene que estar de acuerdo con que la aten... ¿Te lo había comentado?

—Creo que no. —Se acuclilló, le separó las piernas y la miró.

Ella se lamió los labios.

—Bueno, pues lo hago ahora.

Ren jugueteó con su vello púbico.

—Tomo nota.

Ella se mordió el labio con suavidad al tiempo que él la abría.

—Yo... ah... hice un trabajo de investigación cuando estudiaba el máster.

—Ya veo. —El erótico tono de su voz vibró en las terminaciones nerviosas de Isabel. El movimiento de su lengua era como una pluma cálida y húmeda.

—También es necesario... establecer una palabra... ahhh... por si las cosas traspasan el límite.

—Eso está bien. Incluso tengo un par de ideas al respecto. —Dejó de acariciarla de repente, ascendió por su cuerpo y le susurró al oído aquellas palabras.

—Se supone que no han de ser palabras eróticas. —Deslizó la rodilla por el interior del muslo de Ren.

—¿Y qué gracia tiene eso? —Sopesó sus pechos, sobándolos con suavidad.

Isabel se agarró a las barras del cabezal.

—Se supone que han de ser palabras como «espárrago» o «carburador». O sea, Ren... —Se le escapó un irreprimible gemido—. Si digo... «espárrago», querrá decir que tú... ahh... has ido muy lejos y tienes que parar.

—Si dices «espárrago» querré parar porque no puedo pensar en algo menos excitante. —Se apartó de sus pechos—. ¿No podrías decir algo como «semental» o «tigre»? O... —Una vez más, le susurró al oído.

—Eso es erótico. —Movi6 el muslo ligeramente para rozarle el miembro. Estaba tan excitado que ella sintió un escalofrío. Él le acarició la axila e hizo otra sugerencia. Ella tiró de las esposas—. Eso es muy erótico.

—¿Y esto? —Su susurro se hizo un ronroneo.

—Eso es obsceno.

—Perfecto. Utilicémoslo.

—Yo voy a usar «espárrago» —se obstinó ella, y arqueó las caderas.

Sin mediar palabra, él se echó hacia atrás sobre los talones y sus cuerpos dejaron de tocarse. Esperó.

A pesar del brillo diabólico de su mirada, a Isabel le llevó unos segundos entender su acción. ¿Cuándo iba a aprender a mantener la boca cerrada? Intentó mostrar algo de dignidad, pero no resultaba sencillo dada su vulnerable posición.

—Vale por esta vez —cedió.

—¿Estás segura?

¿Acaso no era él don Engreído?

—Estoy segura.

—¿De verdad? Porque estás desnuda, esposada a la cama y no hay posibilidad de rescate, sin contar que estás a punto de ser violada.

—Uh-uh. —Flexionó una pierna hacia arriba.

Él recorrió los suaves rizos con el pulgar, disfrutando de la vista. Ella sentía su deseo, tan fuerte como el suyo, y apreció su tono oscuro y rasposo cuando Ren habló.

—No sólo me gano la vida violando mujeres, ya sabes. Soy una amenaza para todo aquel que represente la verdad, la justicia y el estilo de vida americano. Y no es que quiera insistir en ello, pero estás indefensa.

Ella cerró las piernas para demostrarle que no estaba del todo indefensa. Al mismo tiempo, se prometió a sí misma que cuando acabase la sesión no descansaría hasta verlo esposado a él. A menos que se equivocase mucho, él no opondría demasiada resistencia.

—Ya entiendo lo que pretendes. —Deslizó un dedo en su interior—. Ahora estate quieta, porque puedo violarte.

Lo cual llevó a cabo. Con maestría. En primer lugar con los dedos, y después con todo su cuerpo. Moviéndose encima de ella y penetrándola incansablemente. Torturándola hasta hacerla suplicar que acabase. No obstante, jamás se había sentido tan a salvo o más valorada que entonces, presa de un exquisito cuidado.

—Aún no, cariño. —La besó de nuevo, con ardor, y empujó más fuerte—. No hasta que yo esté preparado.

Él estaba más que preparado. Sus músculos estaban tensos como si el esposado fuese él. Ese salvaje placer le estaba costando más esfuerzo a él que a ella. Isabel le rodeó con las piernas. Se movieron a un tiempo, gritaron a la vez...

Las amarras que los sujetaban a la tierra se rompieron. Al acabar, él se había convertido en el verdadero prisionero.

Mientras Ren echaba una cabezadita, ella salió de la cama y cogió las esposas que yacían en el suelo, así como la llave. Le miró. Sus espesas pestañas formaban medialunas rayadas sobre las mejillas, y mechones de cabello oscuro caían sobre su frente. El contraste entre su exótico tono oliváceo de piel y el blanco de las sábanas le otorgaba el aspecto de un hermoso infiel.

Fue al baño y metió las esposas y la llave bajo una toalla. Debería aborrecer lo que él le había hecho, pero no era así; en absoluto. ¿Qué le había ocurrido a la mujer que necesitaba tenerlo todo bajo control? En lugar de sentirse indefensa o enfadada, le había dado a Ren todo lo que ella era.

Incluido su amor.

Se aferró al borde del lavabo. Se había enamorado de él. Se miró en el espejo y bajó la vista. ¿Quién quería mirar a una persona tan estúpida? Apenas se conocían desde hacía tres semanas, y ella, la mujer más cautelosa del mundo en lo referente a relaciones románticas, estaba vuelta del revés.

Se mojó la cara e intentó compartimentar las cosas para considerar lo tocante a la atracción macho-hembra a un nivel biológico. Los primeros seres humanos se sentían atraídos por sus opuestos para asegurar que los

más fuertes de la especie sobreviviesen. Algo de ese instinto seguía presente en la mayoría de las personas y, obviamente, también en ella.

Pero ¿qué había de su supervivencia como mujer moderna? ¿Qué había de su supervivencia como mujer dispuesta a comprometerse con relaciones sanas, una mujer que se había propuesto no repetir los modelos tempestuosos de conducta de sus padres? Se suponía que su aventura con Ren tenía que ser una afirmación de su sexualidad y una liberación. En lugar de eso, había liberado su corazón.

Apesadumbrada, bajó la vista para posarla en la jabonera. Necesitaba un plan.

Como si alguno de sus planes hubiese funcionado.

De momento, no quería siquiera pensar en ello. Lo negaría por completo. Pero la negación siempre era mala. Tal vez si no le prestaba atención a sus sentimientos, desaparecerían.

O tal vez no.

—¿Qué prefieres, pastel de chocolate o tarta de cerezas? —preguntó Isabel y se detuvo en el linde del jardín de la villa para observar cómo Brittany tendía una cazuela de porcelana hacia Ren.

Él estudió el surtido de hojas y ramitas con suma atención.

—Creo que tarta de cerezas —contestó—. Y quizás un vaso de whisky para acompañar, si no es mucha molestia.

—No puedes pedir eso —le amonestó Steffie—. Tienes que pedir té.

—O sorbete —dijo Brittany—. Podemos hacer sorbete.

—No, no podemos, Brittany. Sólo té. O café.

—El té estará bien. —Ren tomó una taza imaginaria de manos de la niña; su pantomima fue tan hábil que Isabel casi pudo ver la taza en su mano.

Se quedó absorta mirándolo. La concentración de Ren cuando jugaba con las niñas era extrañamente intensa. No era igual cuando lo hacía con los niños. Cuando zarandeaba a Connor o metía a Jeremy en el Maserati recién reparado, lo hacía con indiferencia. Igualmente extraño era el hecho de que parecía dispuesto a participar en cualquiera de los juegos a los que las niñas le obligaban a jugar, incluso los imaginarios, como tomar el té. Isabel pensó que tenía que preguntarle al respecto.

Se encaminó a la casa de abajo para ver si habían hecho algún progreso con los detectores de metales. Giulia le vio venir y la saludó con la mano. Tenía una mancha en la mejilla y sombras bajo los ojos. Tras ella, tres hombres y una mujer rastreaban metódicamente el olivar. Había otros a los lados, con palas, preparados para cavar en cuanto los detectores zumbasen, lo cual no era demasiado frecuente.

Giulia le entregó su pala a Giancarlo y se acercó a Isabel para saludarla, quien le pidió que la pusiese al corriente.

—Monedas, clavos y parte de una rueda —dijo Giulia—. Encontramos algo más grande hace una hora, pero era sólo una parte de una vieja estufa.

—Pareces cansada.

Giulia se frotó la cara con el reverso de la mano, extendiendo la suciedad.

—Lo estoy. Y sufro, porque me paso el rato aquí. Vittorio no quiere que esto afecte a su trabajo. Cumple a rajatabla su agenda, pero yo...

—Sé que te sientes frustrada, Giulia, pero intenta no culpar a Vittorio.

La joven miró a Isabel y compuso una sonrisa.

—He estado diciéndome eso todo el tiempo. Él siempre tiene que aguantar mis manías.

Se pusieron bajo la sombra de un olivo.

—He estado pensando en Josie, la nieta de Paolo —dijo Isabel—. Marta ha hablado con ella de la estatua, pero al parecer el italiano de Josie no es muy bueno, así que no sabemos cuánto entendió de la conversación. He pensado llamarla por mi cuenta para ver cuánto sabe, pero quizá deberías llamarla tú. Tú sabes más de la familia que yo.

—Sí, es buena idea. —Le echó un vistazo a su reloj, calculando la diferencia horaria—. Tengo que volver a la oficina. La llamaré desde allí.

Después de que Giulia se marchase, Isabel rastreó un poco con un detector antes de pasárselo a Fabiola, la mujer de Bernardo, y regresar a la villa. Fue a buscar su cuaderno y luego se sentó en el jardín de los rosales.

El aislamiento que aportaba aquel jardín era uno de los motivos de que fuese uno de sus rincones favoritos. Era una estrecha franja de tierra por encima de los jardines formales, pero estaba protegido de las miradas por una hilera de árboles frutales. Un caballo pastaba en el bosque, y el sol del atardecer formaba un halo dorado alrededor de las ruinas del viejo castillo en lo alto de la colina. Había sido un día caluroso, más propio de agosto que de finales de septiembre, y el aroma de las rosas saturaba el aire.

Miró el cuaderno en su regazo pero no lo abrió. Todas las ideas que le venían a la mente parecían una repetición de sus libros anteriores. Tenía la desagradable sensación de que ya había escrito todo lo que sabía acerca de la superación de las crisis personales.

Vio a Ren dirigirse sin prisa hacia ella, con una camiseta de rugby azul y blanca y pantalones cortos. Apoyó las manos en la silla metálica en que estaba sentada Isabel, y se inclinó para darle un largo beso. Después abarcó sus pechos con las manos.

—Aquí y ahora —le dijo con malicia.

—Tentador —repuso ella—. Pero no he traído las esposas.

Él resopló y se sentó en la silla de al lado con aspecto enfurruñado.

—Entonces lo haremos esta noche en el coche, como todo el mundo en este pueblo.

—Me parece bien. —Volvió la cara hacia el sol—. Si las niñas de tu club de fans no te encuentran primero.

—Te aseguro que esas muchachitas tienen un radar.

—Estás siendo increíblemente tolerante. Me sorprende que pases tanto tiempo con ellas.

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Simplemente lo que he dicho.

—No quiero hablar de ellas.

Ella alzó las cejas. Ren sabía distanciar a la gente del mismo modo que sabía atraerla, aunque Isabel no pudo imaginar por qué sentía la necesidad de hacerlo en ese momento.

—Alguien está de mal humor —dijo.

—Lo siento. —Ren estiró las piernas y las cruzó a la altura de las espinillas, pero la postura parecía más fruto del cálculo que de la comodidad, como si estuviese forzándose a relajarse—. ¿Te han dicho Harry y Tracy que van a alquilar una casa en el pueblo?

Ella asintió.

—El apartamento de Zurich ha contribuido a agravar sus problemas. Es demasiado pequeño para ellos. Han decidido que sería mejor que ella y los niños se queden aquí, pues se sienten más como en casa, y que Harry venga los fines de semana.

—Ya veo que soy el único que encuentra desquiciante que mi actual amante esté ejerciendo de consejera matrimonial para mi ex esposa.

—No hay nada demasiado íntimo en nuestra relación. Al parecer, uno u otro te cuentan todo lo que hablamos.

—Algo que he intentado evitar con todas mis fuerzas. —Tomó su mano y empezó a jugar con sus dedos—. ¿Por qué te metes en estos fregados? ¿Qué te va en ello?

—Es mi trabajo.

—Estás de vacaciones.

—No tengo la clase de trabajo que permite tomarse vacaciones.

—Todos los trabajos permiten tomarse vacaciones.

—En el mío no puedes seguir un horario fijo.

Ren frunció el entrecejo.

—¿Cómo puedes estar segura de que ayudas a alguien? ¿No es un poco arrogante asumir que sabes siempre qué es lo mejor para los demás?

—¿Crees que soy arrogante?

Él dirigió la vista hacia una hilera de césped ornamental acariciado por la brisa.

—No. Eres prepotente y testaruda. Pero no, no eres arrogante.

—Bien mirado, es cierto que hay algo de arrogancia en pensar que sabes qué es lo mejor para los demás.

—Pero sigues haciéndolo.

—A veces nos fijamos en los defectos de los otros para no fijarnos en los nuestros. —Se percató de que se había llevado el pulgar a la boca, y lo devolvió a su regazo.

—¿Crees que lo haces por eso?

Ella no lo había pensado, pero tuvo que preguntarse si era así.

—Supongo que vine a Italia para descubrirlo.

—¿Y qué tal lo llevas?

—No demasiado bien.

Ren le dio una palmada en la pierna.

—Si necesitas ayuda para reconocer tus errores, házmelo saber. Como tu manía de ordenarlo todo y el modo en que tratas de manipular las cosas cuando te encargas de algo.

—Me conmueves, pero esto es algo que tengo que resolver por mi cuenta.

—Si te sirve de consuelo, creo que eres una persona estupenda.

—Gracias, pero tu nivel de exigencia es más bajo que el mío.

Él se echó a reír, le apretó la mano y la miró con simpatía.

—Pobre doctora Fifi. Ser una líder espiritual es duro, ¿verdad?

—Tú deberías saberlo. Eres parte implicada —contestó ella, y él le rozó la mejilla con el pulgar.

No quería que se pusiese sensible con ella. Desde hacía días intentaba convencerse de que no estaba realmente enamorada de él, de que su subconsciente había inventado aquella emoción para no tener que sentirse culpable por la cuestión sexual. Pero no era cierto. Le amaba, no había duda, y ese momento explicaba por qué. ¿Cómo era posible que alguien que era su polo opuesto la entendiese tan bien? Sentía que todo era perfecto cuando estaban juntos. Él necesitaba que alguien le recordase que era una persona decente, y ella necesitaba que alguien la apartase un poco de su obsesión por la rectitud. Pero sabía que los dos no lo veían del mismo modo.

—¡Ren! —Dos niñas surgieron de entre los arbustos.

Él meneó la cabeza y gruñó.

—Sin duda tienen un radar.

—Te hemos buscado por todas partes —dijo Steffie—. Hemos construido una casa y queremos que juegues con nosotras.

—Hora de volver al trabajo —se resignó Ren. Apretó la mano de Isabel y se puso en pie—. Tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

Como si eso pudiese ocurrir alguna vez... Le vio marcharse. Una parte de sí quería deshacerse del amor que sentía por él, pero la otra quería mantenerlo para siempre. Una bien merecida burbuja de autocompasión creció en su interior.

«Vaya manera de hacer las cosas, Dios. ¿No podías haberme enviado a alguien como Harry Briggs de compañero sentimental? Oh, no. Tenías que enviarme un hombre que mata mujeres para ganarse el pan. Muy bonito, amigo.»

Dejó a un lado el cuaderno. Estaba demasiado distraída para escribir nada, así que lo mejor sería que bajase a la casa y le diese un poco a la pala. Tal vez podría librarse así de una parte de su energía negativa.

Andrea Chiara estaba allí cuando llegó. Él y Vittorio habían sido cortados por el mismo patrón, pero el doctor Andrea no parecía tan inofensivo, lo cual llevaba a su parte inmadura a desear que Ren estuviese presente para controlar el modo en que le besaba la mano a modo de saludo.

—Con otra mujer hermosa por aquí para inspirarnos —dijo Andrea—, trabajaremos más rápido.

Isabel miró subrepticamente hacia la villa, pero no vio a Ren por ninguna parte.

Tracy apareció cuando Isabel estaba acabando su turno. Sus ojos evidenciaban su excitación.

—Acabo de hablar con Giulia, y la casa que hemos alquilado en el pueblo estará preparada para nosotros dentro de tres días.

—Cuánto me alegro.

—Será duro estar lejos de Harry tantos días, pero hablaremos por teléfono todas las noches. Así él podrá trabajar dieciocho horas al día si lo desea, sin temer que al regresar a casa yo lo reciba hecha una furia. Y lo mejor es que cuando venga los fines de semana le tendremos enteramente para nosotros, sin teléfono móvil.

—Creo que es un buen plan.

—Cuando se acerque la fecha del parto, trabajará desde aquí. Los niños están encantados de no tener que volver a Zurich. Están aprendiendo italiano mucho más rápido que yo, y están muy unidos a Anna y Marta. Tú vas a quedarte un mes más, y Ren va a estar por aquí al menos tres semanas. Seremos muy felices aquí.

Tres semanas. Él no se lo había dicho. Ella podría habérselo preguntado, pero esperaba que él le dijese algo en lugar de comportarse como si no existiese futuro para ellos, aunque así fuese. Ren no parecía ser el mujeriego del que hablaban los medios de comunicación, pero los diferentes momentos de su vida parecían marcados por diversas relaciones. Dentro de unos años, él la recordaría como su aventura de la Toscana. No le gustaba lo vulnerable que eso la hacía sentir, pero no podía evitarlo.

Tracy la miró con aire divertido.

—Eres la única persona que conozco que puede llevar a cabo trabajos manuales sin ensuciarse.

—Años de práctica.

Tracy hizo un gesto hacia el olivar, donde Andrea fumaba un cigarrillo tras finalizar su turno con el detector de metales.

—Tengo cita con el doctor Sueños Húmedos la semana que viene. Anna dice que es un estupendo médico, a pesar de su reputación de seductor. Tal vez pueda disfrutar mientras mis piernas descansan en los estribos.

—Déjame darte otra buena noticia, entonces. Creo que es el momento de levantar la veda sexual.

Tracy se acarició el vientre y la miró pensativa.

—Vale —dijo sin demasiado entusiasmo.

No era la reacción que Isabel esperaba.

—¿Hay algún problema?

—No exactamente. —Metió la mano bajo la tela para rascarse—. Pero... ¿te importaría no decírselo a Harry?

—Tu matrimonio tiene que estar basado en la comunicación, ¿lo recuerdas?

—Lo sé, pero... Oh, Isabel, me encantan nuestras charlas. Anoche hablamos de las ballenas, y no por la forma de mi cuerpo precisamente. Y de las películas de miedo que recordábamos de la niñez. Me dejó contarle la pelea que tuve con mi compañera de habitación en la universidad y que todavía me incomoda. Todo este tiempo yo había creído que el helado de chocolate era su favorito, pero es el de mantequilla de pacana. Hicimos una lista con todos los regalos que nos habíamos hecho el uno al otro durante estos años, indicando si nos habían gustado o no. Aunque he tenido que caminar toda la semana con las piernas apretadas de lo caliente que estoy, no quiero dejar de hablar con Harry. No es sólo una cuestión física, después de todo. Me quiere con todo el paquete.

Isabel sintió otra punzada muy cerca del corazón. A pesar de todo su desorden emocional, Tracy y Harry compartían algo precioso.

—Bien, yo os levanto la veda —dijo—. Si quieres o no decírselo a Harry, deja que tu conciencia te guíe.

—Estupendo —dijo Tracy torciendo el gesto.

Tracy habló un momento con Andrea y después se encaminó a la villa. Ayudó a las niñas con sus lecturas e intentó echarle una mano a Jeremy con su lección de historia, pero le costaba concentrarse. ¿Qué iba a hacer con la decisión de Isabel de poner fin a la abstinencia sexual?

Por la noche, seguía debatiéndose con el problema, y ella y Harry volvieron a la casa cogidos de la mano. Era una mimada niña rica, y odiaba los dilemas morales, pero su matrimonio no funcionaría si no tenía el valor de afrontar los desafíos. Cuando entraron en la cocina, decidió que era el momento de hacer uso de algunas de las nuevas habilidades que Isabel le había enseñado, así que le cogió las manos a Harry y le miró directamente a los ojos.

—Harry, hay algo que tengo que decirte, pero no quiero hacerlo. Tengo una muy buena razón y me gustaría contártela.

Sabía que él querría pensarlo un poco, y le alegró estudiar su querido y familiar rostro mientras esperaba.

—¿Tiene que ver con la vida y la muerte? —preguntó Harry finalmente. Ahora fue ella la que necesitó un momento para reflexionar.

—Casi, pero más bien no.

—¿Es algo que quiero saber?

—Oh, sí.

—Pero no quieres decírmelo.

—En realidad, no. No ahora mismo, pero sí muy pronto.

Él alzó ligeramente una ceja.

—¿Y el motivo...?

—Porque te quiero mucho. Me encanta hablar contigo. Hablar es importante para mí y, en cuanto sepas eso que no quiero decirte, temo que no hablemos demasiado, y que empiece a pensar que sólo me quieres por mi cuerpo.

Él abrió la boca y los ojos se le iluminaron.

—¡Isabel ha levantado la prohibición! —exclamó.

Ella dejó caer las manos y pataleó.

—Odio la comunicación sincera.

Él rió, la atrajo hacia sí y le besó la frente. El bebé dio una patada en el vientre de Tracy.

—Venga, no eres la única a la que le gusta hablar. Y tienes que saber que te amaría aunque fueses tan fea como mi tío Walt. Hagamos un trato: por cada minuto que pasemos desnudos, pasaremos tres hablando. Lo cual, según me siento ahora, significa un montón de conversación.

Ella sonrió contra su cuello. El simple olor de su piel hizo que le corriese más rápido la sangre. Pero ¿qué sucedería si volvían a caer en los viejos modelos de comportamiento? Habían recibido una buena lección en lo referente a lograr que su relación funcionase. Tal vez ya era el momento de confiar en la dureza del material con que estaba hecho su matrimonio.

—Primero tienes que firmar un pacto conmigo —dijo ella—. La ropa puesta. Nada de manos por debajo de la cintura.

—Trato hecho. Y el primero que rompa el acuerdo tendrá que darle un masaje en todo el cuerpo al otro.

—Me parece bien. —Vaya bicoca. A ella le encantaba hacerle masajes de cuerpo entero.

Él la condujo hasta el sofá delante de la chimenea, pero apenas se sentaron ella dijo:

—Tengo pipí. Siempre tengo pipí. Si alguna vez te propongo volver a quedarme embarazada, abandóname en lo alto de una montaña inaccesible.

Él rió y la ayudó a ponerse en pie.

—Te acompaño.

Mientras seguía a su mujer escaleras arriba, Harry no dejó de preguntarse qué había hecho para merecer a aquella mujer. Era la tempestad en su calma, mercurio para su base de metal. La siguió al interior del baño. Ella no protestó cuando él se sentó en un extremo de la bañera. Hasta que apareció Isabel con sus listas, Tracy no había sabido que Harry siempre daba alguna excusa para quedarse con ella en el lavabo simplemente porque le encantaba la intimidad de aquel acto, la intimidad cotidiana. Tracy se rió como una posesa cuando se lo explicó, pero él sabía que ella lo entendería.

—¿Tu verdura favorita? —preguntó ella. No había olvidado cuánto la deseaba él, y se estaba asegurando de que recordaba cuál era su compromiso—. No importa. Lo sé. Guisantes.

—Judías verdes —replicó él—. No muy cocidas. Un poco crujientes. —Alargó la mano para tocarle la pantorrilla. Ahora sabía que tenía que decir lo que sentía en lugar de dar por sentado que Tracy ya lo sabía—. Me encanta hablar, ya lo sabes —se sintió impelido a añadir—. Pero ahora mismo estoy más interesado en el sexo. Dios, Trace, hace mucho tiempo

que no lo hacemos. ¿Sabes lo que supone para mí el mero hecho de estar a tu lado?

—Sí, porque acabas de decírmelo.

Sonrieron y en breve se fueron al dormitorio. Una vez allí, ella le miró con coquetería.

—¿Qué pasaría si me dejases embarazada?

—Me casaría contigo. Tantas veces como quisieras. —Y la besó.

—Éste será el último bebé. Lo juro. Me haré una ligadura de trompas.

—Si quieres seguir teniendo hijos, a mí me parece bien. Tendremos que esforzarnos un poco más.

—Cinco me parece bien. Siempre quise tener cinco. —Se mordió la comisura del labio—. Oh, Harry, estoy tan contenta de que no te fastidie tener otro hijo.

—No era culpa del bebé. Ahora ya lo sabes. —Le acarició la cara—. Detesto ser tan inseguro.

—Creía que iba a perderte.

Él resiguió la línea de su mandíbula con el pulgar. Ella tenía los labios blandos a causa de los besos que se daban continuamente, y suponía que los suyos también lo estaban.

—No vamos a permitir que ocurra otra vez, ¿de acuerdo? Acudiremos a un consejero matrimonial cada seis meses, lo necesitemos o no. Y sigo pensando que deberíamos decirle a Isabel que no acudiremos a otra psicóloga que no sea ella.

—Se dará cuenta cuando nos vea en su puerta dos veces al año.

Se tumbaron en la cama, listos para atenerse al trato que habían hecho. En principio mantuvieron las bocas cerradas, pero no durante mucho tiempo. Cuando Tracy aflojó los labios, él la besó y deslizó la lengua en el dulce interior de su boca. Juguetearon de ese modo durante un rato, pero no era suficiente. Él alzó la mano con avidez y rodeó con la palma uno de sus pechos.

—Sólo por encima de la cintura —susurró Harry.

—Por encima de la cintura está bien.

Ella estudió su rostro mientras él le sacaba la camiseta y le desabrochaba el sujetador. Le había dicho que nunca se cansaba de mirarle.

Sus pechos cayeron libres, y a Harry se le secó la boca cuando miró sus arrebatados pezones. Sabía lo tiernos que eran, y también que a ella le gustaba que los tocara de todas las maneras imaginables. Recordó la sorpresa de su mujer cuando supo el destacado lugar que ocupaban sus pechos de embarazada en la lista de Harry sobre las cosas que le excitaban. Nunca se le había ocurrido decírselo. Él había supuesto que ella lo sabía por lo mucho que le costaba despegar las manos de ellos.

Tracy dejó escapar un gemido gutural cuando él inclinó la cabeza para chupárselos. Entonces, ella deslizó la mano entre las piernas de Harry.

—Vaya. He perdido.

Pero lo que Harry perdió fue el control y sus ropas volaron. Tracy le empujó para tumbarlo de espaldas sobre la cama. Su pelo se desparramó formando una nube oscura sobre uno de sus hombros al tiempo que se subía a horcajadas encima de Harry. Se colocó del modo adecuado para que él pudiera penetrarla. Él le acarició el húmedo y almizclado valle antes de adentrarse.

Pensar en lo que casi habían llegado a perder les excitó aún más. Él tocó todos los rincones de su cuerpo y ella le correspondió. Se miraron fijamente a los ojos.

—Te amaré siempre —susurró Harry.

—Y yo a ti —le respondió ella también con un susurro.

Entonces sus cuerpos encontraron el ritmo perfecto, y hablar se hizo imposible. Juntos se dejaron caer en una hermosa oscuridad.

La mesa del comedor de la villa, de doscientos años de antigüedad, estaba cubierta de comida. Bandejas ovales decoradas ofrecían tanto piernas de cordero asadas como pollos de guinea al ajillo. Las hojas de escarola doradas servían de lecho para nueces, aceitunas, anchoas y pasas, en tanto que tiras de tocino le daban sabor a un sencillo cuenco con judías verdes. En una cesta, con una servilleta de lino con el escudo familiar, descansaban frescas rebanadas de pan toscano.

A pesar de los grandes arcos de la estancia y de los frescos con motivos religiosos, la atmósfera era informal. Los niños se afanaban por pescar los ravioli rellenos de carne de sus platos y se atiborraban con trozos de pizza. Ren repitió la pasta con castañas, e Isabel se permitió otra ración de polenta, dorada y crujiente por fuera pero tierna por dentro. Había cremosas porciones de queso *pecorino*, higos cubiertos de chocolate, y vino, tanto el tinto de su propia cosecha como el blanco afrutado Cinque Terre.

Ren, italiano de origen, disfrutaba siempre de una buena fiesta, y se había valido de la excusa de la inminente partida de los Briggs, a la mañana siguiente, para invitar a unas cuantas personas a comer. Vittorio y Giulia estaban sentados a la mesa, así como varios miembros de la familia de Massimo y Anna. La ausencia del doctor Andrea Chiara era más que patente, a pesar de que Isabel había sugerido que se le invitase.

Massimo habló de la *vendemmia*, la recogida de la uva, que daría comienzo dos días después, en tanto que Anna y Marta no dejaban de traer comida a la mesa. Nadie habló de la estatua. Habían acabado de rastrear el olivar con los detectores de metales y no habían encontrado nada.

—Siempre eres tan amable con ella —le dijo Giulia en voz baja a Isabel a pesar de que Tracy, que estaba en el otro extremo de la mesa, no podía oírla—. Si fuese la ex mujer de Vittorio, la odiaría.

—No si Vittorio hubiese intentado deshacerse de ella con tanto ahínco como lo ha hecho Ren —replicó Isabel.

—Aun así... —Giulia hizo un gesto con la mano—. Ah, no puedo engañarte, lo sé. Son los celos lo que hace que ella no me guste. Algunas mujeres se quedan embarazadas con sólo mirar a un hombre. Incluso la nieta de Paolo vuelve a estar embarazada.

—Estaba con los niños cuando le dijiste a Ren que habías hablado con ella. ¿Qué te dijo?

Giulia cogió una rebanada de pan.

—Que está embarazada. Su segundo. —Miró a Isabel con los ojos húmedos—. A veces pienso que todas las mujeres del mundo están embarazadas. Me da pena por mí, lo que no es bueno.

—¿No sabía nada de la estatua?

—Muy poco. Para Josie no era fácil hablar con Paolo después de la muerte de su madre, porque su italiano no es muy bueno. Pero siguieron manteniendo el contacto, y el abuelo siempre le enviaba regalos.

—¿Regalos? ¿Crees que...?

—Nada de estatuas. Se lo pregunté, especialmente después de que me dijese que le había costado quedarse embarazada la primera vez.

—Tal vez estaría bien tener una lista de todo lo que le envió. Podríamos encontrar alguna pista. Un mapa oculto en un libro, una clave... Algo.

—No había pensado en eso. Volveré a llamarla esta noche.

—¡Orinal! —chilló Connor desde su trona en un extremo de la mesa justo cuando trajeron la tarta de manzana.

Harry y Tracy se pusieron en pie a la vez.

—¡Quiero ése! —Apuntó con el dedo a Ren, que no pudo evitar sonreír.

—Dame un respiro, chaval. Ve con tu papá.

—¡Quiero ti!

Tracy movió las manos como una gallina frenética.

—No discutas con él. ¡Va a tener un accidente!

—No se atreverá. —Ren le dedicó al bebé una de sus miradas mortíferas. Connor se metió el dedo en la boca y empezó a chuparlo.

Ren suspiró y afrontó lo inevitable.

—Ren le enseñó lo del orinal en un día —le explicó Tracy a Fabiola mientras Ren se llevaba a Connor de la mesa—. ¡Y yo, después de haber

tenido cuatro hijos, no lo había conseguido! —sonrió.

Ren gruñó en la habitación de al lado.

La velada transcurría distendidamente. En cierto momento apareció una botella de *grappa* y también una de *vinsanto* dulce para acompañar al *cantucci* de avellanas. La brisa que entraba por las puertas abiertas se hizo más fresca. Isabel se había dejado su suéter en la casa cuando por la mañana había llevado sus cosas. Se puso en pie y le tocó el hombro a Ren, que estaba hablando con Vittorio sobre política italiana.

—Voy a la planta de arriba para robarte uno de tus jerséis —le dijo.

Él asintió con aire ausente y retomó la conversación.

El dormitorio principal de la villa estaba sumido en la penumbra. Apenas podían verse los pesados muebles, incluido el armario con tallas de madera, los espejos de marcos dorados y la cama de cuatro columnas. La tarde del día anterior, ella y Ren habían pasado una hora entre esas columnas mientras la familia Briggs se dedicaba a hacer un poco de turismo. Al sentir un leve escalofrío se preguntó si estaría convirtiéndose en una adicta al sexo. Pero sabía que más bien se trataba de una adicción a Lorenzo Gage.

Se dirigió al vestidor, pero se detuvo al ver algo sobre la cama. Se acercó para ver de qué se trataba.

Ren había bebido ya bastante vino, así que se pasó a la *grappa*. Intentaría estar sobrio para la noche, cuando estuviese a solas con Isabel. Sentía como si un gigantesco reloj hubiese empezado a dar las horas por encima de su cabeza, marcando la cuenta atrás del momento en que tendrían que separarse. En menos de una semana, él se iría a Roma, y no mucho después empezaría el rodaje. Miró alrededor, buscándola, y de pronto recordó que había subido a su habitación a buscar un jersey. Una alarma se encendió en su cabeza y echó a correr hacia las escaleras.

Isabel reconoció el sonido de sus pasos en el pasillo. Su manera de caminar era inconfundible, con pasos medidos, ligeros y gráciles para tratarse de un hombre tan alto. Apareció por la puerta con las manos en los bolsillos.

—¿Has encontrado el jersey?

—Aún no.

—Hay uno gris en la cómoda. —Se acercó al mueble—. Es el más pequeño que tengo.

Ella estaba sentada en el borde de la cama con el guión en las manos.

—¿Cuándo lo recibiste?

—Tal vez prefieras mi jersey azul. ¿Eso? Hace un par de días. El azul está limpio, pero el gris me lo he puesto un par de veces.

—No me habías dicho nada.

—Creo que sí. —Rebuscó en un cajón.

—No me dijiste que habías recibido el guión.

—Todo ha estado un poco revuelto por aquí últimamente, no sé si lo has notado.

—No tan revuelto.

Él se encogió de hombros, sacó un jersey y se puso a buscar otro.

Ella pasó el pulgar por las tapas del guión.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Han pasado muchas cosas.

—No dejamos de hablar, pero no me has dicho ni una palabra de esto.

—Supongo que no le di importancia.

—Me cuesta creerlo, porque sé lo importante que es para ti.

Aunque el movimiento fue sutil, su cuerpo pareció desenroscarse, casi como una serpiente dispuesta a atacar.

—Esto empieza a parecerse a un interrogatorio.

—Me dijiste que estabas deseando leer la versión definitiva del guión. Me resulta un poco extraño que no mencionases que ya lo tenías.

—Pues a mí no me resulta extraño. Mi trabajo es privado.

—Ya veo. —Momentos antes había estado rememorando con placer las veces que habían hecho el amor, pero en ese instante se sintió triste y un poco menospreciada. Era la mujer que se acostaba con... No era su amigo, ni siquiera un verdadero amante, porque los verdaderos amantes comparten algo más que sus cuerpos.

Ni siquiera la miró a los ojos.

—En cualquier caso, no te gustan mis películas. ¿Por qué te preocupas?

—Porque a ti te preocupa. Porque me has hablado de ello. Porque yo te hablo de mi trabajo. Por eso. —Lanzó el guión encima de la cama y se puso en pie.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Yo sólo... Jenks ha cambiado un poco el enfoque de la historia, eso es todo. Todavía sigo dándole vueltas. Pero sí, tienes razón, tendría que habértelo dicho. Supongo que no me apetecía discutir otra vez contigo. A decir verdad, Isabel, estoy un poco cansado de tener que defender lo que hago para ganarme la vida.

Primero su rabia, después su sentido de culpa y ahora pasaba al ataque. «Típico», pensó Isabel. Quiso replicar, pero las relaciones sanas no funcionaban de esa manera, y ella necesitaba que aquella relación fuera sana tanto como necesitaba respirar.

—De acuerdo. Es justo. —Tocó el brazalete con los dedos y respiró hondo—. No he dejado de juzgarte y tengo que dejar de hacerlo. Pero no me gusta que me dejen de lado.

Él cerró el cajón de la cómoda con la rodilla.

—Dios, haces que suene como si tuviésemos... como si tuviésemos... Mierda.

—¿Una relación? —repuso con las palmas vueltas hacia arriba—. ¿Es eso lo que intentas decir? ¿Hago que suene como si tuviésemos una relación?

—No. Tenemos una relación. Una estupenda relación. Me gusta. Pero...

—Sólo es sexo, ¿verdad?

—Fuiste tú quien dictó las reglas, o sea que no me culpes de ello.

—¿Eso crees que estoy haciendo?

—Lo que creo es que estás tratándome como uno de tus malditos pacientes.

Isabel no podía resistirlo más. No podía escucharle y mantener la calma. No podía escuchar lo que le estaba diciendo, procesarlo y usar los principios en que tan profundamente creía. Él tenía razón. Ella había establecido las reglas y ahora las estaba violando. Pero aquellas reglas habían surgido de otro tipo de emocionalidad.

Cruzó los brazos y se abrazó a sí misma.

—Lo siento. Al parecer, me he excedido.

—Esperas demasiado. Yo no soy un santo como tú, y nunca he pretendido serlo, o sea que olvídalos.

—Por supuesto. —Se dirigió a la puerta, pero él la llamó.

—Isabel...

Una santa se habría dado la vuelta, pero ella no era una santa, así que siguió caminando.

Ren estaba en la puerta, a oscuras, observando las estatuas de mármol a la tenue luz de la luna que bañaba el jardín. La villa estaba en silencio, a excepción del conmovedor saxofón de Dexter Gordon que sonaba a su espalda. Harry y Tracy se habían mudado esa misma noche, por lo que Isabel disponía otra vez de la casa para ella sola. Hacía horas que todos se habían ido a la cama. Ren se frotó los ojos. La doctora Isabel Favor, acérrima defensora del diálogo, le había dado la espalda y se había ido. No la culpaba. Él se había comportado como un estúpido.

Su amazona tenía muchos puntos tiernos, y él había empezado a alcanzar cada uno de ellos. Pero se trataba de herir o ser herido, ¿verdad? Y él no podía volver a dejarle escarbar en su psique, revolver todos esos rincones oscuros que acarreaba consigo desde que tenía memoria. Ella había establecido las condiciones de su relación. «Es sólo cuestión de sexo —había dicho—. Un compromiso físico a corto plazo.»

Encendió un cigarrillo. ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente prepotente? Se pondría hecha una fiera cuando supiese que él iba a interpretar a un pederasta. Y no sólo eso. Sabía que había pasado mucho tiempo con las niñas. Uniría ambas cosas y llegaría a la conclusión de que jugaba con ellas para practicar su personaje. Entonces todo se iría al infierno, perdiendo de ese modo el poco respeto que le merecía a Isabel. La historia de su vida...

Dio una profunda calada. Era su castigo por relacionarse con una mujer tan recta. Todos sus chiflados actos de bondad le habían importado bien poco, y ahora sufría por ello. La comida no le parecía tan sabrosa cuando no estaban juntos; la música no sonaba de un modo tan dulce. Tendría que haberse aburrido de ella. En cambio, se aburría cuando no estaba con ella.

Podría recuperar su favor simplemente pidiéndole disculpas. «Lamento no habértelo dicho.» Ella no se dejaría llevar por el resentimiento pues, al contrario que Ren, no sabía enfadarse. Merecía una disculpa, pero ¿después

qué? Que Dios la ayudase, se había enamorado de él. Él no había querido reconocerlo, ni siquiera para sí mismo, pero ella le había teleografiado sus emociones. Lo había visto en sus ojos, apreciado en su tono de voz. Era la mujer más inteligente que conocía, y se había enamorado del hombre que dejaba marcas invisibles sobre su piel en cuanto la tocaba. Y lo peor — aquello por lo cual no podía perdonarse a sí mismo— era ser consciente de lo bien que le hacía recibir el amor de una mujer honesta.

Su rabia, incluso estando fuera de lugar, volvió a salir a la superficie. En muchos sentidos, ella le conocía mejor que nadie, así que ¿por qué no se había protegido de él? Se merecía un hombre mejor. Un boy scout, un antiguo delegado de clase, alguien que pasase las vacaciones construyendo casas para los pobres en lugar de arrasándolas.

Le dio una última calada al cigarrillo. Sintió la punzada de la acidez en el estómago. Cualquier malvado que se preciase se habría aprovechado de la situación. Habría tomado todo lo que pudiese y se habría largado sin lamentarse. Resultaba sencillo conocer a un malvado. Pero ¿qué habría hecho el héroe?

El héroe se habría largado antes de que la heroína resultase herida. El héroe habría cortado la relación limpiamente para que la heroína pudiese escapar del desastre.

—Oí música.

Miró alrededor y vio a Steffie caminando por el suelo de mármol hacia él. Era su última noche en la villa. Cuando los niños se fuesen, por fin podría disfrutar de un poco de calma y silencio, aunque les había dicho que podían bañarse en la piscina todos los días.

Llevaba un gastado camisón amarillo con personajes de dibujos animados estampados. Su pelo oscuro, cortado como el de un duendecillo, se le había subido formando una cresta, y un mechón le caía sobre la mejilla. Cuando ella llegó a su lado, Ren supo que tendría que echar mano de todas las técnicas de actuación necesarias para interpretar a Kaspar Street, porque él nunca sería capaz de entender cómo alguien podía herir a un niño.

—¿Qué haces levantada?

Se recogió el camisón para enseñarle un pequeño rasguño en la pantorrilla.

—Brittany me ha dado una patada mientras dormía y me ha rasguñado con la uña del pie.

Necesitaba un trago. No quería que niñas pequeñas con aspecto de duendecillo acudiesen en su busca en mitad de la noche para que las consolase. Él podía separar y observar. Pero no durante la noche, cuando sentía que tenía mil años de edad.

—Venga. Vuelve a la cama.

—Estás de mal humor.

—Ve a ver a tus padres.

La niña frunció el entrecejo.

—¡Han cerrado la puerta con llave!

Ren tuvo que sonreír.

—Ya ves, la vida es dura.

—¿Y qué pasa si veo una araña? —dijo indignada—. ¿Quién la matará?

—Pues tendrás que hacerlo tú.

—No quiero.

—¿Sabes qué hacía yo cuando era un niño si veía una araña?

—Pisarla con fuerza.

—No. La agarraba con cuidado y la sacaba fuera.

Steffie abrió mucho los ojos, aterrorizada.

—¿Por qué hacías eso?

—Me gustan las arañas. Una vez tuve una tarántula como mascota. —Había muerto, por descontado, porque él se aburrió de cuidarla; pero no tenía por qué contarle eso—. La mayoría de las arañas son buenos bichos.

—Qué raro eres. —Se agachó para quitarse una suciedad del pie. Su vulnerabilidad preocupaba a Ren. Al igual que Isabel, necesitaba hacerse fuerte.

—Es el momento de dejarse de historias, Stef. Las arañas son agua pasada. Eres lista y lo bastante fuerte para solucionar el problema sin tener que salir corriendo a medianoche en busca de papi y mami como si fueses un bebé.

Ella le miró con desagrado, tal como había aprendido de su madre.

—La doctora Isabel dice que tenemos que expresar nuestros sentimientos.

—Sí, eso está muy bien, todos sabemos lo que sientes por las arañas, y estamos cansados de oírlo. Estás haciendo algún tipo de transferencia emocional.

—Eso dijo ella. Porque me preocupan mi papá y mi mamá.

—Pues ya no tienes que preocuparte por ellos.

—¿Crees que ya no tienen que darme miedo las arañas? —Su mirada reflejaba acusación y escepticismo a partes iguales, pero Ren también detectó algo de esperanza.

—No tienen por qué gustarte, pero deja de darles importancia. Es mejor afrontar lo que te da miedo que huir de ello.

«Hipócrita.» ¿Acaso él había afrontado el vacío que acarreaba en su interior?

Ella se rascó la cintura.

—¿Sabes si tendré que ir al colegio aquí?

—Creo que sí.

Jeremy, al parecer, lideraba una rebelión junto a sus hermanas contra los intentos de Tracy de educarlos en casa, que había finalizado con Harry escribiéndole una carta a las autoridades de Casalleone para que los niños pudiesen asistir a clase en el pueblo hasta que se marchasen a finales de noviembre. Cuando Harry le pidió su opinión, Ren le había dicho que los niños hablaban suficiente italiano para los intercambios básicos, y que creía que sería una buena experiencia para ellos.

—¿Te vas a casar con la doctora Isabel?

—¡No!

—¿Por qué no? Os gustáis.

—Porque la doctora Isabel es demasiado buena para mí, por eso.

—Yo pienso que tú eres bueno.

—Porque eres fácil de engañar.

Ella bostezó y deslizó la mano entre las de Ren.

—Llévame a la cama, ¿vale?

Él la tomó en brazos y le dio un abrazo.

—De acuerdo, pero sólo porque estoy aburrido.

Se reunieron todos en la puerta principal de la villa para despedir a los Briggs, a pesar de que no se iban muy lejos. Ren le entregó a Jeremy un par de cd que sabía que le gustarían, aceptó un húmedo beso de Connor, admiró la voltereta final de Brittany y tuvo una charla de último minuto con Steffie sobre que no tenía que ser una debilucha. Isabel estuvo muy ocupada, hablando con todo el mundo menos con él. A Ren no le sorprendió que siguiese enfadada. Para ella, el que no le hubiese dicho que había llegado el guión suponía alta traición.

Cuando el coche desapareció por el camino, Isabel le hizo un gesto a Anna y se dio la vuelta para volver a la casa. Marta se había mudado con Tracy para ayudarla con los niños, por lo que Isabel estaría sola. Mientras Ren la observaba descender por el sendero, el bollo que había tomado para desayunar se le revolvió en el estómago. Qué remedio.

—Espera —dijo Ren—. Tengo algo para ti.

Ella se volvió. Llevaba el suéter negro atado a la cintura, con las mangas perfectamente anudadas. Todo en ella estaba ordenado, excepto lo que sentía por él. ¿Acaso no había previsto que quedaría atrapada por el atractivo de lo prohibido? Y ella no era la única.

Ren alcanzó el guión que había dejado junto a la baranda de la balaustrada, se acercó a ella y se lo entregó.

—Toma.

Ella se limitó a mirar el manuscrito.

—Vamos —insitió Ren—. Léelo.

Ella no se mostró sarcástica, como él habría hecho. Sólo asintió, se lo puso bajo el brazo y reanudó su camino.

Al verla alejarse, Ren se dijo que estaba haciendo lo correcto. Pero, Dios, se había equivocado dejándola entrar en su vida. Se había equivocado al pasar todo aquel tiempo juntos... De algún modo, tenía claro que la había corrompido.

Pasó el resto de la mañana en el viñedo, manteniéndose alejado de los cigarrillos para evitar fumar. Mientras oía a Massimo, intentó no imaginar qué escena podría estar leyendo Isabel en ese momento y cómo

reaccionaría. En lugar de eso, observó a aquel hombre mayor mirar al cielo y reflexionar acerca de los desastres que podían tener lugar antes de la *vendemmia*, que empezaba al día siguiente: una tormenta repentina, una helada matinal que transformaría las uvas en cieno.

Cuando ya no pudo resistir más los malos augurios de Massimo, regresó a la villa, pero se sentía triste y vacío sin los niños correteando por allí. Había decidido darse un baño en la piscina cuando apareció Giulia buscando a Isabel.

—Está en la casa de abajo —le dijo él.

—¿Podrías darle esto? Quería que llamase otra vez a la nieta de Paolo y le preguntase por los regalos que le había enviado su abuelo. Hablé con Josie anoche y esto es todo lo que recuerda.

Ren cogió el papel que ella le tendía y leyó. Se trataba de objetos prácticos, cosas para la casa y el jardín: tiestos, herramientas para la chimenea, una lámpara de noche, un llavero, bolsas de *porcini* secos, vino, aceite de oliva. Señaló con el dedo el papel y dijo:

—Esta lámpara... tal vez la base...

—Alabastro. Y es demasiado pequeña. Se lo pregunté.

—Falsa alarma, pues. —Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo. A pesar de no creer en los poderes de la estatua, le incomodaba no haber podido ayudarles a encontrarla. En tanto que actual señor de aquellas tierras, de algún modo se sentía obligado a proporcionarles la manera de encontrarla.

Cuando Giulia se fue, se dirigió a la piscina para hacer unos largos. El agua estaba fría, pero no lo bastante para atontarlo, algo que hubiese agradecido. Cuando se cansó, empezó a nadar de espaldas, y fue entonces cuando la vio sentada bajo una sombrilla.

Isabel cruzó las piernas. El sombrero de paja cubría de sombra su rostro, y tenía el guión sobre el regazo. Ren se sumergió y volvió a salir tan lejos de ella como le fue posible, deseando cobardemente posponer lo inevitable. Por fin, salió del agua y cogió la toalla.

Ella le observó acercarse. Por lo general, las luchas de Isabel por no bajar la vista hasta su entrepierna divertían a Ren, pero en ese momento no tenía ganas de reír.

—Es un buen guión —dijo Isabel.

Al parecer, había decidido dorarle la píldora antes de lanzarse a matar. Él se comportó como una cosmopolita estrella cinematográfica, sentándose cerca de ella, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos al sol.

—Ya.

—No es difícil suponer por qué no querías que lo leyese.

Mostrarse irónico era la mejor manera de afrontar aquello.

—No quería que me sermoneases.

—No lo hubiese hecho. No es una película de las que acostumbro a ver, pero sé que soy una excepción. A los críticos les va a encantar, y también al público.

Él abrió un ojo. En lugar de abordar el tema directamente, Isabel se estaba acercando como una serpiente dispuesta a atacar.

—Sé por qué te inquieta —prosiguió ella—. Este papel te exigirá un esfuerzo máximo. Estás en un momento de tu carrera en el que necesitas algo así.

Ren no pudo resistir más y se puso en pie de un brinco.

—¡Pero es un pederasta!

Isabel parpadeó un par de veces.

—Sé que no es lo que habíais acordado, pero sigue siendo un increíble reto como actor. —Tuvo arrestos de sonreír—. Tienes un talento sublime, Ren, y has estado esperando toda tu carrera algo así.

Él se levantó y se dirigió hacia la piscina. En ese momento casi la odiaba. Era tan despiadadamente razonable, tan inmisericordemente justa, que ahora tendría que explicarle los detalles.

—Pareces no haber reparado en que he pasado mucho tiempo con las niñas de Tracy investigando para mi papel.

—Sí, lo he supuesto.

Él se giró hacia ella.

—¡Steffie y Brittany! Esas encantadoras niñas. ¿No lo entiendes? Estaba intentando meterme en la piel de Kaspar Street y verlas a través de sus ojos.

El ala del sombrero ensombrecía su rostro y Ren creyó no haber captado bien su expresión. Entonces ella alzó la cabeza y comprobó que no se había

equivocado: sus ojos reflejaban simpatía.

—Puedo imaginar lo difícil que habrá sido para ti —dijo Isabel.

Ren no entendía nada. ¿No era suficiente con que le arrancase la piel? ¿Tenía que roerle los huesos también?

—¡Maldita sea! —exclamó.

Odiaba su bondad, su compasión. Odiaba todo lo que la distanciaba de él. Tenía que largarse, pero sus pies no querían moverse, y lo siguiente que notó fue cómo ella le rodeaba con los brazos.

—Pobre Ren. —Apoyó la mejilla en su pecho—. Pese a todo tu sarcasmo, adoras a esas niñas. Prepararse para este papel debe resultarte muy desagradable.

Quería apartarla de su lado, pero ella era un bálsamo para sus heridas, y acabó estrechándola con más fuerza.

—Son tan condenadamente confiadas.

—Y tú eres completamente de fiar.

—Las he estado usando.

—Eres muy escrupuloso con tu trabajo. Por supuesto, necesitas entender a las niñas para hacer ese papel. No has sido una amenaza para ellas, ni por un segundo.

—Dios, lo sé, pero... —Ella no iba a irse. Y eso significaba que él tendría que empezar de nuevo. Pero no ahora.

Desafiaba toda lógica, pero quería hablar con ella del asunto. Retrocedió un paso, creando la distancia suficiente entre ellos como para no sentir que la corrompía.

—El guión ha... ha quedado mucho mejor que la idea original de Jenks. Hay momentos en que el público se sentirá atraído por Kaspar Street, a pesar de ser un monstruo.

—Eso es lo que lo convierte en brillante a la par que horrible —observó Isabel.

—Muestra lo seductor que puede resultar el mal. Todos los que vean la película tendrán que pensar en sí mismos. Jenks es brillante. Lo sé. Pero...

—Parecía tener la boca seca.

—Lo entiendo.

—Me estoy convirtiendo en un debilucho.

—No hace falta que lo jures. Siempre lo has sido. Pero eres tan buen actor que nadie lo ha advertido.

Isabel esperaba hacerlo sonreír, pero él estaba demasiado conmovido como para sonreír. Eso explicaba por qué había estado tan quisquilloso últimamente. Deseaba con todas sus fuerzas interpretar ese papel, pero al mismo tiempo sentía repulsión.

—Es la película de Street —dijo—. Nathan, el héroe, es esencialmente un papel plano.

—Nunca has tenido problemas para mantener la distancia con los personajes que has interpretado en el pasado, y tampoco los tendrás en este caso. —Ella intentaba que sus palabras le reconfortasen, pero él parecía aún más preocupado.

—No te entiendo —dijo—. Deberías detestar algo así. ¿No eras tú la que proponía un mundo mágicamente perfecto?

—Ése es el modo en que quiero vivir mi vida. Pero cuando se trata de arte no es tan sencillo, ¿no crees? Los artistas tienen que interpretar el mundo que ven, y su visión no siempre ha de ser hermosa.

—¿Crees que esta película es arte?

—Sí. Y tú también, o no te habrías metido tan de lleno en ella.

—Sólo espero... Demonios, espero que mi agente les haya obligado a poner mi nombre encima del título.

Aquella fanfarronada conmovió a Isabel. El hecho de que su conflicto interior fuese tan obvio podía significar que, finalmente, se había cansado de recorrer los más oscuros callejones. Tal vez estaba preparado para representar algún personaje heroico cuando acabase de rodar esta película. Era el momento de que dejase atrás la estrecha visión que tenía de sí mismo, como actor y como ser humano.

Ahora, sin embargo, su mirada no demostraba otra cosa que cinismo.

—Así que me estás dando la absolución por el pecado que voy a cometer —dijo Ren con cinismo.

—Hacer esta película no es ningún pecado. Y difícilmente podría decirse que esté yo en condiciones de dar la absolución a nadie.

—Eres lo mejor que tengo —admitió él.

—Oh, Ren. —Se acercó a él y le apartó un mechón de la frente—. ¿Cuándo empezarás a ver quién eres en realidad en lugar de quien crees ser?

—Siempre tan crédula.

Isabel se recordó que eran amantes, que ella no era su terapeuta, y que no era responsabilidad suya arreglar sus problemas, entre otras cosas porque ni siquiera había sabido arreglar los suyos propios. Empezó a retroceder, pero él la retuvo por el brazo y dijo:

—Vamos.

Ella apreció en su expresión algo muy parecido a la desesperación. La condujo hasta la casa de abajo, hasta el dormitorio. Ella sabía que algo no estaba bien, pero se dejó llevar igualmente y se quitó la ropa con la misma urgencia con que le ayudó a él a quitarse la suya.

Cuando cayeron sobre el lecho, se colocó encima de él. Deseaba librarse de la premonición que decía que todo estaba tocando a su fin tan rápidamente que ninguno de los dos podría detenerlo. Él le aferró las corvas para abrirle las piernas. El orgasmo de Isabel fue estremecedor pero no lo disfrutó; una sombra había cubierto el sol.

Ren se ciñó una toalla a la cintura y bajó a la cocina. Había esperado diversas reacciones por parte de Isabel tras la lectura del guión, pero la aceptación —por no hablar de los ánimos que le había dado— no entraba en esa lista. Sólo una vez le había gustado que ella actuase del modo en que esperaba que lo hiciese, pero el hecho de que el resto de ocasiones no fuese así era otra razón para que no se cansase de ella.

Había empezado a sentir algo parecido a... La palabra «pánico» surgió en su mente, pero la apartó. No sentía pánico, ni siquiera cuando la película estaba a punto de acabar y sabía que le esperaba una muerte violenta. Lo que sentía era... intranquilidad, eso.

Oyó correr el agua en el piso de arriba. Isabel llenaba la bañera. Esperaba que ella frotase con fuerza las marcas invisibles que había dejado en su piel, aquellas que no podían verse pero estaban allí.

Palpó su bolsillo en busca de cigarrillos, pero sólo para recordar que únicamente llevaba encima una toalla. Cuando se acercó al fregadero para beber un poco de agua, le llamó la atención una pila de cartas que yacían

sobre la encimera. Junto a ellas, un sobre acolchado con la dirección del remitente, el editor de Isabel en Nueva York. Le echó un vistazo a la carta que estaba encima.

Querida doctora Favor:

Nunca antes le he escrito a una persona famosa, pero asistí a la conferencia que usted dio en Knoxville, y desde entonces cambió mi actitud respecto a la vida. Me quedé ciega a los siete años...

Acabó la lectura y cogió otra carta.

Querida Isabel:

Espero que no te importe que te tutee, pero es que siento que eres mi amiga. He estado escribiendo esta carta mentalmente desde hace mucho tiempo, cuando leí en los periódicos que tenías problemas. Pero he decidido que tenía que escribirte de verdad. Hace cuatro años, cuando mi marido nos dejó a mí y a mis dos hijos, caí en una depresión tan fuerte que no podía levantarme de la cama. Entonces, mi mejor amiga me trajo una cinta de una de tus conferencias que había encontrado en la biblioteca. Eso me ayudó a creer en mí misma y cambió mi vida. Ahora he retomado mis estudios...

Ren se frotó el vientre, pero la sensación de mareo que sentía no se debía a no haber comido nada.

Querida señorita Favor:

Tengo dieciséis años y hace dos meses intenté suicidarme porque creía que era homosexual. Pero entonces leí un libro suyo, y creo que probablemente esa lectura me salvó la vida.

Cuando Ren se sentó se dio cuenta de que había empezado a sudar.

Querida Isabel Favor:

¿Podría enviarme una foto suya autografiada? Para mí significaría mucho. Cuando me despidieron del trabajo...

Doctora Favor:

Mi esposa y yo le debemos a usted nuestro matrimonio. Estábamos pasando por problemas económicos y...

Querida señora Favor:

Nunca le he escrito antes a una persona famosa, pero de no ser por usted...

Todas las cartas habían sido escritas después de que Isabel cayera en desgracia, pero a los remitentes no parecía importarles. Lo único que les importaba era lo que ella había hecho por ellos.

—Patético, ¿verdad? —Isabel estaba en el umbral de la puerta, con el albornoz anudado en la cintura.

El nudo del estómago había ascendido hasta la garganta de Ren.

—¿Por qué lo dices?

—Dos meses. Doce cartas. —Metió las manos en los bolsillos con aspecto triste—. En mis buenos tiempos llegaban en una saca de correos.

Las cartas cayeron al suelo cuando él se levantó de la mesa.

—Salvar almas se basa en la cantidad, no en la calidad, ¿no es eso?

Ella le miró con extrañeza.

—Sólo quería decir que tenía mucho y que ahora ha desaparecido.

—¡No ha desaparecido nada! Lee estas cartas. Sólo lee lo que dicen y deja de sentirte hundida.

Se estaba comportando como un bastardo, y cualquier otra mujer se lo habría echado en cara. Pero no Isabel. No la Mujer Sagrada. Ella ni siquiera hizo una mueca. Sólo parecía triste, y él lo sintió en el alma.

—Tal vez tengas razón —dijo, y se dio la vuelta despacio.

Él iba a pedirle disculpas cuando vio que ella cerraba los ojos. Maldita sea. Sabía cómo tratar a mujeres que lloraban, a mujeres que chillaban, pero ¿cómo se suponía que tenía que tratar a una mujer que rezaba? Era el momento de volver a pensar como un héroe, sin importar que fuese contra su naturaleza.

—Tengo que regresar. Te veré por la mañana en la *vendemmia*.

Ella no abrió los ojos, no contestó. ¿Quién podía culparla? ¿Para qué hablar con el demonio cuando Dios es tu compañero elegido?

OceanofPDF.com

Sólo Massimo estaba en el viñedo cuando Ren llegó por la mañana, y no porque Ren se hubiese levantado más temprano que nadie, sino porque no se había ido a dormir. Había pasado la noche escuchando música y pensando en Isabel.

Ella apareció como si él mismo la hubiese conjurado, saliendo a la niebla de la mañana como un ángel terrenal. Llevaba unos vaqueros nuevos, una camisa de franela de Ren y también su gorra de los Lakers. Aun así, se las había ingeniado para parecer pulcra. Él recordó las cartas de sus admiradores, y algo ardió en su pecho, pero afortunadamente sólo tuvieron ocasión de cruzar un breve saludo porque en ese momento llegó Giancarlo, y poco después los demás. Massimo empezó a dar órdenes. La *vendemmia* había empezado.

Isabel comprobó que la recogida de la uva era un asunto bastante sucio. Cuando colocaba los pesados racimos en las cestas, o *paniere*, que era como las llamaban, el jugo amenazaba con colarse por sus mangas, y sus tijeras de podar estaban tan pegajosas que podrían haberse quedado adheridas a sus manos. Eran además tan traicioneras que confundían la carne con los tallos de los racimos. Isabel no tardó en tener un dedo cubierto de tiritas.

Ren y Giancarlo recorrían las hileras para volcar las cestas en los cajones de plástico colocados en el pequeño remolque del tractor. Luego los descargaban en el viejo cobertizo de piedra junto al viñedo, donde otro grupo empezaba a exprimir la uva y vertía el mosto en las cubas de fermentación.

Era un día nublado y frío, pero Ren llevaba una camiseta con el logotipo de una de sus películas. Se acercó para recoger la cesta que Isabel acababa de llenar.

—No tienes por qué hacer esto, sabes —le recordó.

En la siguiente fila, una de las mujeres se colocó dos racimos de uvas en sus pechos y los balanceó, haciendo reír a todo el mundo. Isabel ahuyentó

una abeja que no dejaba de incordiarla.

—¿Cuántas oportunidades tendré de participar en una vendimia en la Toscana? —respondió.

—Sí, el romance está a punto de acabar.

Parecía como si ya hubiese acabado, pensó ella cuando él se enjugó la frente y se fue.

Observó la abeja que se había detenido en el reverso de su mano. Ren no había ido a verla la noche anterior. En lugar de eso, la telefoneó desde la villa y le dijo que tenía trabajo. Ella también lo tenía, pero lo que hizo fue dejarse llevar por la melancolía. El lado oscuro del pasado de Ren colgaba sobre él como una telaraña, interponiéndose en la realización de cualquier esperanza de un futuro juntos. O quizás había decidido que ella era demasiado para él.

Se sintió agradecida cuando una joven se colocó a su lado para trabajar. Dado que el inglés de la chica era tan limitado como el italiano de Isabel, su conversación requirió de toda su atención.

Al llegar la tarde, recogido ya medio viñedo, Isabel se fue a casa. No habló con Ren, que había ido a compartir una botella de vino con algunos hombres. Cuando Tracy la llamó para invitarla a cenar, rechazó la invitación. Estaba demasiado cansada para comer algo más que un bocadillo de queso e irse a la cama.

La mañana llegó antes de lo que le hubiese gustado, y sus músculos protestaron mientras se volvía en la cama. Barajó la posibilidad de quedarse acostada, pero había disfrutado de la camaradería el día anterior, así como de la sensación del trabajo bien hecho. Era algo que hacía tiempo que no experimentaba.

El trabajo fue más rápido el segundo día. Vittorio acudió para echar una mano. Llegó Tracy con Connor para contarle a Isabel cómo había ido el primer día de colegio de los niños, así como que Harry la había llamado desde Zurich la noche anterior. Fabiola hizo uso de su limitado inglés para contarle a Isabel sus dificultades a la hora de quedarse embarazada. Pero Ren apenas habló con ella. Isabel se preguntó si trabajaba más duro que nadie porque era el dueño del viñedo o porque quería evitarla.

El sol se acercaba a la línea del horizonte. Cuando faltaban sólo unas pocas hileras, por podar, Isabel se acercó a la mesa para tomar un vaso de

agua. En ese momento un estallido de risas le hizo alzar la vista. Un grupo de tres hombres y dos mujeres descendía desde la villa.

Ren se sentó sobre un cajón de plástico recién descargado e hizo un gesto con la mano hacia ellos.

—¡Ya era hora de que llegaseis! —gritó.

Dos de los tres hombres eran del tipo Adonis, y ambos tenían acento americano.

—Cuando el gran hombre llama, la caballería acude a rescatarle.

—¿Dónde está la cerveza?

Una pelirroja bien vestida se colocó las gafas de sol encima de la cabeza y besó a Ren.

—Tío, te hemos echado de menos.

—Me alegra. —La besó en la mejilla y después hizo lo mismo con la otra mujer, que parecía una réplica de Pamela Anderson.

—Me muero por una coca-cola *light* —dijo—. Tu despiadado agente no para nunca.

El tercer hombre era más pequeño y delgado, y debía de andar por la cuarentena. Sus gafas de sol colgaban de su cuello, y estaba hablando por su teléfono móvil. Le dio a entender a Ren con un gesto que su interlocutor era un idiota y que acabaría en un minuto.

La pelirroja soltó una carcajada y recorrió con el índice el pecho desnudo de Ren.

—Oh, Dios mío, cariño, mírate. ¿Estás «realmente» sucio?

Isabel sintió crecer la indignación. Era el pecho de Ren el que aquella mujer estaba toqueteando. Isabel se fijó en los pantalones de la pelirroja, sus zapatos asesinos, sus inacabables piernas y su perfectamente visible ombligo. ¿Por qué no le había dicho Ren que había invitado a aquellas personas?

Estaba lo bastante lejos como para que él la ignorase, pero aun así la llamó.

—Isabel, ven, quiero presentarte a unos amigos.

Tracy había alabado la capacidad de Isabel de parecer siempre pulcra, pero no se sentía pulcra en ese momento. Mientras caminaba hacia ellos, deseó poder congelar el tiempo lo suficiente para darse un baño, peinarse,

maquillarse y ponerse algo elegante, además de tener una copa de martini en la mano.

—Perdonad que no os dé la mano. Estoy un poco sucia.

—Son unos amigos míos de Los Ángeles —dijo Ren—. Tad Keating y Ben Gearhart. El tipo del móvil es mi agente, Larry Green. —Señaló a la pelirroja—. Ella es Savannah Sims. —Y a la réplica de Pamela Anderson—. Y ésta es Pamela.

Isabel parpadeó.

—Sólo me parezco a ella —dijo Pamela—. No somos familia.

—Ella es Isabel Favor —dijo Ren—. Se aloja en esa casa de ahí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Pamela—. ¡En nuestro club del libro hablamos de dos de tus libros!

El hecho de que alguien que se pareciese a Pamela Anderson fuese también lo bastante inteligente para pertenecer a un club del libro podría haberle proporcionado otra razón a Isabel para detestarla, pero produjo el efecto contrario.

—Qué amables.

—¿Eres escritora? —preguntó Savannah alargando las palabras—. Qué guay.

De acuerdo, a ella sí podría detestarla.

—Bien, chicos —dijo Ren—, estoy preparado para una noche de marcha. Isabel, ¿por qué no vienes a la villa después de ducharte? A menos que estés muy cansada.

Aborrecía que alguien por encima de los veintiún años utilizase la palabra «marcha» en lugar de «fiesta». Es más, aborrecía el modo en que él la estaba haciendo sentir fuera de lugar.

—No estoy cansada en absoluto. De hecho, no puedo esperar más. Venga, marcha a tope.

Ren miró hacia otro lado.

Cuando llegó a casa, Isabel se dio un baño. Luego se tumbó para echar una rápida cabezadita, pero cayó profundamente dormida. Cuando se despertó, eran más de las nueve. Se sacudió la modorra y empezó a vestirse. Dado que no podía competir con las mujeres del departamento de tías buenas, ni siquiera lo intentó. En lugar de eso, se puso un sencillo vestido

negro, se cepilló el pelo con esmero, se puso el brazalete, cogió el chal y salió hacia la villa.

Se sentía una invitada, así que llamó a la puerta en lugar de entrar como lo hacía siempre. La música salió a su encuentro cuando Anna abrió la puerta.

—Me alegro de que haya venido, Isabel —dijo, y su rostro evidenciaba desagrado—. Esas personas... —Hizo un gesto de fastidio.

Isabel sonrió comprensivamente y siguió el rastro de la música hacia la parte trasera de la casa. Cuando llegó al arco que daba paso al salón del fondo, se detuvo.

El agente de Ren yacía de bruces sobre la alfombra con Pamela a horcajadas sobre su espalda, con el vestido por encima de los muslos mientras le daba un masaje. Las luces estaban bajas, y la música atronaba. Había comida abandonada por todas partes, y un sujetador negro colgaba del busto de Venus. Junto a él, el adonis Tad se lo estaba montando con la chica de la tienda de cosméticos del pueblo. Ben, el otro adonis, tenía una varita en la mano que hacía servir de micrófono para cantar borracho al ritmo de la música.

Ren bailaba con Savannah y no pareció percatarse de la llegada de Isabel, quizá porque los pechos de la pelirroja estaban aplastados contra su propio pecho y ella le rodeaba el cuello con los brazos. Un vaso de cristal con algo de aspecto letal se balanceaba entre los dedos de Ren, pues la mano estaba apoyada en la cintura de Savannah. La otra mano se deslizaba por la redondeada cadera de la chica.

Así que...

—¡Hola! —Pamela la saludó desde su posición sobre la espalda de Larry Green—. Larry adora los tríos. ¿Te animas a masajearle los pies?

—Creo que no, gracias.

Ren se volvió lánguidamente al oír su voz, y Savannah se movió con él. Tenía un elegante aspecto de depravación con sus pantalones negros a medida y su camisa de seda blanca abierta más de lo necesario. Se tomó su tiempo para apartarse de Savannah.

—Hay comida en la mesa si tienes hambre —le indicó.

—Gracias.

Un mechón de pelo le cayó sobre la frente mientras volvía a llenarse la copa con una botella de licor que había sobre una bandeja de plata. Bebió un sorbo y después encendió un cigarrillo. El humo envolvió su cabeza como un halo sin brillo.

—Creí que no vendrías.

Isabel se quitó el chal y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

—¿Y perderme una noche de marcha? Ni hablar. Sólo dime si aún queda alguna botella para mí.

Él la repasó con la mirada, con el humo saliéndole por la nariz. Savannah, la de expresión altiva y piernas inacabables, estudió el sencillo vestido de Isabel con frío asombro. Pamela rió y se apartó de la espalda de Larry Green.

—Isabel, eres muy divertida. Cuando estabas en la universidad ¿practicaste alguna vez aquel juego que consistía en dar un trago cada vez que Sting cantaba *Roxanne*?

—Creo que eso me lo perdí.

—Probablemente estabas estudiando mientras yo pasaba el rato en el bar. Quería ser veterinaria porque adoraba los animales, pero las clases eran muy duras y acabé dejándolo.

—¡Las mates son un rollo! —exclamó la Reina de las Zorras.

—Yo no podía con la química orgánica —explicó Pamela.

El adonis Ben dejó su varita-micrófono y se puso a tocar una guitarra de aire.

—Ven aquí y hazme el amor, Pammy. Soy un animal.

Pamela rió entre dientes.

—Cuida de Larry, Isabel. ¿Lo harás?

Savannah se enroscó en Ren como si de una serpiente pitón se tratase.

—Bailemos, cariño.

Él se colocó el cigarrillo en la comisura de los labios y se encogió de hombros mirando a Isabel. Apoyó las manos en la zona lumbar de Savannah y empezó a frotarla muy despacio.

Larry alzó la vista para mirar a Isabel desde el suelo.

—Te daré cien pavos si acabas lo que Pam ha dejado a medias.

—Primero tendríamos que ver si somos compatibles.

Ren resopló.

Larry gruñó y se incorporó.

—Tengo *jet-lag*. Ellos durmieron en el avión pero yo no. —Le tendió la mano—. Soy Larry Green, el agente de Ren. Estaba hablando por teléfono cuando nos presentaron. No he leído ninguno de tus libros, pero Pam me ha puesto al tanto de tu carrera. ¿Quién te lleva?

—Hasta hace poco, Ren.

Larry rió, y ella comprobó que tenía una mirada perspicaz pero no carente de amabilidad. El ritmo de la música se enlenteció y Ren deslizó la mano unos centímetros por debajo de la cadera de Savannah.

Larry señaló con la cabeza hacia la mesa de los licores.

—¿Una copa?

—Vino estaría bien. —Se sentó en el sofá. Había comido por última vez hacía ocho horas, pero había perdido el apetito.

Ahora sonaba a una balada romántica, y Savannah no dejaba de restregarse contra todos los rincones del cuerpo de Ren. Larry le tendió la copa a Isabel y se sentó a su lado.

—He oído que tu carrera se ha ido al traste.

—Por completo.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Ésa es la pregunta del millón.

—Si fueses mi cliente, te diría que te reinventases. Es la manera más rápida de recuperar la energía. Crea un nuevo personaje.

—Buen consejo, pero por desgracia me temo que soy persona de un único personaje.

Él sonrió, y empezaron a hablar de sus respectivas carreras al tiempo que ella intentaba no mirar a Ren y Savannah. Le preguntó a Larry por su trabajo como agente, y él le preguntó sobre el circuito de conferencias. Ren dejó de bailar para enseñarle a Savannah algunas de las antigüedades de la estancia, incluida la pistola que había atemorizado a Isabel durante su primera visita. Para su alivio, Ren se apartó de ella y se acercó a Larry para preguntarle:

—¿No has traído algo de hierba? —Su voz sonó pastosa.

—No. Tengo un miedo irracional a las prisiones extranjeras. ¿Y desde cuándo tú...?

—La próxima vez trae algo de jodida hierba. —Volvió a llenar su vaso, sin advertir que derramaba la mitad en la bandeja. Bebió un trago, fue en busca de Savannah y colocó las manos en sus caderas. Empezaron una nueva y lenta danza sexual. Isabel se dijo que era bueno que no hubiese comido, porque podría haber vomitado.

—¿Quieres bailar? —preguntó Larry, en gran medida porque sentía pena por ella, le pareció a Isabel, más que por tener ganas de moverse del sofá. Negó con la cabeza.

Ren acarició con una mano el trasero de Savannah. Ella, por su parte, ladeó la cabeza y entreabrió los labios. Ésa era la insinuación que Ren necesitaba, y la correspondió.

Ya era suficiente. Isabel se puso en pie y cogió su chal. Entonces habló lo bastante alto para que se la oyese por encima de la música.

—Ren, ¿podrías salir un momento conmigo?

Ren se apartó despacio de los labios de Savannah.

—No seas plasta —dijo alargando las palabras.

—Sí, bueno, «Plasta» es mi segundo nombre de pila, pero no te retendré demasiado.

Él cogió su copa, bebió un largo trago y la devolvió a la mesa. Parecía aburrido y bastante borracho.

—Vale, vamos allá. —Cuando echó a andar encendió otro cigarrillo.

Ella no tardó en arrancárselo de la boca y tirarlo al suelo en cuanto salieron.

—¡Pero qué...!

Isabel aplastó la colilla con fuerza.

—Mátate cuando estés solo.

Él replicó con la torpeza de los borrachos.

—Me mataré cuando me dé la puta gana.

—Estoy muy molesta contigo.

—¿Molesta?

—¿Acaso tendría que estar contenta? —Se ciñó más el chal—. Has hecho que me duela la cabeza. Y no he podido tragar un solo bocado.

—Estoy demasiado bebido para que me importe.

—No estás borracho del todo. Tus copas eran hielo básicamente, y tirabas más de la mitad al servir las. Si quieres alejarte de mí, simplemente dímelo.

Él apretó los labios y su aspecto de borracho desapareció. Su habla se hizo clara como el sonido de una campanilla.

—De acuerdo. Quiero apartarme de ti.

Ella apretó los dientes.

—No tienes ni idea de lo que quieres.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Y ahora mismo me parece que soy la única de nosotros que está, aunque sea remotamente, en contacto con sus sentimientos.

—¿Has visto lo que pasaba ahí dentro? —Señaló la puerta—. Ésa es mi auténtica vida. Esta temporada en Italia sólo han sido unas vacaciones. ¿No lo entiendes?

—Ésa no es tu auténtica vida. Tal vez lo fue una vez, pero ya no. Desde hace tiempo. Lo que querías es que yo creyese que ésa es tu auténtica vida.

—¡Vivo en ese manicomio que es Los Ángeles! Las mujeres me meten las bragas en los bolsillos cuando salgo de copas. Tengo mucho dinero. Soy superficial y egoísta. Vendería a mi jodida abuela por una portada del *Vanity Fair*.

—También tienes una boca muy sucia. Pero nadie es perfecto. Yo puedo ser estirada.

—¿Estirada? —Parecía dispuesto a eructar. Dio un paso hacia ella, apretando los dientes—. Escúchame, Isabel. Crees que lo sabes todo. Bueno, miremos las cosas como son. Supón que lo que dices es cierto. Supón que los he invitado, que he organizado todo esto sólo para demostrarte que lo nuestro ha acabado. ¿No lo pillas? Estoy intentando apartarme de ti.

—Obviamente. —Apenas podía mantener su tono de voz—. La cuestión es, ¿por qué tienes que pasar tú por todo esto? ¿Por qué no me dices simplemente «sayonara, nena»? ¿Sabes lo que creo? Creo que tienes

miedo. Bueno, yo también lo tengo. ¿Crees que me siento a gusto con nuestra relación?

—¿Cómo demonios voy a saber qué piensas? No entiendo nada de ti. Pero sé una cosa: si juntas a una santa y a un pecador tendrás problemas.

—¿Una santa? ¿Eso piensas de mí, que soy una santa?

—Comparada conmigo, sin duda lo eres. Eres una mujer que necesita tener todas las cosas colocadas en fila. Ni siquiera te gusta llevar el pelo despeinado. Mírame. ¡Soy un caos! Todo lo que tiene que ver con mi vida es insano. Y me gusta que así sea.

—No eres tan malo.

—Bueno, no me chupo el dedo, cariño.

Isabel se abrazó a sí misma.

—Nos preocupamos el uno por el otro, Ren. Puedes negarlo cuanto quieras, pero nos preocupamos. —Sus sentimientos no eran vergonzantes, y no iba a tratarlos como si lo fueran. Aun así, tuvo que respirar hondo antes de poder continuar—. Yo voy más allá de la preocupación. Me he enamorado de ti. Y eso no me hace feliz.

Él no tardó en responder.

—Vamos, Isabel, eres lo bastante inteligente para saber lo que está pasando. No es auténtico amor. Eres una mujer que lleva la palabra «salvadora» grabada en la frente. Me ves como un gran proyecto de salvamento.

—¿Es eso? Bien, ¿de qué tendría que salvarte? Tienes talento y eres competente. Eres uno de los hombres más inteligentes que he conocido. A pesar de la comedia que has montado para convencerme, no tomas drogas y nunca te he visto borracho. Eres un padrasto con los niños a tu extraña manera. Tienes un buen trabajo y el respeto de tus colegas. Incluso le gustas a tu ex mujer. Aparte de tu debilidad por la nicotina y de ser un bocazas, no sé qué hay tan terrible en ti.

—No quieres verlo. Eres tan ciega para las faltas de la gente que es un milagro que hayas salido adelante.

—El hecho es que te asusta lo que ha pasado entre nosotros pero, en lugar de intentar hacer que funcione, has decidido comportarte como un idiota. Y en cuanto vuelvas ahí dentro, será mejor que te laves los dientes

para librarte de los gérmenes de esa mujer. También tendrás que pedirle disculpas a ella. Es una mujer muy infeliz y no tienes derecho a utilizarla de ese modo.

Él cerró los ojos y susurró:

—Dios, Isabel...

La luna apareció por debajo de una nube, creando sombras angulares en su cara. Parecía torturado interiormente y, de algún modo, derrotado.

—La escena de ahí dentro... no ha sido más que una exageración.

Ella resistió el impulso de tocarle. No podía solucionar aquello por él. Ren tendría que ponerse a trabajar, aunque fuese a su manera.

—Lo siento —le dijo—. Sé cuánto te desagrada vivir de ese modo.

Él gimió casi inaudiblemente y la atrajo hacia sí, pero al punto la apartó.

—Mañana tengo que ir a Roma —dijo.

—¿Roma?

—Howard Jenks está allí acabando de decidir las localizaciones. —Se tocó el bolsillo, buscando el inexistente paquete de cigarrillos—. Oliver Craig va a volar hasta allí, es el británico que va a interpretar a Nathan. Jenks quiere que leamos juntos el guión. Tenemos que hablar del vestuario y hacer pruebas de maquillaje. Concederé un par de entrevistas. Estaré de vuelta a tiempo para la fiesta.

La fiesta se celebraría dentro de una semana.

—Estoy segura de que a Anna le gustará saberlo.

—Lo de ahí dentro... —Señaló con el mentón hacia la casa—. No te merecías algo así. Es sólo que... Tenías que entenderlo, eso es todo. Lo siento.

Y ella también. Más de lo que él podía imaginar.

Los ojos de Tracy se llenaron de lágrimas.

—¿Te he dado las gracias por devolverme a Harry?

—Muchas veces.

—De no haber sido por ti...

—Lo habríais solucionado igualmente. Lo único que hice yo fue acelerar el proceso.

Ella se enjugó los ojos.

—No estoy segura. Hasta que tú apareciste, no habíamos tenido suerte. ¡Connor, aparta la pelota de las flores!

Connor alzó la vista del balón de fútbol que estaba haciendo rodar por el pequeño jardín de la casa de los Briggs en Casalleone y les sonrió. Uno de los lados del jardín formaba una pendiente hacia una hilera de casas en la calle de abajo, el otro daba a una sección de la muralla romana que había rodeado el pueblo.

—Ren se fue a Roma esta mañana —dijo Isabel, sintiendo un profundo dolor en el hueco que se había formado en su interior—. Quiere apartarme de su lado.

Tracy dejó la andrajosa chaqueta vaquera de color rosa que estaba zurciendo.

—Cuéntame qué ha pasado.

Isabel le contó lo de la fiesta de la noche anterior. Cuando acabó, dijo:

—No lo he visto desde entonces. Anna me dijo que Larry y él se marcharon en coche a eso del mediodía.

—¿Y qué pasó con los parásitos de Los Ángeles?

—Camino de Venecia. Pamela es simpática.

—Si tú lo dices. —Tracy se acarició la barriga—. Él prefiere tomar el camino fácil, por eso se casó conmigo. El único lugar donde tolera los problemas emocionales es en la pantalla.

—Tal vez eso le resulta más fácil que relacionarse conmigo. —Isabel intentó sonreír, pero apenas consiguió esbozar una mueca.

—Eso no es cierto.

—Sólo lo dices por ser amable. Cree que le juzgo, lo cual es cierto, pero sólo con respecto a su trabajo. He intentado no hacerlo, porque sé que no es justo, especialmente porque yo tengo muchos fallos personales que corregir. La única razón por la que discuto con él es porque me importa. La mayoría del tiempo ocupa un lugar tan elevado en mi escala de valores personal que me sorprende.

—¿Estás segura que el deseo no ha nublado tu capacidad de juicio?

—Le conoces desde hace tanto tiempo que no ves el estupendo hombre que ha crecido en su interior.

—Mierda. —Tracy se reclinó en la silla—. Realmente, estás enamorada de él.

—No creía que fuese un secreto. —Al menos no lo era para Ren después de abrirle su corazón la pasada noche.

—Sabía que te sentías atraída por él. ¿Qué mujer con sangre en las venas no se sentiría atraída? Y cada vez que te mira parece que tenga rayos X en los ojos. Pero tú conoces a las personas. Creí que entenderías que cualquier relación con Ren no pasará del nivel animal. La única cosa que se toma en serio es su trabajo.

Isabel sintió una patética necesidad de defenderlo.

—Se toma en serio muchas cosas.

—Dime una.

—La comida.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Tracy.

—Me refiero a todo lo relacionado con la comida. Le gusta cocinar, crear platos y servirlos. La comida significa para él comunidad, y tú sabes mejor que nadie lo poco que disfrutó de eso durante su infancia. Adora Italia. Adora a vuestros hijos, lo admita o no. Le interesa la historia, y tiene amplios conocimientos de música y arte. A mí me toma en serio. —Respiró hondo, y su voz perdió la apariencia de seguridad—. No tan en serio como yo lo tomo a él. Se le ha metido en la cabeza la tontería de que él es muy malo y yo soy una santa.

—Ren vive en un universo paralelo, y quizás eso lo convierte en malo. Las mujeres se le echan encima. Los ejecutivos de los estudios cinematográficos casi le suplican que acepte su dinero. La gente no deja de adularle y consentirlo. Eso le da una visión distorsionada del lugar que ocupa en el mundo.

Isabel empezó a decirle que la visión que Ren tenía del lugar que ocupaba en el mundo era bastante lúcida, aunque algo cínica, pero Tracy no la dejó acabar.

—No le gusta hacer daño a las mujeres, pero, de algún modo, es lo que acaba haciendo. Por favor, Isabel, no te impliques demasiado.

Buen consejo, pero llegaba un poco tarde.

Isabel intentó mantenerse ocupada, entre otras cosas fregando una y otra vez el mismo plato. Cuando se dio cuenta de que no dejaba de dar vueltas por la casa esperando una llamada telefónica, se enfadó tanto consigo misma que cogió su agenda y empezó a planificar cada minuto de su futuro. Luego visitó a Tracy, jugó con los niños y pasó unas horas en la villa ayudando a preparar la fiesta. Su estima hacia Anna creció a medida que aquella mujer mayor le contaba historias acerca del pasado de la villa y la gente de Casalleone.

Pasaron tres días sin noticias de Ren. Isabel se sintió perdida, dolida y cada vez más abatida por el curso que su vida estaba tomando. No sólo había fallado en lo tocante a encontrar una nueva dirección, sino que había logrado hacer prácticamente inviable la anterior.

Vittorio y Giulia la llevaron a Siena, pero, a pesar de la belleza de la ciudad, el viaje no tuvo éxito. Cuando pasaban frente a algún niño pequeño, la tristeza de Giulia se hacía casi palpable. A pesar de haberlo intentado con denuesto, no haber encontrado la estatua la había hundido. Vittorio hacía todo lo posible por levantarle el ánimo, pero la tensión empezaba a pasarle factura.

Al día siguiente, Isabel se ofreció voluntaria para cuidar a Connor en la casa mientras Tracy acudía a su cita con el doctor y Marta iba a la villa para ayudar a Anna con la comida. Mientras caminaban por el olivar, se concentró en el feliz parloteo del niño y consiguió olvidarse del dolor que le provocaba el vacío creado en su interior. Después jugaron con los gatos y

cuando empezó a hacer frío lo llevó dentro y lo puso a dibujar en la mesa de la cocina con los lápices de colores que le había comprado.

—¡He dibujado un perro! —Connor alzó su dibujo para que ella lo admirase.

—Un perro perfecto.

—¡Más papel!

Ella sonrió y sacó uno de sus cuadernos sin estrenar de la pila de papeles que tenía sobre la mesa. Connor, no tardó en comprobarlo, no creía en lo de conservar los recursos naturales. Era un niño encantador. Isabel nunca había pensado en tener hijos, había relegado aquel tema a un futuro indefinido. Había tratado con tanta ligereza las cosas importantes de la vida... Parpadeó para contener las lágrimas.

Tracy llegó justo cuando Connor empezaba a mostrarse inquieto. Lo cogió en brazos y le besó. Se sentó en la mesa con él en su regazo mientras Isabel preparaba té.

—Definitivamente, el doctor Andrea es un monumento. Todavía no estoy segura de si es recomendable que te haga una exploración un médico tan guapo. ¿Tú qué crees?

—Es un ligón.

—Cierto. ¿Ha llamado Ren?

Isabel miró la fría chimenea y negó con la cabeza.

—Lo siento.

Un rescoldo de rabia surgió entre su dolor.

—Soy demasiado para él. Soy demasiado en todo. Demasiado fuerte. Ojalá no regresase nunca.

Tracy frunció el entrecejo.

—Yo no creo que seas demasiado. Él se ha comportado como un estúpido.

—¡Caballo! —gritó Connor desde la puerta, alzando otro dibujo.

Mientras Tracy se volvía para admirar el dibujo, Isabel intentó tomar aire, pues el rescoldo de rabia había encendido una llama que estaba consumiendo todo el oxígeno.

Tracy recogió las cosas de Connor y antes de marcharse abrazó a Isabel.

—Él se lo pierde —le dijo—. No podrá encontrar una mujer mejor que tú, incluida yo. No permitas que te vea llorar.

De nuevo, tarde, pensó Isabel.

Cuando Tracy se fue, Isabel se puso una chaqueta y salió fuera para intentar calmarse. La rabia era más llevadera que el dolor. La habían dejado dos veces con sólo dos meses de diferencia, y le enfermaba pensarlo. Sin duda, que Michael la apartase de su lado había sido una bendición, pero Ren era otra clase de cobarde. Dios les había puesto ante las narices un hermoso regalo, pero sólo uno de ellos había tenido arrestos para aceptarlo. ¿Y qué si ella era demasiado en todo? Que así fuese. Cuando lo viese, se lo dejaría bien en claro.

Alto ahí. No iba a decirle nada. Ya le había dado una oportunidad. No volvería a hacerlo, y no por orgullo. Si él no podía llegar a esas conclusiones por cuenta propia, ella no lo quería a su lado.

El viento soplaba del norte, frío y desagradable, cuando Isabel regresó a la casa. Encendió la chimenea. Cuando el fuego prendió, fue a la cocina para preparar té, aunque no le apetecía. Mientras esperaba a que el agua hirviese, se entretuvo arreglando los papeles que Connor había dejado desparramados encima de la mesa. Al niño no le gustaba dibujar más de una figura en cada hoja, según comprobó. Cuando acabó con eso, empezó con las cartas de los admiradores que aún no había leído.

Se llevó el té y las cartas al salón. Siempre había sido diligente a la hora de responder la correspondencia, pero tuvo ganas de tirar aquel fajo a la chimenea. ¿Qué sentido tenía responder?

Recordó el enfado de Ren cuando ella le dijo que eran pocas cartas. *Salvar almas se basa en la cantidad, no en la calidad, ¿no es eso?* Observó las escasas cartas como otro símbolo de la enormidad de su caída, pero también apreció algo más.

Se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Las cartas eran cálidas al tacto, como si estuviesen vivas. Abrió la primera y leyó. Cuando acabó, leyó la segunda y después la tercera, hasta que las leyó todas. El té se enfrió. El fuego crepitaba. Se acurrucó en el sofá y, lentamente, empezó a rezar. Sostuvo las cartas en sus manos y rezó por quienes las habían escrito.

Después rezó por sí misma.

La noche cayó sobre la casa. El fuego de la chimenea había menguado bastante. Rezó la oración de la pérdida.

Déjame encontrar el camino.

Pero cuando abrió los ojos, todo lo que pudo ver fueron sus colosales errores.

Había creado las Cuatro Piedras Angulares como un sistema para combatir sus propias inseguridades. En algún lugar de su interior, la niña asustada que había crecido al amparo de unos padres inestables seguía exigiendo estabilidad, hasta el punto de que había construido un conjunto de reglas para sentirse segura.

«Haz esto y lo otro, y todo irá bien. Tu dirección no cambiará cada mes. Tus padres no estarán tan borrachos que se olviden de darte de comer. Nadie gritará palabras malsonantes o se marchará en mitad de la noche, dejándote sola. No te sentirás mal. No te harás mayor. Nunca morirás.»

Las Cuatro Piedras Angulares le habían aportado una ilusión de seguridad. Cualquier cosa que sucediese fuera de sus límites, ella simplemente lo arrastraba a otro edificio para intentar apuntalarlo. Finalmente, la estructura había crecido tan rígida que cayó sobre su cabeza. Había vivido una vida de desesperación, y todo por intentar controlar lo incontrolable.

Se levantó del sofá y contempló la oscuridad al otro lado de la ventana. Las Cuatro Piedras Angulares combinaban la psicología, el sentido común y la sabiduría espiritual de los maestros. Había escuchado demasiados testimonios para ignorar lo útiles que eran. Pero ella quería creer que eran más que eso. Quería creer que eran una especie de patas de conejo que ofrecían protección de los peligros que entraña la vida. Si sigues estas reglas siempre estarás a salvo.

Pero la vida se negaba a seguir regla alguna. Todos los objetivos, estrategias y reglas del mundo no podrían meter la vida al completo en una caja. Ni siquiera Mil Piedras Angulares, por muy bien concebidas que estuviesen.

Fue entonces cuando lo oyó. Un hilo de voz que surgía de su interior. Cerró los ojos y aguzó el oído, pero no discernía las palabras. Frustrada, se quedó inmóvil con los ojos cerrados y la mejilla apoyada en el marco de la ventana, pero no funcionó. La voz se había desvanecido.

Aunque el ambiente en la habitación era cálido, los dientes empezaron a castañetearle. Se sintió perdida, sola y muy enfadada. Todo lo había hecho bien. Bueno, casi todo, teniendo en cuenta que se había enamorado de un cobarde sin agallas. Lo había hecho todo demasiado bien. Había estado tan ocupada poniendo orden en su vida que no había tenido tiempo para vivir. No hasta que llegó a Italia. Y en menudo lío se había convertido todo desde entonces.

Una vez más, la voz susurró en su interior, pero tampoco en esta ocasión discernió las palabras, sólo el latido de su corazón.

—¿Ren?

Él volvió a prestar atención.

—Sí. Estará bien. Lo que tú creas mejor.

—¿Estás seguro? —Howard Jenks acomodó su fornido cuerpo en el sillón, con la expresión de alguien que sopesa si ha elegido bien al hombre que tiene delante. Y Ren no podía culparle. Sufría pérdidas de atención. Podía estar metido en la conversación y al minuto siguiente estaba ausente.

También sabía que tenía mal aspecto. Tenía los ojos enrojecidos, y sólo un maquillador de primera podría haberle borrado las ojeras. Pero ¿qué aspecto podía tener si no dormía bien desde hacía varias noches? «Maldita sea, Isabel, déjame en paz de una vez.»

Larry frunció el ceño en un sillón de la suite de Jenks en el hotel St. Regis de Roma.

—¿Estás seguro, Ren? Creí que no querías un doble para las escenas en el Golden Gate.

—Así es —replicó Ren, como si hubiese estado diciendo lo mismo todo el rato—. Eso sólo complicaría las cosas, y me siento cómodo en las alturas. —Tendría que haberlo dejado ahí, pero añadió—: Por cierto, ¿será muy difícil llevar auestas a una niña de seis años?

Un incómodo silencio se adueñó de la habitación. Oliver Craig, el actor que interpretaría a Nathan, alzó una ceja.

Craig parecía un niño del coro parroquial, pero tenía las maneras interpretativas de un profesional. Había estudiado en la Royal Academy y

había trabajado en obras de repertorio en el Old Vic. Su intervención en una comedia romántica de bajo presupuesto había llamado la atención de Jenks.

—La escena del puente implica mucho más que acarrear una niña —dijo Jenks con rigidez—. Estoy seguro de que lo sabes.

Craig acudió en su rescate.

—Ren y yo hablamos anoche acerca del equilibrio entre las escenas de acción y los momentos de calma. Resulta extraordinario.

Larry terció en la conversación: lo contento que estaba Ren de poder interpretar finalmente un papel en el que pudiese emplear todo su talento, lo magnífico que iba a ser que Ren y Oliver trabajasen juntos... bla, bla, bla. Ren se disculpó y fue al lavabo. Una vez allí, se inclinó sobre la pica y se mojó la cara con agua fría. Tenía que concentrarse. La noche anterior, Jenks había hablado a solas con Larry para preguntarle si Ren estaba en condiciones.

Ren cogió una toalla. Ése iba a ser el mayor éxito de su carrera, y él estaba tirándolo por la borda, y todo por no poder concentrarse. Necesitaba con tal intensidad oír la voz de Isabel que estuvo a punto de llamarla una docena de veces. Pero ¿qué le habría dicho?, ¿que la echaba tanto de menos que no podía dormir?, ¿que la necesitaba tanto que le dolía de un modo insoportable? Si no hubiese prometido su asistencia a la fiesta de la vendimia, podría haberse escabullido en la noche como el reptil que sin duda era. En lugar de eso, tendría que echarle arrestos al asunto otra vez.

El día anterior se había topado con un periodista estadounidense que quería saber si era cierto el rumor que había oído.

—Se dice que tú e Isabel Favor tenéis un romance. ¿Tienes alguna declaración al respecto?

Savannah y su enorme bocaza había empezado a hacer de las suyas. Ren lo había negado todo, fingiendo no saber quién era Isabel. Su frágil reputación no podría sobrevivir a que la relacionasen públicamente con él.

Se dijo lo mismo que había estado diciéndose durante días. Llegada a cierto punto, una aventura tiene que acabar o dar el siguiente paso hacia adelante, pero no había paso adelante posible para dos personas tan diferentes. Tendría que haberse desligado de ella desde el principio, pero la atracción había sido demasiado fuerte. Y ahora, cuando había llegado el momento de separarse, una necesitada parte de sí mismo seguía queriendo

que ella tuviese un buen concepto de él. Quizá por eso estaba intentando con tanto ahínco dejarle un grato recuerdo antes de decirse el adiós definitivo.

Tiró de la cadena y volvió a la habitación. La conversación se detuvo cuando él apareció, lo cual confirmó de qué estaban hablando. Oliver se había ido. Eso no era buena señal.

Jenks se colocó sus anteojos en lo alto de la cabeza.

—Siéntate, Ren.

En lugar de obedecer, demostrando así que entendía la gravedad de la situación, Ren fue hasta el mueble bar y sacó una botella de Pellegrino. Sólo después de tomar un trago se sentó. Su agente le dirigió una mirada de advertencia.

—Larry y yo hemos estado hablando —dijo Jenks—. Ha vuelto a asegurarme que estás completamente comprometido con este proyecto, pero yo tengo mis dudas. Si hay algún problema, quiero que lo pongas sobre la mesa para que podamos hablar de ello.

—No hay ningún problema. —Se le había formado una película de sudor en la frente. Sabía que tenía que decir algo que tranquilizase a Jenks, e intentó encontrar las palabras adecuadas, pero se oyó decir justo lo contrario—. Quiero un psicólogo infantil siempre que las niñas estén en el rodaje. El mejor que puedas encontrar, ¿de acuerdo? No soportaría ser el responsable de las pesadillas de esas niñas.

Lo curioso era que su trabajo consistía precisamente en ser el responsable de las pesadillas de la gente. Se preguntó cómo estaría durmiendo Isabel.

Las arrugas de Jenks se hicieron tan profundas que podrían haberle plantado trigo, pero antes de que pudiese responder sonó el teléfono. Larry respondió.

—¿Sí? —Miró a Ren—. No puede ponerse en este momento.

Ren le arrebató el auricular y se lo llevó al oído.

—Soy Gage.

Jenks intercambió una larga mirada con Larry. Ren escuchó, después colgó y caminó hacia la puerta.

—Tengo que irme —dijo sin más.

Isabel seguía sintiendo rabia. Ardía a fuego lento mientras troceaba verduras en la cocina de la villa y sacaba los platos del armario. A última hora de la tarde, cuando se había reunido con Giulia en el pueblo para tomar una copa de vino, la rabia seguía ahí. Se pasó por la casa de los Briggs para ver a los niños, pero incluso allí la rabia burbujeaba en su interior.

Había subido al coche dispuesta a volver a casa cuando un estallido de color en el escaparate de una tienda de ropa del pueblo le había llamado la atención. El vestido en cuestión brillaba, era de color rojo anaranjado y ardía como ardía la rabia en su interior. No se parecía a nada que ella hubiese llevado nunca, pero su Panda parecía no saberlo. Dejó el coche mal aparcado justo delante de la tienda, y diez minutos después salió con un vestido que no podía permitirse y que no podía imaginarse llevándolo puesto.

Esa noche empezó a cocinar sumida en un frenesí de hostilidad. Mantuvo la sartén sobre el fuego hasta freír por completo la salchicha especiada que había comprado. El cuchillo golpeaba en la tabla al cortar la cebolla y el ajo, después añadió los pepinillos que había recogido en el jardín. Cuando se dio cuenta de que no había hervido agua para la pasta, vertió la salsa picante sobre una rebanada de pan tostado, lo llevó todo al jardín y se sentó sobre el muro y engulló la comida acompañada de dos vasos de chianti. Esa noche lavó los platos al ritmo de un rock and roll italiano que sonaba en la radio. Rompió un plato sin querer y lanzó los restos a la basura.

Sonó el teléfono.

—*Signora* Isabel, soy Anna. Sé que dijo que vendría mañana por la mañana para ayudar a preparar las mesas bajo el toldo, pero no será necesario. El *signore* Ren se ocupará de ello.

—¿Ha vuelto? —El bolígrafo que había llegado hasta su mano cayó al suelo—. ¿Cuándo ha llegado?

—Esta tarde. ¿No ha hablado con él?

—Aún no. —Se mordisqueó la uña del pulgar.

Anna la puso al corriente de los detalles de la fiesta, sobre las chicas que había contratado para que le ayudasen, y le dijo que no deseaba que ella hiciese nada más allá de pasar un buen rato. La rabia de Isabel era tan consistente que apenas pudo contestar.

Más tarde, esa misma noche, reunió las notas que había tomado para su libro sobre la superación de las crisis personales y las echó al fuego. Cuando se convirtieron en cenizas, se tomó dos somníferos y se fue a la cama.

Por la mañana, se vistió y condujo hasta el pueblo. Habitualmente se sentía grogui después de tomar somníferos, pero seguía sintiendo rabia, y eso despejaba cualquier niebla mental. Se tomó un café *espresso* en el bar de la *piazza* y después recorrió las calles, pero temía mirar los escaparates por miedo a romper los cristales. Unos cuantos lugareños la detuvieron, ansiosos por hablar de la estatua perdida o de la fiesta de esa tarde. Se hincó las uñas en las palmas e intentó responderles lo más brevemente posible.

No regresó a la casa hasta que faltaba poco para la fiesta. Se duchó con agua fría para ver si así se le pasaba el sofocón. Cuando empezó a maquillarse, sus dedos apretaron con excesiva fuerza el perfilador y éste trazó una raya en su mejilla. Base, sombra de ojos, mascarilla facial: todas esas cosas parecían tener vida propia. Tracy se había dejado una barra de labios de un rojo muy vivo e Isabel se la aplicó. Sus labios relucieron como los de una vampiresa.

Colgó el vestido nuevo de la puerta del ropero y lo observó en su percha. La tela caía desde el canesú hasta el dobladillo formando un esbelta y llamativa columna. Nunca vestía con colores vivos, pero se lo puso sin vacilar. Sólo después de cerrar la cremallera recordó que tenía que ponerse bragas.

Se volvió para mirarse en el espejo. Los diminutos puntos de ámbar enganchados a la tela brillaban como brasas encendidas. El oblicuo canesú dejaba al descubierto un hombro, y la puntilla del dobladillo ondeaba como una llama desde la mitad del muslo a la pantorrilla. El vestido no era el más adecuado ni para la ocasión ni para ella, pero se dispuso a llevarlo de todas formas.

Necesitaba unos zapatos de tacón de aguja espectaculares pero, como no disponía de ellos, se puso las sandalias color bronce. *Lo mejor para romperte el corazón en mil pedazos.*

Se miró en el espejo. El color de sus labios, el vestido y las sandalias no casaban muy bien, pero no le importó. Como había olvidado secarse el pelo después de ducharse, sus salvajes rizos rubios se parecían a los de su madre

cuando salía por la noche. Recordó los hombres, los gritos, todos los excesos que habían marcado la existencia de su madre, pero en lugar de buscar una cinta para el pelo, cogió sus tijeras de manicura. Las observó un momento, después las llevó hacia su pelo y empezó a cortar.

Pequeños mechones rizados se le enroscaron en los dedos. Las tijeras hacían un nervioso ruidito, con movimientos cada vez más rápidos hasta que su impecable pelo se convirtió en un manojo de mechones despeinados. Finalmente, se sacó el brazalete, lo lanzó sobre la cama y salió de la habitación.

Mientras ascendía por el sendero, los tacones de sus sandalias golpeaban contra las piedras. La Villa de los Ángeles apareció frente a ella, y vio a un hombre de pelo oscuro subiéndose a un Maserati negro. Le dio un vuelco el corazón, pero al punto se recuperó: se trataba de Giancarlo, que pretendía dejar el deportivo a un lado del camino para dejar espacio a los coches de los invitados aún por llegar.

El día era fresco para un vestido tan ligero pero, incluso cuando el sol se ocultó tras las nubes, la piel seguía ardiéndole. Atravesó los jardines de la parte trasera de la villa, donde los vecinos del pueblo habían empezado ya a reunirse. Algunos charlaban bajo el toldo que habían montado, otros estaban en el interior de la casa. Jeremy y varios niños mayores jugaban a fútbol entre las estatuas, mientras los pequeños iban a lo suyo.

Se había olvidado del bolso. No llevaba dinero encima, ni pañuelos de papel ni lápiz de labios, perfilador o caramelitos de menta. No llevaba Tampax, ni las llaves del coche ni su libretita de bolsillo; ninguna de las cosas que siempre llevaba consigo para protegerse de la caótica realidad que implicaba estar vivo. Y lo peor, no llevaba pistola.

La multitud se apartó para dejarle paso.

Ren presintió que algo extraño estaba sucediendo antes incluso de verla. Tracy abrió unos ojos como platos y Giulia dejó escapar una suave exclamación. Vittorio inclinó la cabeza y murmuró entre dientes una conocida frase en italiano, pero cuando Ren comprendió qué había llamado la atención de todo el mundo, su mente perdió la capacidad de traducir.

Isabel se había prendido fuego.

Observó su incendiario vestido, el fuego en su mirada y la energía que irradiaba de su cuerpo y la boca se le secó. ¿Dónde estaban aquellos

discretos colores neutros, aquellos reconfortantes blanco, beige y negro que definían su mundo? Y su pelo... Desordenados rizos se disparaban en todas direcciones formando un peinado por el que cualquier peluquero de Beverly Hills habría cobrado cientos de dólares.

El pintalabios no era el más adecuado, y los zapatos no casaban con el vestido, pero Isabel ardía con una resolución avasalladora. Ren había actuado un año en la serie de televisión *The Young and the Restless*. Había estudiado los guiones y sabía exactamente qué estaba sucediendo.

Había llegado la malvada hermana gemela de Isabel.

OceanofPDF.com

Isabel pilló a Ren mirándola. Él iba vestido de negro. Bajo el toldo, a su espalda, manteles de lino azul cubrían las mesas, cada una de ellas con un geranio rosa en un tiesto de terracota. La música sonaba por los altavoces que Giancarlo había sacado de la casa, y las mesas para servir ya tenían encima las bandejas con *antipasti*, lonchas de queso y cuencos con fruta.

Isabel le sostuvo la mirada, con las llamas de la rabia bailando en sus ojos. Aquel hombre había sido su amante, pero no tenía ni idea de lo que ocurría más allá de sus ojos azul plateado, aunque tampoco le importaba. A pesar de toda su fuerza física, había demostrado ser un cobarde emocional. Le había mentido de mil maneras: con sus seductoras comidas y sus cautivadoras risas, con sus besos ardorosos y su arrebatadora manera de hacer el amor. Ya fuese de forma intencionada o no, todas aquellas cosas habían supuesto una promesa. Si no de amor, sí de algo importante, y él había traicionado esa promesa.

Andrea Chiara se aproximó a ella desde el jardín. Isabel se alejó de Ren, con su atuendo negro e igualmente negro corazón, y fue a reunirse con el médico.

Ren quiso romper algo cuando vio a Isabel saludando al zalamero hermano de Vittorio. La oyó pronunciar su nombre con una voz tan sensual como una estrella de los años cincuenta. Chiara le dedicó una mirada insinuante, alzó la mano de Isabel y la besó. *Capullo*.

—Isabel, *cara*.

Cara. Y una mierda. Ren observó al doctor Gilipollas tomarla del brazo y llevarla de un grupo a otro. ¿De verdad creía Isabel que podía ganar a Ren jugando en su terreno? No estaba más interesada en Andrea Chiara de lo que había estado él en Savannah. ¿Por qué al menos no le miraba para ver si su veneno estaba causando efecto?

Deseaba que ella lo mirase para poder bostezar, que era todo lo que necesitaba para convertirse en un estúpido certificado. Quería cortar con ella, ¿no era eso? Tendría que sentirse aliviado de que flirtease con otro,

aunque sólo lo hiciese para provocar celos. En cambio, sentía unos horribles deseos de matar a aquel cabrón.

Apareció Tracy y lo arrastró a un aparte para poder increparle.

—¿Qué tal sienta probar un poco de tu propia medicina? Esa mujer es lo mejor que te ha pasado en la vida, y tú lo estás mandando todo a freír espárragos.

—Bueno, yo no soy lo mejor que le ha pasado a ella, y lo sabes, maldita sea. Ahora, déjame en paz.

En cuanto se libró de ella, apareció Harry.

—¿Estás seguro de saber lo que estás haciendo?

—Mejor que nadie.

Había perdido la pasión de Isabel, su cariño, su infinito sentido de la certidumbre. Había perdido el modo en que casi le había hecho creer que era mejor persona de lo que él creía ser. Le echó un vistazo a su preciosa y desordenada *doppelgänger* y deseó que el orden y la paciencia de Isabel volviesen a él, con la misma intensidad con que había intentado apartarla de sí.

Cuando Chiara puso una mano en el hombro de Isabel, Ren se obligó a tragarse los celos. Esa tarde tenía una misión, una misión con la que esperaba alcanzar una agridulce redención. Quería hacerle saber a Isabel que la inversión emocional que había realizado en él al menos había merecido la pena. Esperaba merecer siquiera una de sus sonrisas, aunque cada vez parecía más improbable.

En principio, había planeado esperar hasta después de la comida para hacer su declaración, pero no iba a tener la paciencia necesaria. Necesitaba hacerlo en ese preciso instante. Le pidió a Giancarlo que apagase la música.

—Amigos, ¿podéis prestarme atención?

Uno a uno, los presentes se volvieron hacia él: Giulia y Vittorio, Tracy y Harry, Anna y Massimo, todos los que habían colaborado en la vendimia. Los adultos hicieron callar a los niños. Ren se desplazó hacia una zona bañada por el sol junto al toldo, en tanto que Isabel permaneció al lado de Andrea.

Primero habló en italiano y después en inglés, porque quería asegurarse de que ella no se perdiese una sola palabra.

—Como sabéis, pronto me iré de Casalleone. Pero no podía hacerlo sin encontrar el modo de demostrarle a mis amigos lo mucho que les aprecio.

Cuando todo el mundo le miraba, cambió al inglés. Isabel le estaba escuchando, y Ren podía sentir su rabia llegándole en oleadas sucesivas. Notaba la resaca en sus piernas, amenazando con hacerle perder el equilibrio.

Sacó la caja que había escondido bajo la mesa y la puso encima.

—Espero haber encontrado el regalo adecuado. —Había planeado crear un poco de suspense dando un largo discurso, hacerles sufrir un poco, pero no tuvo ánimo para tanto. En lugar de eso, abrió la tapa.

Todo el mundo se acercó cuando apartó los materiales de seguridad que rodeaban el objeto. Metió las manos en la caja y sacó *La sombra de la mañana* para que todos pudiesen verla.

Tras unos segundos de asombrado silencio, Anna lanzó un grito:

—¿Es la auténtica? ¿Has encontrado nuestra estatua?

—Es la auténtica —dijo.

Giulia, boquiabierta, se lanzó en brazos de Vittorio. Bernardo alzó en volandas a Fabiola. Massimo hizo un gesto de gratitud hacia el cielo y Marta empezó a sollozar. Todo el mundo se acercó, impidiéndole observar a la persona cuya reacción más le interesaba.

Alzó bien alto *Ombra della Mattina* para que todos pudiesen verla. Poco importaba ahora el hecho de que no creyese en los poderes mágicos de la estatua. Ellos sí creían, y eso era lo que contaba.

Al igual que *Ombra della Sera*, esa estatua era de unos sesenta centímetros de alto y unos pocos de ancho. Tenía el mismo rostro dulce que su pareja masculina, mas el pelo y un par de pechos diminutos indicaban su feminidad. Las preguntas acerca de cómo la había encontrado empezaron a surgir.

—*Dove l'ha trovata?*

—*Com'è successo?*

—*Dove era?*

Vittorio se colocó los dedos en la boca y silbó con fuerza para pedir silencio. Ren dejó la estatua sobre la mesa. Tracy se movió unos centímetros y Ren consiguió echarle un vistazo a Isabel. Tenía los ojos muy

abiertos, y el puño apretado contra la boca. Estaba mirando la estatua, no a él.

—Cuéntanos —pidió Vittorio—. Dinos cómo la encontraste.

Ren empezó explicando la llamada de Giulia a Josie para la lista de regalos que Paolo le había enviado.

—En principio no aprecié nada extraño. Pero después me di cuenta de que le había enviado un juego de herramientas para chimenea.

Vittorio respiró hondo. Como guía turístico profesional, entendió la historia antes que los demás.

—*Ombra della Sera* —dijo—. Nunca pensé... —Se volvió hacia los otros—. El campesino que encontró la estatua masculina en el siglo xix la utilizó como atizador de chimenea hasta que reconocieron su valor. Paolo conocía la historia. Se la oí contar.

Ren estudió la lista muchas veces antes de recordar cómo se había encontrado la otra estatua.

—Llamé a Josie y le pedí que describiese las herramientas. Dijo que eran antiguas y un tanto extrañas. Una pala, unas tenazas y un agitador con forma de cuerpo de mujer.

—Nuestra estatua —susurró Giulia—. *Ombra della Mattina*.

—Josie había intentado tener un hijo. Paolo lo sabía. Al ver que no podía quedarse embarazada, sacó la estatua de la iglesia y la empaquetó junto al resto de cosas para que su nieta no sospechase de qué se trataba. Le dijo que era un valioso y antiguo juego de herramientas, y que si las colocaba junto a la chimenea le traerían suerte.

—Y así fue —dijo Anna.

Ren asintió.

—Tres meses después de recibir la estatua, se quedó embarazada de su primer hijo. —Una coincidencia, aunque ninguno de los presentes lo entendería así.

—¿Por qué Paolo se molestó en hacer que la estatua pareciese una herramienta? —preguntó Tracy—. ¿Por qué no se la mandó tal cual?

—Porque temía que se lo contase a Marta, y no quería que su hermana supiese lo que había hecho.

Marta se quitó el delantal y le explicó a todo el mundo lo mucho que su sobrina había deseado tener un hijo y cómo a Paolo le rompía el corazón su tristeza al no conseguirlo. A pesar de estar muerto, Marta seguía sintiendo la necesidad de defender a su hermano, e insistió en que Paolo habría devuelto la estatua al pueblo después de saber del embarazo de su nieta, pero murió justo después. La gente se sentía magnánima y asintió.

Giulia agarró la estatua y la sostuvo.

—Hace poco más de una semana que recibí la lista. ¿Cómo has podido recuperarla tan rápido?

—Le pedí a un amigo que fuese a su casa a recogerla. Me la envió al hotel de Roma y la recibí hace dos días. —Su amigo también disponía de medios eficientes para evitar las aduanas.

—¿No le importó devolvérsela?

—Ahora tiene dos hijos, y sabe lo importante que es la estatua.

Vittorio abrazó a Ren y le besó las mejillas.

—En nombre de todo Casalleone, nunca podremos agradecerte lo suficiente lo que has hecho por nosotros.

Desde ese momento, todo el mundo le rodeó. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos le abrazaron y besaron. Todos menos Isabel.

La estatua fue pasando de mano en mano. Giulia y Vittorio resplandecían. Tracy chilló cuando Harry intentó acercarle la estatua. Anna y Massimo miraban con orgullo a sus hijos y con cariño a los demás.

Ren se sentía demasiado mal para disfrutar del momento. Siguió mirando a Isabel para ver si había entendido que, al menos en eso, no le había fallado. Pero ella no parecía haber captado el mensaje. A pesar de reír con los demás, Ren sentía presente aún su rabia hacia él.

Steffie le dio un golpecito en el brazo.

—Pareces triste.

—¿Quién, yo? Nunca he estado más contento. Soy un héroe. —Le limpió a la niña restos de chocolate de la comisura de la boca.

—Creo que la doctora Isabel está enfadada contigo. Mamá dice... —Se le formaron unas arruguitas en la frente—. No importa. Mamá es un poco rara. Papi le dijo que tenía que tener paciencia contigo.

—Mira, un bastoncito de pan —dijo Ren, y se lo metió en la boca para que dejase de hablar.

Anna y la mujer mayor empezaron a conducir a todos hacia las mesas. Mientras la estatua pasaba de una familia a otra, propusieron un brindis en honor de Ren. Un infrecuente nudo se le formó en la garganta. Iba a echar de menos ese lugar y su gente. No lo había previsto en absoluto, pero de algún modo había echado raíces allí. Lo cual no dejaba de ser irónico, pues no podría regresar hasta dentro de mucho tiempo. Incluso aunque regresase siendo un anciano, sabía que seguiría viendo a Isabel en el jardín, con los ojos brillantes sólo para él.

Ella se sentó en el extremo opuesto de la mesa, lo más lejos posible de Ren. Andrea se le sentó a un lado y Giancarlo al otro. Ninguno de los dos le quitó ojo de encima a Ren. Isabel era como una película a cámara rápida. Los rizos se movían en lo alto de su cabeza cuando gesticulaba. Sus ojos centelleaban. Todo lo relacionado con ella estaba cargado de energía, pero sólo él parecía capacitado para apreciar la rabia que rugía tras todo ello.

La ilusión les había abierto el apetito y la sopa no tardó en desaparecer. El viento se hizo más frío y algunas mujeres echaron mano de sus suéteres; Isabel no. La rabia calentaba sus brazos desnudos.

Pasaban las nubes, y ráfagas de viento movían las ramas de los árboles. La energía de Isabel le impedía permanecer sentada, y cada vez que iba a recoger las bandejas de comida Ren esperaba ver cómo le temblaban las manos. Todos los presentes querían hablar con ella, como si su piel produjese un efecto magnético. Vertió vino en el mantel cuando volvió a llenar los vasos. Tiró al suelo el plato de la mantequilla. Pero no estaba ebria. Apenas había tocado su propio vaso.

El sol descendió y las nubes se oscurecieron, pero el pueblo había recuperado su estatua y el humor de los presentes se hizo más festivo. Giancarlo subió el volumen de la música y algunas parejas se animaron a bailar. Isabel se inclinó hacia Andrea, escuchándole como si las palabras que salían de su boca fuesen miel que ella deseara probar. Ren hizo crujir sus nudillos.

Cuando las botellas de *grappa* y *vinsanto* hicieron acto de presencia, Andrea se puso en pie. Ren le oyó decirle a Isabel por encima de la música:

—¿Quieres bailar?

El toldo ondeaba debido al viento. Ella se levantó y tomó su mano. Mientras caminaban hacia el interior de la casa, los puntos brillantes de su vestido resplandecieron en sus rodillas. Movi6 la cabeza y sus rizos volaron. Los ojos de Andrea se posaron en sus pechos al tiempo que encendía un cigarrillo.

Sin más ni más, Isabel se lo quitó de la boca y le dio una calada.

Ren se puso en pie con tal ímpetu que hizo caer su silla. Antes de que Isabel pudiese darle la segunda calada, se acercó a ella.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Ella se llenó la boca de humo y lo exhaló en su cara.

—Soy una chica marchosa.

Ren le dedicó a Andrea la mirada que había estado evitando toda la tarde.

—Te la devolveré en unos minutos, colega.

Ella no se opuso, pero cuando él la agarró para sacarla de allí, sintió el calor de su piel. Ignoró las expresiones de incredulidad de la gente al verlos pasar y se metió detrás de la estatua más grande.

—¿Has perdido la cabeza?

—¡Que te den! —le espetó ella y exhaló otra nube de humo.

Le vinieron ganas de lavarle la boca con jabón, pero había sido él quien lo había iniciado todo. En lugar de sacarle la rabia a besos, le habló como un pomposo gilipollas.

—Esperaba que pudiésemos hablar, pero obviamente no pareces tener ganas de mostrarte racional.

—En eso tienes razón. Así que apártate de mi camino.

Ren nunca daba explicaciones, pero esta vez tuvo que hacerlo.

—Isabel, no funcionaría. Somos demasiado diferentes.

—La santa y el pecador, ¿no es eso?

—Esperas demasiado, eso es todo. Olvidas que soy el tipo que tiene tatuado en la frente: «Sin valores sociales destacables.» Un periodista me abordó en Roma. Había oído un rumor sobre nosotros. Lo negué todo.

—¿Quieres la medalla del buen boy scout?

—Si la prensa se entera de que tenemos una aventura, perderás la poca credibilidad que te queda. ¿No lo entiendes? Es demasiado complicado.

—Entiendo que me pones enferma. Entiendo que te entregué algo importante y que tú lo rechazaste. Y entiendo que no quiero volver a verte.

—Lanzó el cigarrillo a sus pies y echó a andar, con el vestido flameando bajo una hoguera de furia.

Ren se quedó allí intentando recobrar la compostura. Tenía que hablar con alguien que tuviese la cabeza clara —que pudiese aconsejarle—, pero al echar un vistazo por la casa comprobó que la persona más inteligente estaba bailando con un médico italiano.

El viento se coló entre su camisa de seda, y su sentimiento de pérdida casi le hizo caer de rodillas. Fue en ese momento cuando lo comprendió. Amaba a aquella mujer con todo su corazón, y alejarse de ella había sido el mayor error de su vida.

Así pues, ¿qué importaba que ella fuese demasiado buena para él? Era la mujer más fuerte que había conocido nunca, lo bastante fuerte para domesticar al mismo demonio. Si se lo proponía, acabaría poniéndolo en el lugar que le correspondía. Demonios, no, no se la merecía, pero lo único que significaba eso es que tendría que esforzarse al máximo para que ella no se percatase de ese detalle.

Pero Isabel, precisamente, era una experta en esas cosas. No era una mujer emocionalmente necesitada y prendada de una cara bonita. ¿Qué pasaría si las cosas que había dicho de él fuesen ciertas? ¿Qué pasaría si sus predicciones eran acertadas, si él había crecido pero se miraba a sí mismo con unas viejas gafas que no le permitían ver en quién se había convertido?

La idea le hizo estremecer. Esa nueva visión de sí mismo abría demasiadas posibilidades como para pensarlas en ese momento. En primer lugar, tenía que volver a hablar con ella, decirle lo que sentía, aunque ella no facilitase las cosas.

Hasta ese momento, habría jurado que ella poseía una ilimitada capacidad de perdón, pero ahora no lo tenía tan claro. La estudió mientras bailaba. Había algo diferente en ella esa noche, algo que iba más allá del peinado, del vestido, incluso de su rabia. Algo...

Los ojos de Ren se posaron en su muñeca desnuda, y el pánico que había mantenido bajo control se liberó de golpe. Su brazalete había desaparecido.

Se le reseco la boca al ver cómo encajaban todos los cambios.

Isabel se había olvidado de respirar.

Las manos de Isabel se convirtieron en puños, y no consiguió llenar de aire los pulmones. Apartó de sí a Andrea y caminó entre los bailarines hacia un extremo de la estancia. A su alrededor había caras alegres, pero en lugar de calmarla, la felicidad de todos se transformó en combustible para su ira.

Los niños pasaron corriendo, armando escándalo y alboroto. Andrea se dirigió hacia Isabel para saber qué le sucedía. Ella se volvió y salió al jardín. Una contraventana se soltó a causa del viento y golpeó contra la fachada de la casa.

La rabia la consumía, ya no dirigida hacia Ren sino hacia sí misma. Su vestido rojo anaranjado era como ácido sobre su piel. Quería llorar, peinarse de manera adecuada otra vez, quitarse el maquillaje de la cara. Quería recuperar la calma, el control, la certidumbre acerca del orden de la vida, todo lo que había sentido tres noches atrás al leer aquellas cartas y rezar junto al fuego.

El toldo chasqueaba como la vela de un barco en medio de una tormenta. Los niños jugaban, niños contra niñas, persiguiéndose sin pausa. Pasaron como una flecha junto a la mesa sobre la que estaba la estatua. Ella la observó, una solitaria figura femenina atesorando todo el poder de la vida.

Acepta...

La palabra la golpeó como un puñetazo, ya no era el tranquilo susurro surgido de las oraciones junto a la chimenea de la otra noche, el susurro que no había podido descifrar. Ahora era como un disparo.

Acepta...

Miró la estatua. No quería aceptar. Quería destruir. Su vida al completo. Pero tenía demasiado miedo de lo que había al otro lado.

Ren empezó a acercarse atravesando el jardín, con cara de preocupación. Los niños jugaban a pillarse; las niñas chillaban. Isabel recorrió el trecho de camino hasta la estatua.

Acepta el...

Anna alzó la voz, ordenándole a los niños que se alejasen del todo. Pero su advertencia llegó demasiado tarde. El niño que iba delante tropezó con

una de las estacas.

Acepta el...

—¡Isabel, cuidado! —gritó Ren.

El toldo se tambaleó.

—¡Isabel!

¡Acepta el caos!

Ella cogió la estatua de debajo del toldo y echó a correr.

OceanofPDF.com

En el viejo mundo de Isabel se había abierto una grieta, y ella la atravesó. Llevaba aquella voz pegada a los talones, resonando en su cerebro. *¡Acepta el caos!*

Avanzó a toda prisa por uno de los lados de la casa con la gloriosa estatua apretada contra el pecho. Quería volar, pero no tenía alas, ni avión alguno, ni siquiera su Panda. Sólo disponía de...

El Maserati de Ren.

Corrió hacia él. Tenía bajada la capota, y en ese día presidido por el caos, las llaves colgaban del contacto, justo donde Giancarlo las había dejado. Resbaló cerca del coche, besó la estatua y la depositó en el asiento del copiloto. Después se recogió el vestido y saltó por encima de la puerta.

El poderoso motor rugió cuando ella lo puso en marcha.

—¡Isabel!

Los coches bloqueaban la salida por tres lados. Pisó el acelerador y salió por encima del césped.

—¡Isabel!

Si hubiese sido una de sus películas, Ren se habría descolgado por un balcón y habría saltado sobre el coche cuando pasaba por debajo. Pero se trataba de la vida real, y era ella quien tenía el control.

Isabel condujo por la hierba, entre las hileras de matorros, hacia la carretera. Las ramas golpeaban los laterales del coche y los pedazos de tierra y hierba volaban. Una rama golpeó el retrovisor cuando pasó entre los cipreses. Los neumáticos escupían grava. Cambió de marcha y el Maserati derrapó al girar para enfilar la carretera, dejándolo todo atrás camino de la cima de la colina.

Acepta el caos. El viento le revolvía el cabello. Le echó un vistazo a la estatua y se echó a reír.

Un pedazo de madera saltó contra el guardabarros cuando tomó el primer desvío. En el siguiente, destrozó un gallinero abandonado. Las oscuras nubes se arremolinaban a baja altura. Recordaba el camino a las ruinas del

castillo donde había estado con Ren para la operación de vigilancia, pero se pasó el desvío que buscaba y tuvo que girar en redondo en un viñado. Cuando encontró el camino, los profundos surcos hicieron botar al coche. Pisó el acelerador para seguir ascendiendo. El Maserati fue dando bandazos, y dio un último brinco cuando alcanzó la cima. Isabel apagó el motor, cogió la estatua y salió del coche.

Las sandalias resbalaban sobre las piedras. El viento era más violento allí, pero los árboles la protegían de las peores embestidas. Apretó contra sí la estatua con más fuerza y siguió ascendiendo.

Cuando llegó al final de la senda, salió a un claro. Una ráfaga de viento la hizo tambalearse, pero no llegó a caer al suelo. Frente a ella, las ruinas se recortaban contra el cielo tormentoso, y las oscuras nubes pasaban tan cerca de su cabeza que sintió ganas de hundir los dedos en ellas.

Encorvada contra el viento, pasó bajo los arcos y las torres derruidas hasta llegar al extremo del muro. Se aferró con una mano a las piedras, con la otra sujetaba la estatua, y ascendió hasta lo más alto. Luchando contra el viento, se puso en pie.

Le invadió una extraña sensación de éxtasis. El viento hacía flamear su vestido, las nubes corrían a su alrededor, el mundo se extendía a sus pies, allá abajo. Finalmente entendió cuál era su error. Nunca pensaba a pequeña escala. No; pensaba a gran escala y había perdido la visión de todo aquello que quería para su propia vida. Ahora sabía qué era lo que tenía que hacer.

Con la cara vuelta hacia el cielo, se rindió al misterio de la vida. El desbarajuste, el alboroto, el glorioso desorden. Haciendo gestos con los brazos, se colocó la estatua en lo alto de la cabeza y se ofreció en cuerpo y alma al dios del caos.

La confusión tras la caída del toldo había retenido a Ren e Isabel ya se había marchado en el Maserati cuando él llegó a la entrada de la villa. Bernardo le seguía pero, como no estaba de servicio, había venido con su Renault particular en lugar de con el coche de policía. Los dos salieron tras ella.

A Ren no le costó demasiado imaginar hacia dónde se dirigía, pero el Renault no podía competir con el Maserati. Cuando llegaron al llano donde se iniciaba la senda que llevaba al castillo, un sudor frío cubría su cuerpo.

Dijo a Bernardo que se quedase en el coche y fue tras ella, corriendo por el sendero hasta las ruinas. Se le erizó el vello de la nuca cuando la vio a lo lejos. Estaba en lo alto del muro, y su figura se recortaba contra un furioso mar de nubes. El viento la golpeaba, y los faldones de su vestido ondeaban como llamas anaranjadas. Tenía la cara vuelta hacia el cielo y las manos alzadas, sosteniendo la estatua.

En la lejanía, un rayo iluminó el cielo, pero desde donde él se encontraba parecía como si el rayo hubiese salido de los dedos de Isabel. Era una versión femenina de Moisés recibiendo las nuevas tablas de la ley de manos de Dios.

Ya no podía recordar ninguno de sus bien argumentados razonamientos para alejarse de ella. Ella era un regalo, un regalo que hasta entonces no había tenido agallas para aceptar. Ahora, mientras la veía enfrentarse sin miedo a los elementos, su poder le quitó el aliento. Apartarla de su vida sería como perder el alma. Ella lo era todo para él: su amiga, su amante, su conciencia, su pasión. Era la respuesta a todas las oraciones que nunca había tenido el valor de rezar. Y si él no era para ella todo lo bueno que le gustaría ser, Isabel tendría que trabajar para mejorarle.

Observó cómo otro rayo salía de los dedos de Isabel. El viento ululaba, así que ella no pudo oírle cuando él se acercó, pero sólo a los mortales es posible pillarlos desprevenidos, y ella no se sobresaltó cuando advirtió su presencia. Simplemente bajó los brazos y se volvió hacia él.

Otro rayo iluminó el cielo. A ella no le importaba su propia seguridad, pero a él sí, y le arrancó la estatua de las manos. Iba a dejar la figura en el suelo, donde no pudiese actuar como pararrayos. Pero en lugar de hacerlo, la observó en su mano y sintió su poder vibrando a través de su cuerpo. Entendió que Isabel no era la única que podía hacer un pacto. Era el momento de que él hiciese el suyo, un pacto que fuese contra todos sus instintos masculinos.

Se volvió como había hecho ella, con la cara hacia el cielo, y alzó la estatua. En primer lugar, ella pertenecía a Dios; lo entendió con claridad. En segundo lugar, se pertenecía a sí misma; no había duda de ello. Sólo después de eso le pertenecía a él. Ésa era la naturaleza de la mujer de la que se había enamorado. Así tenía que ser.

Bajó la estatua y se volvió hacia ella. Isabel le miró con expresión indescifrable. Ren no sabía qué hacer. Tenía una amplia experiencia con mujeres mortales, pero las diosas eran otra cosa, y él había irritado más allá de toda medida a esa diosa en particular.

La falda de su vestido golpeó contra los pantalones de Ren, y las gotas de lluvia se convirtieron en un chaparrón. Un terrible frenesí se apoderó de él. Tocarla suponía el mayor reto de su vida, pero no había poder sobre la faz de la tierra que pudiese impedirlo. Si no actuaba, la perdería para siempre.

Antes de que su valor le abandonase, la atrajo con fuerza hacia sí. Ella no se convirtió en cenizas tal como temía. Por el contrario, respondió a su beso con una ardiente pasión. Paz y amor, entendió él de algún modo, era lo que dominaba en ese momento a las dos partes de aquella mujer. Esa deidad estaba impulsada por la conquista, e hincó sus dientes en el labio superior de Ren, que nunca se había sentido tan cerca de la vida y la muerte. Con el viento y la lluvia rodeándole, la bajó del muro y la apoyó contra las piedras.

Ella podría haberse resistido, podría haber luchado —él esperaba que lo hiciese—, pero no fue así. Sujetó con fuerza a Ren. Él era el mortal que ella había escogido como sirviente.

Ren le subió el vestido hasta la cintura y le bajó las bragas. La parte de sí mismo que aún podía pensar se preguntó por el destino de alguien capaz de reclamar a una diosa, pero no tenía elección. Ni siquiera la amenaza de morir en el intento podía detenerle. Ella abrió los muslos para que él pudiese tocarla. Estaba húmeda. Húmeda y caliente al tacto de sus dedos. La obligó a abrir más las piernas y entonces la penetró.

Ella volvió la cara hacia la lluvia mientras él la embestía. Ren la besó en el cuello y la garganta. Ella le rodeó la cintura con las piernas y le atrajo más dentro de sí, usándolo como él la había usado a ella.

Lucharon juntos, ascendieron juntos. La tormenta azotaba sus cuerpos, alentados por los ancestros que también habían hecho el amor entre aquellos muros. Te amo, quiso decir Ren, pero se contuvo, porque esas palabras eran poca cosa para expresar la inmensidad de lo que sentía.

Ella le estrechó con más fuerza y susurró contra su pelo:

—Caos.

Él esperó hasta el final, hasta el último instante antes de perderse en aquella franja de tiempo que los separaba de la eternidad. Cerró entonces la mano alrededor de la estatua y la apoyó con fuerza en el costado de Isabel.

Un rayo iluminó el cielo y se abrazaron en la furia de la tormenta.

Ella permanecía en silencio. Se alejaron del muro en busca de la protección de los árboles. Ren se arregló la ropa. Echaron a andar hacia el sendero. Sin tocarse.

—Ha dejado de llover. —La voz de Ren estaba henchida de emoción. Tenía la estatua en sus manos.

—Siempre he pensado a lo grande —dijo ella finalmente.

—Bien, ¿y ahora qué? —No tenía ni idea de qué estaban hablando. Acabó tragándose el nudo que tenía en la garganta. De no aprovechar esa oportunidad, no había garantía alguna de que se produjese otra—. Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

Ella no respondió; ni siquiera le miró. Quizás era demasiado tarde, exactamente lo que él había temido.

Descendieron por el sendero acompañados por el gotear del agua depositada en los árboles. Ren vio a Bernardo junto al Maserati. Lo había apartado de los socavones, y se acercó, con aspecto sombrío y serio.

—*Signora* Favor, lamento decirle que mi deber es detenerla.

—No creo que sea necesario —dijo Ren.

—Ha causado daños.

—Apenas —señaló Ren—. Yo me encargaré.

—Pero ¿cómo vas a encargarte de las vidas que ha puesto en peligro con su conducción temeraria?

—Esto es Italia —respondió Ren—. Todo el mundo conduce alocadamente.

Pero Bernardo conocía su deber.

—Yo no hago las leyes. *Signora*, acompáñeme, por favor.

Si se hubiese tratado de una película, ella se habría colgado del brazo de Ren, aterrorizada, pero se trataba de Isabel, y se limitó a asentir.

—Por supuesto.

—Isabel...

Ella se sentó en el asiento trasero del Renault sin tener en cuenta a Ren. Él permaneció allí de pie, observando cómo se alejaban por el camino.

Le echó un vistazo a su Maserati. Había desaparecido el retrovisor, el guardabarros estaba abollado y tenía una rayada en un lateral, pero él no podía preocuparse por otra cosa que no fuese maldecirse. Había sido él quien la había empujado a semejante temeridad.

Se metió las manos en los bolsillos. Probablemente no habría hecho falta sobornar a Bernardo, prometiéndole comprar un ordenador de última generación para la comisaría del pueblo, para que no detuviese a Isabel, pero ella se había marchado sin darle la oportunidad de aclarar las cosas con el policía. Con el corazón en la garganta, Ren subió al coche.

La única luz del calabozo provenía de un fluorescente en el techo. Eran más de las nueve de la noche, e Isabel no había vuelto a ver a nadie desde su llegada, cuando había aparecido Harry con ropa seca que Tracy le había preparado. Oyó pasos aproximándose, y alzó la vista para ver cómo se abría la puerta.

Era Ren. Su presencia llenó el pequeño calabozo. Incluso allí se las arregló para colocarse en el centro del escenario. Ella no intentó siquiera entender la expresión de su rostro. Era actor, y podía mostrar la emoción que le viniese en gana.

La puerta se cerró a su espalda y se oyó el sonido de la llave.

—Ha sido todo bastante frenético —comentó Ren.

No parecía fuera de sí. Parecía bien dispuesto, aunque tenso. Ella apartó los papeles que tenía sobre las rodillas, los que le había pedido a Bernardo que le trajese.

—Tal vez por eso has tardado tres horas en venir.

—Tenía que hacer unas llamadas telefónicas.

—Bueno, eso lo explica todo.

Ren se acercó y la estudió con detenimiento; parecía incómoda.

—La locura de allí arriba, en la montaña... —dijo él—. Ha sido bastante escabroso. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. ¿Por qué, te hice daño?

Él apretó los labios. Una sonrisa o una mueca, Isabel no lo supo con certeza. Metió una mano en el bolsillo y volvió a sacarla de inmediato.

—¿Qué querías decir con que habías estado pensando a lo grande?

Ella conocía el lugar que ocupaba en el mundo, y no había razón para no explicarlo.

—Mi vida ha sido así. Siempre le he dicho a las personas que pensasen a lo grande, pero finalmente he comprendido que a veces pensamos demasiado a lo grande. —Se movió para sentarse en el borde del catre.

—No te entiendo.

—He pensado tan a lo grande que he perdido de vista lo que quería para mi vida.

—Tu vida consiste en ayudar a la gente —repuso él—. Nunca, ni por un segundo, has perdido eso de vista.

—Me refiero a las dimensiones. —Entrelazó las manos sobre el regazo—. No necesito llenar auditorios. No necesito una casa de piedra roja cerca de Central Park o un armario lleno de ropa de diseño. Al final, todo eso me ahogaba. Mi carrera, mis posesiones... Todas esas cosas me robaban el regalo del tiempo, y perdí mi capacidad de visión.

—Ahora la has recuperado. —Era una afirmación, no una pregunta. Ren comprendió que algo importante había cambiado en su interior.

—Sí, la he recuperado. —Había sido más satisfactorio para ella ayudar a Tracy y Harry que su última conferencia en el Carnegie Hall. No quería volver a ser una especie de gurú mediático—. Abriré un pequeño consultorio. Nada de barrios caros: en un vecindario de clase media trabajadora. Si la gente no puede pagar, no me importará. Si puede, mucho mejor. Voy a vivir de una manera más sencilla.

Ren entrecerró los ojos y la miró con su estilo mortífero.

—Me temo que tengo ciertas noticias que alterarán un poco tus sencillos planes.

Ella había aceptado la idea del caos, así que esperó.

Él se acercó lo bastante como para abalanzarse sobre ella, algo que Isabel sintió en ese instante como más interesante que amenazador.

—Te las arreglaste para fastidiar a todo el mundo cuando te llevaste la estatua.

—No la robé. La tomé prestada.

—Nadie lo sabía, y ahora los del pueblo quieren encerrarte durante diez años.

—¿Diez años?

—Más o menos. He pensado que podríamos hablar con el consulado estadounidense, pero me parece arriesgado.

—Podrías decirles la cantidad de dinero que pagué a Hacienda este año.

—No creo que sea buena idea mencionar tu pasado delictivo. —Apoyó el hombro contra una pared cubierta de grafitis, con un aspecto más sosegado del que tenía cuando llegó.

—Si fueses ciudadana italiana, probablemente no habrías sido arrestada, pero el hecho de que seas extranjera lo complica todo.

—Suenas como si necesitase un abogado.

—Los abogados italianos tienden a liar las cosas.

—¿Se supone que he de quedarme en la cárcel?

—No, si seguimos mi plan. Es un poco drástico, pero tengo razones para creer que te sacaré de aquí con bastante rapidez.

—Me temo que no tengo demasiadas ganas de escuchar tu plan

—Tengo doble nacionalidad. Sabes que mi madre era italiana, pero no sé si te dije que había nacido en Italia.

—No, no me lo dijiste.

—Estaban dando una fiesta en casa, en Roma, cuando nací. Soy ciudadano italiano, y me temo que eso significa que tendremos que casarnos.

Ella se puso en pie de un brinco.

—¿De qué estás hablando?

—He hablado con la policía y, a su manera, me han hecho saber que no te mantendrían encerrada si fueses esposa de un italiano. Y dado que estás embarazada...

—No estoy embarazada.

Él la miró con mucha calma por debajo de sus angulosas cejas.

—Al parecer, has olvidado lo que hicimos hace unas horas y dónde estaba exactamente la estatua mientras lo hacíamos.

—Tú no crees en la estatua.

—¿Desde cuándo? —Alzó una mano—. No puedo imaginar qué especie de demonio habremos concebido allí arriba. Cuando pienso en esa tormenta... —Se estremeció y luego se inclinó hacia ella—. ¿Tienes idea de lo que vamos a necesitar para criar a un niño así? En primer lugar, paciencia. Por suerte, tú dispones de grandes cantidades. Firmeza. Dios sabe que tú eres firme. Y sabiduría. Bueno, no es necesario hablar de eso. Punto por punto, estás preparada para el reto.

Ella le miró fijamente.

—Intentaré cumplir con mi parte, no creas —añadió Ren—. Soy condenadamente bueno si se trata de enseñar a utilizar el orinal.

Eso era lo que sucedía cuando uno le daba la bienvenida al caos en su vida. No quiso pestañear.

—¿Se supone que tengo que olvidar que huiste como un cobarde cuando empecé a ser demasiado para ti?

—Me gustaría que lo hicieses. —Él la miró de un modo que podría denominarse suplicante—. Los dos sabemos que todavía estoy en proceso de formación. Y te he traído un regalo para ayudarte a olvidar.

—¿Me has comprado un regalo?

—No lo he comprado exactamente. Una de las llamadas que hice mientras estabas aquí fue a Howard Jenks.

A ella se le encogió el estómago.

—No me digas que no vas a trabajar en la película...

—Oh, sí, voy a trabajar en la película. Pero Oliver Craig y yo intercambiaremos los papeles.

—No lo entiendo.

—Yo haré de Nathan.

—Nathan es el héroe.

—Eso es.

—Es un memo.

—Digamos que le daremos una oportunidad a su testosterona.

Ella se dejó caer en el catre e intentó visualizar a Ren como el amanerado, estudioso y torpe Nathan. Muy despacio, empezó a asentir.

—Serás el Nathan perfecto.

—Yo también lo creo —dijo él con satisfacción—. Por suerte, Jenks no es un hombre de miras estrechas, y lo pilló al instante. Craig se puso a dar saltos de alegría. Espera a verlo. Te dije que parecía el niño de un coro parroquial. Pensar en él interpretando a Kaspar Street me produce escalofríos.

Ella alzó la vista.

—¿Lo has hecho por mí?

No contestó de inmediato, luchando en su interior con la respuesta adecuada.

—En gran medida fue por mí mismo. No voy a dejar de interpretar a tipos malos, tranquila, pero no podía con Kaspar Street. Por otra parte, tengo que crecer. No soy tan malo y es el momento de aceptarlo. Y tú, mi amor, no eres tan buena. De hecho, uno de nosotros está ahora mismo preso.

—Lo cual me ofrece una oportunidad de pensar en una idea para mi nuevo libro.

—¿Qué hay de la antigua idea, la de la superación de las crisis?

—Pues que me dije que no todas las crisis pueden superarse. —Miró alrededor—. Por mucho que queramos protegernos, no podemos estar a salvo de todo. Si queremos aceptar la vida, tenemos que aceptar también el caos.

—Que te cases conmigo parece un buen comienzo.

—Sin embargo, el caos ya se las arregla muy bien para salirnos al encuentro. No es necesario que nosotros lo creemos.

—Aun así...

—No puedo imaginar lo difícil que sería un matrimonio entre nosotros —dijo—. Sólo la logística ya parece inviable. Los dos tenemos nuestras carreras. ¿Dónde viviríamos?

—Te lo imaginarás dentro de muy poco tiempo. Puedes empezar a hacer listas. Sigues recordando cómo hacerlo, ¿verdad? Y mientras lo haces, yo me ocuparé de lo que realmente importa.

—¿A qué te refieres?

—Diseñaré nuestra cocina. Todo tiene que ser de vanguardia. Quiero una encimera más baja para que nuestros hijos puedan cocinar también, aunque

mantendremos alejado de los cuchillos a ese pequeño capullo que llevas dentro. Una espaciosa zona para comer...

—No estoy embarazada.

—Pues yo creo que sí. Ya sabes, intuición masculina.

—¿Por qué este cambio, Ren? ¿Qué te ha ocurrido?

—Tú eres lo que me ha ocurrido. —Se acercó y se sentó junto a ella en el catre, limitándose a mirarla a los ojos—. Me das un miedo de los mil demonios, ya lo sabes. Cuando entraste en mi vida como un huracán, le diste la vuelta a todo. Rechazaste todas las cosas que yo pensaba sobre mí mismo y me hiciste pensar de otro modo. Sé quién fui, pero ahora quiero saber quién soy. El cinismo cansa, Isabel, y tú eres... mi descanso. —El catre chirrió cuando él se incorporó de un brinco—. Y no te atrevas a decirme que has dejado de quererme, porque sigues siendo mejor persona que yo, y confío en que cuides de mi corazón mejor de lo que yo he cuidado del tuyo.

—Ya entiendo.

Él empezó a hablar más rápido.

—Sé que casarse conmigo va a ser un desastre. Dos carreras. Hijos. Conflictivos viajes de trabajo. Tendrás que lidiar con las repercusiones mediáticas que hasta ahora he intentado evitar. Habrá *paparazzi* escondidos entre los matorrales, historias en los tabloides cada seis meses explicando que te pego o que tomas drogas. Cuando trabajo en localizaciones exteriores las mujeres me acosan. Cada vez que rueda una escena de amor con alguna actriz atractiva, me dirás una y mil veces que no te molesta y después descubriré que le has cortado las mangas a todas mis camisas. —La apuntó con un dedo—. Pero la mujer que estaba encima del muro esta tarde es lo bastante fuerte para hacer frente a un ejército. Quiero que me digas ahora mismo que no dejé a esa mujer en la cima de la colina.

Ella alzó las manos.

—De acuerdo. ¿Por qué no?

—¿Por qué no?

—Eso he dicho.

Ren dejó caer los brazos a los lados.

—¿Eso es todo? Te abro mi corazón, te quiero tanto que se me saltan las lágrimas, y todo lo que se te ocurre decir es «¿por qué no?».

—¿Acaso es preguntar demasiado? —El orgullo acompañaba al caos, por lo que Isabel le dedicó una mirada de dominio.

Él la miró con fiereza, su mirada más tormentosa a cada instante.

—¿Cuándo crees que estarás lista? Para caer en mis garras, se entiende.

Isabel se tomó su tiempo para pensarlo. Su detención había sido cosa de Ren. Lo supo de inmediato. Y respecto a esa ridícula historia de casarse con él para evitar la cárcel, incluso un idiota no se lo habría tragado. Sin embargo, el juego sucio formaba parte de Ren Gage, ¿y hasta qué punto quería ella que cambiase?

Ni lo más mínimo, pues la decencia de Ren residía en lo más profundo de su ser. Él la comprendía de un modo en que nadie lo había hecho nunca, de un modo en que ni siquiera ella se comprendía a sí misma. ¿Qué mejor guía podía encontrar para el mundo del caos? Y, además, estaba el insalvable hecho de que su corazón rebosaba de amor por él, aunque no decía nada bueno de ella el que disfrutase viéndolo preocupado en ese momento. Menudo embrollo de contradicciones estaba hecha. Y qué maravilla no tener que luchar contra ello nunca más.

Todavía tenía que hacerle pagar lo de la detención, así que decidió enredar un poco más las cosas.

—Tal vez debería enumerarte todas las razones por las que no te amo.

Él palideció, y pequeños arcos iris de felicidad bailaron en el interior de Isabel. «Soy una persona horrible», se reprochó.

—No te amo porque eres hermoso, aunque Dios sabe que lo agradezco.

—La oleada de alivio que cruzó el rostro de Ren casi la deritió, pero ¿qué gracia tenía aclararlo todo tan pronto?—. No te amo porque eres rico, porque yo también lo fui, y sé que es más duro de lo que parece. No, tu dinero es sin duda un hándicap. No te amo en absoluto porque eres un amante excepcional. Y eres excepcional porque tienes mucha práctica, y eso no me gusta nada. Después está la cuestión de que seas actor. Te equivocas si crees que sería capaz de racionalizar todas esas escenas amorosas. Todas y cada una de ellas me pondrían hecha una furia, y te castigaría.

Ren sonrió. Isabel intentó encontrar algo lo bastante terrible para borrarle aquella sonrisa, pero las mismas lágrimas que anegaban los ojos de Ren estaban empezando a anegar los suyos, así que lo dejó estar.

—Principalmente, te amo porque eres decente, y haces que sienta que puedo conquistar el mundo —admitió.

—Sé que puedes hacerlo —dijo él con un hilo de voz debido a la emoción—. Y te prometo apoyarte mientras lo hagas.

Se miraron, pero los dos querían prolongar aquel momento de ilusión, y no se acercaron.

—¿Crees que podrías sacarme de aquí ahora? —preguntó Isabel, y sonrió al ver que Ren cambiaba el peso de su cuerpo y parecía incómodo otra vez.

—Verás, la cuestión es que esas llamadas telefónicas me han llevado más tiempo del que esperaba, y todo está cerrado por la noche. Me temo que tendrás que pasar aquí la noche.

—Rectifica. Tendremos que pasar aquí la noche.

—Ésa es una posibilidad. La otra es un poco más peligrosa. —Todavía no se habían tocado, pero ambos decidieron acercarse un poco. Ren bajó la voz y se palpó el bolsillo—. Tengo una pequeña pistola. Admito que es un poco arriesgado, pero podríamos intentar escapar.

Ella sonrió y abrió los brazos.

—Mi héroe.

El juego ya había ido demasiado lejos y no pudieron resistirlo más. Tenían toda una serie de compromisos que contraer.

—Sabes que eres el aliento de mi vida, ¿verdad? —susurró él contra los labios de ella—. ¿Sabes lo mucho que te quiero?

Isabel presionó su pecho con la palma de la mano y sintió el rápido latir de su corazón.

—Los actores somos criaturas necesitadas —dijo Ren—. Dime cuánto tiempo me vas a querer.

—Eso es fácil. Por toda la eternidad.

Ella apreció la sonrisa en su mirada, y también el reflejo de toda su bondad.

—Espero que sea suficiente —añadió.

Se besaron con profunda ternura. Él enredó los dedos en su pelo. Ella metió la mano entre su camisa para tocarle la piel. Se separaron lo suficiente para mirarse a los ojos. Todas las barreras entre ellos habían desaparecido.

Ella acercó su cara a la de él.

—Éste es el momento en que la música empieza a sonar y aparecen los títulos de crédito.

Él le sujetó la cara con las dos manos y la miró.

—Estás muy equivocada, cariño. La película acaba de empezar.

OceanofPDF.com

Epílogo

La malvada *principessa* deseaba poseer a su pobre pero honesto mozo de cuadra desde hacía meses, pero esperó hasta una tormentosa noche de febrero antes de arrastrarlo al dormitorio principal de la Villa de los Ángeles. Iba vestida de escarlata, su color favorito. El escandaloso vestido resbaló por sus hombros, dejando a la vista un pequeño tatuaje en la curvatura de su seno. Su rubio cabello despeinado se enredaba en largos rizos dorados, y las iridiscentes uñas de sus pies, pintadas de color morado, sobresalían por debajo del vestido.

Él iba vestido de un modo más sencillo, como correspondía a su clase social, con calzones de trabajo marrones y una camisa blanca de largas mangas.

—¿Mi señora?

Su profunda voz la hizo estremecer, pero en tanto que *principessa*, sabía disfrazar la debilidad, así que inquirió imperiosamente:

—¿Te has bañado? No me gusta el olor a caballo en mi dormitorio.

—Así lo hice, mi señora.

—Muy bien. Deja que te mire.

Mientras él permanecía inmóvil, ella le rodeó, dándole un golpecito en la mandíbula con el dedo índice tras apreciar la perfección de su cuerpo. A pesar de su baja extracción, evidenciaba cierto aire de orgullo al ser escrutado, lo cual la excitó aún más. Cuando ya no pudo resistirlo más, le tocó el pecho, después apoyó sus manos en las nalgas de aquel semental y apretó.

—Desnúdate para mí —ordenó.

—Soy un hombre virtuoso, mi señora.

—No eres más que un campesino, y yo soy una *principessa*. Si no te sometes, haré quemar el pueblo.

—¿Quemaríais el pueblo sólo para satisfacer vuestra malvada lujuria?

—Sin pestañear.

—Está bien. Entonces tendré que sacrificarme.

—Sí, maldita sea.

—No obstante... —De pronto, la malvada *principessa* se vio tumbada en la cama con el vestido recogido.

—Caramba.

—A veces no merece la pena ser malo. —Se colocó entre sus piernas, la rozó, pero no la penetró.

Cuando ella levantó el brazo, un amplio brazalete de oro con la palabra caos grabada en su interior resbaló hasta topar con otro igual en su muñeca, el que le recordaba que tenía que respirar; las dos mitades de su vida se habían unido por fin.

—Por favor, sé cuidadoso —pidió.

—¿Para que luego te quejes? Ni hablar.

Dejaron de hablar y pusieron manos a la obra con lo que sabían hacer mejor. Se amaron entre apasionadas y suaves caricias, pronunciando dulces palabras que les transportaron a un lugar secreto que sólo ellos conocían. Cuando finalmente se dejaron ir, se abrazaron sobre la amplia cama, a buen resguardo de los vientos del invierno que se colaban por toda la casa.

Isabel dejó el pie sobre la pantorrilla de Ren.

—Un día de estos tendremos que empezar a comportarnos como adultos.

—Somos demasiado inmaduros. Especialmente, tú.

Ella sonrió.

Permanecieron tendidos durante un rato. Satisfechos. Él susurró sobre su mejilla:

—¿Tienes idea de lo mucho que te quiero?

—Por supuesto que sí. —Con un sentido de absoluta certidumbre, lo besó en los labios, y luego volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

Ren la acarició como si todavía no pudiese creerse que Isabel fuese suya.

—Lo estás haciendo, ¿verdad?

Ella apreció la risa que se ocultaba en su voz, pero siguió rezando. Se había convertido en algo tan esencial como su respiración. Oraciones de agradecimiento.

Cuando acabó, miró hacia la repisa de la chimenea encendida, donde reposaba el Óscar dorado que Ren había recibido por *Asesinato en la noche*. Ren apenas si había empezado a conocer sus capacidades de actor y, a menos que ella se equivocase mucho, algún día esa estatuilla tendría una compañera idéntica.

Ella también había empezado a conocer sus propias capacidades. *Vivir una vida imperfecta* se había convertido en todo un best-séller —demasiado para tan escaso esfuerzo— y *El matrimonio imperfecto* lo sería dentro de pocos meses. Su editor quería disponer lo antes posible de *Criar al niño imperfecto*, pero ese libro aún estaba en proceso de elaboración, y no pensaba acabarlo hasta dentro de un tiempo.

Gracias a una excelente red de referencias, había logrado mantener un reducido grupo de pacientes. Tal como se había prometido a sí misma, había conseguido destinar parte del día a pensar, rezar y divertirse. Estar casada con Lorenzo Gage era un desastre pero le llenaba. Sin duda, le llenaba por completo.

Él salió de la cama y maldijo en voz baja al pisar un muñeco de plástico. Al día siguiente, acudirían al bautizo del segundo hijo de Giulia y Vittorio, un niño nacido catorce meses después de su hermanito. Agradecieron la excusa para regresar a la Toscana. Adoraban su hogar en California, pero regresar a la Toscana era para ellos como volver a sus raíces. Pasaban allí un mes en verano, junto a Harry, Tracy y los niños, incluida Annabelle, la quinta y última, que había nacido justo el día de la boda de Ren e Isabel, que tuvo lugar en el jardín que se extendía bajo la ventana del dormitorio en que ahora se encontraban.

Ren recogió la ropa que había dejado tirada y la metió en la cesta donde guardaba todo un surtido de interesantes disfraces, así como algunos juguetitos picarones.

Gracias, Dios, por regalarme un actor.

Rebuscó en el armario, sacó el camisón de Isabel y se lo tendió.

—No sabes lo poco que me gusta darte esto...

Ella se lo puso por la cabeza mientras él se enfundaba el pantalón de un pijama de seda gris. Después se acercó a la puerta, dejó escapar un largo y sufrido suspiro, y descorrió el cerrojo.

—¿Has leído el guión? —le preguntó mientras volvía meterse en la cama.

—Sí —contestó ella.

—Ya sabes que voy a hacerlo, ¿verdad?

—Lo sé.

—Caray, Isabel...

—No puedes rechazarlo.

—¿Pero interpretar *Jesús*?

—Admito que será un cambio. Era célibe y proclamaba la no violencia. Pero los dos amáis a los niños.

—Especialmente a los nuestros.

Ella sonrió.

—Los gemelos son unos diablos. Tenías toda la razón.

—Son diablos pero hacen sus necesidades en el orinal. He cumplido mi parte del trato.

—Eres muy bueno en eso...

La acalló con un beso, su manera favorita de solucionar los conflictos. Se abrazaron. Mientras el viento aullaba en la chimenea y las contraventanas temblaban, se dijeron entre susurros una vez más lo mucho que se amaban.

Estaban empezando a dormirse cuando la puerta se abrió de golpe y dos pares de pequeños pies cruzaron la alfombra, escapando de los monstruos que vivían en la oscuridad. Ren estiró los brazos y metió a los invasores en el cálido lecho. Su madre los atrajo hacia sí. Durante las horas siguientes, la paz reinó en la Villa de los Ángeles.